

Dirk
Husemann



UN ELEFANTE PARA
CARLOMAGNO

B

UN ELEFANTE PARA CARLOMAGNI

Dirk Husemann

*Para Jutta:
durante el viaje, una buena
compañía es el mejor atajo*

EL REINO DE LOS FRANCO

- en el año 800 -

REINO DE LOS FRANCO
 TERRITORIOS DEPENDIENTES
 TERRITORIOS PAPALES
* PRINCIPALES LUGARES DE LA ACCIÓN



El Reino de los Francos en el año 800. El territorio del Reino de los Francos se extendió desde el Rin hasta el Danubio, desde el Atlántico hasta el Mediterráneo. El mapa muestra los territorios dependientes, los territorios papales y los principales lugares de la acción.

Prólogo

772 d.C.

El humo ennegrecía el plumaje de la corneja. El ave parpadeó, estiró el cuello y se asomó a los escombros de los edificios, las chozas perforadas por las flechas y lanzas y los cadáveres amontonados. Cuando se aseguró de que no la amenazaba ningún peligro, se volvió hacia el bebé en el que acababa de posarse. El niño aún seguía vivo; estaba envuelto en una manta y solo asomaba su cara. Sin dejarse impresionar por sus berridos, la corneja le picoteó las mejillas y ladeó la cabeza para comprobar si la presa era realmente tan indefensa como parecía. Los ojos del niño, húmedos y brillantes, prometían ser un manjar.

Una repentina flecha atravesó a la corneja, que acabó encima de una barrica de cereales. Arco en mano, una joven pelirroja corrió entre los escombros, se inclinó sobre el bebé, lo examinó y lo alzó. Antes de volver a desaparecer recogió el cadáver de la corneja; luego se retiró a un edificio alargado que se elevaba entre los restos de las chozas.

La vista de Imma no tardó en acostumbrarse a la semioscuridad reinante; en las sombras entre las velas de cebo reconoció a los hombres y mujeres de su tribu, apoyados contra las paredes y hablando en voz baja. ¿Acaso creían que el enemigo podría oír sus palabras allí dentro?

Otros dormían tendidos en el suelo. Entre ellos se

encontraban los fugitivos de otras aldeas sajonas que se habían refugiado en la fortaleza de Aeresburg ante el ataque de los francos. Si la profecía del viejo Drogo se cumplía, solo habrían logrado postergar su destino fatal. Nadia se iría de allí sin sufrir daños, había proclamado el augur hacía tres días.

Un haz de luz diurna penetraba a través del tiro del humo situado en el centro del recinto y bañaba a Osnag, de pie ante los mayores de la tribu mientras pronunciaba un discurso. «Osnag nos ha traído esta guerra», pensó Imma. El caudillo sajón había adoptado el nombre de Viduquindo (Niño del Bosque), que en la larga historia de las tribus solo unos pocos habían llevado. Que los sacerdotes pudieran recordar —y su tradición se remontaba a los tiempos en que fue plantado el árbol sagrado—, nadie se había otorgado ese nombre a sí mismo, pero Osnag había osado hacerlo, al igual que sublevar las tribus contra los francos. Y entonces las aldeas fueron arrasadas, los hermanos y hermanas muertos o convertidos en esclavos. Los últimos de los antaño tan orgullosos sajones se acurrucaban en esa fortaleza y aguardaban su fin. Sin embargo, Osnag aún pretendía ofrecer una buena imagen y predicaba la guerra como si nada hubiese ocurrido.

Imma se acercó al grupo de los mayores, se plantó ante Osnag y depositó al niño en sus brazos. Desconcertado, el caudillo cogió el bulto.

—Ocúpate de él, Osnag. A lo mejor logras salvar a uno de los nuestros, aunque solo sea una vez —dijo, y les dio la espalda a los reunidos. El silencio detrás de ella resultó sumamente elocuente.

Abandonó el edificio por una puerta utilizada para la entrada del ganado, pero hacía semanas que los cerdos y las cabras no pasaban por allí. Las provisiones estaban agotadas y el hambre acuciaba a los sitiados. Antes de que los francos

aparecieran ante la fortaleza de Aeresburg, el vestido de lana de Imma le quedaba estrecho y le ceñía las caderas, pero ahora le envolvía el cuerpo como un harapo a un espantapájaros.

Irminsul, el árbol sagrado, se elevaba al cielo bajo el brillante sol sajón. El grueso tronco y las grandes ramas siempre asombraban a Imma; a veces pasaba medio día arrodillada ante el roble, presa de veneración por el poder de los dioses, pero ese día no sentía el menor deseo de venerar a Irmin. Sus anhelos eran más terrenales. Por detrás del gigantesco tronco se encontraba una casa excavada: un techo construido por encima de un hueco en la tierra. Drogo solía almacenar las ofrendas destinadas a Irmin en ese fresco recinto subterráneo: manzanas del sagrado bosquecillo y trozos de carne de las ovejas y cabras consagradas. Pero de momento la casa excavada cumplía otras funciones.

Imma saludó a los dos guerreros apostados a su entrada y quiso desaparecer en la oscuridad de la casa, pero Radoberto la cogió del brazo y se lo impidió.

—¡Imma! No puedo permitir que vuelvas a visitar a los rehenes. Si los mayores se enteran, Viduquindo nos hará clavar en el árbol.

—¿Les has llevado comida? —preguntó ella con rabia incipiente—. ¿Acaso quieres que mueran de hambre? ¿Qué crees que te hará Viduquindo si dejas que nuestra única prenda contra Carlomagno perezca en un agujero?

Radoberto aflojó su presa.

—Sabes tan bien como yo que ya no queda comida. ¿Hemos de morir de hambre para que los francos sigan con vida?

Ella sostuvo el cadáver de la corneja bajo las narices del guardia.

—Tus últimas provisiones de frutos secos seguirán

intactas, Radoberto, descuida.

Entonces notó la avidez con que el guerrero contemplaba la corneja; aferró a Imma un momento más y después la soltó.

—¡De acuerdo, por Saxnoth! Pero date prisa. Cuando empiece el próximo ataque te necesitarán en las empalizadas.

La joven entró en la casa excavada. Había una trampilla en los tablones del suelo, asegurada mediante una lanza sostenida por una cuerda de esparto. Imma quitó el arma, la arrojó a un lado con gesto desdeñoso y destapó el hueco. Abajo reinaba la oscuridad. «Habría que ahogar a Radoberto en un tonel», pensó; el muy memo había vuelto a olvidar reponer las velas de cebo. Buscó una lámpara, la encendió y se deslizó en el hueco.

La recibió una ráfaga de aire frío. Habían excavado un laberinto de pasillos en la tierra pedregosa, como si un gigantesco topo habitara ese lugar. Nadie lograba escapar de ese laberinto, era la cárcel perfecta.

Como brazos fantasmales, las raíces del Irminsul surgían de la tierra; Imma las utilizó para orientarse, conocía el árbol sagrado mejor que nadie. Solo los sacerdotes estaban más familiarizados con el coloso que no dejaba de crecer desde tiempo inmemorial en la Aeresburg, emblema de los sajones y también el lugar donde los dioses descendían a la tierra en los días festivos. Así que no era de extrañar que los francos quisieran talar el árbol, porque así la extinción de la antigua fe quedaría sellada, al igual que el triunfo del cristianismo, esa nueva religión que fascinaba a Imma de un modo inquietante.

—¡Isaac! —llamó en medio de la oscuridad al tiempo que recorría los sinuosos pasillos—. ¡Isaac!

El silencio fue la única respuesta. ¿Acaso le había

ocurrido algo? Imposible. Dada la situación, nadie osaría tomarla con uno de los rehenes del caudillo.

Solo vio el resplandor cuando ya se encontraba ante el nicho. Isaac se hallaba acucillado en el suelo, había extendido su manto rojo y estaba inclinado sobre algo brillante. ¿Es que no la había oído?

—Isaac —repitió.

Él alzó la cabeza. Pese a la escasa iluminación ella distinguió sus rasgos. Los oscuros cabellos le rozaban los hombros, eran la señal de la nobleza franca, y, pese a las semanas transcurridas en ese agujero, su postura aún era señorial, sus manos fuertes y suaves, sus ojos de un verde luminoso.

Ella inspiró el aire mohoso.

—¿De dónde has sacado esa luz?

—Hongo de yesca, resina y madera. Aquí abajo hay en abundancia. Y lo que no abunda —dijo Isaac y señaló una bolsa decorada con remaches de plata que colgaba de su cinto—, el hombre práctico lo lleva en su bolsillo.

Imma reprimió una sonrisa y dejó la vela en el suelo.

—Te he traído una luz más clara.

—Todo está más claro desde que estás aquí.

Abochornada, ella miró la penumbra circundante. En otros nichos alejados de ese laberinto tres hombres permanecían en cuclillas, esperando a que Carlomagno los liberara de las garras sajonas. Imma confiaba en que ese día tardara en llegar.

Le mostró la corneja.

—No es mucho, pero ayudará. Osnag aguardará que regrese el negociador antes de decidir si debe seguir alimentándoos opíparamente aquí bajo o... —Fue incapaz de acabar la frase.

—O de lo contrario nos clavará al Irminsul. En ese caso, la corneja será mi última comida, pero eso debe esperar. Mira, yo también he cazado un pájaro para ti.

Se puso de pie y le tendió un objeto. Imma alzó la lámpara para verlo mejor. Era un amuleto formado por diversas piedras preciosas y el profundo rojo de las gemas comenzó a resplandecer a la luz. Imma vio que tenía forma de ave de presa. Nunca había visto nada semejante.

El franco rozó la alhaja con un dedo y la dividió en dos. ¿Magia?

Imma comprendió: Isaac lo había preparado así, para que dos aves reposaran en su palma, cada una con un ala. Le indicó que cogiera una mitad.

—No es tan alimenticio como tu obsequio, pero en cambio es duradero —dijo el franco y aferró el otro trozo.

Imma se soltó la cinta de cuero que le sujetaba el cabello y quiso envolver su mitad de la alhaja, pero Isaac la detuvo.

—Es muy antigua. La llevaban los merovingios y alguien de tu tribu podría advertir que portas el símbolo del enemigo. Mantenlo oculto, de momento.

—¿Durante cuánto tiempo, Isaac?

Él la besó.

Imma guardó el amuleto en un bolsillo de su vestido.

—Te pondré en libertad esta misma noche. Te conduciré fuera del laberinto. Hay un camino secreto desde la fortaleza, nadie lo conoce, solo los sacerdotes y las cantantes.

—No, Imma. Me encuentro aquí por un motivo de peso. Vuestro negociador se dirigió al campamento de mi rey a cambio de mi vida como rehén. Allí las negociaciones pueden poner fin a esta guerra de una manera pacífica y entonces tú podrías ir a donde quisieras.

—Ya estoy donde quiero estar. —Se quitó los alfileres que

sostenían su vestido en los hombros—. Si no quieres huir, permanecerás encerrado en este abismo para siempre y entonces tendrás que quedarte a mi lado. Mientras yo lo desee.

—¿En un húmedo agujero eternamente oscuro comiendo cornejas muertas? —Isaac rio—. A fe mía, también yo estoy donde quiero estar.

Entonces apagó la lámpara.

El negociador de los sajones regresó dos días después de las negociaciones con los francos, aunque de un modo peculiar: su cabeza apareció clavada en una lanza que por la noche alguien plantó ante la puerta oriental de la fortaleza de Aeresburg. Sus verdugos habían pintado el símbolo de los cristianos en sus mejillas y su frente.

Osnag estaba furibundo. El líder sajón pronunció más discursos en la gran sala, aplaudido por los mayores de la tribu, que manifestaron su aprobación golpeando sus escudos con las espadas. Nadie sabía por qué habían fracasado las negociaciones con el rey franco, pero todos tenían una certeza: a partir de ese momento solo hablarían las armas.

Cuando el sol se puso Imma se acercó a Osnag mientras este examinaba su caballo de batalla. Los sitiados suponían que en el próximo ataque los francos movilizarían todas sus fuerzas y atacarían las empalizadas.

—Osnag —dijo Imma. El caudillo no le hizo caso—. Viduquindo —dijo ella entonces, y el hombre le lanzó una breve mirada.

—¿Qué quieres? ¿Volver a reprenderme? Esta vez no hay un público que te preste oídos. No malgastes saliva.

Imma tocó los arreos del semental. El freno y las argollas

eran de hierro finamente cincelado.

—¿Y ahora qué ocurrirá con los rehenes?

—Morirán esta noche. Los francos no atacarán antes del amanecer. Hasta entonces tenemos tiempo de sacrificar los prisioneros a Irmin y a cambio él nos concederá fortuna en la batalla.

—Si dejas a los prisioneros con vida puede que los francos no osen atacarnos.

—Recuperarán a sus hombres tan vivos como nosotros al nuestro. Drogo se encargará de que sus alaridos sean audibles en el campamento enemigo —dijo frunciendo el ceño—. ¿Qué me importa el destino de los prisioneros?

Imma tanteó el amuleto que ocultaba bajo su vestido; cuando le contestó a Osnag su voz temblaba.

—Su destino me es indiferente, pero si esta noche Irmin ha de ser convocado he de prepararme. Soy la primera cantante y es mi voz la que debe despertar al dios de su sueño. Lo sabes, ¿verdad?

Osnag asintió con la cabeza.

—Por supuesto que lo sé. Así que ve a prepararte, yo también he de hacerlo.

Imma se alejó. Cuando se aseguró de que el caudillo ya no podía verla, echó a correr hacia la casa excavada con las lágrimas resbalándole por las mejillas.

Los prisioneros ya no se encontraban allí. Ni siquiera Radoberto montaba guardia ante la entrada. No era necesario descender al laberinto una vez más: Drogo había mandado buscar a los prisioneros y los preparaba para la ceremonia.

Imma se retorció las manos con gesto desesperado. ¿Cómo podría presentarse ante el Irminsul, rodeada de todos los miembros de la tribu y cantar mientras clavaban a Isaac

al árbol? ¿Cómo podría volver a venerar al dios de los sajones? Si acababa con la vida de Isaac, ¿no debería ella apartarse de Irmin y venerar a otro dios?

Entonces se le ocurrió una idea. Protegida por los árboles, se deslizó a través del bosquecillo sagrado hasta el extremo de la fortaleza. Allí las empalizadas no estaban vigiladas, y por un buen motivo: los atacantes estaban obligados a escalar las abruptas rocas y habrían sido blanco fácil para los troncos despeñados y los incandescentes chorros de resina de abedul. En primavera brotaba de las rocas una fuente, un acontecimiento celebrado por los sajones con un día festivo. También en verano brotaba agua de vez en cuando. Gracias a ese milagro la Aeresburg era capaz de soportar sitios durante muchas lunas. El fenómeno debía de ser tan antiguo como el mundo pues el agua ya había horadado un túnel en la piedra, un túnel cuya existencia no conocía casi nadie, menos aún los francos. Pero eso cambiaría.

Imma se arrodilló entre los saúcos, encontró el montón de leña apilada ante la entrada del túnel y empezó a apartar ramas y leños. «La profecía de Drogo acabará cumpliéndose —pensó—. Ningún sajón saldrá de aquí ileso.»

Capítulo 1

802 d.C.

La vieja volvió a escupir sangre durante la noche. Él podía verlo a la luz de la luna que penetraba entre las rendijas del cobertizo y también oír sus resuellos y toses. A veces, cuando los espasmos la despertaban, la vieja incluso maldecía la muerte.

Permanecer tendido junto a Rosvita le resultaba insoportable. Thankmar se zafó de su correoso abrazo y se apartó con sigilo para que ella no lo notara, pero la pared de la barraca lo detuvo. Presionó la mejilla contra la madera de cedro y escuchó los ronquidos de los otros esclavos, el rumor de sus harapos y el tintineo de sus cadenas. Algunos gemían, sumidos en una pesadilla. Un anciano hablaba en sueños.

Eran unos cincuenta. Hacía tres semanas que se encontraban en el puerto de Génova, el mercado de esclavos del reino franco que gozaba de la peor fama. En lugares como ese no se compraba seda de Bizancio o algodón sirio. Tampoco había objetos de cristal de Tiro, sándalo de Egipto o pan de azúcar de Trípoli. Allí olía a sudor y mugre, a heces y desesperación. Ante los cobertizos, docenas de prisioneros aguardaban un destino que los conduciría al horno candente de Arabia, donde los abasíes codiciaban esclavos del norte de piel blanca y pagaban dirhams contantes y sonantes por ellos.

Puede que en una vida remota los esclavos hubiesen sido aterradores espadachines o bondadosos sacerdotes, artesanos o mercaderes, porqueros o amos de fértiles comarcas, pero el collar de la esclavitud los convertía en paganos, no bautizados que rechazaban la fe del Crucificado. Si bien el nuevo derecho público de los francos había prohibido la servidumbre, ello solo valía para los cristianos. Cuantos seguían venerando a los antiguos dioses acababan en las mazmorras, en el patíbulo o en un mercado de esclavos como el de Génova.

Rosvita apoyó la mano en el hombro de Thankmar y lo arrastró hacia atrás, junto a su cuerpo caliente. De sus labios brotó una espuma rojiza mientras tanteaba el cuerpo masculino con manos exigentes. Thankmar cerró los ojos e invocó a Saxnoth, suplicando que le regalara la muerte a la anciana cuyos resuellos y respiración entrecortada entonaban una horrenda canción de amor, solo apagada por los sonidos de la mañana cada vez más próxima.

La puerta de la barraca se abrió con el primer rayo de sol y en el hueco apareció la fornida figura de Grifo, el traficante de esclavos. Como siempre, llevaba su bolsa de cuero colgada del cinto, tan repleta y redondeada como su barriga. Malhumorado, expulsó a los prisioneros de su alojamiento al tiempo que los amenazaba con la tortura y la muerte si tardaba mucho más en encontrar interesados en comprarlos. De camino al sur, había demostrado varias veces que sus amenazas iban en serio: si durante el trayecto no podía alimentar a todos los esclavos, los colocaba por turnos contra la rueda de un carro. Si su estatura superaba la rueda significaba que eran demasiado altos y consumían demasiada comida. Entonces Grifo les cortaba la cabeza. Thankmar aborrecía a aquel calvo traficante de esclavos; no obstante, todas las mañanas ansiaba la llegada de Grifo, que lo arrancaba del abrazo de la vieja bruja.

Hacía días que el calor sofocante paralizaba el negocio.

Incluso los árabes, hijos del desierto nacidos bajo un sol abrasador, solo avanzaban con lentitud a través del ajetreado puerto genovés. La ciudad agonizaba en medio del calor, no soplaba ni una brisa y por encima del mar de Liguria el aire vibraba como por encima de hirviente cuenco de sopa de pescado. La ausencia de viento clavaba las embarcaciones en los muelles. Los infelices capitanes que habían embarcado mercaderías perecederas se veían obligados a observar cómo la carga se pudría. Las escotillas de carga y los toneles apestaban a podrido, el olor flotaba por el barrio del puerto y ninguna ráfaga misericordiosa lo arrastraba lejos de allí.

Los esclavos de Grifo pasaban el día en una mugrienta barraca a la que acudían los clientes árabes. Una capa de polvo teñía sus cuerpos de un tono grisáceo y las enfermedades y el hambre habían afectado incluso a los más fuertes. Casi ningún comprador echaba un segundo vistazo a la mercancía de Grifo. Sin embargo, el traficante no se cansaba de proclamar las bondades de sus esclavos a voz en cuello y con palabrería huera.

Lo único que podía ofrecer eran personas toscas y rudas, como el corpulento Odo, un pescador de las playas de Armórica; el lloroso Grimoldo, un prestamista de Soissons que se jactaba de que en cierta ocasión había ayudado al mismísimo emperador; Gerinberto, un jabonero de Aquitania de manos cubiertas de llagas; la pequeña Bertrada, que había pertenecido al obispo de Salzburgo, pero huyó, fue atrapada, cegada y vuelta a vender; y Rosvita, la bruja de Turingia que amedrentaba a todo el campamento. Entre los esclavos de Grifo no había individuos forzudos idóneos para formar parte de la guardia de corps de un príncipe árabe y ninguna mujer regordeta apta para un harén.

Thankmar apenas destacaba en el grupo; era un muchacho de cabello oscuro, cuerpo delgado pero fuerte y miembros largos. Solo el pie deforme estropeaba la imagen de un joven apuesto. El pie, vuelto hacia dentro, formaba un

ángulo antinatural, de manera que al andar apoyaba el borde en vez de la planta. Si bien su musculatura era perfecta, como esculpida por el cincel de un maestro de la antigüedad, el muslo de la pierna deforme era blando, pálido y débil.

Thankmar pasaba horas sentado al sol, formando figuras enigmáticas con un trozo de arcilla: caballos con cabeza humana, espadas que crecían en el tronco de un árbol, rostros fieros de barbas enmarañadas...

En su hogar de Haduloa, junto a la desembocadura del río Elba, sus diestros dedos siempre le causaban problemas. Debido al pie deforme no era apto para trabajar en el campo y sus padres y hermanos siempre tuvieron que alimentarlo durante los largos inviernos, pero la destreza de la que carecía su pie se veía compensada por la de sus manos. Thankmar recibió el encargo de hornear la arcilla y proporcionar vasijas a su familia, una tarea que solían realizar las mujeres. Pero él era más hábil que ellas y sus manos incluso fueron capaces de algo más: convertir al muchacho en un exitoso ladrón. Muy a menudo se había escabullido de la granja por las noches y abandonado la aldea para cojear a través de los bosques hasta la aldea vecina, donde, gracias a su talento, lograba introducirse en los gallineros y graneros y robar huevos y leche sin que nadie se percatara... ni siquiera las vacas y gallinas parecían notar su presencia. Con frecuencia había creído que el zorro lo observaba desde los matorrales, enfermo de envidia. Ninguna puerta se le resistía y a la mañana siguiente, cuando depositaba unos huevos bajo las gallinas de la granja paterna, se alegraba de haber contribuido a la alimentación de su familia. Su padre, su madre y sus hermanos jamás descubrieron que un ladrón vivía entre ellos. De lo contrario, quizá lo hubiesen expulsado de la granja. El joven sajón solía albergar dudas respecto a sus *excusiones* nocturnas, pero la satisfacción en el rostro de su padre cuando salía del gallinero con dos docenas de huevos hacía que sus

remordimientos de conciencia merecieran la pena.

Pero aquellos días habían quedado atrás hacía tiempo. Sus manos eran las de un esclavo y solo servían para amasar arcilla inútilmente. Por las noches Thankmar volvía a convertir sus obras en un mazacote informe, pues no sabía a quién hubiese podido regalárselas.

Una vez que el sol desaparecía tras el horizonte los esclavos se retiraban a la barraca. Los sitios para dormir escaseaban y quienes llegaban demasiado tarde tenían que dormir de pie, lo cual convertía la noche en algo insoportable, incluso si uno se apoyaba contra un poste o una pared de madera.

Todas las noches Thankmar perdía la carrera por alcanzar un lugar donde tumbarse. Al principio arrastraba el pie deforme, después intentó ganar velocidad apoyando el borde del pie y gritando de rabia, pero eso tampoco sirvió de nada. No era su propia torpeza la que despertaba su ira, sino la indiferencia de los otros prisioneros.

Rosvita era diferente. La había considerado una amiga la primera vez que permaneció de pie, indefenso en medio de la atestada barraca. Intentó ponerse cómodo aunque estuviera de pie y apoyó el peso en la pierna sana, pero se tambaleó una y otra vez, cayó sobre los dormidos y cosechó golpes y maldiciones. Entonces vio que la anciana lo llamaba con la mano desde el otro extremo del recinto.

—Ven aquí, hijito —graznó y los pellejos colgaban de sus brazos, ondeando como una bandera al viento. Thankmar se sorprendió al ver que a su lado aún había un lugar desocupado, pero, agradecido, se dejó caer en la paja sin hacer preguntas.

Hacía cuatro semanas que dormía junto a Rosvita. Todas las noches los espasmos agitaban su cuerpo desquiciado y los intervalos entre cada ataque de tos se volvían cada vez más cortos. Thankmar estaba familiarizado con la naturaleza

de su dolencia: el lobo *Fenrir*, hermano de la serpiente *Midgard* y el mayor enemigo de los dioses, aferraba a la anciana y amenazaba con asfixiarla. Los síntomas eran inequívocos: la bestia estaba acurrucada en las profundidades de su cuerpo y la carcomía desde dentro, ladrando y aullando. De noche podía observar sus efectos cuando la tos de Rosvita y sus sanguinolentos esputos atestiguaban la lucha librada en sus entrañas. Era la primera vez que Thankmar se había encontrado con una persona poseída, pero recordaba los cuentacuentos de su tierra natal que hablaban de espantosas transformaciones, de hombres y mujeres a los que les crecían cabezas de lobo y que ya no poseían ningún sentimiento humano, solo sed de sangre y ansias de matar.

Rosvita aún no se había transformado, pero en una anciana como ella su afiebrado deseo por Thankmar resultaba tan extraño que solo podía tratarse de un indicio de que estaba poseída. La primera noche había notado que le tanteaba la entrepierna y después se abalanzaba sobre él con un brillo voraz en la mirada, apoyando una daga contra su oreja con mano temblorosa. Resistirse hubiese supuesto una estupidez fatal.

Lo martirizaba casi todas las noches. Todas las noches su pie lisiado lo obligaba a compartir el lecho de Rosvita y no podía esperar ayuda de los demás prisioneros, que observaban con sonrisas maliciosas o desviaban la mirada, asqueados. Thankmar era el esclavo de una esclava.

La daga le otorgaba poder. Si lograra hacerse con ella, Rosvita ya no podría obligarlo a nada. ¿Cómo se las había arreglado para introducir la daga en la barraca? ¿Dónde ocultaba el arma?

Cuando nadie lo observaba, Thankmar hurgaba y rebuscaba en la paja, siempre en vano. Solo quedaba una posibilidad: la daga debía de estar oculta entre sus harapos,

de modo que de día ella la llevaba consigo. Thankmar aguardaba el momento idóneo para desarmar a la vieja; dejaba que los días transcurrieran sin perder la paciencia, permanecía en cuclillas en la pequeña plazoleta ante la barraca, trabajaba la arcilla y observaba cada movimiento de su torturadora.

Esa mañana Rosvita estaba sentada con la espalda apoyada contra una enorme vasija de arcilla y parecía dormir. Thankmar oía su resuello habitual; si se arrastraba hasta ella tal vez podría birlarle el arma sin que ella se diera cuenta. ¿Dónde debiera buscarla? ¿Qué pasaría si ella se percataba?

Mientras reflexionaba sus manos crearon una figura humana de arcilla húmeda. Él contempló su obra con el entrecejo fruncido, rozó los contornos con suavidad: la pequeña cabeza y las curvas femeninas de una mujer. Sus dedos se detuvieron y dirigió la mirada hacia Rosvita; un collar de cuentas azules le rodeaba el cuello y desaparecía bajo su vestido, entre sus pechos. No podría haber encontrado un lugar mejor para esconder la daga.

Cuando dejó la figura femenina a un lado esta se desmoronó, pero no le importó: estaba concentrado en el collar de Rosvita. Los demás esclavos dormitaban o trabajaban a la sombra y nadie le prestó atención cuando él se puso de pie. Grifo brillaba por su ausencia. Si hubiese sabido que el gordo traficante de esclavos estaba ocupado se habría sentido menos inquieto. ¿Tonterías! Reprimió su inquietud y cojeó por la arena caliente hacia la vieja.

Sin llamar la atención, alcanzó el montón de cazos, jarros y vasijas junto al cual estaba sentada Rosvita, durmiendo. Thankmar se arrastró en torno al montón a cuatro patas, maldiciendo su pie deforme para sus adentros. Se acurrucó detrás de una alta vasija de arcilla y aguzó el oído: Rosvita seguía resollando y roncando. Con gran cautela, reptó en

torno a la vasija.

Ella tenía los ojos cerrados y la mandíbula colgando... estaba realmente dormida. Con cada respiración, las cuentas azules subían y bajaban, solo debía cogerlas con la mano. Para aplacar su nerviosismo se obligó a no pensar en lo que Rosvita le haría si despertaba y descubriría que le estaba tocando los pechos. Clavó la vista en los trémulos párpados de la anciana y tendió la mano.

Sus dedos apenas rozaron el cuerpo de la vieja, tantearon las cuentas azules y despegaron el collar de su piel con cuidado. Rompió el hilo entre las cuentas, cogió el collar y lo extrajo de los harapos, Rosvita no hizo el menor movimiento.

Pero el arma no colgaba del collar. Thankmar clavó la vista en el inútil botín que pendía de su mano y, aun a riesgo de ser descubierto, soltó un suspiro desilusionado.

—Muy hábil por tu parte, muchacho —dijo una voz a sus espaldas, acompañada de un lento aplauso.

Thankmar se volvió. A un par de pasos había dos hombres que lo observaban. El cráneo gordo de Grifo brillaba al sol. A su lado se alzaba la delgada figura de un desconocido. Una corona de cabellos blancos le rodeaba la cabeza calva, como una tonsura descuidada. En su rostro de rasgos afilados unos ojos claros lo contemplaban con mirada fulgurante.

—Un ladrón de gran maestría —le dijo a Grifo sin apartar la mirada de Thankmar.

—Tenéis razón —asintió el traficante de esclavos y su saliva salpicó la mejilla del otro, pero este no reaccionó—. Por otra parte, es un esclavo sumamente diestro. Es un maestro alfarero y encima un talentoso intérprete de la trompa de caza, es tonelero y sabe tejer, es un excelente orfebre y lo he visto caminar horas sobre las manos. Todo

eso compensa su pie lisiado. He de deciros que si el gran Alejandro hubiese tenido un esclavo de manos diestras a su lado, entonces el nudo frigio no hubiera logrado sujetarlo.

Sus supuestos talentos sorprendieron a Thankmar, pero se cuidó mucho de interrumpir al traficante. De reojo notó que Rosvita se movía.

—Parecéis conocer muy bien a vuestros esclavos, como si fueran vuestra familia y solo unos pocos pudiesen superar vuestros conocimientos del pasado, al menos en cuanto a la precisión. —Una leve inclinación de la cabeza del desconocido bastó para que el gordo Grifo se hinchara de orgullo hasta casi reventar—. Os daré doce chelines —añadió el hombre.

Grifo se indignó y agitó los brazos.

—¡Doce! Contemplad los preciosos jarros, cuencos y cazos que crean sus dedos. ¡Mirad su bello cuerpo! Como catamita, como joven amante, sería digno de un príncipe. Os costará media libra de plata, no menos.

—No parecéis reconocer un príncipe en mí, pero pretendéis que pague un precio principesco. ¿Qué significa eso?

El traficante de esclavos pareció irritado.

—He arrastrado a este muchacho hasta aquí desde Haduloa. Nadie me lo quiso comprar; tuve que alimentarlo y eso me costó una fortuna. Un caballo es más frugal, más fácil de contentar que este.

Entonces Grifo soltó un salivazo adrede y una mucosidad verdosa aterrizó en la arena a los pies de Thankmar.

—¿Haduloa? Así que es sajón. —El desconocido cruzó los brazos sobre su atuendo de brocado carmesí y Thankmar notó que las manos del viejo temblaban—. Si nadie lo quiere como esclavo, cualquier precio debiera resultaros aceptable. ¿Por qué queréis estropear el negocio con la usura? Mi última oferta son quince chelines. ¡Aceptadla!

Grifo apretó el monedero que le colgaba del cinto; su mirada oscilaba entre Thankmar y la mano tendida del hombre.

La voz chillona de Rosvita interrumpió el negocio.

—Ese condenado lisiado es mío. Le regalo amor y él me ha robado. Para un señor elegante como vos su proximidad resulta demasiado peligrosa; dejadlo conmigo, dejadme ese piojoso gallito, grabaré mi nombre en su vientre con la punta de mi daga, en pago por su ingratitud.

Rosvita se había puesto de pie y las lágrimas recorrían su cara arrugada.

Al parecer, había acabado por caer en las garras de la locura. El mayor deseo de Thankmar era abandonar ese lugar para siempre. Si Grifo no cerraba el trato lo pagaría con Thankmar... en caso de que aquella bruja loca no lo apuñalara antes. Todo dependía de él, debía hacerse cargo de su destino.

Los miembros le pesaban cuando se obligó a ponerse de pie, como si su sangre se hubiera vuelto plomiza, e hizo caso omiso de la orden de Grifo de que se detuviera. Tambaleándose, se plantó ante el hombre ataviado de rojo y clavó la vista en la punta retorcida de sus botas. Grifo soltó otro ladrido, pero el desconocido le indicó que callara con un gesto.

—Señor —graznó Thankmar. La desesperación le atenazaba la garganta y tragó saliva—. Señor, soy Thankmar *el Alfarero*. Sí, soy sajón. Mi hogar se encuentra a orillas del gran río Elba, allí donde comienzan las marismas. Me convertí en esclavo debido a la guerra, pero nunca he luchado contra los francos. A causa del pie, ¿comprendéis? Es verdad que apenas puedo caminar, estar de pie ya resulta doloroso. Pero puedo trabajar y os serviré fielmente si me dais la oportunidad de hacerlo. ¡Sacadme de aquí, señor! En este lugar me aguarda la muerte.

—¿Qué me importan tus deseos, esclavo? Tu sangre podría teñir de rojo el mar y yo navegaría por encima sin parpadear. El patíbulo del que cuelgas supone una diversión a la vera del camino. ¡Un esclavo con exigencias! En esta barraca habita la locura. Y encima eres un ladrón, ¿verdad?

—Jamás he cogido algo ajeno —afirmó Thankmar. Entonces recordó el botín que aún sostenía en la mano—. El collar de la vieja, señor, solo fue un error. —Gesticuló y suplicó—. Tiene un puñal, ¿comprendéis?, y...

Grifo le asestó un puñetazo en el ojo izquierdo, lo tumbó como la tormenta tumba un árbol podrido y se esforzó por reprimir su enfado.

—¡Perdonad! Todavía es joven y no se ha acostumbrado a la vida en cautiverio. ¿Ofrecéis quince chelines, pues? —soltó.

El desconocido tomó aire sin apartar la vista de Grifo y dijo:

—Debieras matar a esa criatura deforme, libraros de esa plaga. Las alimañas sajonas ni siquiera tienen valor como esclavos —añadió, y se dispuso a marchar, pero volvió a detenerse—. Por cierto, el nudo que Alejandro cortó con la espada fue el gordiano, no el frigio. Y tampoco lo ataron de pies y manos.

Y con paso arrogante el desconocido desapareció entre los vagabundos del puerto.

Entonces el silencio reinó en el campamento. Grifo agitaba los brazos y murmuraba para sus adentros. Jadeaba y toda su cabeza se tiñó de un tono rojizo.

Todos los esclavos de Grifo habían presenciado la humillante derrota de su amo. Los cincuenta hombres y mujeres permanecieron inmóviles, aguardando que la cólera de su dueño cayera sobre ellos, como un ejército petrificado antes de la batalla contra un enemigo todopoderoso.

Sin embargo, quien dio la señal de atacar fue Rosvita. La risa se abrió paso a través de su boca desdentada e hizo añicos el silencio. No era una risa alegre sino un chillido de malevolencia, un sonido que pronto repitieron los otros prisioneros y de todas las gargantas brotó la cacofonía de la burla.

—¡Callad! —chilló Grifo—. ¡Callad inmediatamente! Solo sois escoria, vuestra vida no tiene valor, os ahogaré a todos —añadió y su voz se volvió más aguda al tiempo que las carcajadas resonaban.

Entonces Rosvita se acercó a Grifo y empezó a caminar alrededor de él con movimientos torpes. El gordo traficante se quedó perplejo y eso pareció avivar la locura de la bruja de Turingia. Brincaba en torno a Grifo con rapidez cada vez mayor, alzaba sus harapos con gesto grosero y pateaba el suelo con sus magras piernas, acompañada por las carcajadas de los esclavos. Cuando comenzó a tejer hilos invisibles en el aire, hacer muecas, escupir y maldecir a Grifo, el traficante se echó a temblar y se agachó.

—Una cabeza, un ojo, una pierna, eso es lo que cuesta la vida.

Rosvita repetía esas palabras como si fueran un conjuro sin dejar de brincar alrededor de Grifo. ¿Era hechicería o solo el balbuceo de una demente? Nunca vería si surtían efecto.

La danza de Rosvita acabó tan abruptamente como su vida. Las zarpas de Grifo erraron el blanco dos veces, pero después lograron coger la cabeza de la vieja. Cuando la desnucó, el suave chasquido apagó el bullicio de los esclavos y el silencio volvió al campamento.

Rosvita se desplomó en el polvo.

Capítulo 2

En medio del calor infernal una brisa levantó un remolino de polvo, la arena azotó los ojos de Isaac, lo obligó a detenerse y el viento agitó el manto de brocado de un profundo rojo. Isaac notó que los granos de arena se introducían bajo su caftán y se pegaban a su piel empapada de sudor. «No es nada —pensó—, solo una ráfaga», pero aun así se estremeció y sus manos temblaron. Lanzando un suspiro, se sentó al borde del embarcadero. «Solo un momento», se dijo... Entonces, como tan a menudo, los recuerdos lo invadieron.

Hacía más de medio siglo que duraba la guerra entre francos y sarracenos. Oriente y Occidente luchaban por la hegemonía religiosa y el dominio del mundo. Debido a una serie de emperadores débiles Bizancio, hasta entonces el tercer gran poder, se había convertido en una prostituta política que se vendía al mejor postor. Emperador o califa, Carlomagno o Harun al Rashid: uno de los dos debía decidir la lucha por la fe y las fronteras a su favor. Dando voces, los ejércitos enemigos se enfrentaban a ambos lados de los Pirineos, pero mientras los guerreros ansiaban empapar sus espadas con la sangre de los infieles sus soberanos comenzaban a cansarse de guerrear. Habían envejecido y estaban hartos de matanzas, hartos de campos sembrados de cadáveres, hartos de aldeas arrasadas e incendiadas, hartos de cámaras del tesoro vacías. Administrar sus

gigantescos reinos exigía toda su atención y su muy alabada sabiduría. Su mayor enemigo era la propia guerra y ésta agitaba su estandarte con fuerza inquebrantable. Ante ese amo, hasta los dos hombres más poderosos de la tierra inclinaban la cabeza. Si hubiesen proclamado su anhelo de paz abiertamente, sus propias cortes se habrían abalanzado sobre ellos como una manada de leones sobre dos corderos perdidos. Una tregua resultaba imposible.

Quien osó dar el primer paso fue Carlomagno, enviando a Isaac, su consejero judío, en misión diplomática a Bagdad. El encargo era de naturaleza delicada y amenazaba con sacudir los cimientos del reino franco. El emperador le enviaba obsequios al califa, obsequios para el enemigo, para el hombre que toda la cristiandad consideraba el diablo en persona. Diez corceles hispanos, un carro cargado de paño frisio y veinte perros de caza de Austrasia debían ser trasladados a Bagdad sin llamar la atención. Si la naturaleza de la misión se hiciera pública, un incendio descomunal arrasaría la tierra y sumiría la recientemente despertada civilización europea en la barbarie.

El espanto se apoderó de Isaac al recordar el viaje. Con el fin de llamar la menor atención posible habían emprendido una ruta a través de páramos deshabitados y elevados y peligrosos pasos de los Alpes. Veinte personas acompañaban los treinta animales destinados al califa. Desde los tiempos de Teodorico, el poderoso visigodo, ningún contingente tan peculiar había recorrido aquellos viejos senderos. Solo rara vez se toparon con campesinos sorprendidos y mercaderes curiosos; los pocos que se cruzaron en su camino pagaron con su vida el vistazo echado a la secreta carga. Acabaron en el fondo de un abismo o atravesados por una lanza.

El invierno los sorprendió en la inhóspita comarca del monte Belchen Amarillo; las heladas aparecieron dos semanas antes de lo esperado y estuvieron a punto de provocar el fracaso de la misión; durante diez penosos días,

hombres y animales se enfrentaron a las gélidas ráfagas que les desollaban las mejillas y les clavaban agujas de hielo en los pulmones.

Y el alud supuso la irrupción de la catástrofe. Las atronadoras masas de nieve cayeron sobre la retaguardia y arrastraron cinco mulos al abismo... y con ellos todas las provisiones. A partir de entonces el hambre no los abandonó. Pescar o recoger bayas: cualquier intento de obtener alimentos resultaba tan inútil entre las montañas cubiertas de hielo como la esperanza de tomar un baño en el Sahara.

Tras tres días sin alimento los perros enloquecieron y durante un descuido se abalanzaron sobre uno de los preciosos corceles. Si Radulfo no se hubiese interpuesto con valentía, la misión de paz a Bagdad habría tocado a su fin. Radulfo, que siempre había destacado por su discreción y sensatez, no vaciló en interponerse entre los perros hambrientos y los corceles. Lo destrozaron antes de que uno de sus compañeros pudiera prestarle ayuda. El fin de Radulfo fue horroroso, pero su muerte también supuso la salvación de los demás porque los perros saciaron su hambre devorando sus restos y dejando en paz a los valiosos sementales.

El grupo prosiguió su camino a lo largo de precipicios helados, traicioneros campos de nieve y a través de densos bosques. Acampaban de día y avanzaban durante las largas noches, cuando el peligro de ser sepultados por un alud era menor. Hombres y animales soportaban el hambre como horrendo acompañante, pero dos días después de su espantosa comida los perros enloquecieron una vez más y un gruñido unísono de la jauría anunció una nueva catástrofe.

Había demasiado en juego: si los perros mataban a los caballos la misión habría fracasado, y si los perros se mataban entre ellos, la misión también fracasaría. Si en cambio morían algunos hombres y los sobrevivientes

lograban conducir todos los animales sanos y salvos hasta Bagdad, supondría el primer paso para el entendimiento entre francos y sarracenos.

Isaac mandó echar a suertes. Que Hatto fuera el primer condenado supuso un duro golpe para el judío. Presa de la consternación, su discípulo y amigo permanecía de pie con la nieve hasta las rodillas; ambos se despidieron con un abrazo silencioso y después el propio Isaac lo decapitó. Los perros olfatearon la sangre en el acto y cayeron sobre la víctima como ladrones de tumbas sobre un sepulcro real.

La muerte de Hatto les proporcionó dos días más. Entonces fue Gerberto de Friaul el siguiente condenado. Y luego, uno tras otro, Aregis, Grimwaldo y Theodo sacrificaron su vida por la de los perros. Bernardo de Kärnten murió de frío bajo una saliente rocosa y Hugo, el espadero, que se adelantó para explorar, nunca regresó. Lo encontraron dos días después colgado de un pino, una señal de su desesperanza.

No contaban los muertos ni los días. Los esfuerzos de los hombres restantes solo estaban dedicados a la supervivencia de los animales y lo único que los impulsaba era la convicción de que al desierto blanco del macizo de la Bernina debían seguirles los verdes valles de Lombardía. Cuando por fin dejaron atrás las últimas montañas, el lago de Como resplandecía bajo sus pies a la luz de la luna. Casi perdieron el juicio al verlo y, riendo a carcajadas, Dagoberto y Erik se abrazaron mientras las lágrimas recorrían sus rostros demacrados. Las trémulas rodillas de Isaac cedieron y cayó de rodillas en la nieve, que ya no le parecía un blanco pantano sino algo inocente y ligero como una pluma.

Dios los había sometido a una prueba y él, Isaac de Colonia, había conducido al pueblo fuera de Egipto. Al igual que antaño Moisés dividiera las aguas del mar, él ordenó a las montañas que retrocedieran y entonces el camino a Tierra

Santa se abrió ante ellos. Como un profeta, Isaac impondría la paz a los pueblos y expulsaría la insensata guerra del mundo. Los preciosos animales estaban vivos. ¡Loado fuera Jehová!

Veinte hombres habían emprendido el viaje. Diecisiete almas quedaron atrás en el infierno helado y los tres supervivientes habían sufrido graves lesiones. Dagoberto perdió los dedos de la mano derecha, congelados. La nieve había cegado a Erik, que jamás recuperaría la vista. Solo Isaac había escapado de las consecuencias del frío, pero su alma purificada que había contemplado abismos insondables hacía que sus huesos temblaran y sus músculos se estremecieran. Al principio adjudicó los temblores incesantes al hambre; más adelante, cuando encontraron alojamiento y comida en un mesón, creyó que se veía afectado por las fiebres.

Dos meses después la misión había alcanzado la meta: Bagdad, la ciudad redonda, la flor del Tigris. Isaac estaba arrodillado ante Harun al Rashid, soberano de Oriente. El califa invitó a los tres enviados a tomar asiento en un diván y se dispuso a saludar a sus huéspedes, pero en el momento del triunfo algo ensombreció a Isaac y una tormenta lo zarandeó. Todo su cuerpo temblaba con tanta violencia que sus nuevos atuendos árabes susurraron y el califa le lanzó una mirada interrogante.

Mientras Al Rashid hablaba lo que Isaac oía no era la voz ronroneante del príncipe árabe, sino la palabra de Dios brotando de la boca del califa. Y Dios rugía. Presa de la confusión, Isaac intentó hacer caso omiso de la visión y hacer honor a la ceremonia de recibimiento de Harun al Rashid, pero aquella voz atronadora lo aturdió. Ninguno de los presentes parecía percatarse de nada.

—Isaac —rugió Dios con voz furibunda—, me has blasfemado.

El rugido hizo que Isaac casi perdiera el sentido.

El califa se rascó la barba y luego plegó las manos sobre su abultado vientre. Resultaba evidente que esperaba una respuesta a una pregunta, pero Isaac no la había comprendido. El Gran Visir le siseó unas palabras en árabe al califa.

Isaac se puso de pie. Tenía calor.

Dios no lo dejaba en paz.

—Como si fueras Moisés, quisiste descender del monte Sinaí como pregonero de un tiempo nuevo. Pero tu arrogancia delata la verdadera naturaleza de tu empeño. No eres profeta sino faraón. No conduces al pueblo sino a los perseguidores. ¡Tiembla ante la cólera de tu Señor, Isaac! ¡Tiembla!

De pronto el rostro del califa se inclinó sobre él. Unos ojos bordeados de negro lo contemplaron con expresión preocupada y los pelos de la gran barba negra cobraron vida. Tejieron un capullo en torno a Isaac, que se volvía cada vez más tupido y estrecho, hasta que por fin el judío se hundió por completo en la oscuridad.

Dispuso de dos años para recuperarse del colapso. Tenía prisa por regresar, pero Harun al Rashid no se daba prisa en escoger el obsequio destinado a Carlomagno. ¿Un astrolabio dorado para observar el cielo estrellado? ¿Quizás un rinoceronte vivo? ¿Quinientos camellos cargados de sedas? ¿O tal vez la favorita del califa, una excelente narradora de historias? Cada nueva ocurrencia despertaba mayor entusiasmo que la anterior, pero se negaba a tomar una decisión precipitada. Solo después de que Isaac le advirtiera que, con respecto a los asuntos diplomáticos, el soberano de los francos tenía la piel bastante dura pero que no disponía

de un tiempo ilimitado, al árabe se le ocurrió lo que había buscado durante tanto tiempo.

El califa mandó construir un aparato en los talleres de sus matemáticos y constructores persas que, mediante un misterioso sistema de conductos y depósitos, indicaba las horas del día. Un reloj que se mantenía en movimiento mediante fuerza hidráulica. Una vez transcurridas doce horas, dos bolitas caían sobre un címbalo. El claro sonido despertaba doce pequeños jinetes de bronce que surgían de unas puertecitas y blandían sus diminutas espadas metálicas amenazando al observador. Esa asombrosa máquina suponía un enigma para Isaac, pero reconoció que se trataba de un magnífico gesto de Harun al Rashid. ¿Qué era más digno de un emperador que el mismísimo tiempo?

El soberano abasí hizo aparejar un velero que debía trasladar a Isaac Éufrates arriba, hasta Alepo. Desde allí el viaje debía continuar a través del Mediterráneo y a lo largo de la costa occidental italiana hasta Génova. Dagoberto y Erik, que habían acompañado a Isaac hasta Bagdad, permanecerían allí como enviados permanentes del reino franco. En su lugar, cuatro hijos de príncipes árabes recibieron el encargo de conducir a Isaac y su valiosa carga sanos y salvos hasta su emperador.

Junto con el reloj estibarón coloridas alfombras de una belleza asombrosa, además de telas de seda, incienso y bálsamos en ancones guarnecidos de bronce. Y Harun al Rashid cargó algo más en la nave.

Algo enorme.

La noche había caído sobre Génova. Aún soplaba viento del mar, proporcionando el tan ansiado frescor a la ciudad. Isaac estaba sentado al borde del muelle, entre la tierra y el

mar, con las piernas colgando por encima de las aguas burbujeantes del puerto, ensimismado y contemplando el horizonte. Entonces cogió el amuleto, la mitad de un ave de presa de oro y rojo almandino que llevaba colgado del arrugado cuello, cerró los ojos y dejó que sus pensamientos se deslizaran por el mar, cabalgaran las coronas de espuma de las olas y, más allá, volaran por encima de las dunas del desierto. Y de pronto fue como si las iluminadas torres de Bagdad lo saludaran, resplandeciendo en la oscuridad.

Capítulo 3

En las colinas detrás de la ciudad se encontraba el camposanto. Lápidas de basalto apenas más altas que una pantorrilla masculina sembraban el paisaje, como caídas del cielo por casualidad. Resecas adelfas se aferraban a la tierra abrasada por el sol, nudosos olivos chupaban la última humedad de la tierra cuarteada y en torno a estos se reunían las cabras para restregar su pelaje contra los troncos, devorar sus hojas verde plata, dormir y protegerse del calor diurno bajo su sombra perforada por el sol. Con párpados pesados, el rebaño contemplaba a los dos hombres que pasaban trotando a su lado.

Soltando maldiciones, Grifo tironeaba de la cuerda cuyo extremo estaba anudado a la cintura de Thankmar. El cadáver de Rosvita colgaba del hombro del joven sajón. Cuando este se tambaleaba, la cabeza fría oscilaba de un lado a otro delante de su vientre. Incluso muerta, Rosvita despertaba terror.

El propio Thankmar también parecía un cadáver, el cuerpo cubierto de verdugones y llagas. La noche anterior Grifo había dado muerte a Rosvita y golpeado al sajón. Cuando Thankmar recuperó el conocimiento estaba tendido en un charco de orina y sangre.

Pero aún más profundo que el dolor era la añoranza por su hogar. Bajo el peso del cadáver, juró que haría lo

imposible por regresar allí donde el mar dentaba la tierra y las marismas bebían la sal del océano, aunque fuese el último superviviente de su tribu. No quería vivir como un esclavo, no en esa zona calurosa del reino franco, tampoco en Oriente ni en ninguna otra parte. Regresaría al norte, aun a riesgo de su vida.

Grifo se detuvo, pasó la cuerda alrededor del tronco de un olivo, dejándole diez pasos de libertad a Thankmar, y la anudó. Los no bautizados eran enterrados en esa zona del cementerio y allí también debía desaparecer Rosvita. Eso en caso de que la tierra no volviera a escupir la ponzoñosa dádiva. Asqueado, dejó que el cuerpo de la bruja se deslizara al suelo.

Soltando un gruñido, Grifo extrajo una cantimplora de un saco, la descorchó y bebió dos largos tragos que aumentaron el brillo de sus ojos porcinos. Después cogió un cuenco del saco y lo arrojó a los pies de Thankmar.

—Aquí enterraremos a la vieja. Escarba el agujero con su viejo cuenco o usa las manos, me da igual. Si tratas de escapar, pronto acabarás tendido junto al cuerpo de tu amorcito muerto. Para siempre.

Grifo gorjeó divertido. Le pegó una patada a una cabra, que soltó un balido indignado y brincó fuera de su alcance, dejando libre un sitio a la sombra del olivo. El traficante se dejó caer al suelo y se dedicó a vaciar la cantimplora.

En cuanto inició la tarea, la sed martirizó a Thankmar. Estaba arrodillado en el suelo duro, escarbando el polvo y la tierra reseca con el cuenco. Una amarillenta nube de polvo no tardó en envolverlo, dificultando su respiración. La mugre, las heridas, el calor abrasador... Thankmar extrañaba su hogar como nunca. Añoraba el rugido de las gélidas olas, la melodía de las tormentas otoñales y los vastos prados de las marismas. Quería volver a escuchar el susurro de los arroyos una última vez antes de morir. Reír en la cara de su enemigo

sería un fin que le agradaría. Había visto a muchos hombres de su aldea de esa guisa, antaño, cuando los francos atacaron. Pero él nunca había servido para el oficio del guerrero.

—¡No te duermas, sepulturero!

Grifo le arrojaba guijarros con gesto perezoso. El sol pendía por encima de las colinas como un fruto maduro y la tumba de Rosvita se asemejaba a una boca abierta, ávida de alimento. Thankmar estaba metido en la fosa hasta las caderas; los bordes del cuenco de madera torneada estaban astillados y él no dejaba de golpear la tierra y arrancar las resistentes raíces con las manos. Tenía los músculos entumecidos, como si se clavaran agujas en su espinazo, y la sed le roía las entrañas.

La cantimplora vacía estaba junto a los pies del traficante de esclavos. Debido al alcohol consumido, gotas de sudor le perlaban la frente y su cara se enrojeció cuando le gritó a Thankmar:

—¡Maldito Judas! Más aprisa, he dicho. ¡Esfuérzate o lo pagarás! ¿Crees que ignoro lo que tramabas? ¡Pues te equivocas! ¿Pretendes que malgastemos todo el día en este lugar? Eso te gustaría, ¿eh? Entretanto mis esclavos se asan encerrados en el cobertizo y los compradores vagan por el puerto en busca de su proveedor más fiable. Pierdo mi clientela por culpa tuya y lo sabes muy bien.

Los reproches llovían sobre Thankmar. Ante la idea de que podría volver a verse sometido a los puñetazos de Grifo recurrió a sus últimas reservas de energía: apoyó las rodillas en el suelo y comenzó a excavar la tierra con los dedos. Cuanto más rápido avanzara, más pronto Grifo se tranquilizaría. El agujero escupía tierra por encima de los bordes como un volcán, hasta que una densa niebla empañó el aire. Más profundo, debía excavar una fosa más profundo, tan profunda que Grifo ya no pudiera encontrarlo. Thankmar

echó un breve vistazo al traficante.

Preso de la ira y mareado por el alcohol, Grifo se puso de pie, se tambaleó, trató de mantener el equilibrio pero siguió tambaleándose, clavó la vista en el esclavo y luego dio un paso hacia la fosa.

—Ahora te mandaré al infierno, so criatura deforme — balbuceó—. Ya hace demasiado tiempo que te burlas de mí — añadió y avanzó otro paso. Efluvios agrios brotaban de su boca—. Te haré pedazos, cerdo sajón. Con mi puño de hierro. Sí, eso me gusta: Grifo Puño de Hierro. ¿Qué te parece?

Al dar el tercer paso casi perdió el equilibrio; se detuvo un momento y contempló a su víctima acurrucada a sus pies en el agujero.

Thankmar no supo de dónde provino la arena que azotó la cara de Grifo. La arena se arremolinaba por todas partes; a lo mejor Saxnoth le había enviado una ráfaga, o quizá presa del pánico Thankmar le había arrojado un puñado de tierra cuando el traficante se asomó al borde de la fosa.

En todo caso, la mugre revoloteó alrededor de la cabeza de Grifo como un enjambre de abejas alrededor de una flor, el polvo y la arena anegaron su boca y Grifo tosió, espasmos agitaron su torso y extendió las manos buscando algo a lo que agarrarse. Jadeó, gargajeó y siguió tosiendo tan ruidosamente que incluso las estoicas cabras volvieron la cabeza. Los resoplidos y toses fueron creciendo. Grifo se golpeó el pecho, se tambaleó y agitó los brazos hasta que la fuerza de la gravedad lo derrotó: cayó de espaldas y aterrizó en el duro y pedregoso fondo de la fosa.

Thankmar logró salir del agujero en el último instante. A su espalda, toda la humanidad de su amo chocó contra el fondo y otra nube de polvo se arremolinó. Después reinó el silencio.

Se asomó al agujero al tiempo que el corazón le latía desbocado. Grifo permanecía inmóvil. Su mano derecha colgaba fuera de la tumba como la garra de un fantasma. Thankmar se aproximó con cautela. Grifo tenía los ojos en blanco, la boca abierta y su lengua azulada asomaba entre los labios.

«Ha muerto», pensó Thankmar, y el espanto y el júbilo se adueñaron de él. Era libre, ya no le pertenecía a nadie y el camino a casa se abría ante él. Pero entonces un gemido se elevó desde la fosa y la esperanza de Thankmar se esfumó: Grifo estaba vivo.

La barriga bajo el chaleco de cuero se elevaba y bajaba, el alcohol, el calor y la asfixia habían hecho caer al traficante, pero ello no le había costado la vida.

El pánico se apoderó de Thankmar. Si Grifo despertaba sería hombre muerto y durante un momento se preguntó si podría matar a Grifo... pero ignoraba cómo hacerlo y tampoco sabía si lo lograría. Su única opción era la huida.

La cuerda de esparto lo sujetaba por la cintura, pero resistió la tentación de quitársela. Grifo conocía su oficio: si intentara estirar la cuerda, los nudos se ajustarían como la soga de un patíbulo. Thankmar se pasó la mano por los rizos oscuros con gesto nervioso. Después intentó aflojar el nudo.

Pero no tardó en capitular ante la confusión de interminables lazadas; desenredar ese ovillo le llevaría horas y solo le quedaban instantes antes de que Grifo recuperara el conocimiento. Brincó por encima del cuerpo del gordo y trató de desanudar el extremo de la cuerda sujeta al tronco del olivo. En vano.

Se mesó el pelo con ambas manos: no podría escapar, estaba a merced de Grifo, condenado a muerte por veinte pies de cuerda de esparto. Resignado, bajó los brazos; sus manos temblaban.

Entonces recordó al desconocido del manto rojo. Si no se hubiese mostrado tan arrogante podría haber servido en el hogar de un hombre acaudalado, dormido en su propio saco de paja en un gran establo, pegado a los tibios cuerpos de las cabras y los cerdos. Seguro que aquel desconocido era de origen principesco, incluso tal vez viajara por encargo del rey. Había hablado de un hombre llamado Alejandro, un hombre importante. Y había mencionado un nudo, un nudo que fue cercenado con una espada.

La daga. La daga aún debía de estar oculta en el cadáver de Rosvita. La bruja estaba allí tendida y tenía una recompensa por los servicios amorosos prestados. Las sombras de los árboles dibujaban una sonrisa irónica en sus labios.

Thankmar se acercó a ella y comenzó a registrar el rígido cadáver, hurgó entre los jirones de su andrajosa túnica, pero no halló la daga. Llevaba los pies envueltos en mugrientas tiras de tela. Thankmar las arrancó y descubrió diez dedos púrpuras, pero eso fue todo. Lo único que quedaba era el cinturón de quebradizo cuero que le rodeaba las caderas. Resultó fácil aflojar la desgastada hebilla. Cuando ambos extremos se separaron como flores marchitas notó un brillo metálico, tiró del cuero y lo despegó del cuerpo de Rosvita, pero lo que brillaba no era la ansiada daga sino una moneda pequeña cosida dentro del cinturón: un sólido de oro.

Decepcionado, Thankmar arrojó el cinto al suelo. Acababa de convertirse en un esclavo rico y podía darse por muerto. ¿Cuánta infamia aún le depararía el destino? ¿Por qué, por Irminsul, Rosvita había llevado consigo una moneda tan valiosa? El sólido brillaba al sol como si supiera la respuesta.

Entonces Thankmar recordó una de las leyendas con que los esclavos se entretenían durante los días interminables. Historias de épocas oscuras que hablaban de continentes

sumergidos y gigantes tuertos, de héroes que libraban guerras por el favor de una mujer. Uno de los espíritus malignos más temidos de dichas sagas era Caronte, el barquero, que trasladaba las almas de los muertos en su barca a través de un río negro, hasta el reino de ultratumba. Thankmar no recordaba el nombre del río, pero sí la descripción del terrible barquero. Decían que era un ser maligno de ojos rojos y cabellera de serpientes y que exigía un pago por el trayecto al más allá. Un dios dedicado a los chanchullos. Thankmar se burlaba de esa superstición, pero numerosos esclavos veneraban a Caronte. El rito exigía depositar una moneda bajo la lengua de los fallecidos, destinada a satisfacer las exigencias del barquero.

Rosvita albergaba dicha creencia porque, de lo contrario, ¿qué uso pensaba darle a la moneda de oro? Thankmar recogió el cinturón, rompió la costura y desprendió el sólido del cuero. Lo cogió y notó que el metal se entibiaba en su mano. No había ninguna daga, ninguna huida, ninguna libertad. Perecería en esas tierras malditas, al igual que Rosvita.

Como si sus pensamientos hubieran hecho sonar la diana, Grifo dio señales de vida. Gimió y resolló. Thankmar permaneció inmóvil, acurrucado en el suelo como un jabalí acorralado por los perros. Se hincó las uñas en las palmas y la moneda caliente y húmeda se deslizó entre sus dedos.

La muerta tendida a su lado... al menos ella debía poder pagar el trayecto a la eternidad. Se inclinó hacia delante y cogió la mandíbula del cadáver, abrió sus labios azules de un tirón y le bajó el mentón. La garganta de Rosvita era un agujero hediondo donde ya empezaba a anidar la putrefacción. Thankmar recordó al lobo *Fenrir*, que había realizado su obra en algún lugar allí abajo, y se preguntó si estaría acechando una nueva víctima puesto que Rosvita había muerto.

«¡Adelante! —pensó Thankmar—, seguramente moriré, a lo mejor Caronte acude de verdad y me lleva a mí también.» Sosteniendo el sólido entre el índice y el pulgar, introdujo la mano en la boca de Rosvita, tanteó los penosos restos de su dentadura y también la lengua seca. Deslizó la moneda bajo la lengua y, cuando se disponía a retirar la mano, tocó algo duro en el fondo de la garganta. Lo palpó, lo cogió y retiró la mano del cuerpo sin vida; era la daga.

«Perra astuta», pensó. Todo el tiempo, la daga había estado oculta en su garganta. ¿Hechicería? Seguro que no. Debía de haber sufrido horrendas lesiones; su voz áspera, los resuellos constantes, las toses, la sangre que brotaba de su boca... todo encajaba.

Cogió el acero con gesto decidido y serró la cuerda, que cayó al suelo. Thankmar quedó libre, por fin.

Echó un vistazo a la tumba. El traficante todavía permanecía tendido en la tierra, inmóvil e indefenso. Thankmar se arrastró hasta él y se inclinó con la daga en la mano.

Instantes después se apresuró a abandonar la sombra de los árboles, cojeando; en una mano aferraba el monedero que había cortado del cinto de su torturador. Cuando Grifo despertara seguro que la ira acabaría por asfixiarlo. Thankmar soltó una carcajada y emprendió el camino de regreso a Génova. Los balidos de las cabras lo persiguieron durante mucho tiempo.

Capítulo 4

El ombligo de la bailarina olía a lavanda; la nariz de Mazruq rozó su vientre trémulo durante un instante exquisito, antes de que ella lo apartara con suavidad. Sus caderas se balanceaban como una guadaña y ella segaba los arrebatos de todos los hombres que esa noche habían acudido a la Gata de Nueve Colas.

Mazruq se puso de pie y contempló a su tripulación. Entre aplausos, gritos y con los rostros enrojecidos, los marinos formaban un círculo en torno a la bailarina que, pese a su origen franco, sabía fascinar a los musulmanes.

«Menudos idiotas —pensó Mazruq—. Mañana por la mañana emprenderán el viaje al hogar, a Bagdad, la perla de Oriente donde la carne de las mujeres es firme y oscura, no tan blanda y pálida como la de las prostitutas francas. Sí, a Bagdad, mientras que Jalid, Sanad, Hubaish y yo, Mazruq al Atar, hijo del Gran Visir, deberemos aguantar en la tierra de los bárbaros.» Y aún peor: se veían obligados a arrastrarse ante el soberano de ese pueblo incivilizado y rogarle que aceptara los obsequios de Harun al Rashid, el protector de la *umma*, la comunidad de los creyentes.

Se apartó de la bailarina y atravesó el humo que reinaba en el mesón hasta la mesa donde sus compañeros de viaje se daban al vino.

—¿Aún firme, Mazruq? —Los ojos de Jalid estaban

vidriosos. Le tendió un jarro en el que flotaban unas moscas a punto de ahogarse.

Una mueca de disgusto recorrió el rostro surcado de arrugas de Mazruq.

—Alá puede observar nuestros actos también aquí, Jalid. Puede que La Meca y Medina se encuentren a muchos días de viaje, pero Alá te observa desde el fondo de ese jarro de arcilla. Cuando hayas bebido el último trago te verás obligado a mirarlo a la cara.

Jalid se llevó el jarro a los labios y lo vació con todo lo que flotaba en su interior, moscas o Dios, y lo examinó con gesto teatral.

—Te equivocas, Mazruq, Alá no moraba en este jarro. Convéncete tú mismo —dijo y les tendió el jarro a los demás—. ¡Y haz que me escancien más, amigo del Profeta! El calor de este tugurio mina mi fe.

Mazruq cogió el jarro y lo rompió en la cabeza de Jalid. El turbante blanco amortiguó el golpe, pero Jalid cayó de lado y ya no se movió. Cuando Mazruq se sentó junto a ellos, Sanad y Hubaish apartaron sus jarros de vino.

—Purificad vuestros sentidos —insistió Mazruq—. Al amanecer nos dirigiremos a Pavía con el judío y la carga. Solos. Pronto habremos dejado el viaje atrás, negocios urgentes me obligan a regresar a la corte y el anhelo por la simiente de mi cuerpo consume a mi harén.

El menudo Sanad asintió con la cabeza, Hubaish, pálido y demacrado, sonrió descaradamente. Como siempre, su arma favorita reposaba en sus muslos: una gran lanza cuyo astil no dejaba de acariciar. Jalid volvió a apoyar su cuerpo musculoso en la mesa; en su mirada las chispas de rebeldía se habían apagado.

La añoranza por sus mujeres acaloró a Mazruq y deslizó la vista por la taberna en busca de la bailarina: quería que le

proporcionara placer esa misma noche.

Notó la presencia de una figura desastrada bajo el dintel, una figura que se asomaba a la taberna con aire vacilante. La túnica del joven estaba hecha jirones, dejando al descubierto las lesiones de su cuerpo y sus pies desnudos, uno de los cuales estaba curiosamente torcido. El recién llegado se esforzaba por ocultar un objeto del tamaño de un puño que sostenía en las manos. Mazruq frunció el entrecejo: intuía un botín.

Thankmar entró en la taberna con expresión temerosa. El oscuro recinto estaba repleto de árabes y el vino derramado había convertido el serrín que cubría el suelo en una papilla.

—¡Eh, tú! ¡Fuera de aquí! —gritó el tabernero, un individuo flaco, de jarras.

Thankmar no le hizo caso. Era la segunda vez que le negaban la entrada a un mesón y ya estaba harto. Puede que sus perseguidores estuvieran a punto de darle alcance y no tenía intención de marcharse.

—Tengo plata —replicó al tabernero—, pago con nuevas monedas francas —añadió y se maldijo por su tono suplicante.

El tabernero apretó las mandíbulas, pero no parecía dar crédito a las palabras del recién llegado. Thankmar alzó el monedero de Grifo —que hasta ese momento había ocultado — como si fuese una bandera tomada como botín a un ejército enemigo. Entonces un brazo pesado le rodeó los hombros.

—Tranquilo, tabernero. Nuestro joven amigo es mi huésped —murmuró una voz profunda chapurreando en franco.

Thankmar se volvió abruptamente y su nariz casi chocó contra una barba negra.

—Mi huésped —repitió el barbudo.

La barba adornaba un rostro de ojos brillantes y cuencas oscuras; por debajo se arqueaba una gran nariz que a Thankmar le evocó la imagen de una hoz.

—Mi nombre es Mazruq, apreciado amigo —dijo el árabe y lo empujó hacia el interior de la taberna con suavidad—. Mazruq al Atar. ¿Y vos cómo os llamáis?

—Thankmar *el Alfarero*. Es así como entre los nuestros llaman al que trabaja la arcilla. Soy oriundo de Haduloa.

—Una comarca situada muy al norte, según he oído. Una comarca en la que dicen que se encuentra el esplendor y la fortuna.

—Sabéis mucho para ser un... un...

—¿Un árabe? —Mazruq soltó una carcajada—. Tal vez todavía no lo habéis notado, pero incluso domino la lengua franca y también mis compañeros de viaje y amigos aquí presentes. Sanad, Jalid, Hubaish: salud a mi amigo Thankmar *el Alfarero*.

Inmóviles, los tres musulmanes observaron a Thankmar. Ninguno se puso de pie. El joven los saludó con una tímida inclinación de la cabeza, después tomó asiento en el banco junto a su anfitrión.

Los árabes llevaban atuendos negros, y en la cabeza paños de algodón blanco en forma de artísticos turbantes de los cuales pendía una larga tira de tela entre los hombros. En los oscuros atavíos destacaban bordados multicolores que indicaban que quienes los llevaban eran hombres acaudalados. Thankmar sobresalía entre ellos como un pichón de corneja en el nido de un águila.

Mazruq batió palmas.

—¡Tabernero! Vino para nuestro huésped y volved a servir carne de venado, ¡era excelente! —rugió, haciendo oír su voz por encima del bullicio de los bebedores.

Carne y vino: las meras palabras suponían una promesa.

—Bien, joven amigo, ¿cómo habéis venido a parar a Génova? ¿Y quién es el malvado que os ha dejado en ese estado? —Mazruq se inclinó hacia delante—. Perdonad mi curiosidad, pero a juzgar por vuestro aspecto acabáis de regresar del campo de batalla. Y una guerra cerca de aquí podría afectar mis negocios de manera negativa, ¿comprendéis?

—No, no hay guerra. No fue... una guerra.

—¿No? ¿Y entonces qué fue?

—Un naufragio —contestó Thankmar con voz firme—. Hace tres días. Nuestro carguero se vio afectado por una tormenta en el propio golfo de Génova; las olas eran tan inmensas que no podía ver sus coronas. El casco del barco quedó destrozado. Yo logré salvarme. No sé qué ha sido de mis camaradas; ahora vago por esta ciudad en busca de un pasaje. ¿Podéis ayudarme?

El árabe llamado Sanad se dispuso a replicar, pero Mazruq se le adelantó.

—En este puerto nuestros socios son numerosos. Si queréis regresar a Haduloa, estaríais en buenas manos si embarcáis con Wolferio de Tours. El buen Wolferio todavía intenta hacer negocios con los normandos, aunque esos bárbaros ya han hundido su nave tres veces. Es un pésimo comerciante, pero conoce el mar del Norte como ninguno. Debierais encomendaros a él.

—Wolferio de Tours —repitió Thankmar para memorizar el nombre—. ¿Y dónde puedo encontrarlo?

—Pues Wolferio es como el fuego fatuo: cuando uno cree haberlo encontrado, de pronto desaparece y vuelve a aparecer en otro lugar. Ayer Jalid pasó todo el día buscándolo en el puerto para cobrar sus deudas de juego, ¿verdad, Jalid?

Jalid gruñó y sonrió.

—Pero ¿cómo lo encuentro? ¿Cómo he de reconocerlo? — preguntó Thankmar.

Una arruga surcó la frente de Mazruq.

—Perdonadme, mi joven amigo. Os he indicado la puerta de la esperanza, pero ahora no logro encontrar la llave. Dar con Wolferio os resultará tan imposible como atravesar el desierto a pie. A menos que...

El tabernero depositó un jarro de vino y una fuente de trozos de carne en la mesa. Thankmar no tardó en llenarse la boca de asado.

—¿A menos que...? —insistió, masticando un trozo de carne.

—A menos que yo rastree a Wolferio para vos. ¿Ya he mencionado que dispongo de toda una red de contactos en Génova? Wolferio podría quedar atrapado en ella si la recojo. Pero no resultará sencillo.

Thankmar soltó un eructo de placer.

—El viaje. ¿Cuánto creéis que podría costarme?

—Unas dos libras de plata... si Wolferio está de buen humor. Añadid media libra por mis molestias. ¿Lleváis esa suma encima?

Thankmar asintió. El precio era elevado, las posibilidades escasas.

—Entonces confiadme vuestro monedero, amigo de Haduloa, y ahora mismo emprenderé la organización de vuestro regreso al hogar —dijo Mazruq.

Thankmar se removió en el banco; el monedero de Grifo estaba bajo su trasero. Miró a Mazruq a los ojos intentando descubrir bellaquería, la chispa traicionera de la codicia. Pero no percibió nada, solo la frialdad de un hijo del desierto.

—Vuestra vacilación os honra —dijo Mazruq—, pero quiero disipar vuestras dudas. Mientras recorro las calles en

busca de Wolferio cuidaré vuestro monedero como el eunuco del harén. Solo has de tratar con justicia a quien ha obtenido su fortuna de manera decente, proclama el Profeta. Hasta mi regreso, Jalid, Sanad y Hubaish aguardarán aquí con vos. Mis amigos son mi prenda más valiosa. ¿Qué decís?

Los acompañantes de Mazruq habían apoyado los codos en la mesa, una sonrisa distendía los labios carnosos de Sanad, Hubaish asentía con la cabeza y Jalid se esforzaba por adoptar una expresión merecedora de confianza. Esos árabes no eran de su gusto, pero Thankmar se veía obligado a tragar el bocado que le arrojaban, pues era el único.

—De acuerdo —dijo, cogió el monedero y lo dejó caer ante Mazruq en la mesa de pino.

Las monedas tintinearón y la mano peluda de Mazruq cayó sobre el cuero anudado, cogió el monedero y lo hizo desaparecer entre los pliegues de su atuendo.

—Tendréis noticias mías. Pronto. ¡Loado sea Alá, soberano del mundo, y Jibril, el portador del Corán!

Mazruq se apresuró a abandonar la taberna sin mirar atrás.

Entre Thankmar y los tres musulmanes reinó el silencio, nadie le dirigió la palabra y los hombres tampoco intercambiaron palabra alguna; se limitaron a mirarlo fijamente con inquietante fascinación. Jalid pidió más vino, luego volvió a reinar el silencio.

El tiempo transcurría con lentitud. Los musulmanes bebían. Una mujer entrada en carnes reemplazó a la bailarina.

Thankmar se preguntó qué debería hacer si los tres hombres se marchaban. No podría detenerlos. No había pensado en ello, ¡por Saxnoth! En caso de que ese Mazruq al Atar fuera un estafador, en caso de que se limitara a visitar la taberna más próxima para despilfarrar el dinero,

¿Thankmar debería quedarse con esos árabes como indemnización, declarar que eran sus esclavos? Maldijo su ingenuidad, pero por otra parte el misterioso Wolferio parecía ser su única tabla de salvación, y se aferraría a ella antes de hundirse.

La voz entonada de Jalid interrumpió su ensimismamiento.

—Alá aniquilará estas tierras impías. Lo sé muy bien. Hace semanas que prohíbe a las nubes que descarguen su lluvia en este lugar y también al viento que sople. Así me ha sido dicho. Solo cuando todos los infieles reconozcan al vero Dios, Alá les enviará una tormenta purificadora. No antes.

¿Acaso el árabe estaba criticando el clima?

Los musulmanes le mostraron los dientes y entonces Thankmar comprendió: sabían que había mentido. No hubo ninguna tormenta ni ningún naufragio... así que él tampoco era un marino. Y Mazruq al Atar no estaba buscando un buque mercante sino la guardia de la ciudad que pagaría muy bien por una información acerca de un ladrón o un esclavo escapado. Thankmar no vigilaba a Jalid, Sanad y Hubaish: ellos lo vigilaban a él. Que se hubiesen revelado ante él solo podía significar una cosa: que creían que ya habían ganado la partida.

Thankmar simuló candor ante los musulmanes y se esforzó por sonreírles; después dejó caer un comentario sobre el calor sofocante y cosechó las carcajadas burlonas de los árabes.

Por segunda vez aquel día una mujer acudió en su ayuda. La bailarina gorda se interpuso entre Thankmar y los demás meneando las caderas, sus dedos cubiertos de anillos aletearon ante los ojos de los desconcertados hombres; no irradiaba el encanto de su antecesora pero durante unos momentos su lascivia rechoncha distrajo a los árabes.

Thankmar asestó un golpe en las corvas de la bailarina y la mujer se tambaleó hacia los hombres, que la recibieron con los brazos abiertos. Thankmar se puso de pie y los perros guardianes soltaron un rugido furioso. La bailarina parecía creer que acababa de conquistar toda una mesa de admiradores y con indefensión fingida rodeó a Jalid y Sanad con los brazos y arrastró a ambos hacia abajo. Los tres cayeron sobre Hubaish, presionándolo contra la pared. Antes de que el ovillo de cuerpos lograra desenredarse Thankmar intentó alcanzar la salida.

Cojeó hacia la puerta de la taberna. Nadie lo detuvo. A sus espaldas apartaban los bancos con estrépito, y él casi había alcanzado la puerta, que estaba abierta. Una brisa marina cargada de aire salado le rozó la cara, detrás de él resonaban pisadas y gritos, algo pasó zumbando junto a su oreja izquierda y una mano trató de aterrarlo. La esquivó y se lanzó al exterior. La noche lo ocultaría como una oscura madre, pero también alimentaba otros hijos.

Negro como la misma noche, Mazruq al Atar estaba de pie en la callejuela, acompañado de otro hombre. Thankmar trató de escapar de ellos, se volvió y tropezó. Unos brazos lo rodearon, lo presionaron y casi lo asfixiaron. Antes de perder el conocimiento, Thankmar reconoció la calva de Grifo.

Capítulo 5

La noticia de la ejecución estalló en medio del aburrimiento genovés. La decapitación pública de un esclavo prometía romper la monotonía estival; todos aquellos a quienes se lo permitían sus tareas cotidianas se dirigieron al puerto en cuanto los primeros rayos de sol iluminaron las callejuelas.

Un círculo de adolescentes ya se había instalado en torno al tajo montado ante la barraca del gordo Grifo. Como siempre, los niños fueron los primeros en llegar, impulsados por la impaciencia y el deseo de obtener un buen lugar ante las piernas de los adultos.

Thankmar estaba acurrucado a un lado del bloque de duramen, sujetado a un poste y a merced de los caprichos de los muchachos. De momento, aún se conformaban con lanzarle motes burlones, gritarle que pronto podría meter la cabeza entre las rodillas y contemplarse el agujero del culo, pero las piedras no tardarían en seguir a los insultos, al principio pequeñas que solo causaban dolor, después cascotes que producían heridas.

Thankmar recordó que antaño él mismo se había encontrado entre semejantes golfillos cuando ajusticiaban a un delincuente en su aldea. Entonces su mirada se deslizó por los sucios rostros infantiles en que se mezclaban las miradas asesinas y la inocencia. «Un día —pensó—, uno de

vosotros aguardará al verdugo y recordará esta mañana.»

Una piedra le golpeó la cabeza y le hizo un corte en la mejilla. El público soltó un aullido triunfal. Era el principio, la vacilación anterior a la violencia había llegado a su fin. La segunda piedra no dio en el blanco por los pelos y él logró esquivar la tercera. Grifo tendría que darse prisa si quería que su víctima aún estuviera con vida antes de decapitarla.

El sol se elevó en el cielo y, bajo el calor cada vez más intenso, el barrio del puerto hedía como una carroña. Las emanaciones de la ciudad, la maldad reflejada en los rostros de los niños y el insoportable zurrido de las cigarras ofendían los sentidos de Thankmar. «Un fin muy triste para un hombre del blanco y extenso norte», pensó. Y lágrimas de autocompasión se derramaron por sus mejillas. Entonces bajó la cabeza.

Cuando volvió a alzar la vista la plaza estaba llena a reventar de mirones. Hombro contra hombro, cabeza contra cabeza, trescientas, quizá cuatrocientas personas rodeaban al condenado a muerte. Muchos se protegían del calor mediante gorros de cuero o paños húmedos. Thankmar reconoció los turbantes de los musulmanes: nidos blancos en medio de la multitud. El vocerío de los niños había dado paso a los primeros murmullos de los adultos.

Puede que Grifo fuese un tarugo, pero conocía su oficio. Esa mañana había logrado atraer a un numeroso público a la plaza del mercado. A lo mejor el ajusticiamiento se convertía en un espectáculo que proporcionaría material para anécdotas de taberna durante mucho tiempo. «El gordo Grifo blandió el hacha como un loco, pero la cabeza no se despegó del cuerpo. Esos sajones son correosos como el intestino de un gato.» «La cabeza ya rodaba por la mugre cuando el muy bribón se puso de pie y echó a reptar sobre las manos, aplaudiendo con los pies. Yo mismo lo he visto. Grifo obtiene sus esclavos directamente del diablo.»

Thankmar esbozó una sonrisa desdeñosa. «La muerte es amiga del comercio», pensó. La pérdida de un esclavo no resultaba dolorosa si uno ganaba cien clientes.

A su derecha la muchedumbre se separó. Grifo se abrió paso entre la multitud. Ante su torso desnudo, el traficante de esclavos sostenía un hacha de mango largo y cabeza ridículamente pequeña, una birria apenas capaz de cortar madera podrida. Cuando Grifo se acercó a él, Thankmar pegó un respingo; quiso retroceder pero las cuerdas lo sujetaban al poste.

Grifo pasó junto al tajo y al pasar clavó el hacha en la madera con tanta violencia que los colgajos de grasa de sus brazos se agitaron. La muchedumbre soltó un gemido, esperando el inicio del horrendo espectáculo. El traficante de esclavos se acercó a su víctima y soltó las cuerdas que lo sujetaban, lo cogió de los rizados cabellos y lo alzó como si fuese un racimo de uvas maduras. Unos pocos pasos y ambos se encontraron ante el hacha y el tajo. El cuello de Thankmar ocupó su posición, astillas se clavaban en su laringe y su corazón palpitaba. Esperó la ráfaga de aire, el frío del acero y el dolor abrasador.

Pero no ocurrió nada.

Thankmar estaba arrodillado en la arena caliente, disfrutando del fluir del tiempo que le habían concedido. El flujo se convirtió en un arroyo, en un pequeño río. Grifo soltó su pelo y resonaron gritos.

Alzó la cabeza hasta contemplar a su verdugo. Al igual que antes, vio la barriga sudada de Grifo justo sobre su cabeza, pero los brazos y el hacha colgaban a un lado. El traficante mantenía la vista clavada en algo situado más allá del público. Thankmar trató de dirigir la mirada en la misma dirección, pero los espectadores se lo impedían. Solo veía espaldas, porque todos se habían vuelto hacia un punto que permanecía invisible para el arrodillado. A muchos en la

muchedumbre les ocurría algo semejante; quienes habían ocupado la primera fila para contemplar la ejecución trataban de abrirse paso entre los que estaban de espaldas. La multitud se mecía como un campo de trigo en verano.

Los gritos se redujeron a murmullos, que aumentaron de volumen y volvieron a dar paso al vocerío. La curiosidad impulsó a Thankmar a incorporarse para ver qué era ese hecho inusual que interrumpía su ejecución, pero Grifo se lo impidió pisándole los hombros. El alboroto disminuyó poco a poco.

—¡Traficante de esclavos Grifo! ¡Qué sorpresa!

La voz surgía desde más allá de la multitud. Thankmar la reconoció en el acto: pertenecía al desconocido ataviado de brocado rojo. Vio cómo el bosque de piernas ante sus ojos se dividía y entonces el hombre ataviado de rojo surgió entre la muchedumbre y saludó a Grifo inclinando la cabeza con expresión seria.

El traficante lanzó un escupitajo.

—¡Ya habéis causado bastantes desgracias a mi negocio! ¡Marchaos, junto con vuestros diablos y demonios! ¡Os mostraré por qué me llaman Grifo Puño de Hierro! — exclamó, blandiendo el hacha con torpeza.

El desconocido permaneció impasible, una brisa agitaba su cabello gris. Una incipiente barba plateada surcaba sus mejillas morenas.

—¿Diablos y demonios? ¡Refrenad vuestro temor! Lo que consideráis una criatura infernal no es más que una gran creación divina, y encima una magnífica. ¡Mirad! —exclamó, señalando hacia atrás, a eso de lo que cientos de ojos no despegaban la mirada.

Aprisionado por el pie de Grifo contra el tajo, Thankmar no podía alzar la cabeza; casi se moría de curiosidad. Monstruo o criatura divina, algo inaudito se encontraba por

detrás de los habitantes de Génova, a escasos pasos de distancia, y, sin embargo, él no podía verlo.

—*Elephantus africanus* —proclamó el del atavío de brocado—. El animal más grande y poderoso del mundo. Escogido por el califa Harun al Rashid como obsequio para nuestro sabio soberano Carlomagno. Vos, Grifo, contáis entre los primeros súbditos del emperador a quienes ha sido concedido un vistazo a este milagro de la naturaleza.

Grifo titubeó solo un instante.

—Pues incluso aunque el emperador en persona montara en ese bicho... ¡me estáis estropeando el negocio! ¡Y por segunda vez! La ejecución del sajón debía atraer clientes... ¿comprendéis? ¡Y ahora mirad en derredor! Desde que apareció ese *elefranzus* nadie presta atención a mis esclavos.

La voz de Grifo resonaba por toda la plaza; unos *cuantos* le lanzaron miradas curiosas por encima del hombro.

El desconocido contempló a Thankmar y suspiró.

—Vuestros esfuerzos serán recompensados, Grifo Puño de Hierro. Todavía estoy buscando a alguien que cuide del animal durante el viaje. Ofrezco quince chelines por el sajón, al igual que antes.

La expresión de Grifo reveló que la oferta ofendía su honor pero halagaba su codicia. Durante unos instantes reinó el silencio; a los pies de Grifo, una salamandra reptó por la arena caliente.

—De lo contrario daréis muerte al muchacho sin siquiera un espectador y sin ganar ni un penique, y encima deberéis encargarnos de deshaceros del cadáver.

Grifo pareció sopesar las ventajas y desventajas, clavó la vista en la salamandra y la partió en dos con el hacha.

—Vale. Quince chelines. En el acto. Y no quiero volver a veros nunca.

La mano del desconocido desapareció bajo el manto y volvió a surgir con un puñado de monedas. Las contó y dejó caer un reguero plateado en la arena, a los pies de Grifo.

—Y ahora os ruego que quitéis vuestra sandalia de la cabeza de mi esclavo.

El peso desapareció de la cabeza de Thankmar.

—Levántate —siseó Grifo.

Haciendo un esfuerzo, Thankmar se puso de pie con las piernas flojas y entumecidas. Le dolía el pie deforme y ello confirmó que estaba vivo. Cojeando, se acercó a su nuevo amo e hizo una reverencia.

—Aquí estoy —dijo, y se arrepintió de inmediato.

—¡De aquí en adelante seré yo quien decida donde debas estar o no, esclavo! —le espetó su nuevo amo con la cara roja de ira—. Me llaman Isaac de Colonia. Te dirigirás a mí como «amo», tal como dicta la costumbre. Si cumples con tus tareas para mi entera satisfacción recibirás un buen trato. Si te muestras obstinado te colgaré del primer árbol que encuentre. Dependerá de ti. Todas las demás decisiones las tomaré yo.

—Sí, amo —contestó Thankmar—. Me llamo Thankmar.

—El Alfarero —añadió Isaac—. Hace tres días te presentaste sin que nadie te lo pidiera: al parecer, mi memoria es mejor que la tuya; supongo que tres días significan mucho tiempo para un cabezota sajón.

Thankmar se dijo que debía ser más cauteloso. En el campamento de Grifo la cortesía era una peste curada mediante palizas, en cambio para Isaac parecía algo tan elemental como comer y beber. De pronto Thankmar se sintió torpe y también mentalmente tullido.

Sin gastar una sola palabra más, Isaac volvió a abrirse paso a través de la muchedumbre. No pronunció ninguna

orden, ningún gesto indicó a Thankmar qué se esperaba de él y ninguna mirada comprobó si seguía a su amo. Ese hombre extraño confiaba en la honestidad y la integridad de un esclavo. Presa del asombro, Thankmar cojeó tras él.

—¡Aguardad, amo! ¡Mi pie!

Pero sus gritos no hallaron respuesta. Se abrió paso entre la gente, buscó el pasillo que su amo había abierto entre la multitud, no despegó la vista del manto carmesí y surgió al otro lado de la prieta muchedumbre. Los genoveses aún estaban como hechizados por aquella extraña criatura que se elevaba por encima de Thankmar.

No cabía duda de que Grifo tenía razón: ese era el aspecto de un diablo. Su cuerpo era inmenso, Thankmar nunca había visto algo tan enorme; el gris claro del pellejo delataba el origen del monstruo: un dios demente debía de haberlo creado a partir de una roca y le había insuflado vida. Eso también parecía corresponderse con el laberinto de surcos y arrugas que recorría su pellejo, que se hinchaba y deshinchaba con cada respiración, como un fuelle. El peso de esa montaña viviente se apoyaba en cuatro patas que parecían columnas. No tenía pies ni pezuñas. Del otro extremo del ser colgaba una cola seca como un palo. En el opuesto —Thankmar tuvo que volverse para contemplarlo— se elevaba la cabeza, aún más aterradora que el cuerpo. A derecha e izquierda sobresalían orejas gigantescas, anchas como mantos invernales y agitadas de vez en cuando con inquietud. El rostro tenía una mueca horrorosa y Thankmar se rodeó el cuerpo con los brazos. Dos cuernos demoníacos le surgían de la cara, pálidos, largos y curvos crecían de las comisuras del morro. Entre ambos tenía una especie de manguera de carne, un repugnante gusano cuya punta estaba en constante movimiento, tanteaba el suelo, se enrollaba y oscilaba de un lado a otro. «¡Un auténtico diablo —pensó Thankmar—, una criatura demencial!»

Solo los ojos del elefante eran diferentes. Durante un momento Thankmar creyó ver irritación y dolor en ellos. El sajón frunció el ceño. No; solo era el salvajismo de aquella criatura infernal, nada más.

Dos dedos le pellizcaron la nariz y lo alejaron: eran los de Isaac. La fascinación había hecho que Thankmar olvidara todo lo demás.

—Monta en el mulo y sígueme. Por mí, puedes seguir soñando —refunfuñó su amo, montado en su corcel bayo.

A sus espaldas trotaba un mulo; entre la carga que llevaba en el lomo había espacio para un jinete.

Tras tres intentos Thankmar logró montar, perplejo y consternado por los giros de su destino, espantado por el gigante cornudo y agradecido a sus dioses por haberlo salvado de la muerte. Sentía vértigo.

Isaac se volvió en la silla de montar.

—Cabalgamos fuera de Génova. Límitate a mantenerte detrás de *Abul Abbas* —dijo, indicando el elefante con la cabeza—. O no pierdas de vista los turbantes blancos de mis acompañantes. Este es Jalid, ese se llama Sanad, aquí tenemos a Hubaish y ese de allí es Mazruq. Sabes montar, ¿verdad?

Thankmar asintió, estupefacto, viendo a los cuatro árabes montados en corceles que no dejaban de piafar. Los mismos nombres, las mismas caras: las sombras de la noche anterior habían regresado.

Al ver a su nuevo acompañante la conversación de los musulmanes se interrumpió. Sus rostros reflejaban asombro, regocijo y odio. Isaac indicó que se pusieran en marcha y la caravana más extraña jamás vista por los genoveses se abrió paso entre la multitud, abandonó el puerto y se dirigió tierra adentro.

Capítulo 6

Thankmar se aferró a las hirsutas crines del mulo. El sendero ascendía abruptamente y él no era un buen jinete. Una vez que abandonaron las suaves colinas de Génova todo era cuesta arriba. Allí los bosques eran verdes, frescos y frondosos, y las sabrosas retamas que crecían a la vera del sendero no dejaban de atraer al mulo, pero bastaba con pellizcarle las orejas para que regresara al sendero recorrido por las cabras.

Que no tuviese que cabalgar junto a los árabes supuso un alivio para Thankmar; ellos iban en cabeza del contingente, junto con su amo; él y los cinco animales de carga formaban la retaguardia. Entremedio avanzaba el elefante como una fuerza natural bajo la copa de los árboles y arrancaba gruesas ramas de los troncos con solo rozarlos. Su trasero majestuoso ocupaba todo el campo visual de Thankmar; montones de estiércol caían ante los cascos del mulo y lo obligaban a mantenerse a distancia.

El día transcurría con lentitud. La alfombra de pinocha amortiguaba los golpes de los cascos, solo interrumpidos por el chasquido de las ramas arrancadas. A un lado del sendero se extendía un antiguo camino romano en parte cubierto de maleza, pero aún lo bastante intacto como para que uno pudiera avanzar con mayor comodidad y rapidez que por el sendero del bosque. Pero si empezaba a llover el polvoriento empedrado se convertiría en una trampa y los caballos mal

herrados resbalarían en las piedras mojadas. E Isaac no quería correr riegos.

Cuando el sol se acercó al horizonte hicieron un alto; en el aire flotaba el aroma especiado del bosque. A la derecha descendía una ladera cubierta de verdor. La cuesta ya no era tan abrupta y ante ellos el sendero recorría un llano y se volvía más ancho. «Debe de ser un paso», supuso Thankmar. Desde la cabeza del contingente resonó la orden de desmontar y, con la entepierna dolorida, el sajón se deslizó del mulo.

Isaac ladró su nombre y Thankmar cojeó a una distancia respetuosa del gigante gris. Los árabes estaban atareados desensillando los caballos.

—Lleva el equipaje allí dentro. Esta noche descansaremos aquí —dijo Isaac señalando una casa a la vera del camino, una casa que no se parecía a ninguna jamás vista por Thankmar—. Es un antiguo templo de los romanos. El sepulcro de un dios muerto. Sus muros nos protegerán del viento que sopla aquí arriba.

Ante ellos se elevaba una ruina cubierta de zarzas y maleza, orgullosa pese a su decadencia; columnas medio desmoronadas se elevaban del sotobosque como la mandíbula inferior de un gigante. Del techo caído solo quedaba un montón de astillas; doce peldaños conducían hasta las columnas que antaño debían de haber flanqueado la entrada. En todas partes las piedras se veían verdosas.

Isaac siguió hablando, vuelto hacia el templo.

—Los romanos erigieron lugares de culto en numerosos pasos de montaña, aquí las legiones que recorrían la comarca oraban suplicando suerte en la batalla, y los mercaderes sacrificaban una parte de sus mercancías para que el dios del paso los protegiera durante el viaje. —Se restregó la hirsuta barbilla con mano trémula y se dirigió a los árabes—. La mística de este antiquísimo lugar no me agrada, Mazruq.

¡Vuelve a ensillar los caballos! Debemos buscar otro lugar para acampar. Este le pertenece a los espíritus.

En ese momento los árabes se esforzaban por encadenar el elefante a una columna caída. Su jefe alzó la vista.

—Habláis como una mujer, hebreo. ¡Nos quedamos! Es la hora de la oración nocturna y Alá no tolera retrasos.

Thankmar se inquietó. Hasta ese momento había creído que Isaac estaba al mando.

El viejo volvió a intentarlo.

—¿Acaso pensáis invocar a Alá en la casa de otro dios? ¿No teméis su cólera?

Con los rasgos crispados, Mazruq se volvió hacia Isaac y su atavío ondeó como una bandera negra en el aire.

—¡Sí, tememos su cólera! —espetó—. Y vos, infiel, haríais bien en imitarnos. Alá nos condujo a este lugar para que alabemos su nombre, el suyo y el del califa Harun al Rashid, protector de los creyentes. Y su voluntad es mi ley —añadió y se volvió hacia Thankmar—. Guarda el equipaje en la ruina, esclavo.

El sajón aguardó la reacción de Isaac. Tras un momento tenso el judío asintió con la cabeza.

—Lleva las cargas al interior y prepara el campamento. Después coge nuevos vestidos de mi alforja, porque de lo contrario puede que la cólera de Alá abraza tu piel desnuda.

Poco después el equipaje estaba amontonado en el peldaño superior del templo. En una de las alforjas Thankmar encontró ropas, desgastadas pero enteras, que ofrecían mejor protección que los harapos que llevaba. Se deshizo de ellos y, de paso, de un último recuerdo del yugo de Grifo. Entonces se puso las nuevas prendas y se enderezó ante la entrada del templo como un príncipe franco, preparado para hacer frente a un dios. Una camisa y un pantalón de hilo

cubrían su cuerpo, una túnica de un intenso verde le llegaba hasta la mitad de los muslos, sostenida mediante un cinturón. Llevaba cintas envueltas en las pantorrillas y calzaba botines de cuero. El manto también era verde. Thankmar sudaba bajo la gruesa tela pero lo aceptó, porque se sentía ataviado como un noble. ¡Si solo lo dejaran empuñar una espada!

Mientras los demás juntaban leña, Thankmar entró en el templo; el blanco suelo de mármol estaba resquebrajado en diversos puntos, la torcida copa de un pino asomaba entre dos columnas, en el centro del recinto los restos de una hoguera ennegrecían un mosaico y piernas de mujer formadas por piedrecitas multicolores asomaban bajo el hollín. Batracios y aves huían ante las pisadas de sus botas, y Thankmar imaginó el frescor que antaño reinaba bajo el techo, paseó la mirada en derredor y, demasiado tarde, vio al hombre de piedra tendido a sus pies, rígido y muerto.

Durante un momento el susto lo paralizó, pero se tranquilizó al darse cuenta de qué se trataba: desde que lo raptaran y se lo llevaran al sur ya había visto muchas estatuas. Ornaban los templos de los cristianos en los que Grifo solía rezar. Allí ocupaban oscuros nichos, bloques toscamente tallados de rostros ridículos, pero la escultura caída a sus pies era diferente. Estaba tumbada en el mármol en una pose rígida y eterna, pero, sin embargo, parecía viva. Puede que fuera la imagen de un dios, pero su atuendo era el de un guerrero: un peto adornaba el ancho pecho en el que aparecían diminutas figuras humanas finamente cinceladas y animales de otro mundo. Un brazo se había desprendido y yacía a cierta distancia en el suelo de mármol, cubierto de hiedra. La cabeza estaba bellamente tallada, labios pequeños y una arruga en la frente otorgaban al rostro una expresión seria y viril. Los ojos por encima de la nariz desprendida eran de un gris apagado, superficies sin vida por toda la eternidad. Thankmar se arrodilló y quitó el polvo de los rizos

de la escultura.

—Algunos dioses caen —oyó a Isaac a su espalda—, sobre todo si son mortales. Este era un emperador al que se le ocurrió convertirse en dios.

Thankmar rozó el borde roto de la nariz.

—¿Lo logró? ¿Logró convertirse en un dios?

—Eso solo lo sabe él mismo. En todo caso, sus imágenes de piedra lo hicieron inmortal.

Thankmar se volvió hacia el hombre mayor.

—Pero si realmente se hubiera convertido en un dios, ¿cómo pudo caer? Debe de haber seguido siendo un hombre.

—Un dios, un hombre... A veces la diferencia no es tan grande como creemos. De vez en cuando lo sobrenatural también puede verse sometido a los poderes terrenales. Hoy en día un viento tempestuoso barre el mundo, uno que arrastra todo lo viejo consigo. Es un viento cruel, pero hace sitio para nuevos brotes. Tu pueblo se vio arrastrado por una tormenta semejante.

Thankmar recordó el Irminsul, el árbol del mundo, lo más sagrado de las tribus sajonas. Había crecido en la fortaleza de Aeresburg durante mil generaciones humanas. Un roble en cuya copa se posaban los dioses para hablarles a los hombres. Numerosas canciones alababan su belleza. Entonces llegó la guerra y con ella Carlomagno, el emperador de los francos. La guerra se libró en torno a ese lugar sagrado durante siete días, después el Irminsul ardió en llamas. Ni Donar, ni Irmin ni Saxnoth enviaron sus huestes para prestar ayuda. Las puertas del Valhalla permanecieron cerradas en ese día maldito. ¿Por qué? Ningún sacerdote sajón sabía la respuesta. «Quizás Isaac tenga razón —pensó Thankmar—, quizás exista ese viento tempestuoso.»

Ambos permanecieron allí, ensimismados y solo los pasos de los árabes rompieron el hechizo.

Isaac se enderezó.

—Basta de holgazanear, esclavo. El equipaje aún está amontonado allí fuera y ya está oscureciendo. ¡Date prisa!

Batió palmas y Thankmar se puso de pie para realizar su tarea.

Cuando el azul nocturno se derramó sobre el paso, los leños chisporroteaban en el antiguo hogar. Iluminados por las llamas, los viajeros dispusieron sus lugares de descanso; los cuerpos caldeados disfrutaron del frescor del mármol y de la carne en salazón. El suave y rítmico canto de las cigarras endulzaba la noche.

Mazruq al Atar surgió entre el humo frotándose las manos.

—En pie, hermanos míos, es la hora de la oración. ¡No os acostéis sin alabar a Alá! —Luego, dirigiéndose a Isaac, dijo —: Ahora veremos cuán vivos están los fantasmas de este templo.

Mazruq atravesó el recinto y se plantó ante la estatua que relumbraba en la penumbra.

—Al parecer eres un mal dios, amigo mío, ahí tendido, quebrado y retorcido —dijo y apoyó la punta de la bota en la estatua—. Veremos si puedo refrescarte un poco.

Mazruq separó las piernas, alzó su atuendo y entonces la orina salpicó la estatua. El chorro cayó en la cara, se mezcló con el polvo y se derramó como lágrimas de fango de los ojos apagados. Mazruq soltó un gemido de alivio.

—¡No! —gritó Thankmar.

Ya se había puesto de pie cuando notó que la mano de Isaac lo obligaba a volver a sentarse.

Cuando Mazruq se giró sus ropas volvían a estar en su lugar.

—¿Qué te preocupa, esclavo? Tú eres tan impío como

aquellos que adoraban esa cosa. Debiera de hacer lo mismo contigo.

Entonces intervino Isaac y, atemorizado, Thankmar constató que su amo parecía muy fatigado.

—Profanáis la fe de otros, Mazruq, y eso no se corresponde con el islam. Alá, Jehová y el dios de los cristianos, e incluso esa cosa (como vos la denomináis), son iguales: la manifestación del aura religiosa que abarca todo lo que existe en el mundo. Quien se burla de otras religiones se vuelve culpable de mala conducta a los ojos de Alá. Esas son palabras de Harun al Rashid, vuestro soberano.

Con las manos en jarras, el árabe se plantó ante el judío, su barba brillando al resplandor de las llamas.

—Decís grandes palabras para ser un infiel. A cualquier otro este descaro le hubiera costado la cabeza, pero vos estáis bajo la protección del califa, así que debo perdonaros la vida. Por desgracia.

—No me instruyáis acerca de mi estatus diplomático, Mazruq, sino acerca del islam, tal como vos lo exponéis. ¿O acaso carecéis de argumentos?

El silencio se extendió, solo se oía el chisporroteo de las llamas.

Mazruq resopló.

—A vosotros os dimos una norma y un camino, y Alá os convirtió en una única comunidad, pero quiere ponerlos a prueba en aquello que os fue dado. Eso es lo que se lee en la quinta sura del Libro Sagrado, hebreo. Y allí también pone lo siguiente: «En verdad, descubrirás que entre todas las personas los judíos son los mayores enemigos de los creyentes.» Si el Corán establece diferencias entre las religiones, ¿por qué yo no habría de actuar en consecuencia?

—Porque no has citado el final. En la quinta sura también pone: «Todos vosotros regresaréis a Alá y él resolverá

vuestras desavenencias.» Yo también he leído el Corán, mi buen Mazruq (con placer, he de confesar), y allí he hallado algo. El dios de las religiones no es Dios en sí, no es el Absoluto. Dios en sí mismo se encuentra más allá de todas las definiciones, es imposible expresarlo con las palabras.

—¡Eso es ridículo! Nadie puede rezarle a algo innombrable.

—Muchos comparten esa opinión, lamentablemente. Más que iluminarse, el espíritu sencillo se confunde cuando descubre que otras religiones también pueden suponer aproximaciones eficaces a Dios. Al mismo Dios. Pero será mejor que hagamos una pausa para reflexionar, antes de que confundamos a aquellos cuyo entusiasmo religioso reside en una perspectiva limitada.

Mazruq clavó la mirada en Isaac, atónito, y con la mano apoyada en la empuñadura de la espada. Su voz alzada dio paso a un murmullo.

—¡Hijo de la infamia semítica! Un día te cortaré la lengua y la clavaré en la frente de tu mujer. ¡Lo juro por todas las mujeres del Profeta, benditos sean sus cuerpos!

—Entonces deberéis tener paciencia, mi buen amigo. Porque resulta que soy soltero y tampoco albergo intenciones de dejar de serlo. Pero decidme: ¿no queríais dedicaros a orar? Se ha hecho tarde y os estoy demorando. —Se dirigió a Thankmar y dijo—: Ven, esclavo, hemos de ocuparnos *de Abul Abbas* y no molestar a nuestros acompañantes durante sus rituales. Es necesario que sus almas encuentren la paz en la oración.

Isaac se incorporó lentamente, saludó a los musulmanes con la cabeza y desapareció entre las sombras. Thankmar, que de repente se encontró a solas con los musulmanes, se apresuró a seguir a su amo.

Sin hacer caso de la cadena que sujetaba su pata

delantera izquierda a la columna, el elefante se había adentrado unos pasos en el bosque, arrastrando el bloque de mármol. Estaba allí, una sombra nocturna, y arrancaba hojas de los arbustos con la trompa. La tenue luz que surgía del templo bastaba para ver con cuánta destreza el animal enrollaba y desenrollaba la trompa mientras engullía las hojas. No movió la cabeza, no entornó los ojos y no agitó la cola, como si no hubiese notado la presencia de los hombres.

«A lo mejor no quiere rebajarse y por eso permanece inmóvil —pensó Thankmar—. Porque a fin de cuentas lo tratamos como a un prisionero.»

—La arrogancia es el dominio de los grandes de este mundo.

—Isaac parecía haber adivinado sus pensamientos—. Y *Abul Abbas* no se limita a ser grande. También lleva el nombre de un soberano. Así que trátalo con respeto.

—¿Un soberano? ¿Este... *Abul Abbas* es un rey? No comprendo, amo.

Isaac rio.

—No, no gobierna a los hombres. Puede que entre los animales le corresponda el sitio de un príncipe, pero eso va más allá de mis conocimientos. Pero su nombre pertenecía a un rey. *Abul Abbas al Saffá* fue el primer califa de la tercera dinastía árabe, la dinastía abasí.

—Por favor, amo, me zumba la cabeza.

—Dicho de otro modo: *Abul Abbas* fue el progenitor de la actual familia soberana islámica. El gran califa *Harun al Rashid* es su descendiente, ¿comprendes?

—Sí. Tal vez —contestó Thankmar.

El murmullo de cuatro voces surgió de la ruina.

Allahu akbar. Bismi llabi rrahmani rrabieem. Alhamdu lillahi rabbi laalamien.

—Pero ¿por qué el elefante lleva el nombre de un califa?

—Una buena pregunta que merece más de una respuesta. Uno podría creer que Harun al Rashid quiso honrar simbólicamente a su antepasado y optó por ponerle su nombre al animal, ya que reúne numerosos atributos merecedores de ser alcanzados: tamaño, fuerza, sabiduría, sensatez y mucho más. Pero conozco al califa, es un pícaro. Según mi opinión, debe de haberle proporcionado un inmenso placer unir el nombre de su gran antepasado a un gordo elefante y después expulsarlo del país... como mascota para el soberano enemigo. Sobre todo porque nadie puede acusarlo de semejante infamia.

Arrabmani rrabiem. Maliki Yaumi ddiem. Iyyaka na' budud wa iyyaka nasta' ien.

—¿Una mascota? ¿Acaso existe una casa lo bastante grande para albergar a *Abul Abbas*?

—Sí, el palacio imperial de Carlomagno. Llevaremos a *Abul Abbas* y unos cuantos obsequios más a Pavía. De momento, el emperador franco reside allí. Nunca permanece mucho tiempo en el mismo lugar. Carlomagno nos recibirá y enviará a nuestros acompañantes árabes de regreso a Bagdad junto con nuevos obsequios, así que solo tendremos que aguantar su presencia durante poco tiempo.

—¿Teméis a Mazruq, amo? Yo ya los conocía, a él a y a los demás, antes de que vos me... salvarais.

Isaac apartó la mirada del elefante y miró a Thankmar.

—Háblame de ello.

Thankmar le relató los acontecimientos de los días pasados, le habló del cadáver de Rosvita, de la daga oculta, de su huida y del encuentro con Mazruq, Jalid, Sanad y Hubaish. Adornó la breve lucha en la taberna ligeramente a su favor.

—Esas son malas noticias. Es indudable que esos cuatro

tratarán de matarte. Solo eres un esclavo y no gozas de la protección de un enviado imperial. ¡Debes estar en guardia! Una rápida puñalada, una flecha traicionera... Nadie obligaría a los asesinos a rendir cuentas.

Ihdina ssirata Imustaqiem. Sirata lladiena an amta alayhim.

—Dadme una espada, amo, un puñal o un cuchillo, sabré defenderme.

—¿Un esclavo armado? El emperador dudaría de mi sano juicio. ¿No dijiste que eras diestro con las manos? Úsalas. Y también tu cabeza, pues para eso permanece sobre tus hombros. Intentaré evitar que esos malvados te hagan daño, pero debes buscar un lugar seguro para pasar la noche. Temo por tu vida.

Ghayri Imaghdubi alayhim wala ddalien. Allahu akbar.

—Me arrastraré bajo los matorrales —sugirió Thankmar.

—¿Para que ni siquiera tengan que ocultar tu cadáver? No; es demasiado peligroso. ¿Y si en cambio...? Sí, eso podría funcionar. Tiéndete en el lomo de *Abul Abbas* para dormir. Los elefantes a menudo duermen de pie y están acostumbrados a los jinetes. Si estiras los brazos y las piernas no caerás. ¡Eso es!

—Pero, amo...

—Haz lo que te he dicho. Si uno de los árabes intenta alcanzarte, el elefante se inquietará y tú despertarás. Está demasiado oscuro para disparar una flecha. Además podrían herir al animal y no correrán ese riesgo.

Thankmar tragó saliva.

—Sí, amo, pero *Abul Abbas* es tan grande y sus terribles cuernos...

—Son colmillos que te permitirán escalar hasta su lomo. No debes tener miedo de él, acabaréis por acostumbraros el

uno al otro. ¡Y ahora monta en el elefante!

Isaac se volvió y se alejó en dirección al templo.

Las oraciones habían enmudecido.

Esa noche no lograba conciliar el sueño. Isaac permanecía despierto, contemplando las estrellas que allí en las alturas del paso resplandecían como la luna. Capricornio, Sagitario, Cáncer... intentó recordar sus conocimientos astronómicos y, mentalmente, trazó líneas entre los puntos de luz hasta que las familiares imágenes de los astrólogos aparecieron ante sus ojos. Las figuras se le escapaban una y otra vez y justo cuando encontró al gran perro de caza de Orión sus pensamientos vagaron hasta Septimania, una región meridional del reino franco donde se encontraba el convento de San Albola.

Hacía treinta años el emperador franco había obtenido una gran victoria sobre las tribus sajonas. Hacía treinta años él se había encontrado con Imma. Y desde entonces intentaba en vano reunirse con ella.

En aquel entonces los adversarios de Carlomagno difundieron la noticia de que el franco había mandado masacrar a todos los sajones de la fortaleza de Aeresburg. Pero no era verdad: Carlomagno había echado mano de otro medio para poner fin a los peligros en el norte de su reino. Trasladó a las tribus sometidas y las desparramó por los rincones más remotos de su inmenso reino, donde pudieron seguir con sus costumbres al igual que antes. Algunos lograron iniciar una nueva vida en su antigua federación de aldeas. Otros llevaban una existencia solitaria en una comarca estéril. Eso poco le importaba al soberano franco, a quien solo le interesaba que el pueblo sajón estuviera muy desparramado, a fin de que le resultara imposible reunir una

tropa capaz de presentar batalla.

Siguiendo los consejos de Isaac, Imma optó por emprender el camino al convento. Allí, tal como ambos convinieron, ella lo aguardaría. Pero en vez de ser enviada a un convento cerca de Colonia, la sajona fue trasladada al convento de San Albola en Septimania. ¡Septimania! Esa zona, la más meridional del reino franco, se encontraba junto a la frontera del emirato de los omeyas y, para un diplomático franco como él, resultaba tan inalcanzable como la luna. Pero ahora Septimania estaba a su alcance. Después de treinta años, Pavía y el emperador estaban próximos y una vez que Carlomagno hubiese recibido los obsequios de Bagdad, Isaac se libraría de cualquier otro compromiso y cabalgaría hasta el convento de San Albola. «¿Y qué encontraré allí?», pensó angustiado. Volvió a contemplar el cielo. Esas estrellas, que normalmente formaban la constelación de Sirio y el cinturón de Orión, generaron una nueva imagen en su fantasía: en la negrura del cielo nocturno Isaac mentalmente dibujó el contorno de un ave de una sola ala.



Capítulo 7

hermana chantre, hermana chantre!

-¡H Los gritos interrumpieron el silencio del claustro. Enfadada, Imma puso rápidamente fin a la conversación con el Señor, se persignó y alzó la vista. Madelgarda se acercaba a ella entre las arcadas y su hábito de novicia de anchas mangas ondeaba por encima de sus pies. El alboroto era lo último que Imma toleraba en el claustro, un lugar donde uno se sumía en lo espiritual, una fuente de frescor religioso y no un patio de juegos para jóvenes gansas. Además, la sexta ya había transcurrido y en el claustro reinaba la tranquilidad del mediodía.

—¡Silencio! —siseó Imma cuando la novicia la alcanzó, casi sin aliento—. Hablaré de tu conducta en la reunión del capítulo. Muéstrate respetuosa ante el Señor y pide perdón.

La novicia se arrodilló en el pasillo de suelo cubierto de paja y su figura menuda desapareció entre los pliegues de su casulla de arpillera.

—Hermana chantre... —La voz entrecortada surgió del ovillo de arpillera a los pies de Imma—. Se trata de Adelinda.

¡Claro, Adelinda! Solo había dos cosas que perturbaban el pequeño mundo del convento de San Albola en Septimania: los sarracenos y Adelinda. La indignación frustró la tranquilidad espiritual de Imma.

—¿Qué ha hecho esta vez? ¿Orinó en las cazuelas del refectorio? ¿Esparció pimienta en la avena de los caballos? ¿Qué ha ocurrido, por san Benedicto?

Sus palabras golpearon contra las paredes como piedras. Las otras monjas que ocupaban la arcada se quedaron inmóviles. Si no fuese la chantre, la segunda monja de mayor rango del convento, un siseo la hubiera regañado.

La novicia no osó alzar la vista ni la voz.

—Está perdida en el laberinto, desde anoche. Y ahora no logra encontrar la salida. Le dije que no entrara allí, porque los únicos que saben cómo salir son la hermana abadesa, la hermana chantre y el Pater Inmediatus. Todos lo saben. Pero ella solo rio y un instante después desapareció entre los setos. No estaba en el dormitorio a la hora de la misa nocturna, así que justo después de la tercera fui hasta el laberinto y oí sus gritos. Por favor, hermana chantre, hermana Imma, salvadla. Debe de tener mucho miedo allí, sola en medio de los setos.

Toda la noche en el laberinto, ¡y encima bajo la lluvia! «Eso la purificará», pensó Imma. Lo que no lograron el ayuno obligatorio y el arresto lo lograría ese involuntario autocastigo. Adelinda estaría tan mansa como un cordero. Un cordero empapado y perdido; Imma la conduciría a la casa del Señor y la oveja negra por fin se convertiría en un miembro obediente del rebaño.

Se apresuró a abandonar a la novicia; la expectativa de su triunfo volvía alados sus pasos y la monja regordeta trotó fuera, pasó junto al *infirmarium* y al horno donde elaboraban las hostias, y se dirigió al jardín secreto. El chasquido de sus sandalias interrumpió el silencio piadoso.

Imma refrenó sus pasos, pero su pulso seguía acelerado. Ante ella se encontraba el laberinto, justo a un lado del huerto cultivado por la hermana *infirmaria*. Lo único que veía era un muro de follaje, tan alto que incluso de puntillas y

estirando el brazo resultaba imposible alcanzar el extremo superior, tan denso como la argamasa. Por detrás se ocultaban setos y árboles frondosos, fuertes y profusamente ramificados. Hacía treinta años, Imma y la abadesa habían ideado y plantado esa maravilla; los plantones de aquel entonces se habían convertido en árboles inmensos, mientras que los setos y arbustos serpenteaban a lo largo de los senderos y formaban el auténtico laberinto, una red de senderos, un acertijo geométrico.

En aquel entonces la abadesa consideró que adornar el convento de San Albola con algo insólito era una buena idea, un símbolo de la vida en nombre del Señor. Así se generó la idea del laberinto, una idea que se le ocurrió a Imma. Solo cuando acabaron la tarea y, exhaustas, permanecieron de pie entre las plantas aún jóvenes, Imma tomó conciencia de lo que habían creado: una copia del laberinto situado debajo del Irminsul, una red de senderos en cuyo centro debían cumplirse sus deseos.

En el centro del laberinto de San Albola se elevaba una capilla que les daba la bienvenida a cuantos vagaban a través de la confusión de lo mundano, que intentaban alcanzar una meta recorriendo los erróneos caminos de la humanidad. Allí moraba El; en medio de interminables callejones sin salida, encrucijadas, obstáculos, nudos y curvas suponía un hogar y un pastor para sus ovejas descarriadas. ¡Loado sea Dios! Pero la solución anhelada en secreto por Imma no era de carácter religioso.

Se deslizó entre el verdor, un aroma a *asarum* y saxífraga flotaba en el aire. Meneando sus anchas caderas, Imma avanzó hacia la meta, doblando a la derecha, a la izquierda, a la derecha, a la izquierda. Otra vez a la derecha y otra vez a la izquierda. El laberinto era inmenso. A pesar de la prisa y de sus conocimientos del lugar tardaría media hora en alcanzar el centro.

Por fin los verdes pasillos desembocaron en un claro circular donde se encontraba la capilla de tosca construcción. Una de las hojas de la puerta estaba abierta e Imma entró.

Divisar a Adelinda en el reducido espacio no fue difícil: la novicia estaba tendida ante el altar, dormida; se había preparado un lecho de hojas. La luz de mediodía penetraba a través de las pequeñas ventanas y bañaba a la durmiente. «¡Cuán sereno es su sueño! ¡Cuán bella es! Una hija de Dios», pensó Imma. Tras las interminables horas pasadas en el *scriptorium* su piel había adoptado una aristocrática palidez. Imma ladeó la cabeza: el Cristo tallado del ábside parecía contemplar a la joven y velar su sueño.

Entonces Imma percibió el olor del vino y olisqueó. Sus sospechas no tardaron en dar paso a la certeza: bajo un banco descubrió un cubo y un cazo, y dentro de este un líquido delator. Se inclinó sobre Adelinda, comprobó que el aroma también envolvía a la novicia y la cólera se adueñó de ella. ¡Embriaguez en la casa del Señor! Y encima por parte de un miembro de la orden. Nunca había experimentado nada semejante desde que ingresara en el convento hacía treinta años.

Los párpados de Adelinda temblaron y por un instante su mirada pareció perdida, hasta que reconoció los rasgos de la hermana.

—¿Hermana chantre? —Un olor agrio brotó de los labios de la novicia—. La sangre del Señor sabe muy dulce —balbuceó.

—¿De dónde sacaste el vino?

Imma ya conocía la respuesta pero quería una confesión que justificara un duro castigo.

—La hermana Imma siempre me descubre —volvió a balbucir Adelinda y soltó una risita, divertida por su ocurrencia.

El agrio pestazo hizo retroceder a la hermana.

—¡Contesta!

Adelinda se incorporó, aturdida.

—La hermana cillerera tuvo la bondad de concederme un trago. ¿Soy culpable de cometer un error? Pues id a gritarle a ella, pues ella me condujo a la tentación —dijo y sus pálidas mejillas se ruborizaron.

—¿Un error? Has pecado contra el Señor. Primero te introdujiste a hurtadillas en la bodega y robaste todo un cubo de vino. Vino consagrado destinado a la eucaristía. Después te escondiste en el laberinto para darte a la bebida, no regresaste al dormitorio por la noche y tus hermanas se inquietaron por ti. Te escaqueaste de la misa y profanaste este lugar sagrado con tu... hedor. ¡Y ahora mientes ante Cristo! —exclamó, y se obligó a reducir su voz a un murmullo—. Dentro de tres días debías de ser consagrada como monja, pero será mejor que aún esperemos un año más, hija mía.

—¡No podéis hacer eso! —soltó la novicia—. Un año más en este convento. ¡No lo soporto! La cillerera mete la cabeza en el barril de vino en cuanto se presenta la oportunidad. ¿Acaso ella no recibirá un castigo?

—Me encargaré de ello, puedes estar segura. De momento permanecerás aquí, encerrada por tus calumnias hasta que el Señor perdone tus pecados. ¡Y ahora calla en la casa del Señor y suplica que te perdone!

Adelinda hizo un esfuerzo y se puso de pie.

—Entonces empezaré a rezar ya mismo e informaré al Señor de vuestros duros castigos —dijo y se volvió hacia el altar y el crucifijo.

Quizá realmente quería rezar, pero lo que vertieron sus labios no fueron palabras de humildad: un chorro espeso brotó y se derramó encima del altar; la mucosidad empapó la

arenisca al tiempo que la novicia apoyaba las manos en el charco, procurando tomar aire y vomitando.

Imma huyó de la capilla presa de la vergüenza y el espanto, y también de las náuseas. Cerró la puerta de roble, echó un vistazo a través de la mirilla, contempló lo que acontecía en el interior y aseguró ambas hojas con un sólido madero.

El fresco aire del jardín mitigó su malestar. Se dejó caer en la tibia tierra, se llevó una mano al pecho y, respirando profundamente, trató de purificar su cuerpo del recuerdo del vómito de Adelinda. Las arcadas comenzaron a apagarse y por fin enmudecieron por completo hasta que solo un lamento suave surgió de la capilla.

La hermana se preguntó si no sería hora de someter a la novicia a un castigo corporal, pero entonces sus dedos tantearon el amuleto bajo el hábito monjil y recorrió el contorno con el índice y el pulgar. «Mi pecado no es menor — se dijo—. Bajo los hábitos de san Benedicto llevo un adorno pagano y me consumo por un hombre.» Esa constatación acerca de sí misma la asustó.

—Ora y labora, ora y labora —murmuró, repitiendo las reglas de la Orden benedictina—. Ora y labora. Y nada malo sucederá.

Después introdujo la mano bajo la túnica y extrajo el amuleto. Era una pieza incrustada de almandinas de un rojo sangre. Diminutos fragmentos de la piedra semipreciosa formaban un mosaico engastado en oro. Venas de oro, apenas más gruesas que un pelo, recorrían la joya. «Como un pequeño laberinto», pensó Imma y rozó la brillante superficie con el dedo. El colgante tenía la forma de media ave de presa. A un lado aparecía una línea de ruptura. Se llevó el amuleto a los labios, besó la cresta, notó que algo se henchía en su pecho y un rostro surgió entre las brumas del recuerdo.

—Es una incorrección —dijo en voz alta; el recuerdo se desvaneció y solo dejó atrás los restos de su decencia.

Volvió la cabeza y, antes de ver a la novicia, supo que Adelinda la observaba a través de la mirilla. Ambas mujeres se contemplaron en silencio, con mirada hostil, ambas conscientes de que la otra había infringido las reglas.

—¡Dejadme salir, hermana chantre! Nadie se enterará de vuestro pequeño secreto si me dejáis salir.

Sombras profundas rodeaban los ojos de Adelinda, como si un demonio le chupara la vida.

Imma se puso de pie y calló.

—¡Quiero salir, quiero salir, quiero salir! —chilló Adelinda—. ¡Abre la puerta, so jodida monja!

Imma regresó con paso medurado entre los setos protectores, sollozando en silencio a medida que el verdor del jardín la envolvía. Descubierta por una novicia... tras todos esos años.

Quería confesar.

Era hora.

Entonces echó a correr.

Capítulo 8

—Conventos de mujeres!

—¡C La voz iracunda del abad Johannes surgía de la celda de la abadesa y resonaba en el pasillo. Imma apretó el paso. Habían anunciado que el abad solo las visitaría pasado mañana. Un instante después apartó la cortina y entró en la celda, respirando entrecortadamente y con el rostro aún anegado en lágrimas.

—Pater Immediatus —dijo, saludando al huésped—. ¿Permitís que entre?

—Pues ya lo habéis hecho, Imma —espetó Johannes.

El clérigo estaba de pie ante la pequeña ventana con los brazos cruzados, mirando fijamente a Imma. La abadesa Hrortruda estaba sentada en un taburete como una pecadora y se retorció las manos huesudas.

—No conozco un convento de hombres en el que los deberes manuales sean desatendidos hasta este punto —prosiguió Johannes—. Las ripias caen del techo cuando sopla la menor brisa. Los cercos están torcidos. Este convento es presa de la decadencia.

«El padre tiene razón», pensó Imma mientras examinaba la habitación. La celda de la abadesa era húmeda, incluso muy húmeda en esa época del año. Manchas negro verdosas salpicaban el mortero y el mampuesto. Las grietas de los

taburetes y de la cama demasiado pequeña estaban llenas de moho.

El Pater Immediatus estaba apoyado contra la ventana y parecía darle la bienvenida a las mínimas ráfagas de aire fresco que penetraban a través de la pequeña abertura. «No tardará en desear encontrarse de nuevo en Arlés, en la corte del arzobispo y en sus pulcros aposentos privados», pensó Imma y reprimió una sonrisa. Las visitas del abad siempre se desarrollaban como la estudiada salida a escena de un actor, solo que no eran entretenidas.

Antes de que Johannes pudiera continuar con su perorata, Hrortruda lo interrumpió.

—Le agradezco a Dios, Pater Immediatus, que vuestro camino os haya vuelto a conducir a San Albola. ¿Traéis una de las nuevas traducciones de la Biblia en vuestro equipaje? En una carta os rogaba que me trajerais una de esas obras de Alcuino de York. Recibisteis mi carta, ¿verdad?

Imma comprobó que los ojos de la abadesa habían perdido vivacidad. Otrora, el entusiasmo y la fe que brillaban en la mirada de Hrortruda la hechizaban. «El convento se derrumba y con él las monjas que debieran cuidarlo», pensó. El intento de la abadesa de cambiar de tema era demasiado torpe para coronarse con éxito.

Sin embargo, para sorpresa de Imma, el abad abandonó sus críticas. Se alejó de la ventana, se acercó a la abadesa y la cogió de las manos.

—Hay un motivo por el cual he adelantado mi visita, Hrortruda. Me han ocurrido cosas espantosas de camino al convento. Se avecina un peligro, un gran peligro, y el tiempo apremia.

Imma se sentó en el lecho de la abadesa.

Johannes miró a las mujeres como si fueran dos monaguillos a quienes debía aclarar la seriedad de sus

deberes.

—Hay sarracenos en las proximidades, al oeste de aquí. Saquean e incendian aldeas. Si siguen avanzando en la misma dirección se toparán con este convento dentro de escasos días. Temo lo peor.

Hrortruda le lanzó una mirada serena.

—Desde los días en que era una novicia, Pater Immediatus, los sarracenos cometen excesos en las comarcas fronterizas. Pero jamás se les ha ocurrido atacar un convento cristiano. Jamás. Uno puede opinar lo que quiera sobre esos diablos musulmanes, son blasfemos y mentirosos, asesinos y adúlteros, unos salvajes lascivos, pero respetan la religión de otras culturas. Según he oído, incluso el emir de Córdoba permite el asentamiento de pequeños enclaves de cristianos y judíos. —La anciana sacudió la cabeza—. Lo lamento por las víctimas de esos malvados, rezaré por sus almas. Sin embargo, aquí nosotras nos encontramos bajo la segura protección de Dios.

El abad apoyó las manos en la mesa.

—Vuestra experiencia vital os honra, pero esta vez las cosas son distintas: Bagdad quiere emprender una nueva guerra contra el reino franco y, en nombre de Harun al Rashid, Córdoba debe provocar a Carlomagno. ¿Y dónde, os pregunto, la paz es tan frágil como una piel fina? Aquí en Septimania. Pese a que han pasado cincuenta años, Córdoba no ha superado la pérdida de la provincia que ahora está en manos de los francos. Y para las salvajes hordas del emir atravesar los Pirineos y llegar a vuestras puertas solo supone un par de pasos.

—¿Poseéis pruebas que demuestren vuestra sagacidad diplomática?

La falta de tacto de la anciana le produjo una secreta alegría a Imma.

—El convento de San Trófimo se encuentra a dos días de viaje de aquí. ¿Lo conocéis?

—Desde luego —gruñó la abadesa.

—Los sarracenos lo han arrasado, solo las ruinas aún humean en ese lugar desdichado. Los cobardes salteadores llegaron de noche, hace una semana. Cuando pasé por allí, los escasos sobrevivientes se dedicaban a enterrar a los muertos. Tuvieron que cavar una tumba especialmente grande para el abad, porque no pudieron desprenderlo de la cruz a la cual sus asesinos lo clavaron. Los hermanos de San Trófimo tampoco creyeron que los árabes atacarían una abadía sin recursos. Ahora lo han perdido todo. ¿Vos también queréis acabar así?

La abadesa se retorció las manos.

—Si eso es verdad, vuestras sospechas podrían verse confirmadas, Johannes, pero ¿qué hemos de hacer? Veréis, aquí hay veintitrés mujeres, en su mayoría demasiado ancianas para caminar erguidas, las otras demasiado jóvenes para conservar la sensatez. A nosotras solo nos queda la oración o la huida. ¡Y podéis estar seguro de que no le entregaré mi casa a ningún bárbaro!

Hrortruda tosió, el discurso la había dejado sin aliento. Imma apoyó una mano en los dedos huesudos de la superiora.

—Todavía no ha sucedido nada —dijo el padre Johannes—. A lo mejor podemos pedir ayuda en Nimes. Lo intentaré, mi adlátere es un jinete experto, le diré que parta ahora mismo. El conde Otolf no nos negará una tropa de guerreros y en tres o cuatro días los catafractos protegerán este lugar.

—¡Catafractos, jinetes envueltos en pesadas armaduras en San Albola! Eso es como expulsar al diablo con Belcebú —se entrometió Imma.

—Temo que el Pater Immediatus tiene razón —murmuró

la abadesa—. Debierais enviar el mensaje lo antes posible. Hasta que arribe la ayuda nos dedicaremos a rezar y a suplicarle al Señor que obligue a los árabes a reflexionar — dijo y se puso de pie soltando un quejido—. Venid, hermana Imma, le traeremos pergamino y pluma a nuestro huésped.

La encorvada abadesa se dirigió a la puerta, pero Imma permaneció en la celda.

—Adelantao, hermana superiora, le haré compañía al padre Johannes durante unos momentos —dijo Imma a espaldas de la anciana. «¡Qué vieja que está!», pensó, preocupada.

Cuando los pasos arrastrados se apagaron el padre Johannes enderezó los hombros.

—Bien, hermana Imma, ¿qué es eso que queréis comentar conmigo y que no deseáis que sea oído por la abadesa?

—No debéis enfadaros con Hrortruda, Pater Immediatus. La vejez la vuelve más terca con cada día que pasa, pero es una buena abadesa.

—No lo dudo.

—Debierais echarle un vistazo a la notación musical que ha inventado. Mediante las neumas puede encerrar la música en el pergamino. Imaginaos: libros repletos de tonos, fijados para toda la eternidad.

—Eso es muy interesante, pero tal como habéis oído dispongo de escaso tiempo. Así que ahora habréis de disculparme.

Imma se restregó las manos sudorosas en la casulla.

—Pater Immediatus, os ruego que escuchéis mi confesión. He pecado y supone un peso muy grande. Demasiado grande como para que lo sepa la hermana Hrortruda. Dios os condujo hasta aquí para que pueda

confesarme. ¿Me escucharéis y me daréis la absolución?

—¿Queréis confesaros conmigo? Pero nuestra Iglesia no prevé la confesión privada. Vos deberíais saberlo.

—Conozco muy bien las leyes de la Iglesia, pero mis pecados suponen una carga tan pesada que mi alma se resiste a pedir perdón durante la misa. ¿No podríais hacer una excepción?

—¿Y actuar en contra de la voluntad del Papa y de todas las convenciones? El castigo previsto para las transgresiones graves es la flagelación. Dirigíos a la abadesa, ella hará que os flagelen. Esta conversación se ha acabado, hermana Imma. No os preocupéis, olvidaré el deseo infame que habéis manifestado. Y ahora marchaos, el tiempo apremia.

Imma clavó la mirada en el rostro de mentón puntiagudo y pómulos prominentes; el Pater Immediatus le negaba la confesión privada. Por supuesto. Imma comprendía su negativa, puede que ella hubiese hecho lo mismo; no obstante, se sentía rechazada como una novicia regañada.

—Padre Johannes —insistió—, si los sarracenos nos atacan y he de morir, mi alma deberá enfrentarse a nuestro Señor cargada de pecados. Comprendo vuestra objeción, pero ¿no sería mejor que buscáramos nuestra salvación en la eternidad y no en esta corta vida?

Johannes la agarró de los brazos y la obligó a ponerse de pie.

—Debemos hallar otro momento para la teología, hermana chantre. Ahora insisto en escribir esa carta al conde Otof. Si resultara que la situación es inocua, me acordaré de vos. Os ruego que comprendáis —dijo y empujó a Imma al pasillo con mano firme.

Mientras ella seguía buscando argumentos la cortina ya se había cerrado ante la celda.

Imma se encontraba en un campo, cerca de un muro en ruinas. La escena parecía irreal. ¿Cómo había llegado allí? Estaba rodeada de monstruos, figuras humanas con cabeza de lobo que golpeaban el suelo con espadas y hacían saltar chispas. Brincaban y corrían en círculo alrededor de Imma. Después le lanzaban dentelladas con sus morros largos de belfos babeantes. Uno ocultaba un rostro de animal bajo la máscara de un ser humano; aunque Imma nunca lo había visto le resultaba extrañamente familiar. Cogió la máscara, con curiosidad y sin temor. Entonces dos hombres lobo se abalanzaron sobre ella, se arrodillaron y comenzaron a devorarle los pies. Le hacían cosquillas y ella los retiró.

Demasiado tarde: sus pies habían desaparecido, ya no podía huir. El enmascarado se acercó y ella retrocedió hasta chocar contra una pared. Se encontró en un nicho y las paredes le presionaban los hombros.

—¡Pero aquí dentro no hay espacio! —les gritó a las quimeras. Las criaturas asintieron como si su cabeza colgara de hilos invisibles—. ¡No hay espacio! —repitió, pero nadie parecía oírla ni querer escucharla.

La criatura lobuna comenzó a tapiar el nicho con ladrillos y mortero. Ya había levantado una pared que llegaba hasta las caderas de Imma, hasta el pecho, hasta el cuello. Finalmente, solo un delgado rayo de luz penetraba en el nicho. Ella se apretó contra la pared y espió a través del diminuto hueco. A un palmo de distancia, pero inalcanzable, se encontraba el enmascarado. Su aliento olía a mirra. De pronto se arrancó la máscara y, antes de que Imma lograra ver quién o qué era, una mano peluda se introdujo en el hueco y presionó el rostro artificial contra la cara de ella. Luego oyó como el último ladrillo ocupaba su lugar, después la envolvió la oscuridad.

Imma despertó y abrió los ojos; el silencio más absoluto

reinaba en el dormitorio; la oscuridad la irritaba. En general, la tenue luz de la luna que penetraba a través de los pequeños huecos en las paredes iluminaba el dormitorio, pero no veía fantasmas ni sombras, solo negrura. ¿Y si no hubiese sido un sueño? ¿Si de verdad la habían emparedado?

El pulso se le aceleró. Decidió abandonar el lecho y poner fin a la fantasmagoría; no podía faltar mucho para las laudes y quería rezar antes de la misa.

Cuando quiso abandonar el catre chocó contra una pared.

Soltó un alarido, chilló y golpeó las palmas contra la pared una y otra vez, emitiendo gritos agudos, agitando la cabeza y percibiendo el sabor salado del sudor y el miedo.

Solo después notó el haz de luz a sus espaldas, se volvió y vio las miradas temerosas de las otras hermanas. Armadas de candeleras dos monjas se inclinaban sobre ella y expulsaban la noche oscura.

—Hermana limosnera, hermana camarera —dijo Imma en voz alta.

Por fin comprendió: había sufrido una pesadilla y un sueño desasosegado, al tiempo que debía de haberse girado en el catre sin darse cuenta. Cuando despertó estaba tendida sobre el lado derecho, como de costumbre, pero en dirección opuesta: con la cabeza donde solía tener los pies y, como había cambiado de posición, la pared que todas las noches notaba a sus espaldas de pronto se encontraba ante ella.

«Soy una tonta», se regañó mentalmente. Aún perseguida por la visión, murmuró:

—Los hombres lobo no existen. ¿Cómo pude creer que algo así fuera posible?

Las monjas la miraron, perplejas. Algunas sonreían, pero al ver la expresión de disgusto y enfado de Imma, ocultaron la risa tras las manos y bajaron la vista.

—Lo que os asustó fue una pesadilla —dijo Atula, la cillerera.

La pequeña monja siempre se esforzaba por serenar el carácter irritable de Imma.

—¿Ah, sí? ¿Quién os ha ordenado interrumpir mi sueño? —bufó la chantre, y abandonó el catre para alejarse ruidosamente.

Poco después las velas volvieron a apagarse en el dormitorio; aún se oían cuchicheos en los catres de las monjas más jóvenes, hasta que regresó el silencio y la luz de la luna se derramó sobre las durmientes como una mortaja plateada.

Los pasos de Imma retumbaron a través de los desiertos pasillos del convento y el patio. Alcanzó la iglesia, recorrió el vestíbulo y se desplomó en un rincón. Estaba demasiado inquieta para rezar, así que decidió aguardar allí hasta las laudes y pedirle a la hermana Hrortruda que escuchara su confesión y la absolviera después de la misa.

La noche se hacía eterna y el frío le mordía las piernas; el sueño se adueñó de ella más de una vez, pero lo espantó como a un insecto molesto: el miedo a que la espantosa pesadilla regresara era demasiado grande. Para mantenerse despierta recordó su trabajo en los anales. Todos los días se inclinaba sobre las viejas tablas que determinaban en qué año se celebraba la Pascua. El *scriptorium* albergaba una considerable colección de esos apuntes, que destacaban por las anotaciones de las monjas en los márgenes: acontecimientos como catástrofes naturales, rendimiento de las cosechas o evolución de los precios. Imma había notado que dichos apuntes también aparecían en las tablas de otros conventos. Hacía años que se esforzaba por redactar una

historia a partir de esos textos marginales; deseaba confeccionar todo un libro con ese valioso material, y recordar ese propósito la reconcilió un poco con el desagradecido mundo del convento.

Cuando un resplandor grisáceo disolvió el profundo azul de la noche, las hermanas acudieron a la misa. Fatigada y vacía, Imma se puso de pie y cumplió con su deber de chantre con una indiferencia que la sorprendió, incluso a ella misma. El introito, que de costumbre siempre entonaba con mucho fervor, se deslizó apagadamente de sus labios.

—Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, yo me encuentro entre ellos —entonó.

Había escogido el texto del Evangelio de san Juan, su libro predilecto de la Biblia, pero las palabras resonaban en el recinto con tanta frialdad que el coro del *Kirie eleison* resultó gélido.

Plegarias, prédicas, cánticos. La misa parecía interminable; en vez de descubrir a las dormidas, tal como era su deber, Imma se adormiló. Era una mujer fuerte y siempre ocupaba la primera fila cuando resultaba necesario imprimir energía, pero en las horas tempranas de ese día no lograba vencer el sueño.

La misa tocó a su fin y las monjas abandonaron la iglesia. Imma despertó a tiempo para situarse junto a la madre superiora. Cuando atravesaron la entrada aferró la mano seca de la abadesa y la anciana alzó la vista.

—Hermana Hrortruda —dijo, y tras una breve vacilación añadió—: quiero confesarme.

Hrortruda palideció.

—¿Confesarte? —repitió la anciana—. El Santo Padre nos ha prohibido la confesión privada. ¿Cómo os permitís solicitarla, hermana chantre?

—Lo que he de confesar no incumbe a las demás

hermanas, pero tampoco puedo guardármelo para mí. Mis pecados me pesan, tanto que ponen en duda mi permanencia en San Albola.

Hrortruda se zafó de las manos húmedas de sudor.

—Os portáis como una novicia. ¡Comportaos, Imma! Solo soy la abadesa de este convento. Será otro quien os juzgará, lo sabéis, ¿verdad?

—En ese caso la respuesta no es unívoca.

—¡Pues entonces marchaos! Dirigíos a la capilla y pedidle ayuda al Señor. Vuestra alma padece una fiebre impía. Orad, y sanaréis.

Furiosa, Imma calló y contó las arrugas que surcaban la cara de la vieja. Después susurró:

—Hermana superiora Hrortruda, os lo suplico en nombre de las décadas que ambas hemos pasado en este convento: dejad que confiese mis pecados antes de que sea demasiado tarde.

—¿Cuándo será demasiado tarde para demostrarle obediencia a Dios? —preguntó la anciana.

Entonces se acercó una de las hermanas y, sin pedir permiso, interrumpió a la abadesa.

—Hay un hombre ante la puerta, hermana superiora. Pero el padre Johannes ha prohibido que dejemos entrar a alguien al convento. «Incluso si es el emperador en persona», dijo. ¿Abrimos las puertas o le decimos que se marche?

—¿Qué quiere y cómo se llama? —preguntaron Imma y Hrortruda al unísono.

—Es Hunoldo, el comerciante de reliquias, dice que tiene algunas... piezas capitales. Eso dijo. ¡Perdonadme!

Una desacostumbrada sonrisa recorrió el rostro de Hrortruda.

—Su falta de respeto lo identifica como quien dice ser. Está bien, Fredegunda, dejadlo entrar, servidle un tentempié y conducidlo a la sala capitular. Lo recibiremos allí.

La hermana Fredegunda hizo una reverencia y se alejó.

Entonces quien buscó la mano de Imma fue la abadesa.

—Venid, hermana chantre. Un huésped exige nuestra atención. Después nos ocuparemos de vuestros secretos — dijo, y arrastró a Imma consigo.

Fuera ya clareaba el día.

Un fuerte viento descendía de los Pirineos y sus ráfagas barrían toda la comarca. Jugeteó en torno al pequeño convento de las benedictinas y silbó una melodía árabe en las rendijas de las ventanas. En la sala capitular las monjas bajaron los postigos de madera, cubrieron las aberturas de los muros y el aullido se convirtió en un murmullo. Encendieron velas y pronto un tenue resplandor iluminó la sala. La abadesa, la chantre, la cillerera, la camarera y la enfermera guardaron silencio. A Imma le ardían los ojos; en cuanto los cerraba la pesadilla regresaba, implacable, así que se aferró a la realidad de la fría habitación, el traqueteo de los postigos, los bancos desnudos y el aliento agrio de la hermana Atula.

Habían esperado oír los pesados pasos de botas masculinas, pero cuando se acercaron las cinco mujeres pegaron un respingo: los pasos resonaban como golpes de tambor.

Imma había oído semejantes golpes hacía mucho tiempo, cuando los francos atacaron la fortaleza de Aeresburg. ¿Realmente había sido ella quien en aquel entonces le indicó al enemigo la entrada a la fortaleza? Tras la batalla, los francos obligaron a los sajones derrotados a bautizarse y el

sonido de los tambores los acompañó durante el largo camino. Muchos se resistieron al bautizo, unos cuantos incluso hallaron la muerte porque se negaron a meterse en el tonel del cual emergerían como cristianos.

La propia Imma se había sumergido en el tonel, dispuesta y llena de curiosidad. No veía la hora de quitarse de encima la antigua fe y ahogar a esos dioses que querían destruir su felicidad en el agua bendita de los cristianos. Cuando el misionero la alzó del bautizo se había convertido en un ser nuevo. Aún hoy percibía la pureza que Cristo le regalara en aquel instante, junto con la promesa de concederle la salvación. Dicha promesa se cumplió, pero el juramento prestado junto con Isaac bajo las raíces del Irminsul no fue cumplido. A Imma esos acontecimientos de días tan remotos le parecían un sueño... un sueño atroz, pero que al mismo tiempo hubiese querido volver a soñar.

Por fin Hunoldo entró en la sala.

Su aspecto —el mentón huidizo y la nariz prominente— evocaba el de una iguana, pero sus movimientos parecían los de un lagarto. Avanzaba con pasos rápidos y decididos agitando la cabeza a un lado y otro como si oteara una presa o un peligro. Los cabellos de Hunoldo eran tan brillantes como sus botas, tenía las mejillas encendidas tras arrancarse las barbas con cera caliente. Ni una mota de polvo atestiguaba el largo viaje que había dejado atrás. Sin duda, se había tomado el tiempo de acicalarse para ese encuentro. Llevaba prendas de cuero que hacían parecer más fornida su delgada figura. Sostenía una caja de madera de alerce, que entonces depositó ante las monjas. Hizo una profunda y rápida reverencia y un mechón de cabello oscuro cayó sobre su frente.

—Dios sea con vos, amigo Hunoldo de Barcelona —dijo la abadesa; el comerciante se enderezó y se alisó el cabello. Después adoptó una sonrisa cordial y saludó a sus anfitrionas

con voz aterciopelada.

—Hermanas de san Benedicto, ieste reencuentro me produce una gran alegría! Durante demasiado tiempo el Señor ha apartado mis senderos de vuestra preciosa casa, pero ahora ha llegado el día en que volvemos a vernos. Durante mi ausencia pude reunir numerosos tesoros; si no los hubiese rescatado se habrían perdido para siempre para la Santa Madre Iglesia.

Hunoldo hizo una pausa y se relamió la boca, de modo que sus labios también se volvieron tan brillantes como sus cabellos.

«Menudo charlatán —pensó Imma—. Venga ya, ilos senderos de Dios! Tus pecados hieden hasta aquí. Eres un mujeriego y un estafador, y seguro que ambas características solo son variantes inofensivas de tu inmoralidad.»

La abadesa se puso de pie.

—Nosotras también nos alegramos de poder saludaros. Una época de duras pruebas ha irrumpido entre nosotras. Seguro que durante vuestros viajes habéis oído hablar de las vergonzosas acciones de los sarracenos, o tal vez las presenciasteis vos mismo. El padre Johannes se hospeda en San Albola, seguramente desea haceros unas preguntas, pero hablaremos de ello más tarde. Ahora decidnos qué preciosidades habéis rescatado de las garras sarracenas — dijo la abadesa con voz vibrante de emoción.

El comerciante batió palmas como si fuera a desfilar una procesión de esclavos ricamente cargados a través de la sala del capítulo. Después abrió la tapa de la caja y extrajo un pequeño estuche de cuero. Desplegó el cuero con la punta de los dedos y presentó su sagrado contenido. Imma vio un trozo de madera de un dedo de largo.

—Lo que os presento, veneradas hermanas, es una astilla de la Santa Cruz de Cristo. Sí, es verdad: el Señor tocó esta

madera en la hora de su muerte, su sudor cayó en las vetas y la madera se tornó irrompible para toda la eternidad.

Imma ya no aguantó más.

—Si la madera de la Santa Cruz no se puede romper, entonces ¿cómo sostenéis una astilla en la mano?

Hunoldo no titubeó.

—Porque el propio Dios hizo que estallara para esparcir la sustancia salvadora entre los mortales.

—Y ahora vos cumplís con la voluntad del Señor y sois su mensajero —dijo la abadesa en tono aprobatorio.

Hunoldo había logrado ponerla de su parte y le lanzó una rápida mirada triunfal a Imma.

—Por supuesto, en cuanto encontré este objeto precioso me apresuré a acudir aquí. Ningún otro lugar del mundo me pareció más adecuado para guardarlo a buen recaudo y honrarlo.

—¿Cuánto pedís por la astilla? —preguntó la cillerera. La hermana Atula administraba la caja del convento y cuidaba del dinero como un cancerbero.

Hunoldo mencionó una suma elevada, tan elevada que en la sala reinó el silencio y el aullido del viento volvió a hacerse audible.

Imma notó que la abadesa se retorció las manos. Hrortruda sentía pasión por las reliquias sagradas. Estaba sedienta por hacerse con la sangre de los mártires albergada en cálices incrustados de gemas, con trozos de huesos, jirones de atuendos o instrumentos de tortura manchados de sangre mediante los cuales los santos y santas encontraron la muerte. Imma conocía esa única pasión de la anciana y en general se mostraba condescendiente y paciente.

Pero en esta ocasión el descaro de Hunoldo hizo que sus mejillas se encendieran. El precio era de usura, una estafa

evidente. Todos los conventos conocidos, todas las comunidades, todas las diócesis e incluso muchos predicadores ambulantes se jactaban de poseer una astilla de la Santa Cruz. La abadesa había comprado tres en los últimos siete años. Si uno reuniera todas las astillas en circulación y volviera a darles la forma original, el resultado final sería una cruz más grande que las siete colinas de Roma.

Antes de que Hrortruda pudiera aceptar el trato, Imma se inmiscuyó.

—Maravilloso, pero antes de que tomemos una decisión mostradnos qué más guardáis en vuestra caja mágica.

—Sí —dijo Hrortruda, asintiendo con aire entusiasmado—, mostradnos más —pidió sin dejar de retorcerse las manos.

Hunoldo rio, elogió el interés de su clientela y no se cansó de extraer otros tesoros de la caja. Pronto encontró un huesecillo del pie de san Cristóforo y después una tibia entera de san Apolonio. San Crisógono estaba representado por una mandíbula inferior, e incluso llevaba un trozo del cráneo del apóstol Pablo en su colección de reliquias. También había pelos de la barba de san Pedro, un cuenco de la Última Cena, leche de María y un trocito de su camisa. Hasta el prepucio del Jesús circuncidado tenía cabida en la caja de las maravillas de Hunoldo, un fragmento gris de tejido humano encerrado en una redoma de cristal. El mercader se deleitaba con las historias acerca de los milagros obrados por sus atroces reliquias y no se cansó de pedir precios de un valor equivalente al de varios rebaños de cabras.

Imma persistió en frustrar todo intento de Hrortruda por desplumar el tesoro del convento. Supuso un esfuerzo no calificar las mercancías como cachivaches, pero hacerlo hubiese implicado cuestionar públicamente la autoridad de la

abadesa. Así que se limitó a hacerle preguntas incisivas a Hunoldo, a interrumpirlo y contradecirlo, a hacer comentarios, fingir ataques de tos, rezar en voz alta al ver los restos de los mártires, narrar el final de las historias de Hunoldo y transformarlas en insignificancias. Escupía llamas como un dragón cuyo tesoro se viera amenazado por un enano codicioso.

El tratante de reliquias conservó la serenidad; el juego con la tozuda monja parecía divertirlo. Una y otra vez soltó sonoras carcajadas, un sonido extraño en esa sala. No justificó la autenticidad de sus mercancías, y cuando la monja impertinente se entrometía, pasaba de inmediato a la siguiente pieza y volvía a poner en práctica el arte de mentir. Imma se percató de que disfrutaba con el intercambio de golpes, pero el motivo seguía siendo un enigma, así que se dijo que debía estar alerta.

—Bien, ya habéis visto lo que tengo para ofrecer —dijo Hunoldo por fin, cerró la caja y apoyó las manos en la tapa—. Solo falta una cosa —añadió, se frotó la barbilla y frunció el ceño.

—¿Qué es? ¿Qué nos ocultáis? —preguntó la abadesa con voz trémula.

Se movió atrás y adelante en el banco. «Como una yegua en celo», pensó Imma y bajó la vista, abochornada.

—He comprado esta pieza preciosa en el convento de San Trófimo —dijo Hunoldo e introdujo la mano bajo el manto—, por encargo de los benedictinos. Debo entregarlo en su convento lo antes posible. Me consta que el abad Meinherr quiere regalársela al arzobispo de Arlés y por eso no está en venta. Pero puedo concederos un vistazo.

Extrajo un cofrecillo de oro de un palmo de largo incrustado de ámbar, amatistas y lapislázuli. Dos bisagras lo mantenían cerrado. Hunoldo se arrodilló ante la abadesa y se lo tendió. Las cuatro monjas estiraron el cuello, presas de la

curiosidad. Hrortruda lo cogió con dedos temblorosos.

—Este cofrecillo alberga uno de los tres clavos de la Cruz de Cristo —dijo el hombre—. Nunca he tocado un artefacto más sagrado y excepcional. Observadlo minuciosamente, seguro que vuestros hermanos de San Trófimo estarán de acuerdo.

Imma recordó el informe del Pater Immediatus acerca de la masacre en San Trófimo, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra la abadesa abrió el cofrecillo y, al ver la reliquia, enmudeció.

Un enorme clavo reposaba en un lecho de terciopelo azul marino. Era puntiagudo, de corte transversal hexagonal y tan largo y ancho como un dedo índice. La cabeza estaba abollada y resquebrajada, y pequeñas manchas de óxido cubrían la reliquia.

La abadesa soltó un gritito de júbilo.

—La sangre del Señor aún está pegada al clavo. ¿Lo veis? Ahí. ¡Es su sangre! —Un hilillo de saliva se desprendió de su boca abierta y le humedeció la rodilla.

Eso ya fue demasiado para Imma.

—¡Tonterías! Eso es óxido. Un indicio de su carácter efímero. Solo es óxido, nada más. —Se había puesto de pie y señalaba el cofre con el índice. Ya era demasiado tarde para la cortesía, se trataba de poner fin a ese sacrilegio—. Puede que este clavo haya pertenecido a un carpintero en algún momento, pero no a la Santa Cruz. El padre Johannes nos informó que ya ha visto piezas semejantes en sus viajes. En Trier, Roma y Rávena. Eso suma tres. Si esos ejemplares son auténticos (y confío en el discernimiento de nuestros padres de la Iglesia), entonces este es un cuarto clavo. ¡Y eso es una estafa! —Hrortruda resolló—. Perdonad, hermana superiora, pero puedo informar de algo más. He nombrado los lugares donde conservan los tres clavos sagrados, pero

me han informado de la existencia de otros ejemplares, puede que su número sea de doce o trece. Uno de ellos, ya sea una reliquia sagrada o un miserable engaño, fue conservado hasta hace poco tiempo en el lugar a donde supuestamente viajará este hombre: en San Trófimo. Pero el convento está destruido, nuestros hermanos fueron asesinados y el tesoro del convento saqueado. Allí aún humean las ruinas y el tratante de reliquias ya está llamando a nuestra puerta y ofrece lo que no le pertenece. ¡Tened cuidado, hermanas! No dejéis que los caminos rectos del Señor se tuerzan.

Hunoldo se puso de pie y se plantó ante Imma.

—¿Qué queréis decir? —gruñó.

Imma lo ignoró y se dirigió a las monjas.

—El león del bosque los destrozará, el lobo de la estepa los perderá y la pantera merodeará en torno a las ciudades; todos cuantos las abandonen serán despedazados. ¡Contemplad quién da vueltas en el interior de nuestros muros! —exclamó.

La abadesa desvió la mirada de sus indignadas hermanas y contempló la reliquia que sostenía en las manos.

—Vuestras visiones, Imma, son tan falsas como vuestro ser. Pero no estamos aquí para comprobar la verdad y la mentira. —Se puso de pie y se situó junto a Hunoldo, enfrentándose a Imma—. Infringís la ley —añadió en tono sosegado—. He invitado a pasar a este viajero para que descansa. Es mi huésped, y, sin embargo vos perdéis la compostura y lo acusáis de... —Hrortruda se interrumpió.

Atula se inmiscuyó.

—El Señor dice que el lobo y la oveja deben pacer juntos; no cometerán maldades ni causarán daños en todo el monte sagrado. Por favor, hermana, tranquilizaos para que podamos continuar.

Imma no le prestó oídos.

—¿Y qué, si de verdad hay sangre pegada a este clavo? ¿Y la que mancha las manos de este hombre? ¿Qué, si lo que quiere es sumirnos en la desgracia? ¿Me oís, Hrortruda? ¿Hermana?

La anciana se había vuelto. Su figura parecía derrumbarse aún más.

—¡Fuera! —dijo en voz baja.

Hunoldo soltó una carcajada.

La tristeza y la cólera se apoderaron de Imma. Dos monjas discutían por un hombre; reprimió una risa amarga y trató de encontrar las palabras adecuadas, pero fue en vano.

—U os retiráis al dormitorio en el acto y permanecéis allí hasta cumplir con vuestra penitencia y hasta que a nuestro huésped le plazca volver a emprender viaje, o bien ya no sois la chantre de este convento —decretó la abadesa.

Imma se quedó muda.

—Dado que Hunoldo ya no puede entregar el clavo sagrado en San Trófimo, nosotros lo compraremos para recompensar los servicios prestados a la Iglesia. Decid vuestro precio, Hunoldo —pidió la anciana y le lanzó una mirada retadora al mercader.

Entonces Imma se puso de pie abruptamente, apartó a la anciana de un empujón y cogió el cofre que contenía la reliquia. Cuando se lanzó fuera de la sala capitular alcanzó a ver que Hrortruda caía en brazos de Hunoldo. «Muy bien —pensó—. Puesto que no deja de comerle de la mano.» Después atravesó la puerta. Ya sabía muy bien adonde debía dirigirse.

Imma estaba sentada junto a Adelinda en la capilla,

gotas de sudor brillaban en su frente y sus mejillas. Mantenía la vista clavada en la puerta abierta como si aguardara la llegada de un ángel vengador.

—Podríais haber traído un poco de comida —dijo la novicia.

Imma calló. Había irrumpido en la capilla hacía tres horas; a partir de entonces permanecía acucillada y presa de la inquietud, sin dar explicaciones e ignorando las preguntas de la muchacha. Adelinda no era una compañía agradable pero allí Imma estaba a salvo, porque la única capaz de encontrarla en el laberinto era la propia abadesa; era de suponer que las demás monjas registraban todo el convento en su búsqueda y hasta que a Hrortruda se le ocurriera registrar el laberinto podía pasar bastante tiempo. Imma ignoraba lo que sucedería después, así que permanecía sentada, aprovechando el plazo de gracia concedido. Ante la capilla el viento amainaba y el murmullo de las hojas disminuía lentamente.

—Sois una mujer muy peculiar. —Adelinda se puso de pie y deambuló por el pequeño recinto—. Me encerráis y echáis a correr, luego me olvidáis y dejáis que me muera de hambre y sed. Y por fin regresáis resollando, como si el diablo os pisara los talones, tomáis asiento y no decís ni una palabra durante horas. ¿Acaso os ha poseído el Espíritu Santo?

Las acusaciones de Adelinda rebotaban contra Imma como la espuma de las olas contra las rocas. Las horas transcurrían; cuando empezó a oscurecer, Adelinda se sentó en el rincón más alejado de la capilla.

Imma no despegaba la mirada de la puerta y aguardaba. Fuera, un velo gris cubrió los setos susurrantes y se volvió más denso hasta transformarse en una negrura impenetrable. Adelinda estaba tendida en el suelo de piedra, durmiendo apaciblemente. Entonces el sueño también se adueñó de Imma. Trató de vencer el cansancio pero, sentada

en el banco, cayó hacia delante en tres ocasiones; cada vez despertaba pegando un respingo y procuraba mantenerse despierta. Si Hrortruda la descubría, quería enfrentarse a ella despierta. Pero el sueño tenía poder, la sumió en pesadillas de las que despertaba zarandeada por el asco. Jadeó, aspiró los aromas nocturnos a miel y lavanda, el perfume del silencio, el hedor de la curtiembre y el humo...

¿Humo en medio de la noche? ¡Había un incendio!

Abandonando la apatía, Imma alcanzó la puerta en dos zancadas. El humo era acre y no cabía duda: había estallado un incendio. ¿Por qué nadie hacía repicar la campana?

A lo lejos resonaron gritos, las hermanas habían notado el fuego y trataban de apagarlo o bien se ponían a salvo. «En todo caso, necesitan mi ayuda», pensó Imma. Adelinda dormía junto a la puerta y no se percató de que la monja pasaba corriendo a su lado.

No se veían las llamas, los setos las ocultaban como gigantescas anteojeas. A la derecha, a la izquierda, a la izquierda, a la izquierda, a la derecha. Los gritos se convirtieron en alaridos, el humo ondeaba a su lado. Imma recorría los senderos: izquierda, derecha, izquierda, izquierda. Una vez se equivocó, se encontró en un callejón sin salida y, asustada, volvió a tomar el camino correcto.

Entonces oyó el rugido de voces masculinas en el patio del convento. Se detuvo y aguzó el oído. Oyó órdenes y sus sospechas dieron paso a la certeza: los sarracenos habían llegado!

El padre Johannes tenía razón. El peligro estaba más próximo de lo que él mismo creía posible. Pero ¿por qué los muros no habían resistido? Incluso un convento de monjas podía resistir un ataque durante uno o dos días. El enemigo debía de haber recurrido a alguna astucia.

Imma se quitó la capucha y se pasó las manos por su

corto pelo pelirrojo. Siguió corriendo sin reflexionar, atraída por el Apocalipsis como los cerdos que prefieren regresar al establo en llamas en vez de buscar su salvación entre las sombras de la noche. Entonces salió del laberinto.

San Albola ardía. Las llamas devoraban los techos, los talleres, los cobertizos, los establos, y su luz centelleante bañaba el patio. Había extraños por todas partes, hombres, demonios. Volaban entre las llamas como espectros, en el suelo había monjas muertas tendidas, algunas luchaban con los intrusos soltando chillidos. Imma vio que blandían armas desconocidas: la muerte cosechaba entre sus hermanas. Oyó el ruido de los golpes y los cuerpos chocando contra el suelo, sonidos apagados entre el chisporroteo del fuego y el estruendo de las vigas reventadas.

Cerca de la casa de baños divisó la silueta de la hermana Atula. Los asaltantes la empujaban de un lado a otro, desnuda e indefensa; cayó al suelo y trató de incorporarse. Los golpes llovían sobre ella y, cuando uno de los bellacos se disponía a montarla, Imma huyó al laberinto. Los setos impedían la visión, pero no los sonidos.

Temblando, permaneció en el verdor y trató de ordenar sus pensamientos antes de caer presa de la locura. Debía actuar, quedarse quieta significaba la muerte. ¿Regresar a la capilla? ¿Buscar protección en el regazo del Señor? ¿O lanzarse fuera a la hoguera y acompañar a las hermanas hasta el final? No temía el final y tampoco el dolor... pero no quería morir antes de haberse confesado.

—¡Imma! ¡Imma!

Primero creyó que el Señor la llamaba a su lado, pero entonces reconoció la voz áspera como un graznido de la hermana Hrortruda. Se volvió y atisbo a través de la salida del laberinto, al matadero de la realidad.

A unos diez metros de distancia la abadesa se arrastraba hacia ella, se tambaleaba, luchaba por recuperar el equilibrio

y se mantenía esforzadamente en pie. Uno de los árabes advirtió la presencia de la fugitiva y echó a correr tras la anciana con grandes zancadas, empuñando una lanza. Aún estaba demasiado lejos para arrojar el arma.

Imma echó a correr hacia Hrortruda, le rodeó la delgada cintura con sus brazos y la arrastró consigo, temiendo que el frágil cuerpo se partiera en dos. Echó un breve vistazo por encima del hombro y vio que el perseguidor acortaba distancias.

Los setos la tragaron, Imma arrastró a la anciana jadeante y ambas doblaron un recodo, ocultas por la oscuridad, protegidas por los sinuosos senderos del laberinto. Un enemigo jamás lograría alcanzar la capilla y allí encontrarían refugio... de momento.

Entonces las fuerzas abandonaron a Hrortruda y sus rodillas se doblaron. El repentino peso superó a Imma y la anciana cayó al suelo. Todos los intentos de incorporarla o de seguir arrastrándola fueron inútiles. Hrortruda yacía inmóvil. Era como si el peso de su cuerpo se hubiera triplicado. Imma necesitaba ayuda. Adelinda dormía en la capilla; juntas tal vez lograrán cargar con la anciana.

Entonces oyó la respiración agitada de su perseguidor. Estaba cerca... demasiado cerca como para dejar a Hrortruda allí tendida. Imma se pellizcó el labio inferior, intentando encontrar una solución.

De pronto Hrortruda tosió y el sonido ronco recibió una respuesta inmediata: una risita penetró a través del seto a espaldas de Imma.

—Las novias de Dios se han delatado.

Entonces Imma vio la punta de una lanza que asomó entre las hojas como un rayo oscuro y después volvió a desaparecer con la misma rapidez. Su perseguidor acechaba al otro lado del seto y, con un poco de suerte, parecía confiar

en dar en el blanco. La lanza volvió a atravesar las hojas, esta vez más próxima.

Imma metió la mano bajo la casulla, cogió el cofrecillo y cuando levantó la tapa bruscamente las bisagras se rompieron con un chasquido. Cogió el clavo del terciopelo, dejó caer el cofre incrustado de gemas y aguardó la siguiente embestida.

Entonces el arma mortífera volvió a surgir, hendió el aire por encima de la inmóvil Hrortruda y se retiró. Se oyó otra risita.

—¿Aún estáis ahí, hermanas de cama? ¡Ha llegado vuestra hora!

Imma se acercó al seto, tanto que las ramas arañaron su cara, se encogió cuanto pudo e imitó el ataque de tos de la anciana que ya había atraído la lanza una vez.

Surtió efecto en el acto: la punta de hierro surgió entre el follaje y le hizo un corte en la oreja izquierda. Imma agarró el asta de madera y tiró con todas sus fuerzas, oyó que el enemigo se tambaleaba y metió el clavo a través del seto como si fuera un puñal. Sonó un grito y la reliquia fue arrancada de su mano, pero el enemigo había soltado la lanza, que colgaba de las manos de Imma. Apuntó la lanza en dirección opuesta, apretó los labios, cerró los ojos y atravesó el seto. El arma chocó contra algo blando y se oyó un gruñido.

Asqueada, Imma dejó caer el arma y brincó hacia atrás; el asta de la lanza se agitó y se movió entre las ramas como si hubiese cobrado vida. Por fin desapareció acompañada de un golpe sordo detrás del seto.

Imma aguzó el oído. A lo lejos aún se oía el estrépito de las paredes que se derrumbaban, pero al otro lado del seto reinaba el silencio. Aguardó un momento más y se dejó caer junto a Hrortruda. Un dolor abrasador le martillaba la cabeza,

tenía la mandíbula inferior entumecida y, cuando se llevó la mano a la oreja, palpó humedad. Retiró la mano, plegó ambas y rezó.

Permaneció sentada allí largamente, inmóvil, enloquecida de miedo, culpa y espanto. Pasaron horas hasta que la noche dio paso al gris del amanecer. El humo envolvía a ambas monjas como la neblina matutina. Cuando salió el sol, Imma se puso en pie. Todo estaba en calma y comprobó que Hrortruda aún seguía con vida; entonces regresó al centro del laberinto. Debía despertar a Adelinda. La novicia dormida se había perdido los albores de un tiempo nuevo.

Capítulo 9

Thankmar cabalgaba a lomos del diablo. Sentado en lo alto, en el cuello correoso del elefante, conducía el animal a lo largo de las huellas dejadas por los carros en el camino. La pequeña procesión se arrastraba a través de la comarca, serpenteaba en torno a granjas, atravesaba bosques y marchaba junto a campos de rastrojos. *Abul Abbas* causaba sensación en todas partes. Los campesinos dejaban caer las guadañas y hoces y seguían al contingente con la mirada, las cornejas alzaban el vuelo y pasaban por encima de las cabezas de los viajeros como sombras, carros arrastrados por bueyes se apresuraban a apartarse del camino, los carreteros se persignaban y escupían por encima del hombro en cuanto el contingente los dejaba atrás.

Sentado a lomos del gigante, Thankmar era un rey que descollaba por encima de todos los jinetes. Los turbantes blancos lo provocaban como si fueran paños rojos; ¡cuánto le hubiera gustado arrojarles guijarros a los árabes y evitar su ira sentado allí en lo alto! Pero se contuvo. Las riñas entre Mazruq al Atar e Isaac de Colonia se habían interrumpido durante los dos últimos días, al igual que las conversaciones entre ambos hombres. Solo Sanad, Jalid y Hubaish charlaban entre ellos. Durante la cabalgada Hubaish enarbolaba su lanza —a la que denominaba *qanah*— como el mástil de una bandera. En la punta había sujetado un trozo de tela negra que, impulsada por el viento, ondeaba como el estandarte de

guerra de los abasíes: una advertencia muda. Isaac se limitaba a dar breves órdenes, también a su esclavo. Thankmar se sentía inquieto.

El malhumor reinante no parecía impresionar a *Abul Abbas*. Desde que abandonaran Génova el elefante trotaba detrás de los demás como si eso lo divirtiera. Durante tres noches Thankmar había aprendido a valorar el ancho lomo del elefante como una cama bastante confortable. Todos sus temores resultaron infundados: *Abul Abbas* no era una bestia caníbal y su carácter tendía a la indiferencia. Thankmar también permanecía sentado en su lomo durante el día y cabalgaba en el gigante, si bien no lograba conducirlo. El elefante seguía a los jinetes por su propia voluntad, fascinado por la cola de los caballos.

Abul Abbas siempre tenía muy buen apetito. Cuando acampaban, devoraba hojas y ramas, pelaba árboles o rascaba la tierra con las patas y la trompa en busca de raíces; a menudo el perímetro del bosque quedaba desnudo cuando el grupo volvía a emprender la marcha, y así seguiría hasta la siguiente primavera.

El hambre del elefante era insaciable y su sed no parecía apagarse nunca. En cuanto percibía el fresco vapor de un arroyo se detenía, olfateaba y después se abría paso entre los arbustos. Thankmar intentaba obligarlo a regresar al camino, presionaba las rodillas contra el cuello del animal, le tiraba de las orejas y trataba de convencer al testarudo, pero era inútil, así que se agachaba bajo las ramas y se rendía a su destino ya que no osaba saltar al suelo desde semejante altura. También temía que el animal pudiera perderse entre los matorrales, así que permanecía sentado en su lomo y se dejaba conducir a través del bosque hasta que *Abul Abbas* se detenía ante un charco o un arroyo. Allí sumergía la trompa en el agua y la absorbía hasta apagar su sed.

Por desgracia, el elefante también disfrutaba

derramándose chorros de agua en el lomo; la presencia de su jinete le resultaba indiferente. Después de un buen rato *Abul Abbas* regresaba al grupo, que había aprendido a esperarlo. Descollaba por encima de los demás, enorme y resplandeciente, con Thankmar a horcajadas sobre el lomo como un memo empapado.

Por fin, Pavía apareció en el horizonte y las orillas del río Tesino se acercaban al camino. El chapoteo del río atrajo al elefante: quería tomar un baño. Esa vez, Thankmar se apeó a tiempo.

Perseguido por las imprecaciones de los *árabes*, *Abul Abbas* se lanzó al río, se dejó caer en las aguas de lado, pataleó y el agua salpicó hasta el camino. Furibundos, Isaac y los musulmanes aguardaban a una distancia prudencial, pero Thankmar se sentó en la orilla y soltó una sonora carcajada. Cuando el elefante puso fin al baño, salió del río con los colmillos envueltos en algas y cubiertos de bichos acuáticos. En sus ojos brillaba una alegría salvaje.

Abul Abbas interrumpía cada día de viaje de esa guisa. Durante su última visita a un río aconteció algo curioso. El elefante acababa de refrescarse en el Tesino y los caballos ya trotaban hacia Pavía cuando recogió algo del camino con la punta de la trompa. Thankmar vio un objeto brillante, se interpuso y trató de ver qué había recogido, pero *Abul Abbas* alzó la trompa y sostuvo el objeto centelleante fuera de su alcance. Las gotas de agua se derramaron sobre la cabeza de Thankmar al tiempo que trataba de agarrar la trompa, pero el elefante lo apartó con un colmillo y el sajón cayó al suelo. El animal examinó el objeto sosteniéndolo con la trompa, la bajó y volvió a levantarla. Entonces un rayo de luz cayó sobre el objeto y deslumbró al elefante que, asustado, lo arrojó sobre los guijarros de la orilla.

Entonces soltó un berrido infernal y bandadas de golondrinas alzaron el vuelo de los sauces que crecían a

orillas del río, los mulos y caballos se encabritaron, el semental de Sanad corcoveó y desmontó al jinete. El elefante soltó otro trompeteo y después pareció tranquilizarse. Bajó la cabeza, deslizó la trompa por el suelo y durante un momento buscó el objeto de mala gana, luego volvió a ocupar su lugar habitual detrás del grupo.

Sin embargo, Thankmar había visto dónde había ido a parar el objeto brillante; se apresuró a deslizarse por el terraplén hasta el río y se preguntó si el agua lo habría arrastrado. No: allí entre los guijarros había un brillo metálico. Lo recogió y vio el fulgor de rojas piedras preciosas. Y del oro. El objeto podía ser de un valor incalculable. Estaba sujeto a una cinta de cuero. Era un amuleto. ¿A quién pertenecería? ¿Cuánto hacía que reposaba en el camino?

Thankmar palpó la forma peculiar; la joya estaba rota a un lado; no obstante, parecía que alguien la había llevado colgada del cuello. La curiosidad del muchacho aumentó.

—¡Deja de haraganear, esclavo! —gritó Isaac.

Thankmar alisó la cinta, se colgó el amuleto del cuello y lo ocultó bajo la túnica. Después se marchó cojeando para dar alcance a su obstinada cabalgadura.

Cuando por fin llegaron a sus puertas Pavía estaba a oscuras. Pasaron junto al molino de la ciudad donde las prostitutas ofrecían sus servicios. A la luz de las antorchas Thankmar distinguió patíbulos montados como negras advertencias a lo largo de las murallas; los ahorcados pendían de ellos y ofrecían sus cadáveres a los cuervos. Tres de ellos colgaban boca abajo. Thankmar había oído hablar de la costumbre de colgar cabeza abajo a los condenados. Si después de tres días aún seguían vivos, sujetaban piedras a

sus lenguas para asfixiarlos. Presa del espanto, desvió la mirada.

Un foso rodeaba la ciudad. Isaac le explicó a Thankmar que el foso era un resto de la época en que Carlomagno había sitiado Pavía. El emperador mandó excavar un foso para impedir ataques militares de los sitiados. En el presente, el agua del foso servía para regar canteros de verduras.

Los aduaneros no tenían la menor intención de permitir que unos árabes entraran en la ciudad, por no hablar de hacerlo acompañados por un monstruo gigantesco. Isaac se esforzó por convencer a los gruñones guardias de su estatus diplomático. Finalmente, un puñado de monedas de plata acabó por convencerlos y un guardia bigotudo fue a despertar al regidor.

El administrador de la residencia imperial parecía gozar de un sueño muy profundo. Cuando por fin despertó ya amanecía tras los bosques orientales. A causa de las prisas el administrador había prendido mal su jubón y, medio dormido e impaciente, luchaba con las hebillas con sus cuidados dedos. Debía de tener la misma edad de Isaac, era de estatura baja y una barba blanca adornaba su rostro. Por fin dejó de ocuparse del jubón y dirigió la mirada a los jinetes que lo habían hecho despertar a esa hora tan impía.

—¿Quién de vosotros es Isaac de Colonia? —preguntó, bostezando.

Isaac tomó la palabra.

—Soy yo. Viajo por encargo del emperador y tengo órdenes de encontrarme con él aquí. —Extrajo un rollo de pergamino y se lo tendió al regidor—. Mis atribuciones, confirmadas por Carlomagno en persona. Si es que queréis comprobarlas.

El conde palatino cogió el pergamino, lo desenrolló y leyó el texto a la luz de las antorchas con mirada adormilada.

Después se lo devolvió a Isaac.

—Sed bienvenido, Isaac de Colonia. Soy el conde palatino Arno de Pavía, regidor de la capital franca del reino de Lombardía. El propio emperador responde por vos. Pero debo decepcionaros: Carlomagno ha abandonado Pavía, se marchó hace tres días con toda su corte.

—¡Eso es imposible! —soltó Isaac.

—Y, sin embargo, ocurrió —contestó el conde en tono indiferente.

—¿Por qué se marchó? ¿Sabéis adonde se dirigía?

—Dijo que su destino era el palacio de Aquisgrán. Hará unos seis días llegó un mensajero. Traía noticias de ataques de sarracenos en la región en torno a Arlés. Al parecer, los malditos sarracenos arrasaron varios conventos.

El conde le lanzó una mirada de soslayo a los árabes.

—¿Conventos arrasados? ¿Qué es lo que sabéis? ¡Hablad!

Isaac se apeó del caballo y aferró al conde por los hombros. Este se zafó de las manos temblorosas y dio un paso atrás.

—Venid, entrad en la residencia y allí deliberaremos. Hay lugar suficiente para todos. Incluso para vuestro dragón —dijo, señalando a *Abul Abbas*—. Pero esos —añadió, indicando a los árabes con la cabeza— jamás pisarán mi palacio. Pueden aguardaros en la taberna.

—Al igual que yo, ellos también se encuentran bajo protección diplomática —protestó Isaac.

—Puede ser. Pero si en estos días invito a árabes a la casa del emperador (tanto amigos como enemigos), mi credibilidad como representante imperial se irá al garete. Por otra parte, nuestros mesones gozan de una excelente reputación.

Mazruq soltó una risita afectada.

—A condición de que las mujeres no escaseen, prefiero cualquier taberna antes que una polvorienta sala de deliberaciones. Los días tristes de vuestras mujeres han acabado, conde. ¡Adelante!

El conde Arno le lanzó miradas de desaprobación, después se volvió y condujo a los extraños visitantes al interior de Pavía.

Tras las imponentes murallas se ocultaba una ciudad que apenas merecía dicho nombre. Thankmar siempre había imaginado que las ciudades estaban llenas de casas magníficas habitadas por personas bellas, pero la estadía en Génova le había demostrado que había un profundo abismo entre su imaginación y la realidad, y allí ocurría lo mismo. Pavía era una aldea que se había vuelto demasiado grande. Una casa de paredes entramadas estaba pegada a la siguiente, los habitantes habían aprovechado cada palmo de tierra; allí donde ya no cabía ni una piedra se habían limitado a construir una o dos plantas más, pero el talento arquitectónico de los habitantes era bastante escaso. Las plantas superiores se apoyaban unas contra otras como borrachos o sobresalían de la planta baja a tal punto que era de temer que se derrumbaran encima de los transeúntes.

Entre los ciudadanos, que a esa hora temprana ya se dedicaban a sus menesteres, destacaba un hombre que cargaba con una mujer a hombros y a quien escoltaban dos soldados de la guardia. Cuando la extraña pareja pasó junto al grupo de viajeros todos se detuvieron, sorprendidos. Mazruq al Atar entonó unos versos burlones sobre el poder de las mujeres, pero el conde Arno lo interrumpió.

—Lo que veis aquí es una medida judicial muy importante, una ley ideada por mí mismo que hará escuela en todo el reino, en aras de impedir la copulación pública y la indecencia callejera. Todos los hombres descubiertos junto a una prostituta deben cargar con ella a hombros hasta la

plaza del mercado, donde la mujer será flagelada. Una excelente idea, ¿no os parece?

Cuando el sol se elevó por encima de los árboles, Isaac, el conde palatino y el senescal —el responsable del aprovisionamiento de Pavía— estaban sentados en una sala baja y alargada del palacio. Un fuego considerable ardía en la chimenea y un brasero que despedía un olor intenso a brea proporcionaba iluminación.

Thankmar había tomado asiento junto a su amo y durante la conversación no dejó de preguntarse una y otra vez cómo se encontraría *Abul Abbas* en el patio del palacio. Antes de que sujetaran al elefante a unas estacas Thankmar se había encargado de que el animal estuviera al lado de una fuente. Los árabes se habían instalado en una taberna llamada La Ballena.

El documento imperial de Isaac pasaba de mano en mano; una vez que los funcionarios se convencieron de la seriedad de su huésped, el conde Arno tomó la palabra.

—Pues sí, el emperador se ha marchado. Estaba nervioso cuando emprendió viaje, podéis estar seguro de que sus asuntos en Aquisgrán eran de carácter urgente.

Isaac lo interrumpió en tono brusco.

—No se trata de que me consoléis, buen hombre. No he acudido como comerciante ambulante que confía en hacerse con dinero del tesoro de Carlomagno. Lo que necesitamos es ayuda y de inmediato. Nuestra misión es muy urgente.

El senescal, de pelo negro y cara de cuervo, dejó el documento que acababa de examinar en la mesa con un movimiento exageradamente lento.

—¿Sois judío? El emperador debe de apreciaros mucho si os ha incorporado al servicio diplomático a pesar de vuestra fe hereje. Los judíos no son bien vistos en Pavía. Dicen que profanan las hostias perforándolas con agujas y punzones, y

además se afirma que mutilan niños. Pero seguro que eso solo son chismorreos de mujeres. ¿De qué trata vuestra misión? Tal vez sería mejor que empezarais por explicárnoslo y entonces decidiremos si necesitáis nuestra ayuda.

Isaac apretó los labios e inspiró profundamente. Luego inició el relato comenzando por Bagdad, informó sobre los obsequios de Harun al Rashid, les explicó la naturaleza política del viaje y el motivo de la presencia de la legación árabe. Thankmar notó que, invisibles para los señores de Pavía, las manos de su amo temblaban bajo la mesa.

—¿Así que el elefante y el reloj han de ser entregados al emperador con rapidez? —preguntó Cara de Cuervo una vez que Isaac hubo acabado.

—¡Lo habéis comprendido perfectamente! —confirmó el judío con una sonrisa irónica. Después golpeó la mesa con las palmas de las manos—. En nombre del emperador exijo caballos frescos para mí y mis acompañantes. Además, me informaréis de la ruta emprendida por la corte imperial y me proporcionaréis una escolta armada que nos acompañará y protegerá hasta los pasos de montaña.

Entonces el conde tomó la palabra:

—Desde luego que os ayudaremos. El interés del emperador también es el nuestro, pero primero habéis de descansar. Mil personas viajan junto con Carlomagno. Y aunque el emperador es un jinete veloz, su corte se arrastra por la comarca como un gusano. Si bien os lleva varios días de ventaja no tardaréis en darle alcance. Mientras dormís equiparé a un grupo de jinetes armados que cabalgará a vuestro lado.

El senescal había apoyado la barbilla en el puño y se golpeó la mejilla con dos dedos. Sus labios formaban una línea tan delgada como los hilos de una telaraña.

—Tenemos fuerzas suficientes para partir ahora mismo,

que lo sepáis —soltó Thankmar.

—No, los señores no lo saben —replicó Isaac.

El judío clavó la vista en el conde y tampoco la desvió cuando Arno perdió la calma bajo la mirada de sus ojos fríos como el hielo.

—Bien, ¿qué os pasa? —preguntó el conde por fin en medio del silencio hostil—. Obtendréis lo que pedís. Tenéis mi palabra.

La extraña conducta de su amo también sorprendió a Thankmar. Isaac todavía guardaba silencio. Finalmente, habló:

—Mi buen conde, decidme una cosa más antes de que nos retiremos. ¿Con cuánta frecuencia os ha visitado Carlomagno desde que sometió a Desiderio?

El conde Arno frunció el ceño.

—No puedo decirlo con exactitud; solo hace un año que administro este palacio. Mi antecesor era un antiguo vasallo de Desiderio, el rey de los lombardos. Pavía sufrió mucho bajo su mandato. Se supone que intentó arruinar la ciudad económicamente, para vengarse por la derrota de su pueblo en la batalla contra los francos. También puede que no fuese muy diestro. En todo caso, los edificios cayeron en ruinas y muchos habitantes de Pavía murieron de hambre. Entonces el emperador lo depuso y me confió el deber de conseguir que tanto la residencia imperial como la ciudad recuperaran su esplendor y prosperidad. Permitidme una pequeña jactancia: hasta ahora he logrado cumplir con dicha exigencia. Pavía crece, los habitantes tienen bastante para comer y el comercio con el imperio franco es floreciente, los soldados aseguran los pasos de montaña, hay aduanas en todos los caminos que proporcionan ricos ingresos a la caja de la ciudad y aseguran el tráfico en los alrededores, durante al menos tres días de viaje. Una guarnición protege la propia

ciudad...

—Es hora de retirarse, Arno. Estamos aburriendo a nuestros huéspedes —dijo Cara de Cuervo, interrumpiendo el discurso del conde.

Este se ruborizó, pero toleró la interrupción.

—Bien, estimados huéspedes —dijo—. Os indicaré vuestros aposentos personalmente, allí ya os aguarda una mesa puesta. Seguidme, os lo ruego —añadió y se puso de pie.

Isaac y Thankmar lo imitaron. El judío apoyó una mano en el brazo de Arno.

—Permitidme una pregunta más, conde. ¿Cómo se llamaba vuestro antecesor?

—Adalgis de Rávena. Hace años que el muy perro muere de hambre y sed en las mazmorras.

—¿Una muerte lenta en la mazmorra? Un castigo espantoso.

—Quien convierte al emperador en su enemigo solo merece lo mejor —dijo Arno y se puso en marcha, riendo.

Todos enfilaron un pasillo tras el que se distinguía una escalera de caracol.

El senescal se quedó en la sala, sentado en su taburete. Enrolló y desenrolló el documento imperial con gesto mecánico y finalmente lo estrujó. El pergamino se resistía pero la mano huesuda se impuso. Ensimismado, el senescal se puso de pie, se acercó a la chimenea y se acuclilló ante los leños chisporroteantes. Después arrojó el escrito del emperador a las llamas; el pergamino tardó un buen rato en convertirse en cenizas. Cara de Cuervo observó la incineración del pergamino hasta asegurarse de que ningún resto chamuscado atestiguara su acción. Después abandonó la sala en busca de los guardias.

—¡Condenados idiotas!

De un manotazo, Isaac barrió una fuente de fruta apoyada en la mesa y las uvas rodaron por el suelo como insectos asustados.

Thankmar estaba apoyado contra la puerta.

—¿Qué os pasa, amo? Hemos recibido un trato excelente, nos prometieron una escolta y nunca he visto una comida tan exquisita y abundante como esta.

Señaló la mesa. En los cuencos se amontonaban trozos de bacalao en salazón con uvas pasas, huevos revueltos con granos de mostaza, carne asada en salsa de leche de almendras y un gran capón asado y crujiente.

—¿Es que no lo comprendes? Estamos atrapados. Antes de que anochezca estaremos muertos o encerrados en un calabozo.

—¡Amo! ¿Cómo...?

—¡Piensa! —La voz de Isaac era dura e hizo callar a Thankmar—. Llegamos a Pavía y nos presentamos ante el conde Arno. Este se da cuenta de inmediato que los árabes forman un grupo capaz de presentar combate y por tanto se encarga de separarlos de nosotros. —El judío caminaba de un lado a otro de la habitación con las manos cogidas a la espalda—. Después nos reciben en el ala occidental de la residencia, en un... un cobertizo, icuando es de rigor que todos los huéspedes diplomáticos han de ser saludados en el Aula Regia! Y por todos los dignatarios de la residencia, a saber. Así que, ¿por qué solo dos hombres nos concedieron el honor? Muy sencillo: quieren mantener nuestra llegada en secreto, para que nadie nos eche de menos cuando las ratas roan nuestros huesos, ¿comprendes?

—No, amo. —Thankmar se dejó caer en la cama—. ¿Por qué el conde Arno habría de desear que nos ocurra algo malo? Viajamos por encargo del emperador.

—Y ese es precisamente nuestro dilema. Los lombardos perdieron la guerra contra Carlomagno. Desiderio, su rey, prefirió continuar su cobarde vida en un convento en vez de caer en la batalla y desde entonces el emperador franco gobierna Lombardía con Pavía como su capital, pero solo se aloja aquí rara vez porque lo que lo atrae es Aquisgrán. Adora bañarse en las fuentes de agua caliente de ese lugar y la residencia de Pavía sigue siendo una suerte de posta para los francos. Pero la ambición del conde Arno es tan grande como la de un emperador. Quiere que los obsequios de Harun al Rashid permanezcan aquí, porque confía en que entonces Carlomagno regresará y el rango de la ciudad aumentará, pero para lograrlo debe deshacerse de nosotros.

—¡Entonces el conde pretende quedarse con *Abul Abba*!

—Así es. Puede que en este momento un grupo de guardias ya rodee al elefante y hayamos perdido al animal.

—Pero... ¿cómo sabéis todo eso?

—Aunque debiera saberlo, el conde no quiso decirnos con cuán escasa frecuencia el emperador ha visitado Pavía en los últimos tiempos. Lo hubiese abochornado demasiado. Cuando mencionó a Adalgis de Rávena acabó por demostrar su insinceridad, puesto que el conde Adalgis es dado por muerto. Plasta el emperador supone que el lombardo murió bajo el hacha del verdugo. No obstante, gracias a su orgullosa verborrea Arno nos reveló que mantiene prisionero y tortura a Adalgis desde hace tres años. ¿Por qué, te pregunto, habría de confiarnos semejante secreto inconcebible?

Thankmar se mesó la rizada cabellera.

—¿Por qué? Porque... ¡porque sabía muy bien que nunca

abandonaríamos la residencia con vida para informar al emperador de lo sucedido! —exclamó, golpeó el lecho con la mano y levantó una nube de polvo y de piojos—. ¡Es un cerdo!

—¡Bravo! Una excelente conclusión.

—¡Entonces debemos huir!

Thankmar ya no soportaba quedarse sentado en el lecho; se puso de pie y cojeó hacia la puerta.

—¡Espera! —ordenó Isaac—. Primero se nos ha de ocurrir una buena idea, después emprenderemos la retirada. Hemos de hacer un intento de advertir a los árabes; a lo mejor todavía no es demasiado tarde y los desprevenidos aún se divierten en la taberna. Entonces todos podremos decidir qué hacer.

—¿Advertir a los sarracenos? Si ellos estuvieran en nuestro lugar pondrían pies en polvorosa sin malgastar un instante pensando en nosotros. Puede que incluso se alegraran de poder abandonarnos. Y yo también me alegraría.

—¡No digas tonterías y obedece mis órdenes!

—¿Cómo salimos de aquí?

—No podemos huir así sin más y tampoco presentar batalla. Tú eres un tullido y yo soy demasiado viejo. No, hemos de echar mano de una astucia, pero ¿cuál?

—Mirad la ventana. Quizá podríamos deslizarnos por el muro exterior.

—¡Tonterías! No lograré introducir mis viejos huesos carcomidos a través de esa rendija; además, estaríamos pegados a la pared como dos gordos escarabajos, a merced de las flechas de la guardia. —Isaac hizo una pausa—. Pero tú eres más delgado que yo y yo podría ayudarte a atravesar el hueco empujando desde este lado, podrías agarrarte a la

pared con tus manos forzudas y descender. Si lo haces con destreza nadie te descubrirá.

Thankmar se quedó de piedra.

—¿Y vos os quedaréis aquí, amo?

Isaac asintió con la cabeza.

—Exacto. Y cuanto más reflexiono al respecto tanto más me agrada ese plan. Sí, es un plan estupendo... a condición de que sobrevivamos a nuestra osadía. Ahora escúchame con atención...

Ricolfo tenía un mal día. Esa mañana había despertado con un dolor de cabeza que hubiese hecho aullar al más viejo espíritu del bosque lombardo, y eso que la noche anterior solo había vaciado el jarro de vino tres veces. Pero había vuelto a pelearse con Ermintruda. Si regresaba a casa demasiado tarde ella le chillaba, y si demasiado temprano también lo regañaba. Si su aliento olía a vino o si se tambaleaba, ella le pegaba puntapiés, le tiraba de los pelos o le arañaba la cara. Si sus camaradas le preguntaban por sus heridas durante el relevo de guardia, mentía para zafarse de la bochornosa situación e inventaba detalles obscenos sobre su apasionada vida matrimonial. ¡Ermintruda! Con cada día que pasaba se convertía cada vez más en una bruja. Su carácter bondadoso había llegado a su fin desde que, hacía tres años, lo descubrió con la flaca y pelirroja Frederuna en la caseta de los guardias.

Ricolfo recorrió el pasillo con paso tan pesado que los tablones crujieron bajo sus pies.

¡Y encima estaban esos malditos árabes y su monstruo! Los musulmanes se habían alojado en La Ballena, precisamente, donde era de suponer que se abalanzaron sobre Fastrada y Rotilda, cuyo cliente fijo era él, Ricolfo. Y

encima era de suponer que el pestazo de los sarracenos quedaría pegado al cuerpo de las dos furcias durante semanas y le estropearía el placer que solía encontrar entre sus muslos. Mientras tanto, debía cuidar del gigantesco demonio y esa tarde ese diablo había osado lanzarle un chorro de agua e incluso su comandante —de costumbre tan serio— no había logrado reprimir una carcajada.

Presa de la ira, Ricolfo desenvainó la espada; a su espalda, sus tres acompañantes procuraban no rezagarse y también desenvainaron las suyas.

En realidad, su horario de trabajo debiera haber acabado hacía un buen rato, pero entonces llegó una orden. Debía ir a buscar a dos de los extraños al ala oeste y encadenarlos. Semejante encargo no dejaba de ser peligroso. No es que Ricolfo se amedrentara, pero creía en los presagios y un día como ese no prometía nada bueno.

Los cuatro hombres armados se detuvieron ante una puerta. Ricolfo tomó aire y la abrió. Una única vela iluminaba la habitación con luz tenue y proyectaba sombras contra las paredes; un anciano estaba sentado en el borde de la cama en medio de la penumbra y sostenía un objeto alargado. ¿Un puñal, tal vez? Ricolfo entornó los ojos y estiró el cuello. No: entre los dedos asomaba una pluma y cuando el corpulento guardia notó que la mano del anciano temblaba recuperó la tranquilidad. «Este no me dará problemas», pensó Ricolfo y entró en la habitación pegando taconazos.

Isaac recibió a los intrusos con una sonrisa.

—Llegáis demasiado tarde, la mesa ya ha sido recogida. He de deciros que la comida sabía estupendamente. Por favor, felicitad a vuestro cocinero —dijo y soltó un discreto eructo.

Ricolfo echó un vistazo a la mesa y los restos de comida.

—Pues ha sido tu último banquete. Tendrás que olvidarte

de los placeres del paladar, porque en la mazmorra te alimentan con carne de rata y escarabajos. ¿Dónde se oculta el otro? —preguntó, apuntando la espada contra el estrecho pecho del anciano.

Isaac se puso lentamente en pie y se abanicó con la pluma.

—Mi esclavo prefirió arrojarse por la ventana; fue muy amable y me dejó su parte del banquete. Una abstinencia ejemplar. Qué pena que haya muerto, ¿verdad?

Ricolfo se abalanzó hacia la ventana. Su casco impidió que asomara la cabeza y se lo quitó con brusquedad. Con cuidado, deslizó su cabezota a través del hueco. El viento alborotó su pelo y entonces distinguió una mancha en el patio, un bulto inmóvil y retorcido.

Satisfecho, retiró la cabeza y se dirigió a sus camaradas.

—Muerto como un cochinito. Después recogeremos sus restos. Ahora me ocuparé de ti, so perro. —Aferró el manto de Isaac y atrajo al anciano a su cota de malla como si fuera un juguete—. Es hora de encadenarte antes de que a ti también se te ocurra hacer una tontería. La mazmorra te aguarda, viejo. ¡Avanza, o probarás mi espada!

Isaac todavía sonreía e interpuso la mano en la que sostenía la pluma entre su rostro y el del soldado.

—Dicen que la pluma es más poderosa que la espada. ¿Alguna vez os lo han dicho?

Fue suficiente. Ricolfo alzó la mano, dispuesto a golpear la cabeza del prisionero con la empuñadura de la espada y abrió la boca de labios carnosos para soltar un grito... pero el grito nunca brotaría de su garganta.

Isaac abrió la boca, se metió la pluma en la faringe y en el acto vomitó en la cara de Ricolfo. Toda la carne, las pastas y la fruta que Isaac se había obligado a tragar se abrieron paso y, ya medio digeridas, surgieron de su estómago,

ascendieron por su faringe y encontraron la salida. Blandos proyectiles golpearon el rostro de Ricolfo, que cerró la boca demasiado tarde. Un sabor amargo y tibio la inundó. Entonces su intestino reaccionó, Ricolfo cayó de rodillas y también vomitó.

Isaac se volvió y huyó a toda prisa a través de la puerta abierta, dejando atrás a los guardias que observaban la escena con expresión atónita. Corrió a lo largo del pasillo, giró a la izquierda y descendió la escalera oyendo aún las arcadas de Ricolfo. Voces lejanas ladraban órdenes. Los peldaños daban a una galería, desde allí otra escalera descendía más y una sala rodeada de columnatas se abrió ante él.

Se detuvo y se apoyó contra una columna. Era como si el corazón se le saliera del pecho y se obligó a reprimir sus jadeos para no delatar su presencia. En alguna parte por encima de su cabeza resonaban apresuradas pisadas.

Se restregó la boca y el mentón. «Con un poco de suerte lograré ocultarme de ellos», pensó. En las paredes de arenisca de la sala había tres puertas y, de un brinco, se acercó a la primera: estaba cerrada con llave. La segunda estaba un poco entreabierta. Pese a las prisas, se asomó con cautela; nada se movía en la oscuridad e Isaac se deslizó dentro y cerró la puerta detrás de él.

Se encontró en una habitación octogonal; la luz de la luna penetraba a través de altas ventanas e iluminaba un bloque de piedra situado en el centro del octógono: era un baptisterio. El emperador también había hecho instalar semejantes recintos en Aquisgrán e Ingelheim. La pila bautismal aún no estaba acabada. Los canteros habían dejado sus cinceles y martillos sobre el bloque de basalto e Isaac consideró usar las herramientas como armas, pero desechó la idea. ¿Qué podía hacer un viejo judío armado con un martillo contra espadas largas como un brazo?

En una pared de la habitación se elevaban andamios de madera hasta las ventanas. Desde allí tal vez podría alcanzar la libertad. Una escalerilla invitaba a escalar los puntales del andamiaje. Isaac volvió a acercarse sigilosamente a la puerta, presionó una oreja contra la cerradura y escuchó, pero no oyó los pasos de sus perseguidores. Animado, se acercó a la escalerilla, comprobó su estabilidad y emprendió la escalada.

Alcanzó el primer andamio con facilidad, pero a la altura del segundo se acabaron los travesaños de la escalerilla y se vio obligado a escalar, aferró el andamio por encima de su cabeza, durante un momento sus piernas colgaron por encima del abismo y el andamiaje se bamboleó; entonces logró encaramarse al tablón superior. Su aliento caliente y su sudor se mezclaron con el fresco aire nocturno que penetraba por la ventana. ¿Acaso era la salida?

Se asomó por encima del alféizar. El muro exterior descendía hacia un desierto patio lateral. Entre los mampuestos había grietas en las que unas manos fuertes podrían encontrar asidero; un metro por debajo de la ventana sobresalía una gárgola del muro y más abajo un agujero donde podría apoyar un pie. Paso a paso, su camino de fuga se configuraba en la penumbra. Pero el peligro persistía y el mortífero abismo le daba vértigo.

Isaac se apoyó contra la pared interior del baptisterio. Maestros de pintura habían adornado casi la mitad de la arenisca con escenas bíblicas. Deslizó la mirada por los frescos. Una imagen de Moisés mostraba al profeta con una mano metida en el pecho para curarla de la peste. La pintura aún no estaba acabada y Moisés debía aguardar un poco antes de sanar.

Isaac introdujo una mano trémula bajo el rojo manto de brocado y la túnica, se tanteó el pecho, el cuello, los atuendos... ¡El amuleto! Había perdido el amuleto. ¿Cómo

era posible? Ayer aún lo había acariciado, pero había desaparecido.

Pensó que el colgante debía de haberse soltado mientras escalaba, tal vez estaba allí abajo, junto a la pila bautismal. Isaac se inclinó por encima del andamio, se agarró a un poste con una mano y se asomó al abismo, pero no vislumbró ningún brillo metálico en medio de la negrura. «Si el amuleto cayó allí y no lo recojo lo habré perdido para siempre», pensó. Era como si en su pecho algo se resquebrajara.

Volvió a mirar por la ventana confiando en dejarse tentar por el sabor de la cercana libertad, pero tenía un nudo en la garganta y el deseo de escapar se negaba a manifestarse. Así que volvió a descender bañado en sudor y, sin apoyar los pies en todos los travesaños, se dejó caer sobre los andamios. Las tablas de madera lo recibieron con un crujido. Se castigó por cada sonido delator mordiéndose el labio inferior.

El amuleto había desaparecido. Lo había llevado durante treinta años y lo había perdido precisamente esa noche, en ese lugar. A lo mejor no lo había buscado bien, quizá colgaba aún de sus largos cabellos. Se llevó una mano a la nuca y tanteó mientras hacía equilibrio de pie en la escalera.

¿Acaso la escalera cayó debido a su torpeza? Más adelante ya no podría contestar a esa pregunta. Tal vez hubiese sido mejor agarrarse a la madera con ambas manos. Quizás estaba demasiado nervioso... Cayó de pronto y el tiempo que duró la caída apenas alcanzó para que tomara conciencia de lo ocurrido; aterrizó contra el basalto de la pila bautismal con un golpe seco.

Capítulo 10

Thankmar tardó un buen rato en dar con La Ballena; tras las ventanas de la taberna las llamas chisporroteantes proyectaban juegos de sombras y la puerta de roble apagaba los groseros cantos de los borrachos, convirtiéndolos en murmullos. ¿Acaso destacaba la voz de bajo de un árabe? Thankmar cerró los ojos y aguzó el oído.

El dolor le escocía los dedos, un recuerdo del descenso. Una vez que Isaac lo empujó a través del hueco de la ventana —un poco de grasa de oca había obrado milagros—, se había pegado al muro como una lagartija de tres patas. El pie deforme le colgaba, inútil, pero sus manos lo habían sostenido; introdujo los dedos en grietas y hendiduras apenas visibles y la argamasa y los mampuestos le habían proporcionado un descenso tan sencillo que Thankmar se preguntó por qué los trasnochadores no pululaban por los muros de la residencia y los escalaban.

Durante un rato deambuló por las callejuelas oscuras de Pavía, restregándose las manos escocidas y evitando la luz que aún surgía de las escasas ventanas iluminadas, al igual que evitó a los mendigos leprosos. Como si no bastara con las huellas de la lepra, les habían puesto capuchas con cuernos, para identificar a las infelices criaturas como difusoras de una peste infernal. Thankmar meneó la cabeza. ¿Quién se aproximaría a semejantes figuras para darles una limosna?

Permaneció ante la puerta de La Ballena, titubeante. Después siguió caminando sin echar un vistazo al interior: que los árabes se las arreglaran para salir de la taberna. Thankmar no tenía ganas de encontrarse con los cuatro jinetes, sus intenciones asesinas, sus insultos y mentiras. Advertir a Mazruq al Atar y sus compinches del peligro que los amenazaba equivaldría a una automutilación. Que se asaran en la hoguera, la diñaran en las mazmorras y se retorcieran en el extremo de una soga. No le daban lástima.

El camino bajaba hacia una de las puertas de la ciudad y la gravedad obligó a Thankmar a apurar el paso; cojeando, se dirigió hacia las murallas. Detrás de ellas lo aguardaban las estribaciones de los Alpes, pero ante la puerta había dos guardias armados, seguramente aduaneros que no tenían nada mejor que hacer que recaudar dinero para el conde palatino. Que estuvieran dormidos no era ningún milagro; aunque uno estaba de pie apoyado contra el muro, al ver sus hombros relajados y la mano colgante Thankmar se dio cuenta de que estaba dormido. Hasta un gigante lograría escabullirse a través de la puerta.

Pensó en *Abul Abbas*. El elefante lo pasaría bien en Pavía, porque por más grande y poderoso que fuese, seguro que el largo viaje hasta Aquisgrán no le sentaría nada bien. Thankmar recordó el olor penetrante del animal y casi notó el majestuoso bamboleo bajo sus muslos y vio los ojos, rodeados de cientos de arrugas, que lo contemplaban con mirada indulgente. Una vez que llegara a su patria inventaría historias increíbles sobre *Abul Abbas*—, le contaría a su temeroso público que el elefante era tan grande como *Sleipnir*, el caballo de Donar, y que tenía ocho patas como el legendario corcel gris de la Muerte. Que lo supieran todos los hombres de su tribu: Thankmar *el Alfarero*, un tullido entre guerreros, había dominado a un gigante y podía llamarlo a su lado cuando le viniera en gana.

Pero ahora debía ser cauteloso, la caseta de los guardias

estaba cerca y un ruido podría interrumpir el sueño de los soldados.

¿E Isaac? ¿Habría muerto? Hubiera dado algo por salvar al anciano. Todos los demás, sus misiones y sus religiones, le eran indiferentes. Pero no Isaac. ¿Es que algún otro ser humano había confiado tanto en él como el judío? Notó que sus pasos se volvían más lentos.

La puerta resplandecía, clara y tentadora en la oscura noche. Ambas hojas estaban abiertas, las paredes del pasadizo eran de toscos troncos de roble. Las antorchas encendidas estaban allí para descubrir a quienes pretendieran escabullirse. Al parecer, los guardias confiaban en ese cancerbero llameante lo bastante como para quedarse dormidos.

Thankmar se detuvo a una distancia prudencial. «El mayor peligro son las antorchas —pensó—. Si logro apagarlas podría pasar junto a los soldados protegido por la oscuridad.» Pero ¿con qué apagar las antorchas?

Febrilmente, intentó hallar una solución, una mentira creíble, pero su pie deforme lo señalaba como el tullido que había llegado a la ciudad con un diplomático, un grupo de infieles y un gigantesco animal. Tenía que dejar de cojear, quizá su huida dependía de ello, pero por más que se esforzaba el miembro enfermo se negaba a interpretar el papel de un pie sano. Maldijo en voz baja y amenazó a la pierna delatora con cortarla de un hachazo.

¿Qué adormilaba a los soldados en la noche silenciosa, su tibieza o el chisporroteo de las antorchas? Los durmientes ni siquiera parpadearon cuando Thankmar alcanzó el pasadizo. Reunió valor y avanzó; el calor de las antorchas le abrasaba la frente y las mejillas. Cuando pasó junto al primer guardia se permitió una mirada de soslayo: el flaco individuo seguía apoyado contra los troncos, los rasgos relajados y la lanza entre las piernas. Thankmar continuó caminando.

Pasó junto a las antorchas y, con cada una que dejaba atrás, la distancia que lo separaba de la libertad se reducía. Cuando alcanzó al segundo guardia solo faltaban unos pasos. Echó otro vistazo a la figura desplomada en un taburete, vencida por el cansancio.

Entonces su mirada se clavó en el cinturón del durmiente y Thankmar se detuvo, repentinamente sin aliento: el monedero del aduanero colgaba del cinturón, lleno de monedas de plata. Esa atiborrada ubre deseaba ser ordeñada. Solo debía dar tres o cuatro zancadas y sería libre... y rico. Las monedas le permitirían pagar lechos mullidos y alimentos abundantes en el camino hacia el norte. Cojeó hacia el durmiente; se habría sentido más tranquilo si un ronquido hubiese garantizado la inconsciencia del guardia, pero los hombros protegidos por una coraza de cuero del soldado subían y bajaban en silencio.

Thankmar agitó los dedos como las patas de una araña y avanzó iluminado por la antorcha que bañaba al durmiente con luz titilante. Sintió calor y no solo debido al irradiado por la antorcha. No desvió la mirada del guardia ni un instante y clavó la vista en el botín. Se inclinó hacia delante y contuvo el aliento: bastaría con coger el monedero con un único movimiento preciso.

Una mano pesada lo aferró de la nuca, otra le presionó la cara y dedos menos diestros que los suyos, pero cien veces más fuertes se hincaron en sus mejillas.

—La noche está repleta de ladrones —dijo el guardia a su espalda. Y Thankmar notó el frío del acero en la garganta.

Lo arrastraron hasta la ciudad. Una mano le doblegaba la nuca y la punta de una lanza lo obligaba a avanzar con la espalda encorvada. Ambos soldados lo empujaban camino arriba, el mismo por el cual había descendido tan confiado hacía unos momentos. Por fin le ordenaron que se detuviera ante la entrada cerrada de La Ballena. Las luces de la

taberna estaban apagadas, ya no surgían cantos y gritos del interior, La Ballena descansaba y sus huéspedes dormían en su vientre: Mazruq, Jalid, Sanad y Hubaish.

Uno de los guardias desapareció y poco después Thankmar oyó pasos que se acercaban desde el palacio. Entonces él y el otro guardia se vieron rodeados por una docena de ellos. Su comandante apestaba a vómito y Thankmar quiso retroceder, pero la lanza a su espalda se lo impidió.

—¡Llama a tus compinches! —ordenó el jefe—. ¡Diles cualquier cosa! Y ni se te ocurra advertirlos o te cortaré la cabeza.

Thankmar no dudó de esa amenaza.

Los hombres intercambiaron susurros e hicieron gestos, después unos cuantos desaparecieron detrás de la taberna empuñando espadas y lanzas.

No fue necesario que Thankmar comprendiera las palabras siseadas para darse cuenta de que preparaban una emboscada. Él debía atraer a los árabes fuera de la taberna, a fin de entregarlos a las espadas de sus enemigos. Las náuseas se adueñaron de él.

—¡Vamos! —La presión del acero en su espalda aumentó—. Ahora me reuniré con los demás. Una palabra equivocada, un intento de fuga y estás muerto.

El guardia volvió a amenazarlo con la lanza y luego desapareció protegido por la oscuridad.

De pronto Thankmar tiritó, como si estuviera desnudo en medio de la escarcha; en torno el viento silbaba a través de las calles y callejuelas. Si no hubiese sabido que los guardias acechaban detrás de la taberna, se habría tomado por el único ser humano vivo de Pavía.

Vacilaba y apoyaba el peso en el pie sano y luego en el lisiado. Bajo el frontón de la taberna los postigos de las

ventanas estaban abiertos. Solo tenía que soltar un grito.

Una ráfaga agitó el manto de Thankmar y se arrebujó en él para protegerse del frío. ¿Debía traicionar a los árabes? Si no lo hacía, tal vez aún podrían presentar batalla y enfrentarse a su dios espada en mano. De todos modos, él, Thankmar, moriría.

En medio del aullido del viento oyó que los soldados le lanzaban palabras amenazadoras. Se tambaleó, como si se encontrara en la cubierta de una chalupa durante una tormenta. Entonces recordó la asquerosa sonrisa de Mazruq al Atar; la primera vez que lo había visto fue en aquella taberna genovesa cuando le confió su vida al árabe. ¡Cuán ingenuo había sido, y cuán alevosos resultaron los musulmanes! ¿Merecían algo mejor que verse cogidos por sorpresa?

Thankmar alzó la pierna tullida y dio un pisotón. Entonces un dolor insoportable estalló en su cabeza.

—¡Mazruq! ¡Despierta! El peligro acecha.

La voz se abrió paso a través de un sueño de batallas heroicas y tropas de infieles caídos. En ese momento Harun al Rashid estaba a punto de nombrarlo Gran Visir.

—¡Huid, Mazruq al Atar! ¡Debéis huir!

Precisamente en ese momento. El árabe parpadeó con el ceño fruncido, reconoció las oscuras vigas de la habitación y volvió a encontrarse en La Ballena, en Pavía, en el reino de los francos. ¡Detestaba ese viaje! ¿Quién lo llamaba?

—¡En pie, Mazruq! ¡Despertad a vuestros compañeros!

¡Esa voz! ¿De dónde provenía?

Miró en derredor; la cama estaba revuelta, a su lado los ronquidos agitaban el cuerpo de una gorda zorra franca; en sus carnes desnudas todavía quedaban huellas de su lascivia. La esponja empapada en vinagre que ella se había

introducido como protección aún estaba entre sus muslos. ¿Acaso hablaba en sueños?

No, los gritos procedían de otra voz, una voz conocida. Mazruq abandonó el lecho, cogió su espada y aguzó el oído apretando la oreja contra la puerta. Entonces notó que los gritos insistentes provenían del exterior.

Alcanzó la ventana de dos zancadas. El postigo de madera estaba levantado para dar salida a los vahos del amor. Echó una cautelosa mirada a la calle. El esclavo sajón estaba ahí, iluminado por la luz mortecina de una antorcha. Al ver a Mazruq agitó la mano.

—¡Mazruq! —gritó Thankmar—. Nos han traicionado, debemos huir de inmediato o nos arrojarán a las mazmorras. Bajad y traed a los demás con vos. Nuestra huida ya está preparada.

Mazruq se preguntó si debía regañar al esclavo por haberlo despertado, pero sus palabras expresaban urgencia. Algo no encajaba y, además, ¿qué podría costarle tomarse la advertencia en serio? Si resultara que el sajón había exagerado... pues ya se le ocurriría un castigo.

La prostituta no se percató de que unos momentos después Mazruq abandonaba la habitación ya vestido. El árabe descendió la escalera y entró en la desierta taberna, donde flotaba humo frío y el pestazo a tocino quemado. En ese lugar la comida también había dejado mucho que desear, desde luego. Toda la cocina franca era un desastre, hasta los príncipes de ese país comían peor que el último mendigo de Bagdad. Mazruq hubiera intercambiado a sus tres compañeros junto con sus cabalgaduras por una pata de carnero en salsa de miel.

Apartó los taburetes con gesto impaciente y alcanzó la puerta. A través de las rendijas de las tablas vislumbró el resplandor de una antorcha. ¿Qué podía haber ocurrido? Mazruq sopesó la idea de despertar a los demás, pero optó

por no hacerlo. Primero quería hablar con el sajón y comprobar cuán grave era esa supuesta amenaza.

Apartó el pestillo y abrió la puerta. Thankmar aguardaba en medio de la noche, en un oasis luminoso. Su mirada era muy nerviosa.

—¿Qué quieres? —preguntó Mazruq, apoyado contra el dintel.

El sajón se mordía el labio inferior y callaba.

—¡Habla! ¿Por qué me molestas mientras proporciono dicha a las mujeres francas? Deberías tener un buen motivo... por tu propio interés.

El esclavo permaneció mudo, con la vista clavada en el suelo.

—¿Pretendes burlarte de mí, por todos los hijos de Alá?

Mazruq bajó los tres peldaños hasta la oscura calle, pero antes de que pudiera dar rienda suelta a su cólera notó una punta de acero en la garganta y un grupo de soldados apareció desde detrás del edificio. Un círculo de mortífero acero y rostros acalorados lo rodeó antes de que pudiese desenvainar la espada. Presentar batalla habría significado la muerte, no hubiese podido derribar ni a un solo adversario antes de que una lanza lo atravesara.

Había caído en la trampa como un jabalí viejo y ciego. Mazruq le lanzó una mirada a Thankmar. Dos guardias se lo llevaban a rastras. El árabe se quedó allí, prisionero en un círculo de acero. Lanzó un salivazo ante sus botas. ¡Atraído a la trampa por un esclavo! «Antes de que me encadenen — pensó—, descuartizaré a ese traidor sajón», y soltó un grito que pareció llegar hasta Bagdad.

—¡Juro que me vengaré! ¡Por Alá!

Habían montado seis hogueras ante las murallas de la ciudad, seis postes se elevaban al cielo como una advertencia. Los mirones de Pavía aguardaban; la hora temprana no había impedido que asistieran a la ejecución, incluso antes del amanecer.

Thankmar examinó los rostros de la multitud. ¿De verdad solo habían transcurrido escasos días desde que él mismo permaneciera acurrucado ante una multitud tan excitada como esa, esperando que Grifo le diera muerte con un hacha? Era como si las personas fueran las mismas, como si hubiesen recorrido el largo camino desde Génova para finalmente verlo morir. En su mayoría, las miradas expresaban burla, curiosidad y espanto, y él se enfrentó a ellas alzando orgullosamente el mentón, pero no supo cómo reaccionar ante la compasión reflejada en varios rostros.

Sentía preocupación por Isaac. El viejo judío estaba tendido a sus pies, la cabeza cubierta de magulladuras y el rostro hinchado y amoratado; también parecía tener heridas en el cuerpo, el manto rojo las ocultaba pero con cada movimiento Isaac se encogía de dolor; procuraba no perder el conocimiento pero apenas lo lograba. Thankmar le murmuraba palabras de consuelo, sin saber si el anciano las comprendía.

Los árabes presentaban un aspecto mucho mejor. Sujetados los unos a los otros, permanecían de pie a cierta distancia; al parecer, se habían rendido sin luchar. El grito de Mazruq aún resonaba en la cabeza de Thankmar; no había comprendido el significado de las palabras árabes pero sí el mensaje.

Una procesión atravesó la puerta de la ciudad y se abrió paso entre la muchedumbre. El conde Arno no tardó en plantarse ante los condenados a muerte, acompañado por el senescal de la cara de cuervo y por dos personalidades de la ciudad, bien alimentadas y envueltas en lujosos atuendos.

Por detrás de los nobles, cinco soldados arrastraban a *Abul Abbas* de cinco cadenas. No tuvieron que esforzarse por hacer avanzar al gigantesco animal, que al parecer se sentía aliviado tras haber abandonado el estrecho patio de la residencia imperial. Sin embargo, la muchedumbre no se percataba de la bondad del elefante y retrocedía respetuosamente ante sus grandes patas, algunos se persignaban, otros se sorprendían ante la intrepidez del conde que osaba imponerle su voluntad al monstruo mediante cadenas de hierro.

El polvo y la arena se arremolinaban, el viento se había convertido en un vendaval. Los granos de arena azotaban las mejillas y las personas trataban de cubrirse con las mangas y capuchas. Isaac, tendido en el suelo, desapareció en medio de la polvareda hasta que solo sus toses revelaban dónde se encontraba. Thankmar ayudó al viejo judío a ponerse de pie, lo aferró del manto e impidió que volviera a desplomarse. El apenas lograba mantenerse erguido a causa del dolor en el pie deforme.

Cuando el conde empezó a soltar un discurso, el vendaval le arrancó las palabras de los labios y Thankmar solo oyó fragmentos incomprensibles, sandeces sobre la razón y la sinrazón, lo justo y lo injusto. Mientras Thankmar sostenía a Isaac dirigió la mirada al elefante y no se sorprendió al notar que *Abul Abbas* lo contemplaba.

«¡Cuán majestuoso es su aspecto!», pensó. Inmóvil como una montaña, el gigante gris destacaba entre los remolinos de arena y suciedad, bañado por la luz fría y sonrosada de la aurora, y en su mirada inteligente Thankmar reconoció la sombra de la inmortalidad. Incluso si toda la Tierra resultaba aniquilada en la batalla del fin del mundo de Ragnarök, *Abul Abbas* sobreviviría, se elevaría hasta las estrellas y resplandecería en las alturas para siempre. Una risa dichosa brotó de los labios del esclavo y le agradeció a Donar por haberle permitido contemplar el poder de los dioses

encarnado en esa criatura. Si no estuviera condenado a muerte recordaría el viaje de ambos hasta el final de su vida.

El conde había puesto fin a su discurso y los soldados arrastraron a Thankmar, que tuvo que soltar a Isaac, el cual volvió a desplomarse en el suelo. Desnudaron al sajón ante la hoguera que le habían adjudicado y él lo soportó con indiferencia, solo procuró no perder de vista los ojos del elefante, como dos perlas negras. Le pareció que el animal le dirigía palabras mudas; en lo más profundo de sí mismo oía una lengua antiquísima, un zumbido que hacía vibrar el suelo bajo sus pies y le hormigueaba a lo largo de las piernas. Nadie más parecía percatarse de ese fenómeno, pero estaba convencido *que Abul Abbas* intentaba hablar con él de esa guisa.

El senescal se plantó entre él y el elefante, pero el zumbido no cesó. La única prenda que los hombres del conde no le habían quitado era la túnica y el joven tiritó bajo los débiles rayos del sol. Pronto entraría en calor, en mucho más calor.

El senescal se dirigió a los peones.

—¿Le habéis quitado todos los objetos de valor?

Ambos hombres asintieron con la cabeza.

El senescal introdujo la mano en el escote de la túnica y cuando volvió a retirarla aferraba el amuleto que, solo con gran esfuerzo, Thankmar había podido rescatar de la trompa de *Abul Abbas*. A partir de entonces lo había llevado colgado del cuello.

—¡Perdonadnos, señor, vuestra vista es cien veces más aguda que la nuestra! —dijeron los hombres e inclinaron la cabeza.

—Y vuestro intelecto también deja mucho que desear. — La sumisión de los hombres parecía complacer al senescal. Sostuvo la joya con el brazo estirado y les lanzó miradas

intimidantes a sus ayudantes—. ¡A trabajar, so granujas! Anuncian lluvia y antes debéis poner fin a la tarea. Quemad primero al más joven, que los demás observen cómo arde.

Los esbirros arrastraron a Thankmar hasta la hoguera. Los primeros rayos de sol iluminaban la ciudad y la multitud parpadeaba a contraluz, una luz dorada bailoteaba en las cotas de malla de los soldados y entonces iluminó la joya que el senescal sostenía con la mano alzada. En cuanto el sol dio en las piedras preciosas rojas estas cobraron vida, los rayos atravesaron las almandinas y la delgadísima hoja de oro — que un talentoso orfebre había forjado precisamente con ese fin— reflejó la luz. También chocó contra los bordes y así quedó atrapada en las piedras rojas como un curioso gorrión. Entonces las gemas desprendieron un resplandor dorado y carmesí y la luz brilló en la mano del senescal como una chispa solar.

Thankmar vio cómo el reflejo daba en el ojo de *Abul Abbas*, que se encabritó. Agitó la cabeza y con un golpe de sus grandes colmillos derribó a dos soldados, pero el elefante no les prestó atención: lo único que parecía importarle era el resplandor que emitía la mano del senescal.

El administrador se quedó paralizado al tiempo que el coloso trotaba hacia él; ningún soldado se interpuso en el camino del elefante y tampoco prestaron oídos a las órdenes del conde Arno.

Abul Abbas levantó la trompa tratando de coger el objeto brillante. Si en ese momento el senescal hubiera comprendido el deseo del animal y depositado el amuleto en el suelo, el paquidermo se habría retirado, satisfecho. En cambio, el administrador trató de salvarse emprendiendo la huida. Logró dar tres pasos antes de que la trompa le rodeara las piernas y de pronto quedó suspendido boca abajo.

Desde la hoguera, Thankmar observaba divertido cómo

Abul Abbas cogía al senescal con la trompa y lo alzaba. El manto negro del hombre le cubría la cabeza, impidiéndole ver lo que estaba ocurriendo. Oculto bajo la tela oscura, chillaba y pataleaba, algo que parecía complacer a *Abul Abbas*. Mantuvo la trompa alzada e hizo oscilar su presa, con suavidad pero también con energía. Los gritos que surgían bajo el manto aumentaron de volumen.

Detrás del elefante, Thankmar vislumbró cinco lanceros que se acercaban con cautela, las armas apuntadas al trasero de la bestia.

—¡Bajad las armas o vuestro senescal morirá! —gritó Thankmar por encima de la multitud, divertido. Tuvo que repetir su advertencia una vez más para que todos lo miraran fijamente y los lanceros se detuvieran.

Vivir o morir... de él dependía. Nunca antes Donar había dejado el destino en sus manos, nunca antes había sido responsable de su propia suerte. Contempló la muchedumbre desde lo alto del montón de leña. Isaac estaba tendido en el suelo, inconsciente y herido. Los árabes lo miraban con el mismo asombro que los habitantes de Pavía: descollaba por encima de ellos desde lo alto de la hoguera como un rey. Debía aprovechar su poder soberano con habilidad.

—¡Soldados! ¡Bajad las armas u ordenaré a mi demonio que devore al senescal! —bramó, entornando los ojos y moviendo el dedo índice admonitoriamente—. ¡Y también a todos los demás!

La muchedumbre soltó un gemido y retrocedió. Los soldados dejaron las lanzas en el suelo.

El senescal aún seguía colgado de la trompa de *Abul Abbas*. Todos sus intentos de liberarse se vieron frustrados por la poderosa trompa, de modo que el prisionero se limitó a quedarse colgado y resignado a su destino. «Que no deje caer el amuleto —rogó Thankmar—, porque en ese caso *Abul Abbas* tratará de cogerlo y soltará a su víctima.» Pero el

senescal todavía aferraba la joya, sin saber que con ello prolongaba su desagradable situación.

—¡No atacuéis a los habitantes de Pavía, son ciudadanos inocentes! —El conde Arno dio un paso adelante, procurando que su voz cobrara valor—. Sometedme a mí a las diabólicas vilezas que tramáis. A cambio exijo la seguridad de mis súbditos.

Entonces la ira se apoderó de Thankmar: ese conde era un charlatán y acabaría por alzar toda la turbamulta contra el elefante.

—No tengo intención de hacer daño a los inocentes, como bien sabéis.

—No, no lo sé —replicó el conde—. Y tampoco os creo. Si de verdad sois un muchacho inofensivo, ¿por qué nos vimos obligados a condenaros a morir en la hoguera? Si no le queréis hacer daño a nadie, ¿por qué mi senescal pende de los colmillos de vuestro demonio? No nos engañaréis, sois un mensajero del cornudo. ¡Mostrad vuestro auténtico rostro diabólico!

El conde se persignó y muchos de los presentes lo imitaron.

¿Qué estaba diciendo el conde? Thankmar pensó que debía poner fin a esa cháchara.

—¡Callad! ¡Callaos todos! ¡De lo contrario ordenaré al demonio que os aplaste!

—¿Ah, sí? —Arno apoyó los puños en jarras—. Si de verdad poseéis tanto poder... demostradlo.

Era un farol. Sus palabras ya no salían de su boca con tanto descaro y una palidez delatora le teñía las mejillas. Thankmar se sintió tentado de lanzar al elefante contra el jefe de la ciudad. ¡Si solo supiera cómo hacerlo!

Pegó un brinco y bajó de la hoguera; con el fin de ganar

tiempo se vistió con lentitud y trató de recordar si durante el viaje a Pavía *Abul Abbas* había obedecido alguna de sus órdenes. El elefante era tan tozudo como enorme; ni una sola vez había reaccionado a los gritos de Thankmar, había hecho oídos sordos a las órdenes de su jinete y hacía caso omiso de los tirones, empellones y pellizcos. ¿Cómo, en nombre de Irmin, podía demostrarle a la multitud que tenía poder sobre esa obstinada criatura?

Se plantó ante *Abul Abbas*.

—¡Ahora conjuraré al demonio, será mejor que retrocedáis unos pasos! —gritó.

Buscó comprensión en aquella mirada de ojos negros, pero el gigante solo le prestaba atención al senescal y al amuleto. Entonces Thankmar comprendió: la joya era la llave que le permitiría acceder al instinto del animal, pero el amuleto se encontraba en la mano de Cara de Cuervo. El sajón se agachó con cuidado hasta que su cabeza se encontró a la misma altura que la del senescal.

—¿Comprendéis mis palabras, senescal? —le susurró. Nada permitía concluir que el atrapado estaba consciente—. Devolvedme el colgante y os perdonaré la vida —añadió—. Si no lo hacéis, no podré seguir dominando al monstruo y este os destrozará.

Por fin, el senescal cedió y una mano asomó entre los pliegues negros, acompañada de una voz apagada.

—Coged esta cosa impía... Si sirve para salvarme la vida os pertenecerá para siempre.

Thankmar cogió el amuleto y lo alzó ante la vista de *Abul Abbas*. El brillo de la joya causó el efecto esperado: para cogerla, el elefante soltó al senescal, que cayó a tierra cabeza abajo y ya no volvió a moverse. Thankmar no le prestó atención: había hallado la herramienta para demostrar su poder sobre *Abul Abbas*. La trompa trató de agarrar el

colgante pero Thankmar se alejó a tiempo. La reacción esperada se produjo en el acto: el elefante endureció la trompa y soltó un trompeteo que convertía todos los cuernos guerreros del emperador de los francos en dulces flautines. La muchedumbre retrocedió aún más. El conde había perdido.

El poder recién adquirido complació a Thankmar; una y otra vez alzó y bajó el amuleto ante la mirada suplicante del elefante, dirigiéndole la cabeza de un lado al otro como si fuera un oso bailarín. Cuando la trompa se tendía hacia la joya Thankmar pasaba diestramente por debajo y provocaba al paquidermo desde el otro lado. Decidió que lo recompensaría por los servicios prestados lo antes posible.

Pero era hora de poner fin a los trucos. Las personas estaban convencidas de que poseía poderes mágicos y también los soldados, que habían depositado las armas en el suelo obedientemente. El conde Arno estaba de pie entre sus hombres, pequeño e impotente.

—¡Eh, vosotros! —exclamó Thankmar con el amuleto colgado de la mano y señalando al jefe de Pavía—. Os perdonaré la vida a todos. Y si hacéis lo que exijo nunca volveréis a ver al terrible *Abul Abbas*.

Arno dio dos temerosos pasos al frente.

—Ordenad y obedeceremos.

Thankmar saboreó la victoria.

—Primero habéis de liberar al animal de las cadenas. Después devolved todo aquello con lo que ayer entramos en la ciudad: los caballos, los mulos, las ropas, las armas... y añadid abundantes provisiones.

Arno dio órdenes a sus hombres, que se apresuraron a cumplirlas. Poco después, seis cabalgaduras completamente cargadas aparecieron ante Thankmar, que todavía exigió que sujetaran al inconsciente Isaac a su semental. Después

comprobó las cinchas y el contenido de las alforjas. No parecía faltar nada.

Montó y lanzó una mirada a los árabes que todavía permanecían maniatados junto a las hogueras. Hubaish, el del rostro caballuno, el pequeño Sanad, el musculoso Jalid y Mazruq al Atar, que juró vengarse de él.

—Una cosa más, conde. Podéis arrojar a esos hombres a las mazmorras —dijo, indicando a los árabes—. Dejad que se pudran allí durante el invierno, después volved a enviarlos a ese páramo que ellos llaman hogar. Si intentarais matarlos, *Abul Abbas* regresará y convertirá vuestra maldita ciudad en un montón de ruinas. ¿Lo habéis comprendido?

—Cumpliremos con vuestro deseo —dijo el conde, acompañado de un cuarteto de imprecaciones en árabe.

Thankmar puso su corcel al trote, pero volvió a refrenarlo.

—Satisfacedme un último deseo, Arno.

El menudo conde se obligó a hacer una reverencia.

—Lo que os plazca.

—Traedme una espada.

Capítulo 11

Cuando los guerreros del conde Olof por fin llegaron a San Albola las fauces del infierno se habían cerrado hacía bastante tiempo y solo el humo se elevaba de los restos carbonizados del convento.

Dos mujeres recibieron a los cincuenta jinetes en el lugar donde antaño la puerta del convento lo protegía de los intrusos. Imma y Adelinda estaban exhaustas; habían cavado tumbas durante dos días, enterrado cadáveres y rezado oraciones. La abadesa había muerto tras la noche de terror en el laberinto.

La pena, la suciedad y el hambre estaban grabadas en los rostros de la monja y la novicia; el rostro antaño sonrosado de Imma se veía tan gris como la harina de pescado, estaba encorvada y respondía a las preguntas del comandante con lentitud. El dolor y la tristeza también habían puesto fin al carácter alegre de Adelinda; muda y seria, la novicia le había hecho el último servicio a los muertos, laborando como un carbonero sin pronunciar palabra, ni de día ni de noche. Imma le agradeció su silencio.

El comandante destinó cinco hombres para que acompañaran a ambas mujeres a Arlés. La larga cabalgada — y encima montadas con un hombre en el mismo caballo— aumentó el esfuerzo y la fatiga. Alcanzaron la ciudad luego de tres días y dos noches, escocidas en cuerpo y alma pero

vivas. Las recibieron como corderos descarriados. Los sirvientes del arzobispo les proporcionaron hábitos nuevos y les prepararon un baño caliente en tinas envueltas en vapor. Pero Imma insistía en ver al arzobispo: el confort le resultaba indiferente.

La hicieron aguardar ante el Aula. Era la primera vez que Imma se encontraba con un obispo, menos con un arzobispo, y hablar con un hombre tan importante exigía todo su valor. Hubiese preferido dar media vuelta ante la puerta y escapar, pero la pena y la desesperación amenazaban con asfixiarla y anhelaba un consejo paternal.

Adelinda suponía un quebradero de cabeza. Por más que en San Albola la novicia se hubiese mostrado enérgica y sería para afrontar la situación y enterrar a los muertos, todavía era muy imprevisible. Una única palabra torpe bastaría para ofender al arzobispo, pero tampoco quería impedir que asistiera al encuentro, quería que atestiguara los horrorosos hechos de los cuales Imma pretendía hablar.

—Escúchame, hija mía. —Imma apoyó una mano en el hombro de Adelinda—. Solo has de hablar si el arzobispo te hace una pregunta. Ten presente que eres una novicia; que el arzobispo te reciba es uno de los honores más grandes que experimentarás en la vida, así que ahórranos los discursos tontos —añadió, y escudriñó su rostro en busca de humildad y respeto.

La novicia reflexionó un momento y asintió.

—Disfrutaréis de ese momento importante, hermana chantre. No diré ni una palabra. Y también callaré acerca de vuestro pequeño secreto. —Esbozó una sonrisa de superioridad y fue como si una espina se clavara en el alma de Imma.

La puerta se abrió y un asistente les indicó que entraran. Imma acomodó el hábito de la novicia y confió en que el arzobispo no notara el olor a humo y resina quemada. Ambas

entraron al Aula del palacio del arzobispo Hildebaldo, debilitadas y cubiertas de mugre.

—¿Decís que el Pater Immediatus ha muerto? ¿Que San Albola ha sido arrasado y las hermanas masacradas? Son historias terribles, muy terribles.

Hildebaldo era un hombre regordete encorvado de hombros. Mientras Imma le narraba el ataque no dejó de escarbar en la chimenea con el atizador; las llamas iluminaban su narizota y las carnosas orejas parecían volverse más grandes con cada vileza que oían. Una mosca se posó en la frente de Hildebaldo y bajó por su mejilla sin que el arzobispo la espantara.

A un lado y por detrás de la silla obispal tapizada de piel de lobo se apiñaban cinco eclesiásticos, la mayoría tan gordos como el arzobispo. Contemplaban a la monja y a la novicia con curiosidad nada disimulada y se cubrían la boca con la mano para cuchichear entre ellos. Imma notó sus miradas clavadas en sus pechos, groseras como manos, y, al tiempo que permanecía arrodillada ante el arzobispo, cruzó los brazos ante el busto. Mantenía la vista atemorizada clavada en la piel de lobo, que le evocaba la pesadilla sufrida hacía unas noches.

Cuando hubo acabado su informe Hildebaldo dejó el atizador a un lado y plegó las manos en el regazo.

—Tuvisteis que aguantar muchas cosas, hermana Imma. Ahora debéis descansar. Dormid en el seno del Señor y rezad por las almas de los caídos. Os concedo un descanso hasta que hallemos lugar para vos en uno de mis conventos.

Después se volvió hacia Adelinda y la contempló fijamente. Bajo la mirada del arzobispo, la novicia comenzó a removerse. Una mano cubierta de anillos le rozó la mejilla.

—Te has visto sometida a cosas espantosas, novicia, demasiado espantosas para una persona tan joven como tú.

Me encargaré de que acabes tu formación aquí, en mi corte. Y me encargaré personalmente de tu seguridad.

El cuchicheo de los clérigos se volvió más sonoro, un rumor como el embate de las olas. Imma observó que Hildebaldo no apartaba la mano de la mejilla de Adelinda y que le cogía el lóbulo de la oreja.

Imma se puso tensa.

—Buen arzobispo, respetamos vuestros nobles propósitos, pero estoy conmocionada. Os ruego que me digáis qué opináis sobre esos horrendos acontecimientos. ¿Es que los demás conventos no corren peligro?

El arzobispo despegó la mano del rostro de Adelinda y apuntó a la monja con un dedo arrugado.

—La curiosidad no es digna de una monja de vuestro rango, hermana Imma. ¿No debierais predicar con el ejemplo ante vuestra novicia? Ahora marchaos, aseaos, reposad y comed. El Señor necesita mujeres como vos. Él se os revelará. ¡Buscad respuestas en la oración!

—No. —El valor de contradecir al arzobispo sorprendió a Imma—. Primero buscaré respuestas con vos. Mis hermanas están muertas y el convento es un páramo en ruinas. ¿Por qué? Si conocéis la causa de tales vilezas, os ruego por la tranquilidad de mi alma que compartáis vuestra información conmigo.

Una sonrisa divertida frunció los labios del arzobispo.

—Lo que sé no será una novedad para vos. El ataque a San Albola fue un sacrilegio cometido por los sarracenos. Solo escasos días antes los musulmanes arrasaron San Trófimo. Sí, tememos más ataques. Pero tranquilizaos: mañana mismo enviaré mensajeros a Aquisgrán. El emperador debe enterarse del nuevo peligro que suponen los sarracenos y se enfrentará a ellos con un ejército. Carlomagno someterá a los infieles y vengará a vuestras

hermanas. No os preocupéis. ¿He satisfecho vuestra curiosidad?

—¿Es que no habéis escuchado mis palabras? Esos diablos no eran sarracenos, eran hombres de nuestras tierras, incluso quizá de nuestra fe. Los vi desde muy cerca y llevaban las mismas ropas que suelen llevar los árabes, pero creo que interpretaron una mascarada ante nosotras. Hasta hablaban en nuestra lengua. Hunoldo, el comerciante de reliquias, llegó al convento poco antes del ataque y sospecho que fue él quien esa noche les abrió la puerta a esos asesinos.

—¿Que no eran sarracenos? Habéis perdido el juicio, lo cual no me sorprende tras todo lo que habéis sufrido. Os ordeno callar sobre este asunto, hermana Imma, renunciad a pensar al respecto y dejadlo en manos de quienes saben de qué se trata.

—¿Y quiénes se suponen que son?

—Yo mismo. Yo, Hildebaldo, arzobispo de Arlés, nombrado por nuestro santo padre León III y sucesor apostólico del episcopado. ¿Cómo se os ocurre cuestionar mi capacidad? Solo sois una monja, reemplazable y tonta. ¿Acaso no os basta con que os haya honrado desperdiciando mi tiempo con vos? Marchaos, me aguardan asuntos urgentes.

Imma se tragó una réplica. Se puso de pie con la cabeza gacha y se dirigió a la puerta. Entonces oyó la voz de Adelinda y se quedó de piedra.

—¿No nos creéis? Estáis ahí sentado en vuestra silla y lo único que os rodea son pieles, pompas y ricas comidas. La hermana Imma se enfrentó a los asesinos. Juro por Dios que esos hombres pertenecían a nuestro propio pueblo.

Las mofletudas mejillas de Hildebaldo se volvieron aún más flácidas y, haciendo un esfuerzo, despegó el trasero del

sillón y se puso de pie. De pronto el silencio reinó en la sala.

—¡Mocosa impertinente!

El chillido del arzobispo perforaba los oídos, pero antes de que pudiera continuar Adelinda lo interrumpió y el espanto se apoderó de Imma.

—Registramos a uno de los hombres y llevaba ropas de sarraceno, pero no era un musulmán. Era una suerte de... de engaño. Bajo el turbante sus cabellos eran rubios. ¿Alguna vez habéis visto un árabe de pelo rubio?

Entonces se inmiscuyó uno de los cortesanos, un hombrecillo esmirriado lujosamente ataviado, con un lunar peludo en una mejilla.

—¿Cómo lo sabéis? ¿Acaso vuestras hermanas se resistieron con tanta valentía que lograron matar a un árabe armado hasta los dientes?

Imma quiso interrumpir, pero Adelinda se le adelantó.

—La hermana Imma envió al infierno a uno de los asesinos con sus propias manos. Primero le arrancó el arma y después acabó con él clavándole su propia lanza; ya estaba clavada entre sus costillas cuando yo llegué.

El tiempo se detuvo.

—¿La lanza estaba clavada en sus costillas? —preguntó Hildebaldo, con ojos desorbitados—. Hermana Imma: ¿la novicia dice la verdad?

Imma bajó la cabeza.

—Significaba la única manera de sobrevivir. Persegúan a la hermana superiora y yo... —dijo, llevándose la mano a la oreja herida—. No había tiempo para reflexionar.

—¿Cometisteis un asesinato? ¿Y ahora os presentáis ante mí y pretendéis ocultarlo? ¡Eso es mentira! —bramó Hildebaldo—. ¡Mentira, pecado y traición!

Imma sintió el deseo de volver a arrodillarse ante Hildebaldo, pero sus piernas estaban rígidas como columnas.

El arzobispo trató de tomar aire.

—¡Debiera expulsaros de la orden! —exclamó y comenzó a caminar de un lado a otro—. Mañana mismo os marcharéis. El convento de Aniane mantiene un priorato apartado en el bosque; volveréis a servir al Señor en ese lugar; como monja sencilla os encargaréis de obligar a los campesinos herejes de la comarca a bautizarse, y si llegara a mis oídos que les murmuráis rumores acerca de asesinos disfrazados a las hermanas, os llevaré ante el juez.

—Sí, obispo. —La voz de Imma apenas era un susurro.

—Antes de que oscurezca la novicia se presentará en mis aposentos. ¡Ocúpate de ella, Wala!

El hombrecillo del lunar asintió con tanta vehemencia que casi se desnucó.

Imma reprimió la cólera que bullía en su interior y abandonó la sala de audiencias con pasos lentos, Adelinda pasó a su lado pero Imma no la miró: estaba furiosa con la novicia... y con el arzobispo. Adelinda lo había estropeado todo y se había equivocado por completo respecto al carácter del eclesiástico. ¿No afirmaban que los altos dignatarios de la Iglesia eran los sabios del reino? Pero Hildebaldo era un modelo de tozudez y estupidez.

Se dijo que debía ser sensata, pues al fin y al cabo se trataba del arzobispo, pero no logró disipar una vaga sospecha. ¿Qué no encajaba en el caso de Hildebaldo? Que un arzobispo tomara concubinas no era nada raro, pero nunca había oído que las escogiera entre las novicias. Pero Adelinda se lo merecía: que el viejo macho cabrío la montara hasta que suplicara poder volver a ser una novicia obediente. Las lágrimas se derramaron por las mejillas de Imma.

Abandonó el complejo de edificios sin prisa, recorrió el

jardín obispal y por fin pasó junto a los guardias, atravesó la puerta y salió a la ciudad. Nadie la detuvo; solo era una monja sucia y desastrada que salía del palacio obispal, y no pareció llamar la atención de nadie.

Avanzó bajo la lluvia y tras hacer unas cuantas preguntas alcanzó su meta. El barrio de los artesanos de Arlés parecía un pantano, por todas partes fluía agua salobre de un canal desbordado e inundaba los caminos. Los pies se hundían en el fango, los carros se quedaban atascados e impedían el paso, los caballos resbalaban en la tierra enlodada y amenazaban caer en el barrizal junto con sus jinetes. Pero en esa zona de la ciudad los jinetes eran escasos. Al igual que las monjas.

Chillidos, gritos, risas groseras. Imma se abría paso a través de un mundo desconocido. Desde las cubas de una curtiduría el hedor se elevaba al cielo gris; las misteriosas sustancias de los curtidores siempre le habían resultado inquietantes. Con la mano contra la boca y la nariz pasó a toda prisa por delante; a cierta distancia de la curtiduría una familia trabajaba en las cubas: bajo un toldo empapado por la lluvia un hombrecillo martillaba duelas que una mujer y dos niños encajaban en los aros de una barrica.

Imma inspiró y se acercó al cubero.

—Dios sea con vos, buen hombre —dijo, y plegó las manos como para la oración.

El hombre alzó la vista de las maderas y contempló a la monja, con mirada curiosa.

—Y con vos, hermana.

La mujer y los niños no parecían notar su presencia.

—Un día horrendo para trabajar al aire libre, ¿no? —dijo Imma y se arrebujo en su casulla.

El cubero le sonrió.

—Demasiado húmedo para una monja, pero para el trabajo honrado no está mal. ¿Queréis hacer un encargo?

—Solo necesito información. Necesito un carretero que me lleve en su carro.

La sonrisa del artesano se apagó.

—Los carreteros se ocupan de sus negocios y yo he de ocuparme del mío. Si no deseáis comprar nada será mejor que os marchéis.

Imma se ruborizó.

—Veréis, no conozco esta zona. ¿No podríais darme un nombre? Os incluiré en mis plegarias.

—Eso no nos llenará el estómago.

El cubero se encogió de hombros, le dio la espalda y siguió martillando las duelas. Imma apretó los labios y siguió avanzando a lo largo del fangoso sendero.

No se había alejado ni diez pasos cuando oyó una voz a su espalda.

—¡Esperad, hermana!

Se volvió. Era la mujer del cubero, de mejillas regordetas y papada. Había dejado los aros y la azuela y miraba a Imma con ojos tristes.

—El carretero Ludwig se está preparando para un viaje largo, lo encontraréis en casa del alfarero Harmid. Allí atrás está la cúpula de su horno.

—Dios os lo agradecerá, buena mujer.

Imma le sonrió y avanzó en la dirección indicada. La cúpula del horno del alfarero le indicó el camino a través del laberinto de cobertizos y zanjas. Poco después había alcanzado el taller. Restos de piezas defectuosas pisoteadas formaban una base sólida alrededor de un horno resquebrajado, ante una choza había un carro arrastrado por

bueyes cargado a medias de artículos de arcilla. En ese instante un hombre de baja estatura salió de la choza y se tambaleó hasta el carro con los brazos llenos de cazos y jarros, los depositó en el fondo y se quitó el polvo de arcilla de las mangas.

Imma volvió a hacer de tripas corazón.

—¿Sois Ludwig, el carretero?

—Así es, hermana. —Unos ojos de mirada divertida le hicieron un guiño. Una barba gris le cubría casi toda la cara, de la cual sobresalía una narizota considerable—. Si has acudido por la salvación de mi alma, llegas con veinte años de retraso —añadió, soltando una carcajada y una ventosidad.

Imma se esforzó por sonreír.

—No se trata de eso. Otros deben salvaros de la condenación. Yo misma soy la que necesita ayuda.

El tono grave de sus palabras esfumó la sonrisa del hombre y la suspicacia asomó a su mirada.

—¿Tú? ¿Qué puede hacer alguien como yo por una monja?

—Debo emprender un largo viaje, demasiado largo para dos pies viejos y poco acostumbrados a caminar. A lo mejor aún hay lugar en vuestro pescante...

—¿Cómo sabes que me dirijo en la misma dirección que tú? —preguntó el carretero y cruzó los brazos.

—Quiero ir a Aquisgrán.

—¿A ver al emperador en persona? Tienes suerte, monja. Voy a Mayen, donde se encuentran los grandes yacimientos de arcilla. Solo recorro el trayecto cada dos años. Es un largo camino, pero los alfareros de aquí se vuelven locos por la arcilla de Mayen y pagan cualquier precio por ella. Supongo que mi camino podría pasar por Aquisgrán.

El corazón de Imma dio un respingo.

—¿Entonces puedo contar con vos?

—Depende —dijo él, haciendo chasquear la lengua—. En general, cargo mercaderías en el pescante.

—¿Queréis algo en compensación? No puedo pagaros con dinero, pero sí con la bendición de Dios, oraciones e historias pías. Quién sabe, a lo mejor puedo ayudaros a expiar vuestros pecados...

El carretero volvió a reír y palmeó el hombro de Imma con mano ruda.

—La salvación de mi alma en vez de dinero: un mal negocio. Pero me agrada la compañía durante el largo viaje. Si no tratas de arrastrarme al convento, podemos intentarlo.

Esta vez la sonrisa de Imma fue auténtica.

Ludwig la ayudó a montar en el pescante y luego él hizo lo propio. Los bueyes avanzaron y el carro se puso en movimiento.

Imma apenas daba crédito a su suerte. El Señor le enviaba un indicio de que aceptaba su desobediencia. Eso solo podía significar que ella estaba haciendo lo correcto. De pronto el dolor y los esfuerzos cayeron en el olvido, habían merecido la pena. Cuando el carro de Ludwig abandonó el barrio de los artesanos, Imma deseó viajar por todo el mundo.

Pero el carretero se dirigía al palacio obispal.

—¿Adónde vamos?

—Supongo que tienes prisa, pero ¿acaso no has notado que el carro solo está cargado a medias? Aún debemos cargar las cestas de la intendencia del arzobispo. Las llevamos a la lavandería de la próxima aldea.

Imma se quedó azorada. Su supuesto salvador la transportaba directamente a la cueva del lobo.

—Vaya. ¿Acaso eres demasiado perezosa como para ayudarme a cargar las cestas?

Ella asintió: que Ludwig pensara lo que quisiera.

—Bueno —gruñó él—. Pero entonces esta noche prepararás una sopita, ¿entendido?

El carro atravesó la puerta —Imma saludó a los guardias con una breve inclinación de la cabeza— y se detuvo a un lado de un cobertizo junto a los establos. Ludwig bajó del pescante, desapareció en el interior de la barraca y no tardó en regresar con un galopillo, ambos portando una enorme cesta de mimbre que depositaron en el carro. Después volvieron a entrar en la choza para transportar más cestas.

Imma se cubrió el rostro con la capucha y deseó que fuera una de esas caperuzas mágicas que mencionaban los héroes al cantar sus hazañas. ¿Y si aparecía el arzobispo? ¿O uno de sus cortesanos? Recordó al esmirriado del lunar, que le había resultado especialmente inquietante.

Cargaban cada vez más cestas y la tosquedad con que los hombres realizaban la tarea hacía que el carro se tambaleara. Imma pegaba un respingo con cada sacudida.

Por fin Ludwig volvió a encaramarse al pescante.

—Condenadamente pesada, la ropa arzobispal. ¿Qué es eso que vosotros, los eclesiásticos, lleváis pegado al cuerpo? —dijo y azuzó los bueyes.

Imma se relajó.

—No debierais maldecir, carretero Ludwig. Y aún menos en presencia de una monja.

Pero él insistió.

—Los ropajes de monjes y monjas deben de tener algo misterioso. Mírate. Quieres viajar hasta Aquisgrán, pero a excepción de lo que llevas puesto no tienes nada. Tendrás que reconocerlo: para un hombre sencillo como yo eso

resulta bastante extraño.

Abandonaron el barrio arzobispal y se dirigieron a la puerta de la ciudad; las ruedas transmitían las sacudidas *causadas* por las piedras y raíces directamente a las asentaderas. Si Ludwig no lograba esquivar los obstáculos más voluminosos el carro se escoraba peligrosamente y la carga tintineaba y traqueteaba. Ludwig disfrutaba enfrentándose a dichos retos y conducía los bueyes alrededor de hoyos y obstáculos como un capitán pilotando una nave en medio de la tormenta.

El otoño empezaba a adueñarse de la tierra; tras la cosecha los campos de rastrojos se llenaban de cornejas y charcos, el verde de los bosques daba paso a las primeras hojas rojizas, el viento hablaba de furiosas tormentas y de la nieve que todo lo cubre.

Entretanto, Imma narraba historias. De los santos que escogieron la muerte de los mártires en vez de traicionar su fe, de los sufrimientos de Cristo, de los misioneros y sus milagros, de Clodoveo el franco y Constantino el romano, dos reyes que abjuraron de los viejos dioses para servir al Único.

—Clodoveo —le dijo al carretero— era vuestro tocayo.

—Eso solo son tonterías de monjas y cuentos de memos. Cuando quiero instruirme acudo al copero. Un largo viaje debe sazonarse con historias divertidas.

—Solo las hallaréis en la taberna —repuso Imma.

—¡Venga ya, un poco de humor nunca ha hecho daño a ningún santo! En todo caso, tus susodichos héroes tenían mucho sentido del humor. ¿Conoces la historia de Radbod, el rey de los frisios?

Imma lo miró sin decir palabra.

—Te la contaré. Bien, hace cien inviernos el misionero Winifred emprendió viaje a las tierras de los salvajes frisios; allí quería difundir la leyenda del dios cristiano y dedicarse a

cazar almas.

—¡Cuidad vuestra lengua, carretero! Winifred era un hombre pío.

—Bueno, puede ser. En todo caso, se encontró con Radbod. «Radbod —le dijo—, todos tus antepasados se asan en el infierno, pero tú puedes escapar de ese destino si te haces bautizar.» Y Radbod replicó: «Prefiero la compañía de mis ancestros en el infierno que la de mil cobardes en el cielo.»

Ludwig soltó una carcajada y palmeó la espalda de Imma.

El carretero se divertía como un gato en un nido de ratones y no dejó de narrar cuentos groseros: de princesas frívolas y de indecencias en los conventos de monjes. En su fantasía, los emperadores montaban machos cabríos y los arzobispos, ancianas.

Imma sintió náuseas. ¿Cómo se le había ocurrido viajar en compañía de un hombre semejante?

Cuando el sol se puso a la izquierda Ludwig condujo los bueyes hacia un bosquecillo de abedules escasamente tupido, donde encontraron un lugar para acampar y pronto una hoguera expulsó el frío y la oscuridad.

Imma trató de preparar una comida con las provisiones del carretero. Mientras ella se atareaba cocinando, Ludwig se apoyó contra un abedul y bebió de un jarro de arcilla.

—Toma. Bebe un trago, hermana. Mosto de abedul. Te hará entrar en calor y te aflojará la lengua.

Le tendió el jarro, pero ella hizo caso omiso del ofrecimiento.

—¿Cuándo alcanzaremos Aquisgrán? No puede faltar mucho, ¿verdad?

La carcajada de Ludwig resonó a través del bosque.

—¿Cuánto crees que falta?

—¿Dos días? —aventuró Imma, manipulando los cacharros de cocina—. ¿Tal vez tres?

El carretero soltó un berrido y el bosque le devolvió el eco.

—Siempre he creído que los conventos eran el hogar de los sabios. ¿Es que nunca has visto un mapa?

—Una monja no necesita mapas —dijo Imma, esquivando la pregunta.

—Pues entonces escúchame con atención. Aquisgrán se encuentra en el otro extremo del mundo. Si tenemos suerte y las tormentas otoñales no caen demasiado temprano, si los ríos no se desbordan y los caminos siguen transitables, alcanzaremos nuestra meta para la próxima luna nueva, así que tendrás que aguantarme unos veinte días y veinte noches, mi buena señora.

Imma dejó caer el cucharón en la sopa.

—¿Qué te parece un trago? Para tranquilizarte —ofreció él y volvió a tenderle el jarro, pero ella negó con la cabeza—. Pues parece que este será un viaje divertido —gruñó Ludwig.

Entonces él también calló y solo parecía interesado en el mosto; gruesas gotas ya le humedecían la barba.

Cuando la sopa humeaba en los cuencos ambos cenaron en silencio, solo interrumpido por los eructos de Ludwig. Por fin, Imma se dispuso a reunir hojas para preparar su lecho.

—¿Qué, ya pretendes tenderte a dormir? —Ludwig fingió sorpresa—. Aprendería un poco más de entretenimiento.

—Dijisteis que mis historias os aburren.

—¿Es todo lo que sabes hacer? ¿Contar historias de santos? ¿No os enseñan a bailar y cantar en el convento?

—Bailar es cosa del diablo, pero sé cantar muy bien. Era

la chantre de San Albola, idebierais haberme oído! En la primera misa de la mañana las hermanas siempre llegaban adormiladas a la iglesia, pero en cuanto yo empezaba a cantar...

El la interrumpió en tono brusco. El mosto de abedul le había dejado la lengua pringosa.

—¡Calla, calla! Tu arrogancia apesta. Mejor me muestras lo que sabes hacer. ¡Vamos, canta!

Imma se enderezó, plegó las manos ante el pecho e inspiró profundamente. Alzó los ojos al cielo nocturno y entonó el *Virgissima Virga* en voz baja.

Veni creator spiritus

Alleluja - veni sánete spiritus

Jubilate deo omnis terra

Laus trinitate...

Ludwig le propinó un puñetazo en la nariz. Un dolor lacerante le perforó el cráneo y una cortina de lágrimas empañó el mundo. Vio al carretero como a través de un velo.

—¡Quieres convertirme! —rugió Ludwig—. Ya me lo temía. Quieres evangelizarme. Por eso te enviaron al barrio de los artesanos: para que conviertas a esos estúpidos paganos, pero de eso nada. ¡Ahora te mostraré lo que divierte a los paganos!

Le propinó varios golpes, uno en el mentón, otro en la mejilla. Imma cayó al suelo y su nariz quebrada crujió al golpear contra la hierba; la sangre se derramó por su cara y empezó a rezar mentalmente.

Ludwig se plantó encima de ella con las piernas abiertas,

le arrancó la casulla y la ropa interior con movimientos bruscos y dejó al descubierto el blanco trasero de la monja.

—Bien, no hay secretos bajo el hábito monjil —dijo, gruñendo como un animal.

Imma deseó morir. Se giró y quedó tendida de espaldas, tanteando ciegamente en busca de sus ropas e intentando cubrirse, pero Ludwig le pegó un puntapié, la obligó a protegerse con las manos y, al igual que un cazador, se abalanzó sobre su presa iluminado por las llamas del fuego. Se quitó la chaqueta y la túnica.

Imma cerró los ojos en busca de oscuridad y olvido, estiró los brazos, hincó los dedos en la hierba y la hojarasca y rezó en voz alta. Oyó las maldiciones del carretero y después sus gritos, pero siguió rezando.

El carretero cayó sobre ella, pesado como un árbol; olía a sudor y vahos alcohólicos, pero no se dispuso a violarla, sino que permaneció tendido sobre ella sin moverse. ¿Acaso el mosto lo había aturdido? Imma logró quitarse su cuerpo de encima.

Ante ella estaba un ángel. A la luz de las llamas su figura destacaba contra el cielo estrellado. El ángel tenía cabellos rizados y era de una belleza sobrenatural; en la mano sostenía un garrote.

—¿Podéis ponerlos de pie, hermana Imma? Os sostendré —dijo el ángel con la voz de Adelinda y se inclinó hacia ella.

—¿Adelinda? ¿Eres tú? —graznó con la garganta llena de sangre. Gimiendo, se incorporó y por fin se quedó de rodillas ante el ser celestial.

—Sí, hermana, soy yo. Y esta vez debéis consideraros afortunada de que vuestra novicia no sea la delicada monjita en que vos deseabais convertirla, porque he logrado derribar a esta bestia de un solo golpe —dijo y le mostró una rama gruesa como un brazo.

Imma se desplomó.

Adelinda curó la nariz de Imma según las indicaciones de la monja. Ambas habían cogido unas cuerdas de la carga y sujetado al carretero a un árbol. Pese a las protestas de Imma, Adelinda insistió en quitarle la ropa al prisionero: así se asegurarían de que, al menos durante un tiempo, no las perseguiría.

El aspecto de la novicia era casi irreconocible. Llevaba vestidos caros y sus rizados cabellos castaños, liberados de la cofia monjil, caían sobre sus hombros. Entonces Adelinda le relató los acontecimientos en el palacio del arzobispo.

Tras separar a ambas mujeres, el esmirriado ayudante del arzobispo la condujo junto a las otras concubinas de Hildebaldo y les ordenó que la prepararan para pasar la noche con Hildebaldo. Reemplazaron su hábito por un vestido multicolor. Después las mujeres se ocuparon de sus cabellos y le marcaron los rizos con pinzas calientes, explicándole que el arzobispo sentía preferencia por las mujeres de cabellos rizados. Y también la informaron acerca de otras preferencias del viejo Hildebaldo. Después las concubinas se retiraron y el esmirriado entró en la habitación. La contempló un buen rato y luego comenzó a tantearle el cuerpo. Cuando se volvió demasiado descarado, Adelinda cogió la pinza caliente y le asestó un golpe en la cara. A continuación huyó y, mientras buscaba una manera de salir del palacio o de ocultarse, de pronto había visto a Imma en un carro donde dos hombres cargaban cestas.

Adelinda se introdujo en una de las cestas y viajó con ellos sin que notaran su presencia. Cuando oscureció, se deslizó fuera de su escondite y observó cómo el carretero maltrataba a Imma. Hizo de tripas corazón, cogió una gruesa rama y atacó a Ludwig por la espalda. Con éxito, pues el

carretero seguía inconsciente.

—Y bien, ¿adónde queréis dirigiros ahora, hermana Imma? —Adelinda se calentaba las manos junto a la hoguera.

—A Aquisgrán. Debo informar al emperador de la verdad. De todos modos, no podemos regresar a Arlés.

—Desde luego que no. Seguro que el gordo Hildebaldo ya ha ordenado que nos busquen. Durante un tiempo debemos ser muy cautelosas. Sugiero que no os deis a conocer como benedictina. Cambiad vuestro hábito por las ropas del carretero.

—¿Pretendes que lleve pantalones? ¡Has perdido el juicio, novicia!

—Y tampoco deberíamos llamarnos por esos títulos, no en presencia de otras personas si queremos permanecer de incógnito. A los pantalones: los descoseremos y confeccionaremos una larga falda con ellos. ¿Qué os parece?

Tras reflexionar un momento Imma asintió.

—Dejaremos al carretero aquí. El camino está muy transitado y alguien oirá sus gritos pidiendo ayuda. Cuando despunte el día partiremos en el carro.

Imma volvió a asentir con la cabeza.

—Juntas lograremos llegar hasta el emperador.

—No, hermana Imma. No os acompañaré a Aquisgrán. Mi tiempo como novicia ha llegado a su fin y quiero regresar junto a mi familia. Durante unos días nuestro camino será el mismo, pero en Borgoña os abandonaré. Mis padres viven cerca de Autun. Es allí donde me dirijo.

Imma cogió los pantalones de hilo y empezó a descoserlos.

Capítulo 12

Las nubes se cernían sobre las montañas como fardos de lana sucia mientras las golondrinas cabalgaban el viento; las bandadas eran tan densas y negras que a Thankmar le parecieron nubes de mosquitos danzando en la luz del ocaso. A menos de un día de viaje las colinas daban paso a las montañas.

Thankmar se arrebujó en el manto y durante unos momentos paseó una mirada suspicaz por el paisaje, luego descendió cojeando hasta la hondonada donde habían montado el campamento.

Isaac estaba tendido junto a la hoguera que habían encendido, protegido por las colinas. El judío tenía dolores en el pecho y una herida en la cabeza que se negaba a cicatrizar. En cuanto Thankmar le cambiaba el vendaje siguiendo las instrucciones de Isaac, la sangre empapaba las vendas. No obstante, el anciano insistió en cabalgar todo el día, con el fin de alejarse lo más posible de Pavía.

Thankmar se había inclinado sobre la herida de Isaac y murmurado un antiguo sortilegio: «Encajar la pierna, encajar la sangre, encajar los miembros. Pierna con pierna. Sangre con sangre. Miembro con miembro.» Lo había aprendido de su abuela, una sacerdotisa de Baldur, pero Isaac lo hizo callar con palabras duras y le ordenó que preparara la comida.

Antes de sentarse junto a la hoguera, Thankmar comprobó las correas que sujetaban los caballos y mulos a un pino inclinado por el viento. *Abul Abbas* buscaba alimento en el bosquecillo próximo. El sonido de los pisotones, de las patas rascando la tierra y de las ramas rotas revelaron a Thankmar que el elefante había encontrado comida; sentía cierto temor de que el paquidermo pudiera escapar durante la noche, pero no podía hacer nada para evitarlo: sin cadenas resultaba imposible sujetar al gigante.

Cuando cogió un poco de carne en salazón de las alforjas de los mulos descubrió una caja de madera que ya había despertado su curiosidad en el viaje a Pavía. Era grande y bonita. Isaac la había examinado todas las noches, rozado las piezas de marquetería de la tapa y murmurado algo que Thankmar supuso que era un embrujo. Apoyó la mano en la caja con cuidado, dispuesto a retirarla de inmediato en caso de que el roce conjurara alguna brujería.

—¡Tráela aquí! —La voz de Isaac solo era un débil graznido.

Thankmar se apresuró a apartar la mano de la caja.

—¡Vamos, tráela de una vez! —repitió Isaac.

El sajón aflojó la correa y cogió la caja. Era pesada. Se tambaleó hasta depositarla en el suelo con cuidado.

—Hemos de tomar decisiones importantes —dijo Isaac—. Nos encontramos en una situación peligrosa. El conde Arno enviará un grupo de soldados para recuperar el elefante. No me sorprendería que ya hubiesen encontrado nuestras huellas.

—Así que podemos huir o luchar.

—No quise decir eso cuando hablé de las decisiones importantes, una tropa de catafractos nos haría papilla con mayor rapidez que un perro meando contra un árbol. Lo que hemos de decidir es si ambos seguiremos recorriendo el

mismo camino.

Thankmar le lanzó una mirada atónita.

—¿Eso significa que ya no soy vuestro esclavo? ¿Que os he salvado la vida y a cambio me regaláis la libertad?

—No. Es verdad que me salvaste en Pavía, pero solo cumpliste con tu deber de esclavo, eso es todo. Te recompensaré a su debido tiempo. Pero puede que mi viaje conduzca a la muerte y no puedo obligarte a seguirme hasta allí. Si decides marcharte, quiero que te dirijas a mis fincas en Colonia e informes a los administradores. Después has de cultivar mis campos hasta mi regreso o hasta que lleguen noticias de mi muerte. Entonces quedarás en libertad en el acto.

—Podría mostrarme conforme, engañaros y escabullirme, pues ¿qué ganaría si obedezco? Una vida como esclavo.

—La veracidad es la mejor recompensa en sí misma — dijo Isaac y comió un trozo de carne, lo masticó y tragó lentamente—. Así que, ¿qué camino escoges?

Thankmar miró en derredor. El paisaje se hundía en la noche, en el horizonte se elevaban las montañas. Pensó en Haduloa, sus amplias marismas cubiertas de hierbas que sabían a sal marina si uno masticaba una brizna. Pensó en su familia, sus amigos, su aldea. Incluso recordó al tozudo macho cabrío cuyo cuidado siempre le supuso una tortura. ¿Qué quedaría de todo eso ahora que los francos cabalgaban por allí? Todas las buenas tierras pertenecían al emperador. ¿Qué era eso de la veracidad? ¿Es que el anciano quería confundirlo?

Se puso de pie y caminó en círculo alrededor de la hoguera; con las manos cruzadas ante el pecho y la vista clavada en sus botas. Isaac tragaba un bocado tras otro, sin hablar. Un poco más allá oyó el chasquido de una rama rota: *Abul Abbas* aún no había saciado su apetito.

¿Adónde podía dirigirse? ¿Al norte, y recorrer el reino franco a solas? Ese camino lo conduciría a su hogar, pero ¿qué le aguardaría allí? ¿Un páramo deshabitado o quizás un desierto habitado por figuras desconocidas? ¿Clanes francos que se habían instalado en las ruinas de las casas de su tribu? Seguro que allí ya no quedaba ningún miembro de su familia. Cuantos habían sobrevivido a la guerra debían de haber huido al oeste, allende el mar, a la gran isla. Allí hacía muchos siglos que vivían sajones y, según se decía, recibían a los recién llegados de la vieja patria con los brazos abiertos. Thankmar estaba convencido: aquellos de su pueblo que aún estaban con vida y no fueron vendidos como esclavos habían elegido ese camino, pero en Haduloa, en la vieja tierra, ya no encontraría a ningún conocido.

Por fin se detuvo y carraspeó.

—Iré con vos. No sé si es la decisión correcta, pero si me quedo solo moriré y entonces ¿qué será de *Abul Abbas*?

Isaac asintió con la cabeza.

—Entonces ¿hacia dónde nos dirigiremos?

—¿Cómo queréis que lo sepa? —contestó Thankmar—. Vos ya atravesasteis estas condenadas montañas en una ocasión, así que no me preguntéis por el camino, contestaos la pregunta vos mismo.

El judío no se inmutó.

—Debemos escoger entre dos caminos. Uno conduce al oeste a través del paso de Mont Cenis. En general, es por allí que Carlomagno atraviesa las montañas con su contingente. Pero eso también lo saben nuestros perseguidores; intentarán rastrearnos en esa dirección. Si avanzamos con la suficiente rapidez alcanzaremos al emperador antes de que la jauría pueda atraparnos. Si lo hacemos despacio todo estará perdido.

—¿Adónde conduce el otro camino?

El viejo hizo una pausa y un silencio tenso flotó en el aire.

—Al norte. Pasa junto al lago de Como y luego se adentra en las montañas. Allí nadie nos buscaría.

—¿Por qué?

—Porque las montañas son como bestias feroces y ningún mortal osaría buscar refugio en sus fauces. La muerte está agazapada en cada desfiladero y en cada cresta como una manada de lobos hambrientos. Ya me vi obligado a recorrer ese camino en cierta ocasión y casi pierdo el juicio. Atravesar el macizo montañoso con *Abul Abbas* parece imposible... pero nos libraríamos de nuestros perseguidores.

—¿Cuántos días duraría ese viaje?

—Depende del clima. Si no hace mucho frío nos llevaría una semana, tal vez dos. Pero si nieva, los carroñeros devorarán nuestros cadáveres congelados.

—Es una elección difícil. ¿Qué proponéis?

Isaac meneó la cabeza.

—Te dejo la decisión a ti. No es la primera vez que me encuentro en una situación similar, en la anterior tomé la decisión equivocada y en aquel entonces muchos murieron. Prefiero que esta vez sea otro quien decida.

Thankmar se estiró y notó la fuerza de sus miembros. Vida o muerte: ese día era la segunda vez que el destino estaba en sus manos. Se frotó la nuca. El camino más rápido para alcanzar a Carlomagno también significaba despedirse de *Abul Abbas*. Ya no contaría con un camarada cuando el emperador de los francos se hiciera cargo de él. En cambio, el camino más peligroso a través de las montañas suponía poner en peligro la vida del elefante y a más tardar, tras llegar a Aquisgrán, se vería obligado a separarse del gigante. ¿Podía darle más valor a sus deseos que al bienestar del animal? Dirigió la mirada al oeste.

—Prefiero la huida rápida al juego del escondite entre las rocas y las crestas. —Hizo una pausa para darle la oportunidad a Isaac de contradecirlo, pero el anciano guardó silencio—. En compañía de *Abul Abbas* solo podemos avanzar lentamente, pero las armaduras de los catafractos de Pavía son muy pesadas y sus caballos no pueden cargar con el peso durante un trayecto largo. Si Irmin nos asiste, dejaremos atrás a los perseguidores.

—Bien pensado —dijo Isaac, asintiendo con la cabeza—. Pero ¿qué ocurrirá si quienes nos persiguen no son los catafractos sino una jauría de sabuesos? Puede que el alcance de la mano del conde no sea suficiente como para atraparnos, pero hay otros esbirros impulsados por la sed de venganza.

—¿Os referís a Mazruq y su jauría? Hace tiempo que están encadenados y se pelean con los ratones por los gusanos de la mazmorra.

—Nunca debes subestimar a tu adversario, y aún menos si es árabe. La ocurrencia de hacer encerrar a Mazruq y los suyos fue una locura. No pretendo reprenderte, conservaste la cabeza fría en una situación peligrosa, pero los árabes se las arreglarán para liberarse de las cadenas de Pavía; incluso si lo desearan, no pueden emprender el viaje de regreso a Bagdad mientras tú sigas con vida. Y desencadenarán una tormenta de fuego sobre nuestras cabezas, pues ahora lo único que los impulsa es el deseo de acabar contigo.

—¡Arabia debe de ser un infierno si cría semejantes monstruos! ¿Cómo os las arreglasteis para escapar ileso de allí?

—¿Ileso? —Isaac rio—. ¡Oh, heredero de la ignorancia! Sin el talento de los médicos árabes haría tiempo que los gusanos devorarían mis restos. ¡Bagdad! ¡Qué ciudad! Los hombres abandonan sus mujeres solo por atravesar sus puertas una única vez.

Allí lavan las calles dos veces al día y mil lámparas de aceite las iluminan por las noches. En su mayoría, los eruditos investigan en magníficos laboratorios y aumentan el saber de Harun al Rashid. No existe la pobreza, los sufrimientos ni el hambre, y hay algunos que creen que por las noches las estrellas caen sobre el palacio para proporcionar luz al califa. *Arabia felix*: Arabia feliz, así denominan ese país incluso los enemigos del islam. ¿Monstruos? Me he encontrado con muchos en mi vida, pero hablaban la lengua de los francos. En cambio, Arabia es el santuario del saber, el refugio donde guardan los tesoros más grandes del mundo.

Thankmar echó un vistazo al bulto junto a Isaac. El anciano lo notó y abrió la tapa del arcón. Al fulgor de las llamas resplandecía la madera tallada por una mano maestra, una madera que Thankmar jamás había visto. Las llamas se reflejaban en las guarniciones de bronce.

Isaac abrió las cerraduras y levantó la tapa.

—Sácala, pero te advierto que a muchos que probaron ese fruto les abrasó el alma.

Thankmar echó un vistazo curioso al brillo metálico en el interior de la caja.

—¡Vamos, cógela! No has de temer por tu vida.

El joven introdujo los brazos en el arcón, tocó algo frío y lo sacó lentamente. Resultó una suerte de máquina, un cubo de metales de diversos colores. Allí bronce, remachado de latón cincelado, allá hierro damasquinado y cincelado remachado de cobre. Ornamentos y joyas, elegantes y raras. Tubos y palancas, tan finos como si estuvieran destinados a las manos de un niño. Un marco confeccionado con la misma madera del arcón rodeaba todas esas curiosidades. Cuando Thankmar depositó la máquina en el suelo, algo entró en movimiento y él pegó un brinco hacia atrás.

—¡Y ahora presta atención!

Isaac cogió la cantimplora y dejó caer unas gotas de agua en uno de los tubos. Del interior del aparato surgió un borboteo. El anciano esperó un momento y luego añadió un poco más de agua, toqueteó algo en el interior del curioso artefacto y después, satisfecho, tomó asiento junto a la hoguera.

Cuando Thankmar ya sentía que la impaciencia le corroía las tripas, de pronto la máquina cobró vida. Volvió a soltar un borboteo y entonces sonó el claro tañido de una campanita. Durante unos instantes no ocurrió nada, después se abrieron unas diminutas puertas en la cara delantera que antes permanecían invisibles y doce jinetes emergieron del oscuro interior del aparato. Eran diminutos pero debían de estar vivos, pues galoparon como un torbellino en torno a las columnas de la máquina. Pasaban unos junto a los otros con rapidez y blandían espadas y lanzas. Thankmar tendió la mano hacia los enanos, pero estos ya habían vuelto a desaparecer dentro. Las puertas se cerraron, la máquina soltó un último borboteo y se detuvo.

—¡Otra vez! ¡Otra vez! —Thankmar batió palmas—. ¡Por favor, amo, ordenad a los jinetes que vuelvan a salir!

—Quizá más adelante. Esta máquina fue creada para los pensamientos majestuosos del emperador, no para entretener a un esclavo.

—¿Con este juguete pierde el tiempo el emperador?

—Solo es un juguete para los necios. Para los sabios es el arma más poderosa del mundo.

El sajón soltó una carcajada.

—¡Tengo miedo, amo! Libradme de los terrores de los gnomos mecánicos. —Se puso de pie y comenzó a brincar alrededor de la hoguera—. ¡Uno de ellos se ha agarrado a mis cabellos. ¡Fuera de aquí, bestia! ¡Arde! —exclamó y se

revolcó en la hierba riendo como un loco y luchando contra enemigos invisibles.

—Clepsidra —dijo Isaac.

Thankmar dejó de revolcarse y de reír y entornó los ojos.

—¿Qué se supone que es eso? ¿Un sortilegio? ¿Me he convertido en una lagartija?

El judío carraspeó.

—Clepsidra es el nombre de esta *arte mechanica*. Devorará tu espíritu, al igual que devoró a tu pueblo. Es la mensajera de un tiempo nuevo. Bajo su peso miles de años de antiguos valores se desmoronan. Los dioses inclinan la cabeza ante ella. Somete a todos los pueblos bajo su flagelo, ya sean cristianos, musulmanes o judíos. Y los hombres, ¿luchan contra ella? ¿Intentan destruir su poder? No. Una clepsidra es bienvenida en todas las cortes, los emperadores y reyes, los califas y visires la veneran y se jactan de poseerla y comprenderla. Ningún gesto expresa más respeto que regalarle a un amigo una clepsidra como esta, que es un regalo del califa para Carlomagno.

Isaac apoyó la mano en la máquina.

—¿Qué fantasmas alberga? —preguntó el sajón, que había recuperado el respeto por el aparato.

—Mide el tiempo. Solo eso. Divide cada día en minutos y horas. Cuando ella quiere te ordena que comas, cuando ella quiere te ordena que duermas y cuando ella quiere te ordena que mueras. La adorarás y la aborrecerás, pero una vez que le has franqueado la puerta de tu casa ya no podrás volver a vivir sin ella.

—¿Decís que esa cosa me dominará? —Thankmar rio, inquieto—. ¿Cómo? Mi pueblo conoce el transcurrir del tiempo. Medimos el día según el largo de las sombras de los árboles, el día acaba cuando ya no hay más sombras, así que ¿quién necesita una máquina?

Entonces fue Isaac quien rio.

—¡El feliz pueblo sajón! Un árbol les indica cuándo ha caído la noche. Reconozco que es un método sencillo, pero te lo advierto: la clepsidra corta el día y la noche como un carnicero corta una res. Cada porción de tiempo te resultará preciosa porque no dejas de contemplar el resto que se reduce cada vez más hasta que finalmente no queda nada. Entonces el día se ha perdido. Claro que le seguirá otro, pero ¿de cuántos dispones? Uno de ellos ya ha transcurrido y no regresará jamás. Gracias a esta clepsidra Carlomagno enseñará a sus súbditos a respetar el tiempo y a llenarlo.

—Así que el emperador franco quiere gobernar con el tiempo en vez de con la espada. Comprendo —dijo el sajón y asintió con la cabeza.

—No has comprendido nada. El tiempo no es el siervo del emperador, Carlomagno permite que el tiempo lo gobierne a él, aunque es uno de los hombres más poderosos de la Tierra. ¿Cuántos países ha sometido ya? Sajonia, Turingia, Alemania, Aquitania y Borgoña le pagan tributos. Hasta ha rebautizado las direcciones del viento. Tú conoces cuatro: sur, norte, oeste y este, pero el franco puede dirigirse en diez direcciones: *ostroniwint*, *sundroni*, *sundwestroni*, *westsundroni*, *westroni*, *westnordoni*, *norwestroni*, *nordroni*, *nordostroni* y *ostnordroni*. Mediante dicha división puede dirigir un ejército con la misma precisión que un cantero el cincel.

Thankmar miró al viejo judío con expresión fascinada; en su cabeza las hordas sajonas se convertían en ordenadas filas que, bajo su mando, arrollaban a los jinetes francos.

Isaac lo hizo volver al presente.

—¡Bah! ¿Cuántas palabras conocéis vosotros, los sajones, para las estaciones del año? ¡Cuatro! El gran franco le dio doce hijos al año: *wintarmanorth*, *hornung*, *lenzinmanoth*, *ostarmanoth*, *winnemanoth*, *brachmanoth*, *hewimanoth*,

aranmanoth, witumanoth (en el que nos encontramos ahora), *windumemanoth, herbismanoth y heilagmanoth*.

Thankmar intentó repetir esas palabras en voz baja.

—Y eso solo es el principio. El emperador dividirá todo su reino en comarcas más fácilmente gobernables. ¿Acaso crees que él sabe cuántos condes del imperio son sus vasallos y le deben el arrendamiento de sus tierras? El reino franco es tan inmenso que un halcón tardaría más de diez días en atravesarlo. Todo está en constante movimiento. Los vasallos mueren y sus herederos los siguen. Y esos herederos, ¿toman partido por el emperador? ¿Acaso los difuntos dejan sucesores que podrían pagar el arrendamiento? Las fronteras se ven afectadas por rebeliones. ¿Se ven arrasadas comarcas lucrativas? ¿Le pagan demasiado poco al emperador? ¿Los nobles les cobran demasiado a las alquerías? ¿Le pagan demasiado poco al emperador? Los administradores francos se enfrentan a un bosque salvaje y no hay hacha capaz de atravesarlo, pero Carlomagno conoce un medio eficaz: envía la tormenta del tiempo entre los árboles y esta barre todos los brotes podridos. Estamos experimentando los últimos días de una época, esclavo. Y los únicos que sobrevivirán son los capaces de medir, ordenar, administrar y dividir.

Thankmar había escuchado a su amo invadido por el asombro. El repentino silencio lo arrancó de su ensimismamiento.

—Por favor, amo, enseñadme todas esas palabras, los vientos, los segmentos del año: quiero aprovechar sus poderes mágicos.

Isaac titubeó.

—Te he advertido, pero si de verdad lo deseas...

Thankmar asintió.

Esa noche también durmió tendido en el lomo de *Abul Abbas*, sosegado por la profunda respiración del elefante. Las

bandadas de golondrinas se habían convertido en estrellas.

El senescal despertó tiritando. Las llamas ardían en la chimenea de su aposento pero la fiebre impedía que el calor penetrara en sus miembros. La cabeza parecía a punto de estallarle, y ello solo en parte debido a la herida sufrida cuando el elefante lo había dejado caer. La ira le inflamaba los pensamientos, albergaba un odio abrasador contra el cojo, el judío y aquel gigantesco demonio. Se masajeó las sienes y, haciendo un esfuerzo, abandonó el lecho. Poco a poco ganó la batalla contra el mareo, se arrastró hasta la ventana envuelto en una manta de lana y tomó aire para mitigar las náuseas.

A sus pies, el patio del palacio estaba sembrado de personas; ese día los árabes habían de morir. La reputación perdida por el conde Arno ante las puertas de la ciudad debía ser restaurada. La chusma exigía sangre a gritos... y la recibiría. Esta vez no habría una ejecución rápida: la violencia, la tortura y el derramamiento de sangre debían demostrarle al populacho que Arno seguía ostentando el poder. Unos prisioneros habían escapado. ¡Y a cambio los musulmanes morirían diez muertes! Podía confiar por completo en la inventiva del verdugo.

En el cadalso montado ante el ala residencial habían dispuesto trozos de tela para recoger las secreciones y los trozos de los cuerpos de los infelices árabes. Toda suerte de artilugios brillaban al sol; uno de los prisioneros, el más menudo, ya había sido sujetado desnudo contra una tabla vertical y el verdugo se ocupaba de él. Gritos se elevaron hasta la ventana; el senescal no supo si provenían del torturado o de la multitud, mas le resultaba indiferente.

Exhausto, volvió a tambalearse hasta la cama y, cuando iba a tenderse, oyó pasos ante la puerta.

—¿Estáis despierto, senescal?

Se arrebujo en la manta, se dirigió a la puerta y la abrió. Era Ricolfo, enfundado en su armadura y cubierto de polvo y sudor. El hedor del soldado revolvió las tripas afiebradas del senescal.

—¿Habéis encontrado a los fugitivos?

—No, senescal. Nos llevaban demasiada ventaja. Cabalgamos como el viento pero no logramos dar con ellos. Puede que la gigantesca criatura los trasladara a través del aire.

—¡Tonterías! Sois un hato de estúpidos. Siempre creí que quien es capaz de empuñar una espada también es capaz de usar la cabeza. ¿Qué pasó? ¿Por qué ya estáis de regreso?

Ricolfo bajó la vista.

—Los caballos ya no podían seguir, señor. Nos habríamos visto obligados a continuar la persecución a pie, y eso hubiera resultado inútil.

—¿Y por qué estaban exhaustos los caballos? —El senescal ya sabía la respuesta y eso le exaltó la bilis.

—Porque nosotros... bien, señor, cabalgamos con la armadura completa y vos sabéis que un corcel es incapaz de cargar con semejante peso durante mucho tiempo. Además nos dimos prisa y cuando...

—¡Basta! —La voz del senescal era como arena en su garganta y un ataque de tos lo agitó. Se obligó a recuperar la serenidad—. Vosotros, so burros, perseguíais a un muchacho y un anciano, así que ¿para qué un gallardo soldado debería cabalgar con toda la armadura? Debiera haceros descuartizar a todos para ver en qué parte de vuestro cuerpo se oculta el cerebro. ¿Y ahora qué piensas hacer?

—Confié en que nos dierais nuevas órdenes, señor. Vos siempre sabéis qué hay que hacer.

El senescal se acercó a la ventana, se aferró al alféizar y los nudillos de sus dedos se volvieron blancos. En las escalerillas del cadalso los paños de hilo ya estaban empapados en sangre. Le hubiera encantado dejar a Ricolfo y a su tropa en manos del verdugo. El joven sajón debía de haber sentido el mismo rencor por los musulmanes, de lo contrario no los hubiera dejado a merced del conde.

Una idea le perforó la cabeza como si fuera un clavo. Se asomó a la ventana y quiso gritar: «¡Deteneos! ¡Liberad a los prisioneros! ¡Os lo ordeno!», pero solo logró soltar un graznido. Entonces se volvió hacia Ricolfo.

—¡Date prisa! ¡Baja! La tortura debe acabar, quiero ver a los árabes aquí arriba, lo más vivos que sea posible.

Ricolfo lo miró, tratando de comprender.

Echando espumarajos de impaciencia el senescal lo empujó fuera de su aposento.

—¿Es que debo traducírtelo al latín, pedazo de chorlito? ¡Date prisa!

El soldado bajó por la escalera de caracol golpeando los peldaños con las botas.

Poco después el conde Arno entró precipitadamente en la habitación. El senescal estaba sentado en la cama y lo aguardaba con una sonrisa de satisfacción.

—¿A qué se debe tanta prisa, conde?

Arno se plantó a los pies de la cama.

—¿Cómo diablos se os ocurre interrumpir una ejecución? El pueblo está furioso, ha olfateado sangre y quiere disfrutar observando la muerte de los condenados. Si no continuamos volarán piedras o tal vez algo peor.

—Tranquilizaos, conde Arno. Bebed una copa de mosto, ha alcanzado la temperatura ideal.

Arno le pegó un manotazo a la copa, que rebotó en el

suelo y fue a parar a un rincón del aposento.

—Exijo satisfacción. Puede que en Pavía seáis un hombre poderoso, pero si pretendéis tomarme el pelo pronto seréis vos quien se encuentre ante el verdugo. ¿Quién os ha dado el derecho de...?

—Actúo en bien vuestro. Antes de preparar una cuerda para mí id en busca de los prisioneros, traedlos aquí y escuchad.

El conde vaciló.

A duras penas el senescal logró ponerse de pie.

—Confiad en mí, Arno. Confiad en mí una vez más, no os decepcionaré —dijo, y recogió la copa de madera para volver a llenarla.

Arno se mordió el labio. Después se asomó a la ventana y gritó:

—¡Traed a los árabes! ¡Y tranquilizad a la multitud! —Se volvió hacia el senescal y añadió—: Si se produce una sublevación apaciguaré a la chusma con vuestra ejecución.

Un grupo de soldados entró en los aposentos empujando a cuatro hombres. El verdugo no se había mostrado melindroso: la sangre manaba por la boca del árabe más menudo, le manchaba el mentón y también la camisa blanca de penitente que les habían puesto. La mirada del torturado era vidriosa, pero procuraba mantenerse erguido.

«Un día su orgullo asfixiará a estos árabes», pensó el senescal y meneó la cabeza. Ordenó a los soldados que desataran a los prisioneros.

—¡Salid fuera, todos! —dijo luego, agitando una mano flácida—. Mis huéspedes ansían un poco de tranquilidad. ¡Fuera, he dicho! Y envid al barbero cirujano.

Los soldados abandonaron la habitación. Ricolfo se volvió una vez más pero el senescal le cerró la puerta en las

narices. Después se dirigió a los árabes.

—Lamentamos profundamente lo sucedido. Fue un malentendido y por desgracia el exceso de diligencia de los guardias...

Un graznido apagó el resto. Las zarpas de Jalid retorcían el cuello del senescal como si fuera un ovillo de lana mojada. El conde Arno se lanzó hacia la puerta pero Hubaish lo derribó de un golpe.

Mazruq al Atar apoyó una mano en el hombro de Jalid para calmarlo.

—No lo mates aún. Quiero ver si además de insolencias tiene algo más que decir.

Las garras de Jalid apenas se aflojaron. El senescal trataba de tomar aire, sus piernas cedían pero Jalid lo mantenía erguido cogiéndolo del cuello.

Mazruq sostuvo al tambaleante Sanad y lo ayudó a tenderse en la cama del senescal. Le limpió la sangre de la boca con un paño y acarició el cabello de su compatriota. Sin volverse, dijo en voz baja:

—Hacerle arrancar la lengua a un enemigo ciertamente es una mala costumbre solo practicada por los francos. Incluso en el grosero arte de la tortura vosotros los bárbaros sois más sosos que el pan viejo. Por eso, antes de que vuestros esbirros nos den muerte de manera definitiva os enseñaré las exquisiteces que se pueden preparar con la carne humana. ¿Alguna vez habéis probado carne de conde? Un manjar para los paladares que aman la grasa. Seguro que deseáis probar un bocado, ¿verdad? —Se levantó de la cama, se acercó al conde tumbado en el suelo y tanteó su barriga y su muslo—. Produciría un asado excelente, la única pena es que la estupidez tiene un sabor amargo —dijo y le quitó el puñal que el conde llevaba en el cinturón.

Un temblor recorrió el cuerpo del senescal sujetado por la

zarpa de Jalid, pero logró soltar un graznido.

—¡Aguardad!

—¿Todavía podéis hablar? A mi hermano Sanad también le gustaría hacerlo. —Mazruq soltó al conde y presionó el puñal contra la garganta del senescal—. Déjalo, Jalid. Veremos si es capaz de pronunciar sus últimas palabras con dignidad.

Jalid aflojó la presa y el senescal resolló.

—Os he librado de la tortura para proponeros un trato. — Esperó que Mazruq pusiera reparos, pero el árabe lo invitó a seguir hablando con un gesto—. Si os dejamos en libertad, ¿qué haríais?

El árabe soltó una horrenda carcajada.

—¡No os enredéis en mentiras y secretismos! Ya conozco vuestra proposición: confiáis en que demos caza al sajón y al judío para vengarnos de su traición. Porque los inútiles de vuestros soldados fracasaron, ¿verdad?

El senescal asintió.

—Sois un hombre inteligente.

—Uno que no se deja comprar por sus enemigos. ¿Por qué habría de servirlos? El camino a casa se extiende ante nosotros, en pocos meses podríamos llenarnos el estómago de dátiles y nuestras bocas con los pechos de las mujeres más hermosas de Bagdad. ¿Qué habría de mantenernos un solo día más entre bárbaros como vosotros?

—Si vuestro deseo es dejar impune la cobarde traición, marchaos a casa. Nadie os lo impedirá.

De pronto aporrearon la puerta y la voz apagada de Ricolfo penetró a través de la madera.

—El barbero cirujano está preparado. ¿Lo hago pasar?

Mazruq aumentó la presión del puñal, pero el senescal

sonrió.

—Que aguarde un poco más. Entretanto, encargaos de preparar el equipo de los musulmanes y traedlo aquí: sus ropas, sus armas, su equipaje, todo lo que llevaban consigo, y añadid nuevas provisiones. Después encargaos de los caballos, ensilladlos y llevad todo ante la puerta pequeña, no la principal. ¿Habéis entendido?

—Señor, ¿os encontráis bien? —repuso Ricolfo con preocupación.

—¡Maldita sea! ¡Tu deber consiste en obedecer, no en pensar! ¡Haz lo que te he dicho!

Un momento después resonaron las botas descendiendo la escalera.

Mazruq bajó el puñal.

—Parecéis decir la verdad. Sin embargo, ¿por qué no confío en vos ?

—No os preocupéis. Vuestra libertad supone una ventaja para mí. Estoy seguro de que un día gobernaré esta ciudad y este palacio, y también que vos daréis caza a vuestros enemigos antes de regresar al hogar. No os molestéis en negarlo, un esclavo os ha traicionado y vuestra sangre clama venganza, ¿verdad?

El rostro de Mazruq permaneció impertérrito.

—Seguid hablando —gruñó.

—Mis hombres fracasaron y no lograron apresar a los fugitivos, pero vosotros les seguiréis el rastro y los mataréis, pues lo que os impulsa es vuestro honor. Preferiríais morir antes que dejar escapar a esos ruines. No obstante, no son ellos quienes me interesan sino el elefante.

Mazruq se restregó la barba.

—Sois un franco a quien Alá ha concedido el don de la sensatez. ¡Extraordinario! Pero ¿cómo regresará *Abul Abbas*

a Pavía? ¿Acaso creéis que os lo devolveríamos, solo para volver a caer en vuestras manos?

—Es de suponer que no. Pero ya he reflexionado al respecto. Vuestro amigo —dijo señalando a Sanad— está gravemente herido y no sobreviviría a una cabalgada apresurada, así que se quedará aquí y aguardará vuestro regreso. En pocos días estará tan sano que todos podréis emprender el viaje de vuelta al hogar.

—¿Y si no regresáramos?

—Le arrancaremos los ojos, lo cocinaremos en aceite hirviendo y lo despellejaremos. El verdugo es capaz de prolongar la tortura de un infeliz durante meses sin matarlo.

Mazruq se acercó al lecho de Sanad. El herido siguió todos sus movimientos con ojos desorbitados. De espaldas al senescal, Mazruq se inclinó sobre Sanad y murmuró unas palabras en árabe. Cuando se enderezó, el senescal tuvo la impresión de que el árabe herido había palidecido todavía más.

Mazruq cruzó los brazos y le sonrió.

—Mi pequeño amigo está de acuerdo. Honramos vuestra generosidad y queremos servirlos. Conducidnos hasta nuestros caballos para que podamos emprender la marcha de inmediato.

El senescal inspiró hondo.

—Sea —dijo por fin, pasó por encima del conde inconsciente y acompañó a los árabes fuera de la habitación.

El sol estaba en el cénit cuando el senescal volvió a remontar los peldaños hasta sus aposentos. Los árabes se habían marchado, nadie los había visto. Ricolfo protestó cuando se enteró del plan, pero Ricolfo solo era un imbécil al

que podría aplastar si causaba problemas. Todo saldría bien.

El judío y el sajón no podían haber llegado muy lejos, solo llevaban un día de ventaja y encima con el elefante... y los árabes cabalgaban como el viento. Los fugitivos ya no volverían a ver la siguiente mañana y entonces el animal le pertenecería a él, y Carlomagno se vería obligado a regresar a Pavía para darle las gracias. Con toda seguridad le aguardaba un puesto importante, tal vez incluso lo llamarían al palacio de Aquisgrán y allí se bañaría junto al emperador en las célebres termas calientes.

Cuando el senescal abrió la puerta de sus aposentos tuvo que reconocer que había subestimado a los árabes. El conde Arno todavía estaba tendido en el suelo y por debajo de su cuerpo se había formado un charco de sangre. Estaba muerto. «El pequeño árabe —pensó el senescal— ha dado muerte al conde.» Entonces el temor se sumó a su espanto. ¿Dónde estaba el asesino en ese momento?

Se volvió, pero no había nadie a sus espaldas. El árabe seguía tendido en el lecho, pero de su vientre surgía la empuñadura del puñal que Mazruq al Atar le había quitado al conde. Entonces el senescal comprendió y se cubrió la boca con las manos.

Mazruq le había dado el puñal al herido y ordenado que diera muerte al conde y a sí mismo. Así que los árabes estaban libres, podían tomarse venganza pero jamás regresarían a Pavía.

La puerta se abrió bruscamente y Ricolfo recorrió la habitación con mirada horrorizada.

—¿Qué habéis hecho, senescal? —susurró el corpulento guardia.

La sangre de Sanad manchaba las mantas de lana y goteaba al suelo, donde poco a poco se mezclaba con la savia vital del conde.

Ricolfo desenvainó la espada.

Capítulo 13

Isaac y Thankmar volvieron a emprender la marcha de madrugada. Cuando el sol se elevó en el cielo divisaron una granja en una hondonada.

—Veremos si esos campesinos tienen provisiones que podamos comprar. —Isaac cogió las riendas del caballo blanco de Thankmar—. Espera aquí y mantente ojo avizor por si aparecen esbirros de Pavía. Escóndete con *Abul Abbas* en aquel bosquecillo.

Antes de que Thankmar pudiera poner reparos el judío se marchó y, pese a sus heridas, azuzó al caballo bayo y galopó hacia la granja como si condujera una tropa de lanceros bizantinos a la batalla.

La granja no parecía pobre y eso dio esperanzas a Isaac. La casa y los establos eran amplios y estaban cubiertos por un gran techo de paja musgosa. Junto a la casa se elevaba un granero apoyado en cuatro postes repleto de heno y la plataforma era tan elevada que las inundaciones y los parásitos no podían afectar las provisiones. Más allá había un pequeño techo apoyado en postes y por debajo Isaac reconoció un hoyo bastante profundo en el que se ocultaba un almacén fresco destinado a alimentos. Durante un momento consideró robar lo que necesitaba y volver a desaparecer antes de que los campesinos pudieran reaccionar, pero al fin y al cabo él era un diplomático

imperial, no un vulgar ladrón.

El sonido de los cascos hizo que una figura saliera de la casa y cuando Isaac se acercó vio que era una mujer. Aunque parecía más joven que él tenía la espalda encorvada de quienes trabajan el campo y los cabellos grises formaban dos trenzas descuidadas. Contempló al jinete con mirada furiosa.

Isaac no desmontó.

—Que el Señor ilumine vuestros días, buena mujer. Soy un enviado del emperador y debo reaprovisionarme. ¡Id a buscar al granjero!

La mujer agarró las riendas del caballo y les pegó un tirón violento. Su voz era un siseo.

—El granjero no tiene tiempo para atender a alguien de tu calaña. Aquí no hay comida. ¡Lárgate!

Soltó las riendas y le pegó un sonoro golpe entre los ojos al caballo, que se encabritó. Isaac tuvo que esforzarse para no caer.

—Tal como acabo de decir —insistió Isaac, obligando al caballo a quedarse quieto—, soy un enviado del emperador. He aquí su sello. Supongo que no sabéis leer, pero el sello debiera imponeros el respeto debido.

Introdujo la mano bajo el manto en busca del pergamino, pero no lo halló. Entonces recordó que lo había perdido en Pavía. ¿Cómo se las arreglaría para viajar a través de esas tierras sin la carta del emperador?

—No conozco ningún emperador. Y no quiero tratar con él, y tampoco contigo —espetó la campesina, que apoyó ambas manos contra el caballo y trató de alejarlo empujando.

Eso bastó. Isaac quiso alzar la voz pero entonces resonó el grito de un niño en la casa.

La mujer palideció.

—¡Fuera de aquí! —chilló antes de volverse y desaparecer en la oscuridad tras la puerta de madera.

Sonaron más gritos. Isaac no tenía la menor intención de largarse de ese lugar extraño; la curiosidad hizo que desmontara y siguiera a la campesina.

En el interior de la casa reinaba la penumbra. A la derecha se abría una habitación amplia con un fogón en el centro. Todo estaba cubierto de una capa de hollín, un vaho picante se confundía con el olor a humo y madera podrida. Isaac se tapó la boca y la nariz con la mano y parpadeó en la semioscuridad. La campesina estaba inclinada sobre un lecho de paja en que estaba tendido un niño de unos diez años de edad. Una segunda mujer más joven le secaba la frente con un paño. El niño gritó.

Isaac se acercó a ellos, apartó a la campesina, contempló al niño y vio lo que el olor penetrante ya lo había hecho sospechar.

Entonces la mujer le asestó un golpe tan fuerte en el hombro herido que cayó de rodillas.

—¿Qué buscas aquí? Monta en tu caballo y lárgate.

Esa vez no alzó la voz, quizá para no asustar al niño enfermo.

Isaac volvió a ponerse de pie y se sujetó el brazo.

—Debierais mostraros más amable con los desconocidos, de lo contrario se les podría ocurrir haceros daño —dijo y entornó los ojos.

—¿Me amenazas? Aguarda, ya he mandado llamar al campesino. Ese te arreglará las cuentas...

—No habéis llamado a nadie. En esta granja solo vivís vosotros tres, nadie más y mucho menos un hombre. No, no me contradigas, resulta evidente. Hay tres platos en la mesa,

esta habitación alberga cuatro camastros pero solo tres disponen de paja. Una parte de los campos allí fuera están mal cultivados o cubiertos de malezas. Ahorraos la mascarada, ningún hombre protege esta casa, ni a vos, ni a vuestro hijo ni a vuestra hija.

Le lanzó una mirada a la muchacha y solo entonces notó que era de una belleza extraordinaria y ya poseía todos los rasgos que la convertían en una mujer deseable, pero sus ojos delataban la tragedia de esa familia, eran grandes, bellos y vacíos: la muchacha era una deficiente mental.

Cuando notó la mirada de Isaac, la muchacha se metió un dedo en la boca y lo miró con expresión desconcertada. Sus labios carnosos habrían puesto a prueba el dominio sobre sí mismo de cualquier hombre si la saliva no se hubiese derramado de ellos, humedeciendo sus pies.

Entonces Isaac comprendió la vehemencia con que la campesina se había enfrentado a él; sin un marido, era tan indefensa y frágil como una vaca a punto de parir. Debía ahuyentar a los potenciales enemigos y mantenerlos alejados de sus crías.

Como si quisiera confirmar la idea de Isaac, la granjera cogió un leño del fuego y se interpuso entre él y la muchacha, aferrando el madero ardiente con ambas manos.

—¡Vete o te quemo! —exclamó en tono desesperado.

Isaac se acercó a ella y apartó el leño de un manotazo.

—No pasa nada, mujer. No albergo malas intenciones. Os ruego que me dejéis examinar a vuestro hijo —dijo y se acercó al lecho del niño.

Pero la mujer se lanzó sobre sus espaldas, chillando y tirándole del pelo. Logró arrancarle unos cabellos antes de que el judío lograra zafarse. Las palabras no surtían efecto, así que Isaac le pegó un empellón y la derribó de un puñetazo en el estómago. Ella cayó y lo insultó al tiempo que

se retorció en el suelo de arcilla. Isaac se arrodilló junto al lecho del niño.

Una mirada bastó para confirmar su temor.

El niño agonizaba. Tenía una herida infectada en el hombro, de donde procedía el hedor a carne podrida que infestaba la casa. La fiebre le enrojecía el rostro, tenía los ojos abiertos y ya contemplaban el reino de las sombras. Llevaba un bulbo de gladiolo sujetado al cuello; Isaac ignoraba quiénes eran los diablos que pretendían ahuyentar con el bulbo. Pero lo peor era la horrenda herida en la cabeza rapada.

Isaac sacudió la cabeza.

—¿Quién es el responsable de esto? —Cuando el niño pegó un respingo debido al grito, Isaac se dominó—. ¿Quién le ha hecho esto? —preguntó en tono duro.

La campesina se puso de pie, lentamente.

—El húmedo viento del norte. Cada vez que sopla en lo alto, por encima de la granja, porta desgracias. Primero hizo que Gisela se volviera tonta incluso antes de que naciera. El invierno pasado volvió a bajar de las montañas y se llevó a Emicho, mi querido esposo. Lo llevó a la guerra, algo que no es asunto nuestro en absoluto. Emicho luchó por Desiderio, nuestro viejo rey lombardo; por temor a una sublevación, Desiderio prohibió que los granjeros portaran armas y los envió a la batalla solo armados con palos. Los francos los lancearon a todos y ahora también Rorico se me está muriendo. Dentro de dos veranos debía de hacerse cargo de la granja —dijo entre lágrimas.

—¿Y esas heridas? ¿Acaso intentasteis curar al niño?

—Hace dos semanas condujo los cerdos al bosque para que se saciaran devorando hayucos y debe de haber penetrado en el terreno de un jabalí. Regresó con esa herida en el hombro. La fiebre lo tumbó por la noche siguiente.

¿Qué debía hacer? Porque debía quitarle el calor de la cabeza, así que lo rapé y le hice dos cortes en cruz en el cuero cabelludo, después froté el cráneo con sal para causarles sufrimientos a los diablos que estaban allí metidos. Salieron de su cabeza, pero demasiado tarde. Ya no se curó. ¿Puedes ayudarlo? ¿Eres un sanador o un hechicero?

Isaac clavó la vista en el niño moribundo. Una herida en forma de cruz en la cabeza confirmaba el tratamiento recibido. La granjera no había cosido la horrenda herida: trató de cerrarla aplicando clara de huevo y así preparó un lecho para el pus. Cualquier tratamiento curativo fracasaría.

De pronto oyó sonido de cascos. La puerta se abrió y Thankmar entró precipitadamente, descubrió a su amo entre las sombras de la habitación y corrió hacia él.

—Vienen, los he visto. Tres jinetes desde el oeste.

—¿Solo tres? —Isaac se restregó la barbilla—. ¿Dónde está el elefante?

—Tuve que dejarlo en el escondite para venir rápido. ¿Podemos ocultarnos aquí?

Thankmar recogió un jarro del suelo, olisqueó el líquido, bebió con avidez y contempló a la granjera con mirada curiosa.

—No veo otra posibilidad. Si huimos nos pisarán los talones de inmediato, y si luchamos seremos alimento para los gusanos. Bien, buena mujer. Está en vuestras manos — dijo Isaac haciendo una reverencia burlona.

La lombarda no se lo pensó dos veces.

—Curad a Rorico y os ayudaré.

Isaac bajó la vista.

—Temí que propondrías algo así. Soy diplomático, no sanador. ¿Queréis castigarme por ello?

Solo entonces Thankmar se percató de la presencia del

niño y la joven y le lanzó una mirada desconcertada a Isaac.

—No puedo hacer nada por vuestro hijo, está agonizando. Será mejor que le ayudéis a morir y lo liberéis del dolor y la enfermedad —dijo Isaac y se volvió, dispuesto a marchar.

Pero en cuanto alcanzó la puerta la granjera lo aferró del manto.

—Si mi hijo realmente debe morir, entonces ruego que muera con rapidez. Yo no puedo matarlo. Tal vez haya un lugar donde su padre lo aguarda.

La sensatez de la campesina sorprendió a Isaac. Aquella mujer no perdía tiempo con sentimentalismos y él respetó la serenidad y la presencia de ánimo con que manifestó su deseo. Isaac asintió con la cabeza.

Regresó junto al lecho del niño y se inclinó sobre él. Este seguía sus movimientos con mirada vidriosa. Isaac cogió un paño y cubrió el pequeño cuerpo, confiando en un giro inesperado: un grito o quizá la intervención de la hermana, algo que convirtiera lo que debía hacer en innecesario. ¿Es que Dios no había intervenido cuando Abraham se disponía a sacrificar a Isaac?

Pero no quedaba tiempo para esperar que se produjera un milagro. Isaac se aseguró de que la granjera abandonara la habitación y entonces presionó las manos contra la nariz y la boca del niño. No tardó mucho, Rorico ni siquiera corcoveó, solo entornó los ojos. Durante un instante la mirada febril se iluminó, después se apagó. El pequeño había muerto.

Isaac se tendió en el suelo ante el cuerpo sin vida, estiró los brazos y las piernas y suplicó el perdón de Dios. No era la primera vez que había dado muerte a alguien, pero nunca se había sentido tan culpable, ni siquiera antaño, cuando había arrojado los cuerpos de sus compañeros a los perros. Aquel

aterrador trayecto a través de las montañas fue una prueba a la que Dios lo sometió. En cambio, había matado a ese niño lombardo por motivos egoístas, porque su muerte le proporcionaba una ventaja.

—Empero hay perdón cerca de ti, Señor, para que seas temido —dijo y repitió el salmo una y otra vez, las manos temblorosas.

Alguien le tironeó de la manga. Thankmar estaba a su lado con expresión impaciente. Isaac se puso de pie, los perseguidores no tardarían en darles alcance.

Mazruq al Atar aborrecía la tierra de los francos. La humedad lo cubría todo; se elevaba de la tierra, caía del cielo y flotaba como una densa niebla en el aire. Penetraba a través de sus pantalones y a ello se sumaba el viento que impulsaba el frío desde las cimas de las montañas y clavaba sus dientes gélidos en los jinetes.

El primero en descubrir la granja fue Hubaish. Irreal como un espejismo franco, se ocultaba tras un velo de neblina. Verla llenó de júbilo a Mazruq: el elefante debía de haber llamado la atención de los moradores de aquella granja, incluso si eran sordos, ciegos y tontos. No cabía duda. Esos campesinos debían de haber visto algo y Mazruq tuvo ganas de apalearlos para que confesaran y, de paso, expulsar el frío que le helaba los huesos. A ello se sumaba un descanso junto a un fuego y un plato caliente; los jinetes galoparon hacia la solitaria granja.

La granjera los aguardaba ante la puerta con los brazos cruzados. Los árabes desmontaron de sus corceles con los miembros rígidos y se plantaron ante la mujer.

—Franquéanos el paso y prepara un asado para nosotros. Estamos agotados tras una larga cabalgada y queremos

comprobar si los granjeros francos conocen la palabra «hospitalidad».

La mujer apretó las mandíbulas.

—Puede que los granjeros francos la conozcan, pero esta granja pertenece a los lombardos.

Mazruq no estaba de humor para las ingeniosidades y apartó a la campesina de un empujón. Los hombres entraron en la casa, Jalid examinó los cuencos y las jarras dispuestos en tablas inseguras a lo largo de una pared, estrellando contra el suelo lo que le agradaba y arrastrando una huella de fragmentos, charcos de leche, granos de trigo y hierbas tras de sí. Mazruq y Hubaish se dejaron caer en sendos taburetes y miraron en derredor. Hubaish apoyó la lanza en los muslos y acarició la ornamentada asta de cedro.

Solo entonces Mazruq notó la presencia de la joven en un rincón oscuro. Le indicó que se acercara con la mano y ella obedeció de mala gana. La mirada de Mazruq recorrió su cuerpo.

—Las rosas más bonitas crecen en el jardín más abandonado. ¿Cómo te llamas, niña?

—Gisela. —Quien contestó fue la granjera—. Es mi hija y será mejor que no malgastes pensamientos en ella, musulmán... o te aplastaré.

La campesina se había armado de una horca y se había apostado ante la puerta.

Su amenaza provocó las risas de Hubaish; se acercó a ella para arrancarle la herramienta pero ella asestó un golpe violento en su dirección. Hubaish empezó a danzar en torno a la granjera como un luchador, extendió los brazos con aire divertido y buscó huecos para un ataque.

Mazruq lo hizo regresar con un silbido.

—Déjala, Hubaish, solo queremos hacer un uso decente

de la legendaria hospitalidad de los lombardos —dijo, se lamió los dedos y metió la mano bajo las faldas de Gisela.

La muchacha estaba rígida como un palo. Cuando bajó la vista hacia él lentamente su mirada lo espantó: en ella no había odio, lascivia o miedo, solo el vacío de un espíritu atrofiado. Gisela rozó su barba con una mano y tironeó de las puntas, casi como si quisiera seguirle el juego. Entonces le metió el pulgar en la nariz y los ojos del árabe se llenaron de lágrimas.

Se zafó de ella con gesto violento y se puso de pie.

—¡Por los diablos de los siete infiernos, es una idiota! —gritó, y se limpió la mano contra la pared de la casa.

La granjera rio.

—Así es. Y también tiene la lepra. Ten cuidado, podrías contagiarte. Ven, Gisela, iremos al almacén por algo comestible para los huéspedes —dijo y salió fuera; la muchacha la siguió con pasos torpes.

¡Lepra! Mazruq sospechó que la vieja quería burlarse de él; el cuerpo de la joven estaba tan sano como enfermo su espíritu. Trató de provocar la risa de Hubaish y Jalid mediante una broma grosera, pero no logró deshacerse de la inquietud. ¿A qué clase de lugar habían ido a parar? ¿El hebreo realmente había pasado por allí, o estaban perdiendo el tiempo con esa campesina? ¿Y de dónde provenía ese olor que flotaba como un hálito pestilente por encima de todo?

Mazruq olisqueó.

—¿Vosotros también lo oléis? Es el mismo olor de un campo de batalla cuando los muertos empiezan a apestar.

Jalid hizo una mueca de asco.

—Tienes razón. Espero que no proceda de la bazofia que la vieja piensa servirnos. Puede que sea eso que ellos llaman queso. Leche agria en trozos. ¡Son unos animales!

—No. —Mazruq deslizó la mirada por la habitación e inspiró. Tenía los ojos muy abiertos, como si pudiese ver el olor y seguirlo hasta su origen—. Es olor a carne humana podrida.

Fue de la ventana al fogón, rodeó la mesa manchada y un montón de leña y echó un vistazo al interior de un tonel, pero solo halló huevos y carne embutida. Después se detuvo ante el lecho de paja en que reposaba un bulto cubierto por un paño de lana.

Apartó la manta y retrocedió de un respingo. El cadáver de un niño estaba tendido en la paja, tenía los ojos abiertos y los labios crispados, como si hubieran probado vino agrio. El hedor que emanaba el cadáver se volvió insoportable.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —La sorpresa hizo que Mazruq le gritara al cadáver—. ¿En qué clase de nido de demonios hemos caído?

—Ellos viven con sus muertos —dijo Jalid, que se había acercado y fruncía la nariz, presa del asco—. Y quizá también los devoran.

Hubaish lo secundó.

—¿No os parece extraño que el granjero no haya aparecido? Seguro que la bruja ya lo cocinó. Larguémonos de aquí.

De pronto la puerta se cerró de un golpe. Mazruq se abalanzó hacia la entrada y tironeó, pero fue en vano: la puerta estaba bloqueada.

Fuera relincharon caballos, el ruido de los cascos penetró por las ventanas y se oyeron voces. Entonces también se cerraron los postigos y todos los huecos. La luz penumbrosa se apagó por completo. Los árabes se lanzaron hacia las ventanas, empujaron y rugieron, pero las tablas eran firmes y sólidas.

Volvieron a oír sonido de cascos y después, como la

disonancia de un gran cuerno de caza desafinado, el trompeteo del elefante. La proximidad del animal enfadó a los hombres aún más. ¡Habían caído en una trampa del hebreo!

Mazruq entró en cólera, desenvainó su espada y aporreó la puerta, que resistió el ataque. Hubaish y Jalid estrellaron los taburetes contra los postigos.

Entonces oyeron el chisporroteo: provenía del techo y el humo penetraba entre los manojos de paja mientras lenguas amarillas lamían las vigas.

—¡Fuego! —gritó Jalid.

Acto seguido se arrojó al suelo ante la puerta y comenzó a cavar un agujero con las manos.

Mazruq lo obligó a ponerse de pie.

—¿Acaso eres un perro, Jalid? Moriremos aquí antes de caer de rodillas ante el hebreo. ¡Reflexiona! Debe de haber una manera de salir de esta encerrona.

Briznas de paja en llamas volaban por el aire y, al igual que la niebla, el humo bajaba del techo. Los hombres empezaron a toser y lanzaban miradas desesperadas en torno, con la esperanza de descubrir un hueco en las paredes que les permitiera ponerse a salvo.

De repente Hubaish quitó la manta de lana del cadáver del niño y la extendió en el suelo.

—El techo, el techo. Protegido por la manta mojada uno de nosotros puede salir a través del techo y abrir la puerta desde fuera.

Mazruq y Jalid lo miraron con expresión atónita. Entonces comprendieron y se apresuraron a orinar en la manta. Luego Hubaish se envolvió la cabeza y el pecho con la lana empapada.

—¡Que Alá te dé alas!

Mazruq le palmeó el hombro a su camarada y el manto soltó un reguero de chispas. La sonrisa caballuna de Hubaish brilló una vez más, después buscó un hueco entre las vigas en llamas.

Observaron la casa incendiada desde lejos. La granjera iba a lomos de uno de los sementales de los árabes. Gisela, que no sabía montar, iba sentada detrás de Thankmar y se agarraba a sus caderas. No se molestó en dirigir la mirada al desmoronamiento de su casa paterna, fascinada con *Abul Abbas*, que saciaba su sed en un estanque próximo. Las cabalgaduras de los musulmanes estaban atadas a sus propios mulos.

Isaac vio cómo la vieja lombarda observaba la desaparición de su hogar con aparente indiferencia. Ella misma había prendido fuego al techo tras obtener la promesa de Isaac de llevarla a ella y a su hija con ellos. Dijo que ese lugar le había traído la muerte en dos ocasiones, y que ahora quería probar suerte en la ciudad junto con Gisela.

—Acompañadnos hasta Turín y dejadnos dos caballos para que podamos venderlos. De ello podremos vivir un tiempo.

Su sugerencia le pareció sensata y mostrarse conforme era la única posibilidad de conseguir que la granjera se pusiera de su parte y escapar de los árabes. ¿Quién podía sospechar que la mujer había forjado un plan tan diabólico? Isaac se hubiese conformado con saber que los árabes se quedaban encerrados en la casa.

Las llamas inundaban todo el techo, allí y acullá se derrumbaban partes de las paredes y penachos de humo se elevaban al cielo. De repente Isaac vislumbró unas figuras en medio de aquel infierno. Entornó los ojos y entonces

Thankmar pronunció las palabras temidas.

—Los árabes han logrado liberarse, amo.

El sajón señaló los tres hombres que se arrastraban a lo lejos —pequeños como piojos— a través del valle en llamas, alejándose de la granja. Era imposible ver si estaban heridos, pero no cabía duda: Mazruq, Jalid y Hubaish habían escapado, aunque ahora se verían obligados a recorrer esas tierras a pie.

—A lo mejor todavía no nos han visto. Vámonos.

Isaac hizo girar su caballo y, sin volverse, supo que los demás lo seguían.

Capítulo 14

A un día de viaje de Turín, acamparon bajo unos manzanos; la fruta ya había sido cosechada y las ramas estaban desnudas, preparadas para el invierno. Cierta tibieza aún rodeaba los pies de los troncos, pero del claro cielo nocturno ya caía la primera escarcha.

Thankmar estaba furioso: aunque dos mujeres viajaban con ellos, Isaac le había ordenado a él, un hombre, que preparara la comida y los sitios para dormir. Era un esclavo, pero incluso como tal merecía un mínimo respeto. ¡Siervo de una campesina y de su hija deficiente mental! Les arrojó dos mantas a los pies con gesto malhumorado, y mientras repartía la comida se encargó de dejar caer los trozos de carne en salazón en la sopa para que salpicaran y de cortar el pan en porciones poco generosas.

No había esperado una reacción precisamente de Gisela, pero la muchacha percibía su malhumor y se apartó de él mientras comía. Su madre no pareció notar el gesto de protesta, sumida como estaba en una conversación con Isaac. Estaba sentada en el suelo con las piernas abiertas y, masticando ruidosamente, le dijo cómo se llamaba; hasta ese momento no había tenido ocasión de hacerlo.

—Me llamo Imma. Mi padre era un comerciante del norte y sentía tanto amor por su patria que me puso un nombre nórdico. No conozco ninguna lombarda que lo lleve.

¿Se debía a las llamas titilantes o a la sombra de las viejas ramas proyectadas por la luz de la luna? De pronto Thankmar creyó ver que las sombras oscurecían el rostro de su amo. Su mirada incierta se deslizó por el suelo hasta detenerse en los ojos de la granjera.

—Vuestro nombre me es familiar. De hecho, conozco una Imma y siempre he honrado su nombre —dijo y se llevó un trozo de carne a la boca.

La vieja lombarda rio, creyendo que le había hecho un cumplido, pero Thankmar conocía lo bastante bien a su amo como para saber que el judío no era de esa clase de hombres. Incluso frente a él, su esclavo y único hombre de confianza en ese viaje, solía ser parco con los elogios y evitaba todo comentario acerca de su historia personal. Thankmar siguió observando a su amo con atención.

La campesina cogió el cuenco vacío de Isaac y se puso de pie para servirle más sopa; cuando volvió a sentarse, la distancia entre ella e Isaac se redujo de manera visible. El judío no pareció notarlo, aceptó la sopa asintiendo agradecido y sorbió el espeso líquido; dedicó tiempo a masticar los trozos de carne y así impidió que la *lombarda* siguiera dándole conversación.

El silencio no parecía molestar a la vieja, que se tragó el caldo en solo tres sorbos y clavó la vista en las llamas, como si esperara que un diablo saltarín surgiera entre ellas. Sin embargo, el monstruo surgió de sus intestinos y la ventosidad fue tan sonora que durante un momento los sonidos de la noche enmudecieron de indignación. Thankmar, que, divertido, ya había notado que su amo intentaba acallar las voces de la naturaleza cubriéndose la boca con la mano, no pudo reprimir una sonrisa maliciosa.

Perplejo, Isaac clavó la vista en la campesina, que soltó otra ventosidad. Y cuando Gisela también se unió al coro de los satisfechos, Thankmar ya no pudo controlarse y sus

carcajadas acompañaron el coro femenino. Todos cayeron presa de jocosidad y hasta Isaac se unió al regocijo general cuando advirtió que su expresión desaprobatoria solo provocaba las risas de los demás.

Una vez el calor de la sopa entibió los cuerpos, volvió a reinar el silencio del cansancio. Alentado por la armonía del grupo y el confort ofrecido por la hoguera, los párpados de Thankmar se cerraron, y se habría dormido de inmediato si no hubiese oído el murmullo de la vieja en la oscuridad.

—¿Te aguarda una mujer allá hacia donde te diriges, buen hombre?

Thankmar jamás se hubiera atrevido a hacerle semejante pregunta a Isaac, pero estaba dispuesto a sacrificar más de unos momentos de sueño para escuchar la respuesta. Volvió a abrir los ojos y observó a ambos viejos. Pero el judío se había hartado de los esfuerzos de la granjera.

—Saciad vuestra avidez por los hombres cuando lleguéis a Turín. Mi cuerpo y mi alma ya pertenecen a otra persona.

Entonces se envolvió en las mantas y le dio la espalda a la vieja.

Pasaron junto a las colinas del Piedemonte alpino y se adentraron en tierras vinícolas e interminables prados mecidos por el viento. En el camino se encontraron con saltimbanquis y músicos, leprosos, tullidos y mendigos; todos ellos desgraciados a los que les habían quemado el techo o cuya cosecha se había perdido debido a las tormentas. La meta común era la residencia del preboste de los mendigos, un funcionario nombrado por el emperador que se encargaba de cuidar de los pobres. Isaac evitó cada una de esas comunidades ya que ante sus puertas se reunían grandes muchedumbres.

Thankmar pasaba todos los altos en el camino junto a *Abul Abbas*. ¡El elefante le había hecho un gran servicio ante las puertas de Pavía! ¡Si solo pudiera aprovechar su fuerza de una manera encauzada!

En los últimos días su insistencia ya le había proporcionado pequeños éxitos: si le presentaba la espada obtenida en Pavía de modo que la hoja brillara al sol, el elefante trataba de cogerla con la trompa como un náufrago se aferra a una rama. Thankmar ya había progresado en el arte de la doma a tal punto que *Abul Abbas* permanecía inmóvil hasta recibir la orden. Thankmar lo intentó con diversos términos hasta que logró hacerlo reaccionar con la palabra «¡Maldición!». Cuando la oía, *Abul Abbas* alzaba la trompa y la espada como si se dispusiera a asestar un cintarazo. Aceptaba repetir la acción tres o cuatro veces, después perdía interés y ya no estaba dispuesto a hacer más trucos. Ese era el problema número uno.

El número dos era la orden que debía impulsar al gigante a soltar el botín, porque se negaba a soltar un objeto aferrado por la trompa durante horas. A menudo sus ojos negros se fijaban en las manos de Thankmar con una mezcla de incomprensión y burla mientras un torrente de palabras brotaba de la boca del sajón: «abajo», «basta», «déjalo ya»... pero *Abul Abbas* no se dejaba domar fácilmente.

Thankmar lo intentó con las palabras mágicas de su patria, con versos infantiles y maldiciones, con poemas recitados en las bodas y, por fin, presa de la desesperación, procuró imitar las voces de otros animales. *Abul Abbas* contemplaba fijamente al pequeño ser humano y no se movía. Su trompa se elevaba al cielo como la lanza de una arrugada valquiria y se negaba a bajarla.

A Gisela las actividades de Thankmar le producían tanto regocijo que siempre observaba la búsqueda del «Ábrete, Sésamo» sin dejar de soltar risitas. A él le hubiera gustado

demostrarle a la joven que era el amo de ese enorme animal, pero tras cada intento inútil su autoestima disminuía mientras que Gisela se limitaba a seguir riendo, brincando y aplaudiendo.

Cuando ya estaba a punto de desanimarse, Thankmar se preguntó si quizá debía usar el amuleto que le había resultado tan útil en Pavía. Seguro que alcanzaría el éxito, pues en las piedras preciosas rojas como granadas aguardaba la magia. Pero temía el fulgor que el colgante había despertado en los ojos de *Abul Abbas*, la violencia que había llameado en las oscuras profundidades del gigantesco cuerpo y hecho añicos su bondad. Se resistió a la tentación, aunque eso significaba ser un domador que dependía de la buena voluntad de un elefante.

No le tomó a mal las risas a Gisela: no eran maliciosas, solo un regocijo fresco como un arroyo cantarín. A veces se descubría contemplando a la muchacha, en parte su cuerpo bien formado, en parte conmovido por su frágil mirada y su asombro frente a las singularidades del mundo.

Dejó que la deficiente mental le cortara el pelo; cuanto más se acercaban a las montañas, tanto más fuerte soplabla el viento, los cabellos le cubrían los ojos e impedían su visión. Aunque él no se quejaba, Gisela reconoció su problema con la clarividencia de los espiritualmente ciegos. Una noche se acuclilló detrás de él y comenzó a cortar la masa rizada con la hoja de su propia espada. Sorprendido, el sajón pegó un respingo pero la muchacha le apoyó una mano en la frente, manipuló la gran espada como si fuera una pluma y le cortó el cabello con la misma suavidad de la brisa primaveral que desprende flores de los árboles. Thankmar no solo disfrutó del curioso hecho, sino que reconoció su propio talento en los dedos de Gisela, en su fluir sinuoso, en su búsqueda y sus preguntas.

De vez en cuando se sumía en una fantasía en la cual

Gisela se convertía en una compañera omnisciente, bella, fuerte y llena de amor, una fuente de afecto y dicha. Pero no lograba engañar a sus ojos durante mucho tiempo: la muchacha estaba perdida y alejada del mundo. Espantado, observaba su conducta durante las sencillas conversaciones que mantenían. Nunca era capaz de contestar más que «sí» o «no» e incluso diferenciar ambas palabras podía llevarle una eternidad. Cuando se aburría empezaba a examinar sus orificios corporales. En la nariz, las orejas, las axilas, la boca e incluso bajo las faldas sus dedos hallaban secretos interesantes que, tras frotar y palpar, se llevaba a la nariz para comprobarlos; antes de regresar a su cuerpo a través de la boca. La vida había traicionado a Gisela. La herborista de la aldea natal del sajón siempre había afirmado que la idiotez era curable si la enferma bebía la sangre de un ajusticiado. Pero Thankmar carecía de la fe y los medios para poner en práctica semejante tratamiento.

Turín suponía la encrucijada. Incluso antes de que la ciudad estuviera al alcance de la vista Isaac instó a la despedida. Dijo que 110 quería llamar la atención con el elefante porque sería demasiado peligroso. Gisela desmontó del caballo de Thankmar y la granjera montó a su hija en su semental, cogió las riendas del segundo caballo que Isaac le dejó y se alejó sin siquiera despedirse.

Antes de la puesta de sol las mujeres volvieron a darles alcance. La campesina dijo que las puertas de Turín estaban cerradas, que la peste asolaba la ciudad y que nadie podía entrar ni salir, al tiempo que una sonrisa iluminaba la cara anegada en lágrimas de Gisela.

Isaac se negó a creerla. Afirmó que la peste dejaba huellas en los alrededores, pero no habían visto fosas comunes ni columnas de humo y que carecían de tiempo

para cabalgar hasta la ciudad para comprobar la veracidad de las afirmaciones de la mujer. De mala gana, añadió que podían acompañarlos hasta más allá del paso, pero que después debían separarse de ellos indefectiblemente, pues con un poco de suerte darían alcance a Carlomagno en las montañas, y para una vieja lombarda y su hija deficiente mental no había cabida en el séquito de un emperador.

La granjera se tragó una réplica y volvió a ocupar su lugar acostumbrado entre Thankmar y *Abul Abbas*. Riendo, Gisela volvió a encaramarse al caballo de Thankmar.

Las estribaciones de las montañas recibieron a los viajeros con una alfombra verde formada por bosques. Alerces, pinos y cipreses rodeaban el pie de la montaña y solo por encima de la línea de árboles la montaña mostraría su desnuda faz de rocas y hielo.

—Rogad al Señor que la nieve no cubra el paso —dijo Isaac mientras hacían una pausa para descansar—. Abrirse paso a través del invierno alpino supone un reto considerable, incluso para un grupo de toscos soldados. Y ahora una campesina, una idiota, un tullido y un elefante desafían a la montaña, encabezados por un anciano tembloroso. ¡Una procesión de necios tras las huellas de un emperador!

A continuación azuzó a su caballo sin mirar atrás.

Cuando abandonaron el bosque se toparon con los primeros rastros del séquito real. El estiércol de cientos de caballos había dejado señales. ¡No había duda! Carlomagno había remontado ese paso hacía poco tiempo.

La ascensión les llevó un día. Montaron el último campamento bajo la protección de unos árboles, a salvo del viento implacable. A la mañana siguiente ascendieron hacia el cielo antes de que el sol y los últimos árboles quedaran atrás: un par de pobres pinos deformes que se aferraban tozudamente a las rocas. El camino conducía a través de las

cimas, por encima de cascajales y alrededor de enormes rocas coronadas de musgo. Una niebla gélida flotaba entre las laderas rocosas y se evaporaba bajo el sol.

Abul Abbas luchaba por avanzar por el suelo inseguro, resbalaba a un lado, se tambaleaba, arrojaba rocas al abismo y agitaba la trompa y las orejas con movimientos nerviosos. Thankmar también se sentía intranquilo tan cerca de cimas donde moraban dioses desconocidos. ¿Dejarían que el grupo atravesara su reino sano y salvo o lo aniquilarían? El sajón se encogió sobre el lomo del caballo blanco cuanto pudo.

El golpeteo de los cascos reverberaba contra las paredes de rocas, donde por lo demás reinaba el silencio. Thankmar, que iba a la retaguardia, se entretenía escuchando el silencio. De pronto oyó un golpe apagado que parecía generado por una fuerza enorme. Miró en torno: dos gamos emprendían la huida a lo largo de una estrecha cresta. Creyó haber hallado el origen del inquietante sonido, pero este regresó, esta vez acompañado por el chasquido de madera reventada. Después el silencio volvió reinar en las montañas.

El camino conducía montaña abajo hacia una hondonada. Líquenes y zarcillos espinosos formaban matas de un gris pardusco y cubrían el angosto sendero.

Cuando los caballos aminoraron el paso, Gisela se deslizó del suyo a espaldas de Thankmar y, antes de que el sajón pudiera reaccionar, brincó entre los arbustos y desapareció. Thankmar les gritó a los demás que se detuvieran y aguardó. Ya había visto con anterioridad que Gisela tenía la costumbre de abandonar el grupo sin aviso previo, a fin de hacer sus necesidades. «Espero que no vuelva a tardar tanto como la última vez», pensó, echando un vistazo a la posición del sol. Aún era de día, pero ¿quién podía saber cuanto tiempo más se verían obligados a vagar a través de las cimas antes de encontrar un lugar para descansar durante la noche?

Thankmar condujo su caballo junto al de Isaac. Los

animales se movían nerviosos. El sajón cobró valor y se dirigió al viejo.

—¿Por qué me comprasteis, amo?

Se sorprendió cuando el judío gruñó como un oso.

—Tu manera de hacer preguntas es tan grotesca como los lugares que escoges para hacerlas. ¿Qué clase de bicho raro eres?

Thankmar se preguntó si debía contestar esa pregunta, pero optó por no hacerlo y en cambio preguntó:

—Amo, en mi patria la costumbre es que primero debe contestar aquel al que se le hizo la pregunta y solo después le toca el turno de preguntar. Por eso responderé más adelante a vuestra pregunta acerca de la clase de bicho que soy.

Isaac rio divertido; contempló a su esclavo y reflexionó un instante.

—Si no me hubiese apiadado de ti, el gordo Grifo habría clavado tu cabeza en una lanza para dejarla secarse al sol.

—Lo sé, y os agradezco que me hayáis salvado, pero ¿qué provecho pensáis sacar de mí? Soy un tullido y un memo, y me descubristeis cuando le robé el collar a la vieja Rosvita y me tomasteis por un ladrón... y con razón. Podríais haber comprado una docena de esclavos mejores que yo.

—¿Sabes nadar?

Sorprendido, Thankmar asintió.

—Entonces sabes que un buen nadador no es aquel que golpea el agua y levanta espuma como uno a punto de ahogarse, sino el que sabe deslizarse a través de las aguas como un pez. Lo único que necesitas es una voluntad firme y una meta clara.

Thankmar esperaba una aclaración, pero Isaac se limitó a lanzarle una mirada ceñuda. Entonces la granjera le tiró de la

pierna; se había bajado del caballo y los miraba a ambos.

—Ya hace demasiado rato que Gisela se marchó. Iré a ver qué pasa, tal vez se ha quedado dormida.

A pesar de su tono indiferente, Thankmar se dio cuenta de que estaba realmente preocupada; volvió a recordar los extraños golpes y al mirar en derredor notó que la niebla había ganado la batalla contra el sol y se extendía como una gran marea por encima del suelo cubierto de líquenes.

Los hombres desmontaron. Isaac decidió permanecer junto a los caballos, que seguían inquietos. Con una sensación angustiada, Thankmar cojeó tras la campesina, que ya había desaparecido detrás de una roca.

Encontraron a Gisela junto a la ladera occidental de la hondonada apretada contra un gran bloque de granito, como si quisiera fundirse con él. A pocos pasos de distancia había un oso. Unos ojos apagados incrustados en una cabeza cubierta de piel apelmazada contemplaban a la muchacha, olfateando con su gran narizota. Tanto ella como el animal estaban inmóviles.

Cuando Thankmar vio que Imma se disponía a correr hacia su hija para salvarla, la detuvo.

—¿Estás loca, vieja? Esa bestia te partirá en dos de un zarpazo. No te muevas, hemos de pensar qué hacer.

La mujer lo apartó de un empujón, haciéndolo caer hacia atrás. Era demasiado tarde para detener a la vieja, que corría hacia su hija con las faldas ondeando y brincaba por encima de las rocas sin dejar de gritar el nombre de Gisela; las piedras devolvían el eco.

Thankmar se incorporó, pero lo único que pudo hacer fue observar. La granjera se lanzó contra el oso como una loca, agitando los brazos, siseando y maldiciendo. El oso pegó un respingo y retrocedió tres pasos; entonces la lombarda alzó la voz y, chillando, corrió hacia el animal, pero este ya no

volvió a retroceder. Se alzó sobre las patas traseras, abrió las fauces, reveló sus colmillos y hendió el aire con las zarpas. Sin vacilar, la campesina arremetió bajo las garras y todavía logró aporrear al oso con los puños antes de que los brazos del animal la rodearan y las fauces dentudas le arrancaran la cabeza.

Paralizado de terror, Thankmar observó cómo el oso despedazaba a la vieja. Se mesó la rizada cabellera, después buscó la empuñadura de la espada colgada de su espalda, pero se lo pensó mejor: toda ayuda resultaba inútil para lombarda... pero su hija aún estaba viva.

Gisela permanecía de pie ante la roca, paralizada por las horrendas imágenes que aún no habían hallado el camino correcto a través del laberinto de su cerebro. Mientras no se moviera estaría a salvo de la bestia. Pero ¿qué ocurriría si entraba en pánico?

Thankmar se acercó a la muchacha con rapidez y cautela. Mientras se deslizaba sigilosamente en torno a las rocas no perdió de vista a la bestia ni un instante. El oso había dejado caer a su víctima, olisqueaba el cadáver y caminaba a su alrededor.

El bloque de granito no era muy alto y Thankmar pudo encaramarse; se acercó a la cara posterior de la roca y se arrastró hasta que la cabeza de Gisela apareció por debajo. Todavía mantenía la vista clavada en el oso que en ese momento se rascaba el trasero contra una piedra, haciendo caso omiso de la muchacha. Lentamente, Thankmar tendió una mano hacia Gisela para que ella notara su presencia, pero se detuvo en el último instante. ¿Y si se asustaba, hacía un movimiento brusco o soltaba un grito y le indicaba al oso que todavía lo esperaba otra víctima? Retiró la mano y volvió a coger la espada.

Durante un momento se vio luchando contra el oso, se imaginó bailoteando bajo las zarpas y clavando la espada en

el cuerpo de la bestia hasta la empuñadura. La fantasía le hizo gracia: alguien como él jamás lograría llevar a cabo semejantes heroicidades. Además, ¿para qué? Al fin y al cabo, había otra solución.

De bruces sobre la roca asestó un golpe en la cabeza de Gisela con la empuñadura de hierro de la espada. La muchacha perdió el conocimiento y, antes de que se desplomara, Thankmar la cogió de las axilas y la alzó. El oso no notó la figura que se elevaba como por arte de magia y tampoco dirigió la mirada a la sombra que se deslizaba de una roca a la siguiente y por fin desapareció fuera de su alcance.

Isaac estaba consternado. Había oído los chillidos de la granjera, pero no quiso abandonar los caballos y el elefante. Presa de la inquietud, aguardó el regreso de sus compañeros de viaje. Montaron con rapidez y dejaron atrás ese lugar infortunado. Enterrar los restos de la lombarda parecía demasiado peligroso; Thankmar decidió que esa noche haría una ofrenda a la diosa Ostera y rogaría por el alma de Imma.

Gisela todavía no había recuperado el conocimiento; como un saco de trigo se mecía ante Thankmar a lomos del caballo. Sentía compasión por la muchacha, cuyo único apoyo en el mundo había desaparecido en las fauces de un oso.

Azuzó al caballo hasta ponerse a la par de Isaac.

—¿Estáis triste, amo? Ella sencillamente echó a correr hacia la muerte.

—Tú no tienes la culpa. La vieja escogió el suicidio. Si la hubieses detenido te habría arrastrado a la perdición; la primera vez que la vi, cuando se apostó ante su casa, ya percibí un cansancio funesto en ella. Su familia fue su hogar; con la pérdida de su marido se derrumbó el techo y la muerte de su hijo hizo caer las paredes. La casa que vimos solo era una materia sin alma, un trasto sin valor, por eso no

le costó prenderle fuego. Por fin el destino le ofreció la oportunidad de no buscar una muerte solitaria e inútil en una aldea o al final de una cuerda, sino que pudo sacrificar su vida por su hija. Un final feliz. —Hizo una pausa—. No, no es la muerte de la madre lo que me preocupa sino el destino de la hija. ¿Por qué crees que la vieja lombarda intentó seducirme?

Thankmar se agachó para esquivar una rama.

—Ansiaba tibieza y afecto. Y vos le agradabais.

—¿De verdad parezco un joven lleno de fuerzas o un gallardo aristócrata a cuyos pies se lanzan las mujeres? ¡Tonterías! Intentó seducirme para que acogiera a su hija en mi casa.

—Vos no hicisteis caso a sus coqueteos pero ahora, mediante su muerte, nos ha obligado a cuidar de Gisela, ya que no podemos abandonarla en el bosque a merced de los lobos.

El silencio de Isaac hizo que Thankmar se estremeciera.

Capítulo 15

Cuanto más se aproximaban al paso, tanto más animado se volvía Isaac. Una vez más, eso sorprendió a Thankmar. ¿Es que ya no pensaba en abandonar a Gisela, o había postergado la decisión para más adelante? Tampoco volvió a mencionar el horror que habían dejado atrás, sino que le habló de los inmensos ejércitos que hacía muchos siglos habían atravesado el Mont Cenis, de caballeros y un general llamado Aníbal llegados desde Hispania para desafiar al Moloch: a Roma. Durante la travesía de esas montañas sus treinta y siete elefantes de guerra habían sucumbido.

Thankmar escudriñó en derredor, en busca de colmillos desgastados por el tiempo y gigantescos esqueletos. No sentía preocupación por *Abul Abbas* porque él cuidaría de su enorme compañero y estaba seguro de que lograría atravesar las montañas con mejor fortuna que ese Aníbal.

Cuando el albergue del paso se destacó contra el rojo del sol poniente Gisela aún no había recuperado la conciencia. En torno a la casa de troncos de varias plantas habían montado numerosas tiendas. Cientos de hombres y mujeres ocupaban los prados, cocinaban, lavaban, almohazaban los caballos, charlaban, tocaban instrumentos musicales y bailaban o hacían prácticas de armas. Innumerables hogueras reducían el frío: el contingente del emperador se encontraba ante ellos. Habían alcanzado su meta.

Con gesto indolente, dos lanceros impidieron el paso de los recién llegados; cuando vieron el elefante llamaron pidiendo refuerzos. En tono fervoroso, Isaac afirmó que viajaba por encargo del emperador, pero sin un escrito con un sello oficial los soldados francos se negaron a dar crédito a sus palabras. Lo amenazaron con las lanzas hasta que se acercó un hombre acompañado de cinco soldados. Mientras que los guerreros empuñaban las armas su jefe llevaba una pata de ganso. Era un individuo alto y fornido que mordía el asado con tanta despreocupación que gotas de grasa caían sobre su barba gris y se deslizaban por su cota de malla. Thankmar se dio cuenta de que su dieta opípara había obturado los eslabones de la cota.

—¡Fulquerio de Chartres!

Isaac desmontó del caballo bayo, apartó las lanzas y se dirigió hacia el hombre de la pata de ganso. Ambos se abrazaron con la fuerza y la brevedad de los compañeros de armas. Al ver el amistoso saludo los guardias bajaron las armas.

—¡Isaac de Colonia ha regresado! No creí que volvería a veros, hebreo. Hace tres años que se os da por perdido o por muerto. ¿Qué pasó? ¿Cómo es que aparecéis en esta tierra de nadie como un fantasma?

—Vuestra curiosidad será saciada, Fulquerio, pero primero he de hablar con el emperador. Conducidme hasta él, entonces informaré de todo lo acontecido.

—El emperador ya no se encuentra aquí. Hace dos días llegó un mensajero portando noticias inquietantes del sur. Los sarracenos se preparan para la guerra, incendian conventos y aldeas. ¡Esos perros! Y el emperador... bien, vos ya lo conocéis. Tiene que ocuparse de todo personalmente. Se lanzó montaña abajo como un ángel vengador y se dirigió a Arlés con un grupo de jinetes.

—Entonces todo ha sido en vano.

El cuerpo de Isaac se aflojó como una túnica desechada. El franco le apoyó una mano en el hombro.

—Regresará, ya lo veréis. Su hija Berta os recibirá en su lugar. Si vuestros planes lo permiten, debéis viajar con nosotros a Aquisgrán. Allí volveremos a encontrarnos con el emperador. ¡Se alegrará muchísimo de saber que os encontráis sano y salvo!

Entonces descubrió a *Abul Abbas*.

—¿Qué es eso que os persigue, por todas las melladas cimitarras de los sarracenos? —exclamó y dejó caer la pata de ganso.

—Un elefante.

Fulquerio repitió la palabra en voz baja.

—*Abul Abbas* es un animal muy manso... si uno no lo provoca. Vamos, conducidme a mí y a mis siervos al campamento.

—Buena idea, podréis contarme todo acompañado de un asado y una copa de vino.

Fulquerio lanzó una última mirada recelosa al gigante gris y después se puso en marcha y les dijo que lo siguieran.

Tras el deshabitado desierto de hierba del paisaje lombardo y el páramo de las montañas, la actividad en el campamento era como una feria. Thankmar vio caldereros y entrenadores de perros, halconeros, mozos de cuadra, guarnicioneros, armeros, carpinteros y sastres, todos atareados. Coperos hacían equilibrio con jarros llenos hasta el borde a través de la multitud y clérigos celebraban misa al aire libre. Toda una ciudad se había reunido en la montaña, lo único que nadie había traído consigo eran casas y palacios.

El elefante atraía a las personas como el agua a las reses sedientas. En cuanto *Abul Abbas* aparecía las gentes se apiñaban en torno a él. Thankmar se abría paso con su

caballo entre la muchedumbre, apartando las manos que querían tocar a *Abul Abbas*.

De algún modo, Fulquerio logró tranquilizar a las personas y conducir al elefante y los caballos hasta una cuesta alejada. Isaac no tuvo que insistir en el valor del animal para que Fulquerio apostara varios guardias.

El viejo judío ordenó a Thankmar que se encargara del equipaje. Después se peinó los plateados cabellos con los dedos, se restregó la cara para quitarse el polvo del viaje y alisó el desteñido manto de brocado. Finalmente, cogió un estuche del equipaje y se fue con el corpulento franco.

Para Thankmar supuso un alivio no tener que participar en las deliberaciones. Sus conocimientos de política eran mínimos, pero no obstante lo corroía la curiosidad. Bajó a Gisela de la silla de montar con suavidad; la joven aún estaba desmayada y temía haberle hecho daño con el golpe en la cabeza. Un furriel le adjudicó tres sitios en una tienda común, a la que trasladó a Gisela y el equipaje. Examinó la cabeza de la muchacha pero solo descubrió un chichón del tamaño de una ciruela; luego abandonó la tienda en busca de comida caliente.

Isaac y el duque Fulquerio entraron en el albergue; tapices con imágenes cubrían las toscas paredes de madera, y las criadas se deslizaban de un lado a otro o cuchicheaban en un rincón. De una habitación surgían los gritos de una mujer, no de dolor sino maldiciones que le hubieran hecho honor a un putero.

Isaac contempló a Fulquerio arqueando las cejas.

El franco se encogió de hombros.

—Es Berta. Aguarda el parto; sufrió un ataque de debilidad de camino al paso, los esfuerzos del viaje fueron

demasiado, incluso para la fuerte hija del emperador. Además, ¿por qué diablos insistió en acompañar a su padre cuando el embarazo estaba avanzado? Recordáis con cuánto celo lo vigila, ¿verdad? Ahora todo el contingente debe esperar hasta que dé a luz, antes de poder seguir marcha a Aquisgrán. Al emperador el mensaje acerca de los sarracenos le vino de perillas: debierais haber visto cuán rápidamente le dio la espalda a su liante hija.

Los gritos encendían el aire e hicieron enmudecer los cuchicheos de las doncellas.

—¡Te haré castrar, Angilberto! ¿Dónde te has escondido?

Isaac le lanzó una mirada interrogativa a Fulquerio.

—¿Hace mucho que soporta esos dolores?

Fulquerio se inclinó hacia él.

—Las contracciones aún no se han presentado, solo está furiosa porque el barbero cirujano le prohibió acostarse con mis soldados.

—¿Entonces todavía está soltera?

—Siempre la misma canción, amigo: ningún hombre la aguanta. David hizo encerrar en un convento a los escasos tozudos que especulan con la herencia imperial, y a tres individuos que se burlaban de las preferencias de Berta en público les hizo cortar los huevos. A otros, a quienes Berta les había echado el ojo, los obligó a beber el jugo del narciso, un elixir que desprovee a un hombre de su potencia para siempre. Deberíais haberlo visto cuando se enteró de que su hija estaba embarazada. Para mayor seguridad, Angilberto, el padre del nonato, huyó y buscó refugio entre los daneses.

Isaac sonrió. «Algunas cosas no cambian nunca», pensó. David era como llamaban a Carlomagno sus íntimos, una alusión al gran rey de Jerusalén.

—¿Así que sigue siendo la muchacha indómita de

siempre?

—Una furia de tomo y lomo, según mi opinión. Sin la presencia de su padre es más mordaz y arisca que una hidra de siete cabezas, y encima en su estado. Deberéis tener cuidado, hace poco Alcuino tuvo que escribir una oda sobre ella por encargo del emperador. Puso que Berta es una de las «palomas coronadas que vuela por las moradas del Paraíso». Esos versos han provocado las risas de toda la corte.

Los hombres entraron en la habitación. Las delgadas pieles de animales que cubrían las ventanas evitaban que penetrara el frío y dejaban pasar algo de luz. Las velas de cebo luchaban contra la oscuridad. En un brasero de tres patas ardía carbón de leña; una cama torneada dominaba la habitación, en la que estaba sentada una joven bañada en sudor. La falda cubría su vientre abultado. Era de estatura menuda y un cabello oscuro enmarcaba su rostro delgado, pero los ojos de hurón y las cicatrices indicaban que era una guerrera. La nariz, rota en diversas ocasiones, se hinchaba con cada respiración como la boca de un pez que se asfixia. Berta era de una belleza sombría.

Fulquerio se aproximó a la cama.

—Ha llegado un mensajero, Berta. Es Isaac de Colonia. Lo recordáis, ¿verdad?

La joven le lanzó una mirada furibunda.

—¿Qué quiere? ¿Puede sacar al niño?

Isaac no quería verse en apuros; dio un paso adelante y se arrodilló ante Berta. El olor del sudor femenino era sofocante.

—Supone un sorpresa volver a encontraros en este lugar, Berta. Estuve ausente mucho tiempo y no pude presenciar vuestra transformación de un pimpollo en una rosa. Tomad esto, como disculpa por mi prolongada ausencia —dijo, le tendió el estuche y lo abrió—. Un regalo procedente de

Bagdad, la Perla de Arabia. Lo llaman nuez moscada, una exquisitez que incluso...

—¿Es un remedio? —La voz de Berta restalló como una correa de cuero húmeda.

—¿Un remedio? Bien, dicen que una sobredosis confunde el espíritu.

Ella cogió el cofrecito de la mano de Isaac, olisqueó su contenido y lo arrojó contra la pared. El polvo de nuez moscada se esparció por la habitación.

—¡Sois todos chusma! —chilló—. Hace días que apenas puedo moverme y ¿qué me traéis para ayudarme? Hechizos musulmanes para confundir mis sentidos. ¡Repugnante! Debería haceros descuartizar a todos.

Entonces intervino Fulquerio.

—El judío trae un mensaje muy importante, Berta. Viene acompañado de una criatura que jamás he visto con anterioridad. Deberíais escucharlo.

—Soy yo quien decidirá lo que debo hacer y lo que no. O en todo caso mi padre —dijo y bajó la voz—. De acuerdo. Os conozco como amigo del emperador, hebreo. En su nombre, ¿qué tenéis que decir?

Isaac le habló de su misión, del viaje a Bagdad, de la catástrofe en las montañas; cuando se percató de que había logrado fascinar a su público adornó las descripciones, dejó que el viento de Oriente barriera la habitación, convocó los aromas de dulces amarillos como el sol y el calor de los rojos y oscuros desiertos. Habló de *Abul Abbas* y de la importancia del animal para el mantenimiento de la paz. De la traidora Pavía y del viaje a través del país de los lombardos, pero no hizo la menor mención de Mazruq al Atar y sus compinches.

Cuando puso fin a su relato, Fulquerio le alcanzó un jarro de cerveza de mijo; solo entonces Isaac notó que tenía la garganta seca y, agradecido, bebió varios sorbos.

Berta lo contemplaba fijamente.

—¿Así que se trata de regalos valiosos? De grandes y valiosos regalos que habéis arrastrado a través del país, visibles para todos los bandidos. Tesoros por los cuales un conde palatino traicionó al emperador. ¿Y afirmáis que transportasteis semejantes riquezas hasta aquí vos solo, a pesar del largo camino recorrido? Os lo advierto, judío, no penséis que soy tonta solo porque tengo pechos y alumbro niños.

—Tenéis razón, Berta, desde luego. Aquí ya hay bastantes parásitos. Nunca hubiera podido lograrlo yo solo. Me ayudó mi esclavo, un muchacho forzado que me salvó la vida en Pavía. Lo mandaré llamar si lo deseáis.

—No es necesario; aquí ya hay bastantes parásitos. Hay algo más de vuestra historia que no me gusta: se supone que ese elefante debe impedir una guerra con los sarracenos, pero hay algo que no me cabe en la cabeza: si el califa quiere la paz, ¿por qué suelta a sus perros para que ataquen el reino? ¿Tenéis una explicación para ello?

Isaac negó con la cabeza.

—A mí la noticia del ataque me sorprendió tanto como a vos y a vuestro padre. Quizá solo sean pandillas dispersas en busca de un botín. ¿Quién os trajo la infausta noticia?

Fulquerio respondió en lugar de Berta.

—Hace dos días llegó un jinete del sur, de allende las montañas. Se llama Hunoldo. Lo conozco: es un comerciante de reliquias y viaja mucho; dijo que había visto cómo los árabes saqueaban e incendiaban. Si queréis hablar con él, ha montado su tienda en el extremo sur del campamento. Os conduciré hasta él.

—Gracias. Deberíamos hacerlo mañana mismo, al amanecer. Concededme un favor, Berta: enviad mensajeros a vuestro padre. Debe regresar y aceptar los obsequios de

paz; además, dadme hombres como escolta para que pueda llevar al elefante sano y salvo hasta Aquisgrán.

—¡Y yo debo permanecer tendida aquí y parir hasta que reviente! ¡Qué más quisierais! Aguardaréis aquí conmigo hasta que vuelva a montar a caballo o hasta que regrese el emperador. Me alegro de haberme librado de él durante un tiempo; cuando por fin me haya librado del niño todos los hombres del campamento deben poder hacer honor a mis muslos sin temer que mi padre les corte los testículos. ¡Mi padre está lejos, y lejos debe permanecer!

Isaac se dispuso a replicar, pero ella todavía no había concluido.

—¡Callad! Podéis acortar la tortura de la espera, lo único que debéis hacer es liberarme del niño. Sacadlo, vivo o muerto, y ya volveré a montar en la silla. Juntos, galoparemos hasta Aquisgrán.

—No soy barbero ni médico. La guerra me ha enseñado un par de cosas: si tenéis dolor de garganta os soplaré el moho del pan viejo en la laringe, y solo tardo un parpadeo en serrar una pierna gangrenada, pero arrancar al nieto del emperador del seno de la madre antes de tiempo... eso no solo supera mis talentos sino también mi imaginación.

—Entonces compartid mi destino y ejercitad la paciencia, viejo. Nadie abandona el campamento sin mí y eso también vale para vos. ¿Me habéis comprendido?

Isaac se tragó la réplica. «Más adelante el Señor me abrirá una puerta», pensó, asintió y se rindió, furioso.

La noche en la montaña era como vino para la vista. Envuelto en su manta, Thankmar estaba sentado ante la tienda con la mirada clavada en las estrellas; a su espalda roncaban los mozos de cuadra, Gisela estaba tendida a su

lado aún inconsciente. Con la esperanza de que el aire nocturno la reanimara la había sacado fuera y cubierto con las mantas y ropas más abrigadas que logró encontrar.

—Las estrellas en los sueños brillan y resplandecen y cuanto más uno se acerca a ellas en las montañas, tanto más luminosas se vuelven. Pero por más que trepes no te acercas a ellas. A que es curioso, ¿verdad? —murmuró y bajó la vista contemplando a Gisela—. ¿O son como una telaraña de sueños y desde allí arriba nos contempla la realidad? Si uno estuviera en las estrellas —añadió e indicó el Cinturón de Orión y el parpadeo azul de Betelgeuse—, ¿qué vería aquí abajo? Un esclavo cojo que intenta alcanzar el cielo.

»¿Solo soy el sueño de una estrella? ¿Cuál me habrá ideado? ¿Cómo se le habrá ocurrido crearme? Por ahora no parezco agradarle demasiado. La estrella sueña con un pie deforme, me envía a un campamento de esclavos y me hace perseguir por unos asesinos. Mi familia ha sido aniquilada, mi hogar está a una distancia inalcanzable. Debe de hacer mucho frío allí arriba.

Thankmar se arrebujó en la manta.

—Esa estrella luminosa por encima de esa cumbre es la que sueña a Isaac. Arde y fulgura como el hermano menor del sol, permanece imperturbable en el camino una vez emprendido, y esa de allí, la del brillo rojizo, sueña a Gisela. Pertenece a la constelación del Elefante —dijo, marcando puntos en el cielo con la punta del dedo—. Y cuando nuestras estrellas se apaguen, ¿qué será de nosotros? —preguntó, volvió a mirar a Gisela y no se sorprendió al ver que ella lo contemplaba y parecía escucharlo—. Despertamos al sueño de la vida.

—Cierra el pico de una vez y duérmete —dijo una voz desde el interior de la tienda.

Algo en la cara de Gisela había cambiado. Cogió el brazo de Thankmar y lo presionó con fuerza. El dolor le dijo que se

zafara, pero optó por ofrecerle ese momento.

—Hemos de irnos —dijo ella—. Algo malo asciende la montaña.

Después se echó a llorar y él estaba demasiado confuso como para consolarla. Era la primera vez que Gisela pronunciaba una frase completa.

Más tarde, Isaac encontró al sajón y a la lombarda acurrucados uno contra otro, durmiendo ante la entrada de la tienda. Los cubrió con una manta y se tendió a dormir entre los hombres del emperador.

Los días en el paso transcurrían viscosos como la miel fría. Isaac había informado a Thankmar de la obstinación de la hija del emperador y de sus intentos infructuosos de dar con el misterioso comerciante de reliquias. Cada vez que Isaac se dirigía a la tienda del hombre para interrogarlo sobre los acontecimientos en San Albola, la tienda estaba desierta. Hunoldo, tal como Fulquerio había nombrado al comerciante, parecía disolverse en el aire en cuanto uno se acercaba a él. Las manos del judío habían empezado a temblar una vez más.

Thankmar pasaba las horas junto a *Abul Abbas* en busca de la misteriosa fórmula con la que esperaba dominarlo; estaba convencido de que dicha fórmula existía. Siempre se aseguraba de que Gisela no se encontrara demasiado lejos cuando realizaba sus prácticas, porque su figura lozana atraía las miradas de los hombres y provocaba comentarios soeces.

En la tercera mañana empezó a nevar, una capa blanca cubría las montañas y el campamento. Los mozos de cuadra estaban irritados, las provisiones se reducían y el frío se volvió tan intenso que incluso una sopa caliente y un sitio junto al fuego eran incapaces de eliminarlo del cuerpo. Allí

donde el hielo y la nieve se derretían al sol solo quedaba fango que humedecía las ropas y las tiendas de cuero. Los chillidos de Berta eran constantes y afectaban el estado de ánimo de los soldados, que estaban sedientos de entrar en batalla y no de hacer de comadronas para la embarazada hija del emperador.

¿Se debía al cambio de temperatura o al aire frío de la montaña? *Abul Abbas*, con el lomo cubierto por una lona para protegerlo del frío, mostraba indicios de nerviosismo. Se negaba a concentrarse en las órdenes de Thankmar, ni siquiera obedecía a la palabra «maldición». El sajón se desanimó. Soltando imprecaciones, le arrojó un puñado de guijarros y a cambio cosechó un golpe con la trompa que lo derribó. Cuando estaba tendido en el suelo musgoso y se frotaba el hombro dolorido, de pronto notó una vibración. Era el mismo zumbido que ya había oído en Pavía, el sonido que *Abul Abbas* le enviaba a través del suelo: el elefante procuraba comunicarle algo.

—Los golpes son los besos de la amistad, dicen entre los míos. Somos amigos, ¿verdad?

La voz a su espalda hizo que se pusiera de pie de inmediato.

Ante él se encontraban tres árabes escoltados por los guardias del paso: Mazruq al Atar con la ropa hecha jirones, Hubaish con un moretón en la mejilla derecha y el cabello chamuscado, y Jalid con el rostro azulado por el frío, figuras demacradas y derrengadas con hielo en las barbas. Los francos los obligaban a avanzar hacia el albergue. Cuando pasó junto al sajón, Mazruq le guiñó un ojo y esbozó una reverencia.

Thankmar cojeó de tienda en tienda a toda prisa en busca de Isaac, lanzando miradas al interior, llamándolo por su nombre y sintiéndose como un conejo perseguido por una jauría. Por fin encontró al judío junto a una cocina de

campaña, conversando con el hombre llamado Fulquerio. Lo cogió del brazo y lo arrastró a un lado.

—Están aquí, amo. Están en el campamento.

—¿Quiénes? ¿El emperador y su pelotón de asalto? ¿Por qué susurras?

—Los árabes. Nos han encontrado, en este momento los llevan al campamento. Mazruq al Atar me ha visto. Nos matarán.

—¡Calma! Debes de estar equivocado. Si tras escapar de la granja en llamas los musulmanes no emprendieron viaje directamente a Bagdad, los he subestimado. —Deslizó la mirada por encima de las tiendas—. ¿Estás seguro?

Pero antes de que Thankmar pudiera contestar él mismo descubrió a los recién llegados. Un soldado encontró a Fulquerio envuelto en el vapor de las perolas y lo informó. Con un asador en la mano, el duque le indicó a Isaac que se acercara.

—Fíenos recibido visita, Isaac, amigo. ¿Queréis acompañarme a la habitación de Berta y ver qué clase de bichos raros se han perdido en este paso dejado de la mano de Dios?

—Cuánto honor supone para la chusma como nosotros volver a encontrarnos ante la mirada de Su Maternidad Imperial, sobre todo cuando las ratas le lamen los pies —dijo Isaac en voz baja.

Cogió el manto de Thankmar con mano trémula y lo arrastró consigo.

Los musulmanes ya habían sido conducidos ante la cama de Berta, estaban arrodillados a sus pies y aguardaban las palabras de la embarazada, con la cabeza gacha.

Fulquerio condujo a Isaac y Thankmar a la habitación y saludó a Berta con una profunda reverencia.

—Estos tres fueron apresados por mis hombres. Son árabes, Berta.

La voz de la encinta pareció aumentar de volumen, al igual que su vientre.

—Sí, ya lo veo. ¿Qué me aconseja mi apreciado consejero y perro guardián? ¿Qué ha de pasar con ellos?

Una leve sonrisa surcó el rostro de Fulquerio.

—Creo que son espías de los sarracenos, porque de lo contrario ¿qué se les ha perdido a unos árabes en esta región del reino? Deberíamos obligarlos a confesar sus alevosos planes. Isaac de Colonia ha permanecido mucho tiempo en Arabia y es un excelente traductor. Cuando hayan confesado todo los arrojaremos a un precipicio —dijo, arrancó un trozo de carne de cordero del asador y la grasa salpicó a los musulmanes.

Entonces se oyó la voz oscura y sinuosa de Mazruq al Atar.

—El traductor no será necesario. Preferimos explicar nuestros asuntos nosotros mismos.

Fulquerio se quedó boquiabierto y la hija del emperador se incorporó en el lecho para ver mejor. Isaac se colocó delante de los prisioneros arrodillados, tomó aire y se dirigió a Berta.

—¡No prestéis oídos a estos hombres! Son asesinos y enemigos mortales del trono franco. Derramarán ponzoña en vuestros oídos y afirmarán que es miel. Vuestro padre haría...

—¿Me dais instrucciones? —le espetó Berta al rostro—. ¿Quién os habéis creído que sois para tomar decisiones en mi lugar? Estáis a mis órdenes. ¡Retroceded! Yo misma juzgaré a estos hombres.

Isaac se situó a un lado de Thankmar, de espaldas a la

pared.

Berta contempló a los arrodillados como el gato a un ratón.

—¡Poneos de pie y hablad!

Mazruq se levantó lentamente.

—Gobernáis un país extraordinario, reina. Las costumbres de vuestros súbditos ponen patas arriba todo aquello que en mi patria consideran cortés. Para mí supone un alivio que por fin pueda hablar con alguien capaz de explicarme por qué quieren matarnos, puesto que somos mensajeros de paz.

Mazruq hizo una pausa. Berta ordenó a su doncella que le escanciara cerveza y vació el jarro de un trago.

—Id al grano. ¿Quiénes sois y adonde os dirigís?

A Thankmar no se le escapó la expresión asqueada que recorrió el rostro de Mazruq.

El árabe sonrió.

—Somos mensajeros de Su Santidad, el califa Harun al Rashid, protector de creyentes y padre de numerosos hijos — dijo, y miró el vientre de Berta—. El califa nos envió para entregarle obsequios a Carlomagno, vuestro emperador. Uno de ellos es el elefante que pasta allí fuera, entre vuestros caballos. —Mazruq señaló a Isaac con un dedo acusador—. El hebreo Isaac emprendió la marcha con nosotros y nos traicionó. El deseo del califa era que todos viajáramos juntos y que juntos nos presentáramos ante el emperador de los francos. Pero las musas de los judíos se llaman Egoísmo y Envidia. Isaac de Colonia nos engañó dos veces. Primero intentó que nos pudriéramos en las mazmorras de Pavía, después prendió fuego a la casa de una pobre granjera que nos había albergado. Sin la inmensa valentía de mi amigo Hubaish, ahora el viento desparramaría mis cenizas por tierras lombardas. Vos me veis como un árabe, reina, como

miembro de un pueblo que está en guerra con vuestro padre, pero soy un mensajero de paz y un amigo de los francos.

Berta siguió el dedo acusador de Mazruq con la mirada y se encontró con Isaac.

—¡Que se justifique!

—Las lenguas de los musulmanes son como las del fuego: calientes, rápidas e imprevisibles —dijo Isaac, estrujando los pliegues de su manto—. Este hombre miente. Partimos juntos de Bagdad, sí, pero él trató de matar a mi esclavo, este que veis a mi lado. Finalmente, sus compañeros se convirtieron en un peligro para nuestra misión y los abandonamos.

—¡Vos mismo sois el mentiroso! Cuando llegasteis afirmasteis que el único que os acompañó fue vuestro esclavo y ahora reconocéis que estos hombres cabalgaron con vos. ¿Cuántos cuentos de hadas me habéis contado?

La ira se adueñó de Thankmar. Su amo vivía por una causa justa. ¿Cómo osaba esa mujer darle más crédito a las palabras de un bellaco como Mazruq que a las de Isaac? Impulsado por un coraje ciego, de pronto se encontró ante la cama de la hija del emperador e intentó hacer una reverencia.

—Quiero hablar, si vos lo permitís, excelencia.

Berta asintió con expresión sorprendida.

—Mi amo hizo frente a los mayores peligros para conducir al elefante *Abul Abbas* sano y salvo a Aquisgrán y llevar la paz al reino. Preferiría morir antes que perder de vista su deber, su misión, que emprendió por orden del emperador. Isaac de Colonia es el mejor consejero que un soberano puede hallar y el mejor amigo que un hombre puede desear. Y si es leal a un hombre, ese es Carlomagno, emperador de los francos.

El silencio reinó en la habitación. Todos lo miraban. ¿Los

había convencido? ¿Estaban conmovidos o debería seguir hablando? Finalmente, no pudo soportar el silencio.

—No escuchéis a los musulmanes —prosiguió—. Traman algo malo. Os lo ruego en nombre de Irmin.

—¡Un sajón! —gritó Berta, soltando un gallo—. Un sajón ante mi cama. Y tiene una espada. ¡Fulquerio, protegedme de esta bestia!

Thankmar notó que los brazos musculosos de Fulquerio lo aferraban. Contuvo el reflejo de resistirse, de pegar patadas, morder y gritar, y quedó colgado de los brazos del franco como un trozo de carne ahumada. El duque le quitó la espada y luego lo dejó caer a sus pies.

—He reconocido su acento de inmediato. ¿Cómo es posible que un hombre de confianza de mi padre entre en el campamento con un sajón?

—No es un guerrero —soltó Isaac apretando las mandíbulas—, no es un enemigo. Solo es un esclavo. Mirad: apenas logra mantenerse erguido. No merece vuestra inquietud.

—¿Por qué puede blandir una espada? Eso es contrario a la ley. ¿Acaso la habéis olvidado durante vuestros viajes?

El judío se tragó la respuesta e inclinó la cabeza en silencio. La batalla estaba perdida.

—Nuestra conversación se ha vuelto infructuosa. Os ruego que permitáis que me retire.

—¡No lo permito, lo ordeno! Encadenad al esclavo. Si vuelvo a verlo deambulando en libertad por el campamento le devolveré la espada. Con la punta por delante.

Isaac le puso un grillete en cada tobillo. El sajón esperó que hiciera un comentario, que se disculpara, pero el judío

cerró el candado y se marchó sin decir palabra. El viejo se había mostrado generoso con la cadena que unía ambas argollas, pero Thankmar apenas podía dar una decena de pasos sin caerse.

Buscó consuelo en Gisela, pero el espíritu de la muchacha había vuelto a ocultarse en una gruta. Estaba apoyada contra un árbol junto a *Abul Abbas*, contemplando al elefante y canturreando. Al ver la cadena que le sujetaba los tobillos y oír el tintineo del hierro se echó a reír. El se dejó caer a su lado en la nieve y notó que su coraje —que en el albergue lo había invadido como un torrente— se había desvanecido. Isaac era un mandado y un súbdito... y él, que lo había elogiado como un amigo. Y Gisela solo era un envoltorio vacío que albergaba vida pero no un espíritu. Su breve sueño de intimidad solo fue un fuego fatuo, el pálido resplandor de una estrella al final de la noche.

Abul Abbas también parecía apartarse de él. El elefante le daba la espalda y hacía caso omiso de todos sus gritos, se mecía de un lado a otro y agitaba la trompa, unos movimientos que Thankmar nunca lo había visto hacer con anterioridad; pisoteaba la nieve con tanta fuerza que hacía temblar la tierra. En cierto momento creyó ver que un líquido se derramaba desde la gran cabeza.

Sentado a un lado de Gisela en la nieve, se entretuvo pensando en sus cosas hasta la hora de comer. Entonces, entre el ajetreo del campamento, vio a las doncellas de la hija del emperador. Corrían de una tienda a otra, hablaban con uno y le susurraban palabras a otro, guardaban toda suerte de utensilios en sus anchas mangas. Por fin volvieron a desaparecer en el albergue.

Picado por la curiosidad, Thankmar se puso de pie y echó a cojear para averiguar a qué se debía la extraña conducta de las doncellas. Los grilletes que le sujetaban los tobillos sorprendieron a los francos pero logró averiguar lo que

quería: las doncellas habían pedido vinagre y esponjas. El herrero le informó que las mujeres habían encargado cuchillos afilados en nombre de Berta. ¿Qué suerte de monstruosidad estaba ocurriendo? Una oscura sospecha se adueñó de Thankmar.

Cojeó hasta el albergue pero no se acercó demasiado a la entrada y simuló dormir apoyado contra el poste de una tienda. Allí aguardó un buen rato.

El sol ya proyectaba largas sombras sobre el campamento y el sajón tenía los pies helados. Entonces oyó un grito procedente del albergue. Le siguió un segundo grito y después un tercero, largo y doloroso. Quienes los oyeron miraron en torno, perplejos. Otro grito, un aullido que se elevó al cielo y después, silencio. Todos volvieron a ocuparse de sus tareas, forjando espadas, trenzando cestas u horneando pan de miel. Thankmar siguió aguardando.

La oscuridad envolvió el lugar y los sonidos del campamento dieron paso al silencio; en el albergue encendieron velas de cebo, Thankmar vio el destello a través del cuero de vaca que cubría las ventanas. ¿Cuánto tiempo había permanecido allí sentado? Tenía las piernas tiesas y decidió dar unos pasos para desentumecerlas. Tintineando, cojeó hasta el límite del campamento sin perder de vista la puerta del albergue. Por fin alcanzó el borde de un profundo barranco que de día servía de letrina para los soldados, pero que no utilizaban por las noches debido al peligro de caer.

Entonces una figura apareció bajo el dintel; reconoció a una de las doncellas, una muchacha esmirriada. Llevaba un bulto formado por varias mantas bajo el brazo y se alejó presurosa del edificio. Sin notar su presencia, se dirigió directamente hacia él. Tratando de que la cadena no tintineara, Thankmar se deslizó en un hueco, se apretó contra la tierra húmeda y se asomó por encima del borde de la hondonada.

El vestido claro de la doncella destacaba en medio de la oscuridad y, sin detenerse, pasó junto al escondite del sajón. La oyó sollozar y se arrastró hacia arriba para ver mejor. La chica estaba de pie al borde del precipicio sosteniendo las mantas, como para dejarlas caer. Pero vaciló, retiró los brazos y depositó el bulto en un montón de nieve. Después se arrodilló, cerró los ojos y plegó las manos para rezar.

Thankmar reptó por el hielo y las piedras como una oruga. Intuía que podría obtener una ventaja para sí mismo y para Isaac si descubría qué se ocultaba en aquel bulto. La cadena rozó una piedra, soltó un tintineo delator y, asustado, él cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos la doncella aún seguía dialogando con su dios. La cadena debía dejar de tintinear. Arrancó un manojo de líquenes de una roca y envolvió las cadenas, trenzó y anudó una mordaza en torno hasta que lo único que colgaba entre sus tobillos era un lazo verde; entonces movió las piernas y el metal permaneció mudo.

La doncella continuaba arrodillada ante las mantas con los ojos cerrados. Thankmar se acercó lo bastante como para ver que movía los labios y oraba en silencio. Se agachó, contuvo el aliento y se acercó al bulto sin hacer ruido. Entonces tendió la mano y lo cogió.

De pronto la manta se agitó y Thankmar se sobresaltó. La doncella estaba tan cerca que, a la luz de luna, vio sus mejillas y percibió su aroma a manzanas maduras. De su boca brotaba una plegaria fervorosa y nubecillas de aliento cristalizado. Ella no había notado su presencia y, sin hacer el menor ruido, él se escabulló. El botín se agitaba entre sus manos.

Capítulo 16

La antorcha humeaba bajo el saliente de roca. Thankmar resbalaba por encima del hielo que convertía la cuesta en una trampa mortal; un paso en falso en la oscuridad podía acabar en un viaje en trineo hasta el borde del abismo. Isaac caminaba tres pasos por detrás de él sosteniendo la antorcha.

Finalmente, el esclavo se detuvo entre dos bloques de granito más elevados que el albergue. Rebuscó entre las piedras y extrajo el bulto de mantas que había ocultado allí antes de despertar a Isaac, luego cogió la antorcha e iluminó su hallazgo.

Isaac levantó el bulto con mano temblorosa. La tela se había endurecido, estaba congelada y empapada en sangre y, cuando apartó la última manta, se quedó de piedra. Ante ellos había un bebé pegoteado de sangre, tratando de tomar aire como un pez fuera del agua. Isaac se quitó el manto de los hombros, envolvió al niño y lo apretó contra su pecho.

Ambos hombres se miraron.

—¡Adonai! Mazruq le arrancó el niño de las entrañas. —
Las pupilas del judío brillaban como guindas negras.

—¡Y está vivo! Querían arrojarlo al abismo, amo.

—Hubiera sido mejor que lo dejaras a merced de su destino. De todos modos, es un milagro que no haya nacido

muerto. —Isaac soltó un suspiro—. Un varón. Creo que Dios nos ha deparado otra prueba. ¡Vamos! Veremos si podemos superarla.

Isaac se inclinó hacia Thankmar, extrajo una púa de hierro de su atuendo y, con una piedra, golpeó los remaches que fijaban la cadena a las argollas. Estas cayeron al suelo y el esclavo quedó en libertad. Sin decir palabra, Isaac se volvió y remontó el abrupto sendero que conducía al campamento, seguido por Thankmar.

Al principio este no consideró que dejar el niño al cuidado de Gisela fuese una buena idea, afirmando que carecía de la sensatez suficiente, que era capaz de aplastar al bebé en un arranque de cariño, pero Isaac insistió en dejar al recién nacido con Gisela y esconder a ambos cerca del elefante. Dijo que en esa situación el instinto era mejor que la fuerza y el coraje. Que, además, el niño apenas tenía vida y que él comería hierba si mañana por la mañana aún estaba vivo.

La luz del nuevo día despertó al campamento y el sol iluminó al niño hasta que chilló. Isaac y Thankmar estaban de pie ante Gisela, acurrucada sobre un montón de mantas y meciendo al niño en brazos.

—De acuerdo, tomaré el desayuno en cuanto encuentre un prado de hierba fresca. Mi estómago no está acostumbrado a los arbustos de la alta montaña —dijo Isaac, esbozando una sonrisa.

El niño estaba vivo. Gisela lo había lavado y tendido entre odres que había llenado de agua tibia e incluso antes del amanecer había obtenido leche, solo Donar sabía dónde. Los ojos del recién nacido aún estaban pegoteados y no podía abrirlos. Una arruga similar a una serpiente le recorría la frente. Ni siquiera el pataleo del niño logró inquietar a Gisela: estaba sentada con una sonrisa cincelada en el rostro y cuidaba de su hijo adoptivo como si ya hubiese dado a luz y criado una docena de niños.

—Si Berta se entera de que el niño está vivo... —No hizo falta que Isaac acabara la frase—. Mazruq se las arregló para obtener una ventaja enorme; nos veremos obligados a desaparecer con rapidez. Mientras a Berta no le quede más remedio que ejercer el mando desde la cama es como una ciega paralítica; tras semejante intervención ni siquiera una amazona sería capaz de montar a caballo de inmediato. Todavía podemos escapar.

—¿Cómo sacaremos a *Abul Abbas* del campamento sin que nadie lo note?

—Eso te lo dejo a ti, mi inteligente sajón. Prepara los caballos y ocúpate de Gisela y el niño. Todavía debo encontrarme con alguien y me reuniré con vosotros a tiempo.

La tienda del comerciante de reliquias se encontraba al borde del campamento, junto a un lago cubierto por una capa de hielo. Desde lejos, Isaac se dio cuenta de que esta vez había llegado en el momento correcto. Hunoldo estaba en su tienda y en su elemento: aunque era muy temprano, ya había dos soldados apostados a quienes les ofrecía sus mercancías milagrosas. Isaac aguardó unos momentos, observando a los hombres y escuchando sus palabras.

El comerciante hablaba a sus clientes en tono hipnótico, pronunciando palabras precisas, gesticulando y procurando descubrir una avidez en las miradas de los soldados que él pudiese satisfacer. La conversación no duró mucho, uno de los soldados cogió una bolsita de cuero y derramó monedas de plata en la mano del comerciante. Este le tendió algo y lo despidió con una palmada en el hombro. Cuando los soldados pasaron junto a Isaac ambos parecían desconcertados.

Isaac se agachó bajo la lona que cubría la entrada de la tienda y arrojó un sólido bizantino de oro en la mesa. La

moneda apenas tuvo tiempo de detener sus giros antes de desaparecer en la mano del mercader.

—Apuesto a que sois un señor exquisito o mi nombre dejará de ser Hunoldo. Que Dios guíe vuestro camino a la salvación —dijo, hizo una torpe reverencia y un mechón de su severo peinado le cubrió la mejilla.

«Es un reptil —pensó Isaac—, no me sorprendería si tuviera el cuerpo cubierto de escamas y membranas.»

—Me llaman Hunoldo de Barcelona. Cumplo con la voluntad de los mártires y distribuyo sus restos mortales entre los cristianos creyentes. ¿Cómo puedo servirlos?

—He oído hablar de vuestros méritos para con la cristiandad, Hunoldo de Barcelona. Venid, acompañadme un trecho.

Hunoldo se alisó el cabello, guardó un cofre bajo su manto pardo y se apresuró a reunirse con su generoso cliente.

—Vuestros pies son más rápidos que la sensatez de algunos. ¿Qué buscáis? Tengo astillas de la Vera Cruz, el cráneo entero de san Sebastián y una costilla de san Albano —dijo, y rebuscó bajo el manto.

Isaac apretó el paso.

—Una mezcla sorprendente. ¿Cuántas tumbas de gentes sencillas tuvisteis que profanar para obtenerla?

—¿Así que pretendéis regatear? Mis reliquias son auténticas, no imitaciones baratas. No contéis con rebajas, tendréis que pagar el precio completo.

—Ese es el que pagaréis vos, tarde o temprano.

La respiración de Hunoldo se volvió entrecortada.

—¿Dudáis de mi honor? Recibo mercancías y encargos de los más altos dignatarios eclesiásticos del sur, por ejemplo del arzobispo Hildebaldo de Arlés.

Isaac se detuvo en seco. El mercader intentó seguir adelante pero el viejo lo retuvo agarrándolo del brazo con mano férrea. Hunoldo resbaló y trató de zafarse.

—Conozco a Hildebaldo de la época en que ambos vivíamos en la corte de Carlomagno. ¿Qué relación guardáis con ese grosero individuo?

—Ya os lo he dicho: él me hace llegar los restos de los santos para que los venda en nombre de Cristo. Sois muy tozudo, la verdad. Bien, os haré un buen precio. Porque sois amigo del arzobispo.

—Ni regalados quiero vuestros apestosos trozos de cadáveres.

—Entonces no sigáis robando mi tiempo.

—Ya lo he pagado, ¿o acaso no lo recordáis? Llegasteis aquí con un mensaje para el emperador, un mensaje sobre los sarracenos. ¿Cuál es el mensaje?

Los ojos de lagarto de Hunoldo fulguraron.

—Ahora comprendo. ¿Por qué habría de informaros al respecto? Los asuntos de Estado son secretos, vos debierais saberlo.

—Ya imaginaba que os negaríais a hablar —dijo Isaac y agarró el otro brazo del hombre antes de dar un pisotón al hielo.

Hunoldo se resistió pero no logró zafarse de las manos del viejo.

—Soltadme o llamaré a la guardia. ¿Qué es ese sonido? ¡Hechicería!

—Es el sonido del agua que se agita bajo la capa de hielo.

Isaac pegó otro pisotón y esta vez un chirrido acompañó el sonido apagado. El comerciante clavó la vista en sus pies y dio un respingo: ambos hombres se encontraban en el centro

del lago: sin que Hunoldo se diera cuenta, el viejo lo había conducido hasta allí.

—Solo tiene un dedo de espesor y por debajo el agua está tan fría que un hombre moriría en pocos instantes. Incluso si sobrevivierais al frío, las aguas os arrastrarían bajo el hielo y ya no volveríais a salir a la superficie —dijo Isaac y volvió clavar el tacón en la superficie.

De una grieta brotó agua y les mojó las botas.

Pese al frío, el sudor cubría la frente de Hunoldo.

—Pero vos también moriríais.

—Sin vuestra información mi muerte es algo seguro. La húmeda tumba solo me ahorrará la tortura.

—¿Queréis saber algo acerca de los sarracenos?

La mirada del mercader recorría la orilla en busca de ayuda, pero en el campamento nadie prestaba atención a ambos hombres. Isaac volvió a clavar el tacón en el hielo. Una telaraña de grietas se extendió por la superficie.

—¡Esperad, esperad! He venido de Arlés. Desde Arlés. El diablo merodea por el sur. Los sarracenos incendiaron varios conventos. El arzobispo Hildebaldo me envió aquí, me dijo que cabalgara hasta encontrar al emperador y le informara del peligro. Eso es todo.

—¿Visteis a los sarracenos con vuestros propios ojos?

—Por supuesto. Cuando atacaron San Albola apenas logré salvar el pellejo.

—¿Atacaron San Albola? ¿Qué sucedió allí?

Isaac le aferró el brazo con todas sus fuerzas.

—Fue pasto de las llamas. Todas las monjas murieron. Carlomagno quería cabalgar para enfrentarse a los sarracenos. Más no puedo deciros.

El viejo lo apartó de un empujón, Hunoldo trastabilló

hacia atrás por el hielo. Isaac se dirigió a la orilla a grandes zancadas, sin dejarse impresionar por el chirrido bajo sus pies.

Hunoldo se tambaleó por encima del lago y, presa del pánico, bajó la vista y contempló la traicionera capa de hielo y el abismo que acechaba debajo. Trató de conservar el equilibrio, agitó los brazos y pegó pisotones, y entonces el hielo se abrió como las fauces de una ballena y devoró la placa sobre la cual se apoyaba.

Hunoldo trató de alcanzar el borde del hielo pegando un brinco, pero no lo logró. Cayó y gritó al tiempo que comenzó a deslizarse de la placa hacia las gélidas aguas.

Una docena de mirones se apiñaba en la orilla, pero ninguno se atrevía a pisar el hielo. Entonces la placa a que se agarraba el comerciante se partió y la punta se elevó de las aguas como la proa de un barco que naufraga. Un último chillido surgió de la garganta de Hunoldo antes de que el lago lo envolviera con su abrazo gélido.

Pero no se hundió. En cuanto cayó al agua su rodilla golpeó contra algo duro. Tanteó con los pies, estiró las piernas y se elevó: el agua solo le llegaba hasta las caderas: no era un lago, solo era una charca, una suerte de pila donde se acumulaba el agua de lluvia que durante las tormentas se derramaba montaña abajo y por encima de la cual la escarcha había extendido su vestido. Estaba vivo.

Desde la orilla resonaron risas y aplausos; más mirones se habían reunido para observar al hombre que se ahogaba en la charca. Se carcajeaban y le arrojaban bolas de nieve. Una cólera abrasadora expulsó el frío de los miembros empapados y helados del comerciante.

Isaac echó a correr mientras el burlado en el agua atraía la atención de todos. Pasó junto a la hoguera de un herrero, arrancó dos leños de las llamas y arrojó uno contra la tienda de Hunoldo. Aferrando el otro con determinación, siguió corriendo hacia el depósito de paja. Alguien gritó. En la mente de Isaac el grito se prolongó y se volvió mil veces más sonoro.

¡San Albola estaba destruido! Había llegado demasiado tarde. ¿Qué había esperado? ¿Que tras treinta años podría aparecer allí por fin y llevarse a Imma a Colonia?

Antaño, en la fortaleza de Aeresburg, el plan le había parecido sencillo: Imma debía hacerse bautizar e irse con él sin resistirse. En aquel entonces Isaac ya gozaba de bastante influencia como para ocuparse de salvar a Imma tras su propio rescate ante el Irminsul. Gracias a su intervención, ella fue a parar a Septimania, al convento de San Albola donde estaría a salvo de las guerras amenazadoras. Además, tal como suponía Isaac, el rey quería nombrarlo gobernador de esa región situada muy al sur del reino.

Cuántas veces había imaginado cabalgar a través de las puertas del convento convertido en acaudalado diplomático para conducir a una monja ante el altar... Cristo debería haberle cedido esa novia, pero un viento misterioso siempre lo había llevado a otros rincones del reino. Septimania permaneció inalcanzable durante treinta años. ¿Y entonces, cuando San Albola solo se encontraba a escasos días de viaje, resultaba que había sido destruido?

Sus manos no temblaron mientras extendía el leño encendido y rozaba todo aquello que el fuego podía devorar. Las pieles ardían y hedían. La ropa colgada de los postes era pasto de las llamas. Entonces arrojó la antorcha sobre el seco depósito de paja. Isaac cogió tres cueros de buey y desapareció entre la multitud que se acercaba corriendo. Una

ráfaga repentina del norte avivó el fuego y las llamas se elevaron.

Todo estaba preparado, los caballos estaban ensillados y cargados. Gisela y el niño aún se calentaban junto a la hoguera y *Abul Abbas* ya no llevaba cadenas. Thankmar ignoraba cómo se las arreglaría para sacarlos del campamento. Confiaba secretamente en una inspiración o en la ayuda de Isaac.

Volvió a ajustar las correas que sujetaban la caja que contenía la clepsidra cuando oyó pasos y, antes de volverse hacia los recién llegados, ya sabía quiénes eran.

Los árabes se plantaron en fila ante Thankmar, no tenía escapatoria. A sus espaldas, el elefante y los caballos bloqueaban el camino, y de todos modos la huida hubiera acabado en una abrupta cuesta. Los musulmanes se habían deshecho de los jirones de sus atuendos árabes y llevaban caras ropas francas. Solo los blancos turbantes delataban su origen.

Mazruq tironeaba de los pelos de su abrigo de piel de nutria.

—Es un poco demasiado grande, pero ¿a quién le importa la elegancia cuando puede llevar los atuendos de un emperador? Supongo que solo a aquel que también monta a la hija del emperador, pero únicamente después de haberla librado de su bastardo, desde luego.

El sajón quería mirar a Gisela y el niño, pero no cedió y elevó el mentón.

—Queréis ser un ave del paraíso, Mazruq, multicolor y preciosa. Pero en vez de alas poderosas solo tenéis un cerebro de gorrión.

Hubaish desenvainó su espada.

—Enviémoslo a reunirse con sus ancestros en el Araf de una vez.

Jalid gruñó, también empuñaba su arma.

De repente Gisela se asomó por detrás del elefante. Reconoció a Thankmar y se acercó a él con rapidez, con el niño lloroso en brazos.

—¡El niño! ¿Cómo no está muerto?

El grito de Mazruq al Atar desató el caos. De pronto el árabe sostenía un puñal en una mano y un sable en la otra, y se lanzó contra Gisela, seguido de Hubaish y Jalid.

Thankmar se interpuso entre ella y los atacantes. Un sable bajó silbando, lo esquivó de un brinco y se golpeó contra una roca.

—¡Maldición! —gimió.

Abul Abbas obedeció la orden en el acto, envolvió las caderas de Gisela con la trompa y la alzó junto con el niño. Los cintarazos de Hubaish y Jalid hendieron el aire, pero el puñal curvo de Mazruq se clavó en la pata del elefante hasta la empuñadura.

El dolor transformó al animal ya de por sí confuso en una criatura enloquecida. Giró sobre sí mismo elevando la trompa hacia el cielo, sin soltar a la muchacha y al niño. Los caballos retrocedieron resoplando y, cuando las correas les impidieron huir del coloso, empezaron a piafar y relinchar. Una de las patas del elefante estuvo a punto de aplastar al tambaleante Jalid.

Mazruq arrastró a su camarada hacia atrás. Gritos en árabe acompañaban los embates del elefante. Gisela abrazó al niño, cerró los ojos y soltó un alarido cada vez que el animal giraba sobre sí mismo.

Thankmar logró ponerse de pie; en torno a él se agitaba

una máquina de guerra que había cobrado vida, una criatura diabólica surgida de los sueños febriles de un dios demente. Acercarse al elefante era imposible. Con un golpe de sus colmillos el gigante cortó las correas que sujetaban a los caballos, que huyeron desbocados. Como si le indicaran el camino, *Abul Abbas* siguió a los corceles y atravesó el campamento derribando tiendas y cocinas de campaña.

Resonaron gritos y un franco que no logró brincar a un lado a tiempo fue a parar entre las enormes patas, que lo destrozaron. Los colmillos enganchaban las lonas de las tiendas, arrastrando escaleras y andamios junto con hombres. El pasillo de destrucción que iba dejando el elefante se llenó de guerreros, cocineros y mozos. Todos emprendieron la huida, pero ninguno sabía adonde dirigirse o de quién debía escapar. Los turbantes de los árabes todavía se agitaban por encima del mar de cabezas y toldos, hasta que después desaparecieron en medio de la turbamulta.

Thankmar se encaramó a una roca para ver hacia dónde se dirigía el elefante. Gisela aún colgaba de su trompa, chillando. La sangre manaba de las diversas heridas de *Abul Abbas*, estigmas de su enloquecida carrera. Las orejas abanicaban su cabeza como velas inmensas y pasó junto al albergue bramando. El duque Fulquerio, que en ese momento salía por la puerta, murió aplastado contra la pared del edificio.

Los últimos que hasta entonces habían vacilado cayeron presa del pánico y huyeron. Entonces Thankmar percibió el olor del humo.

Una parte del campamento ardía, el humo oscurecía el cielo y el fuego danzaba por encima de las tiendas. Una brisa avivó el incendio, que ya abarcaba una superficie considerable, haciendo que la gente huyera despavorida.

Alguien le tiró de la pierna. Era Isaac, que llevaba un hato de cueros bajo el brazo. El viejo lo arrastró y Thankmar

no supo cómo logró abrirse paso a través de los cuerpos apiñados. Pegaba patadas y golpes y cosechó golpes y patadas, pero siempre sin perder de vista a Isaac. El judío también se abría paso pegando codazos y rodillazos. Lo único que Thankmar pretendía era no caer y morir aplastado.

Por fin lograron escapar de la muchedumbre, solo para volver a encontrarse al borde de un abismo, pero al parecer, Isaac había escogido ese lugar y le tendió uno de los cueros de buey.

—Ponlo en el suelo, con el pelo hacia arriba. ¿Ves cómo lo hago yo? Déjate caer encima y deslízate cuesta abajo. Conduce con los pies.

¿Es que el judío se había vuelto loco? Thankmar no daba crédito a sus ojos cuando Isaac se dejó caer en el cuero, tomó impulso y descendió a toda velocidad a lo largo de la helada superficie de la cuesta. La nieve salpicaba cuando clavaba los tacones en la tierra, sus largos cabellos plateados ondeando como un estandarte de guerra en la tormenta. Tras unos instantes ya había desaparecido de vista.

Thankmar amasaba el cuero que el viejo le había dado. A su espalda resonaban golpes y alaridos y se elevaban humaredas. Un muro humano bloqueaba el camino de regreso. A pocos pasos de distancia los desesperados se arrojaban a un precipicio. Vacilar significaba la muerte. Thankmar soltó un grito, arrojó el cuero al suelo y se sentó encima. La altura le daba vértigo y cerró los ojos, clavó los dedos en el cuero y se lanzó cuesta abajo.

Capítulo 17

Una ráfaga hizo tambalear al milano, que encogió las alas para ofrecer menos resistencia al viento. El ave de presa trató de ganar altura, el conejo entre sus garras estaba muerto pero debido a la grasa acumulada en invierno era tan pesado que apenas lograba sostenerlo. Era hora de volar al nido, pero ese tormentoso día de otoño los vientos que soplaban por el valle del río eran tan imprevisibles que ni siquiera el instinto de un ave podía preverlos. Otra ráfaga alzó la cola partida del ave y lo obligó a bajar en picado, después una lateral lo arrojó a la derecha. El milano soltó un furioso graznido, pero fue inútil: abrió las garras y dejó caer el botín. Agitó las plumas aliviado, batió las alas, se elevó una vez más al ritmo del viento y desapareció.

Hacía horas que Imma y Adelinda no intercambiaban ni una palabra; el hambre, el cansancio y el hipnótico bamboleo del carro arrastrado por los bueyes, solo interrumpido de vez en cuando por un bache del camino, habían adormecido sus lenguas.

Un estampido las sobresaltó y Adelinda cayó del pescante. Imma tiró de las riendas y los bueyes se detuvieron con movimientos torpes. La monja se lanzó al fango y vadeó hasta su compañera, que ya se había

incorporado y aferraba un conejo con la mano. El animal estaba muerto.

—¡Maldición! ¿Cómo es que de pronto caen conejos del cielo?

Asqueada, Adelinda contempló el cadáver, la sangre del animal le había manchado la frente y el vestido estaba sucio de fango.

Cuando Imma vio que nada malo le había ocurrido a la novicia demostró interés por el conejo.

—¡No maldigas ante un milagro! Es un regalo del Señor, nuestras plegarias han sido escuchadas, por hoy el hambre ha llegado a su fin. Vamos, busquemos un lugar para acampar y comer como los mayordomos.

Adelinda dejó que la monja la ayudara a ponerse de pie.

—¿Es que sabéis cómo preparar carne de conejo? En el convento solo nos servían papilla de mijo y pan. Podremos considerarnos afortunadas si logramos encender un fuego. Porque no pretenderéis llamar fuego a esos montones de leña humosa de las últimas noches, ¿verdad?

¿Se debía a la fuerza de la desesperación causada por los estómagos vacíos o acaso Dios volvía a intervenir? Antes de que oscureciera, ambas mujeres lograron prender fuego a un montón de ramitas y alimentar las llamas soplando y removiendo hasta lograr una hoguera pasable. El conejo no tardó en quedar despellejado y limpio —Imma recordaba ciertas maniobras que había visto realizar a la cillerera— y se asó encima de las llamas mientras la grasa caía en las brasas chisporroteando.

Imma se limpió los dedos en la falda confeccionada con los pantalones del carretero Ludwig. Se sentía un poco orgullosa porque incluso logró darle cierta forma y los pliegues de la falda verde le cubrían las piernas, pero los días transcurridos en el camino habían afectado tanto a la falda

como a quien la llevaba. El hambre le había demacrado la cara y cada vez que se vio obligada a arrastrar el carro atascado en el lodo este le salpicaba los cabellos y ya formaba una gruesa costra.

Adelinda no había sido más afortunada: el precioso chaleco, el elegante manto y la falda multicolor, los lazos de las mangas y del cabello... todo lo que había dado de sí el guardarropa del arzobispo Hildebaldo estaba hecho jirones o cubierto de mugre y hollín, como los harapos de una mendiga. Los abundantes rizos que Adelinda había cepillado con tanto orgullo le cubrían la frente, sucios y apelmazados.

La vida en el camino era dura, mucho más de lo esperado, y el trayecto a Aquisgrán era muy largo. Hacía treinta años, cuando Imma se trasladó a San Albola desde el norte, el viaje le había parecido una aventura, una partida hacia una nueva vida. Allí la aguardaba Cristo y la esperanza de volver a ver a Isaac. A partir de entonces solo había abandonado los muros del convento para ir de compras a los mercados de las aldeas cercanas. Ahora, acompañada por una novicia y allí, a solas en las regiones menos habitadas del reino de los francos, ya no experimentaba aquel deseo de aventuras y de un nuevo comienzo, solo temor.

Pero también en el bosque y el páramo Imma se encargaba de que se cumplieran las reglas más importantes de la orden: por más frugal que fuese la comida, primero ambas mujeres rezaban y se lavaban mutuamente los pies con agua de lluvia emulando a Cristo, que les había lavado los pies a los apóstoles antes de la cena.

Imma desprendió el conejo del asador, le dio una gran porción de carne a Adelinda y solo se sirvió un poco. La novicia hincó los dientes en la carne haciendo caso omiso del calor que debía de quemarle la lengua y el paladar. Imma también tuvo que esforzarse por conservar el control cuando el maravilloso aroma del asado penetró en su nariz. «Esta

vez la oración tendrá que esperar hasta después de la comida», pensó.

—Ya lo ves, Dios no nos deja en la estacada. —Imma procuró no hablar con la boca llena.

A Adelinda los buenos modales le importaban bastante menos.

—No sé quién arroja conejos por ahí en este páramo, pero si fue Dios, ¿por qué no nos prestó ayuda antes? Por ejemplo, ayer, cuando vadeamos el Ródano con el agua hasta la cintura y tratamos de pescar truchas con las faldas. Lo único que el Todopoderoso permitió que encontrara fue una roca resbaladiza en medio de la corriente. —Se metió otro trozo en la boca, royó el hueso y lo arrojó a la hoguera—. ¿Por qué en el convento no se aprenden las cosas importantes de la vida? Entonces quizás el erizo no se nos hubiese escapado y el ganso silvestre no os hubiera pegado un picotazo en la mano, tan doloroso que no pudisteis utilizarla durante un día entero. Y ahora sabríamos cómo tallar una lanza y arrojarla para matar la presa en vez de que rebote contra su cabeza. Tendríamos un arco y flechas. ¿Leer y escribir? Eso no nos llenará el estómago.

Imma se puso de pie y se plantó ante Adelinda.

—¡Cierra el pico, so criatura estúpida! Si es la voluntad de Dios ponernos a prueba, pues cargaremos con las fatigas. Si le place prestarnos ayuda cuando estamos en un gran apuro, reconoceremos su misericordia y la agradeceremos de corazón. ¿Acaso no tienes el estómago lleno? ¿Acaso en San Albola el Señor no te proporcionó un techo para cobijarte? ¿Y personas que se ocupaban de ti? —preguntó, abriendo y cerrando los puños.

Adelinda también se puso de pie y se plantó ante Imma.

—Lo único que supera vuestra ingenuidad es vuestro deslumbramiento, hermana Imma. ¿Cómo es posible que aún

creáis que las novicias dedican su juventud a la vida conventual a causa de la fe? ¡Miradme! Soy una mujer en edad casadera. Mis pechos han crecido y mis caderas están preparadas para ser sujetadas por manos masculinas. Mis ganas de vivir son más grandes que mi fe. ¿Es que no lo veis?

El tono desesperado de Adelinda apagó la ira de Imma.

—Entonces ¿por qué ingresaste en el convento? ¿Por qué no te casaste? Tus pretendientes no deben de haber escaseado, eres una belleza, y tus padres son acaudalados. En todo caso, le donaron tierras a San Albola para que te acogiéramos entre nosotras.

—Claro que quería casarme. Padre escogió dos estupendos esposos para mí: los gordos hijos de unos ancianos lascivos por cuyas venas fluye la sangre de los pipínidas, porque eso proporciona poder e influencia. Y tampoco le molestó que, durante el primer encuentro, esos ancianos quisieran meter la mano bajo mis faldas para comprobar si la yegua que querían comprar para sus hijos se dejaba montar.

—He oído hablar de dichas costumbres.

Imma recordó los años vividos entre los sajones; lo que describía Adelinda parecía poca cosa en comparación con las costumbres de los habitantes del norte.

—Una vida en el convento me pareció una mejor elección. De algún modo siempre logré irritar a todos los pretendientes, vos conocéis mi talento para generar discordia. Una vez que se bajaban los pantalones quedaban a mi merced... —Adelinda se echó a llorar.

Imma la abrazó y clavó la vista en las llamas. Una ráfaga repentina las avivó y, como a través de la niebla, creyó vislumbrar la figura de un hombre, un joven de largos cabellos negros que le tendía los brazos para protegerla.

Esa noche regresó el sueño. Los hombres lobo la empujaban dentro del nicho y comenzaban a emparedarla viva. Sin despertar, se dijo que debía recuperar la sensatez e intentó identificar al hombre de la máscara, pero lo único que veía eran las pieles en que estaba envuelto. «Piel de lobo —pensó Imma—. Este despelleja a sus congéneres.» Encajaron la última piedra y la luz desapareció de la mazmorra dejando una oscuridad impenetrable. Entonces notó que no estaba sola en el nicho. Un gruñido la sobresaltó.

Estaba incorporada junto a la hoguera. En el bosque, en el valle del Ródano. No había hombres lobo.

El gruñido volvió a resonar, Imma sacudió la cabeza y procuró ahuyentar el sueño. ¿Qué estaba pasando?

Medio sumida en la oscuridad, Adelinda dormía tan próxima a ella que percibía el calor de su cuerpo; por encima flotaba el olor a humo frío, incluso había penetrado en sus ropas y su pelo. En la negrura reinante entre los árboles el bosque entonaba su melodía nocturna de rumores y zumbidos, de golpecitos y olisqueos, todos sonidos que pertenecían a ese lugar.

Se dio cuenta que el gruñido procedía del carro que se encontraba a unos pasos de distancia. Entonces Imma se percató de que ninguna bestia merodeaba en torno al campamento soltando gruñidos: era el crujido que siempre se oía cuando montaba en el pescante. Alguien trataba de robar el carro tirado por bueyes.

—¿Quién anda ahí? —En cuanto lo preguntó a viva voz se dijo que era una necia. ¿Es que esperaba una respuesta?

Oyó un golpe contra el suelo, pasos apresurados y un susurro entre las hojas. Después la paz volvió a reinar en el bosque. Al parecer, había ahuyentado al ladrón y también despertado a Adelinda. Susurrando, le contó lo acontecido a la novicia.

Ambas decidieron acercarse al carro para ver si este había sufrido daños o si el ladrón todavía acechaba en los alrededores. Mientras volvían a avivar el fuego hablaban en voz alta con el fin de ahuyentar los fantasmas de la noche; finalmente, se armaron de leños encendidos y fueron tras los arbustos donde habían dejado el carro y los bueyes. El corazón de Imma latía desbocado, pero se prohibió cualquier fantasía sobre los hombres lobo que tal vez acechaban detrás de los troncos de los grandes olmos.

Nada había cambiado en el carro. Cuando Imma se dispuso a comprobar las piedras que atascaban las ruedas Adelinda soltó un grito. La monja se sobresaltó: ¡de la copa de un olmo colgaba el Señor en persona! Jesucristo había bajado a la Tierra y flotaba entre las hojas amarillas y otoñales del árbol. Imma cayó de rodillas con la vista clavada en las ramas.

Las antorchas iluminaban la aparición con luz fantasmal. Imma no dudaba de que se trataba de Jesucristo. Su figura era alargada y flaca y, a excepción del paño manchado de sangre que le envolvía las caderas, estaba desnudo. La corona de espinas le ceñía la frente, las largas barbas y cabellos hacían que su semblante pareciera demacrado. ¡Su semblante! Imma contempló el rostro del Señor y tembló. En vez de los rasgos bondadosos que siempre había imaginado, su expresión era amarga: tenía los labios apretados y el ceño fruncido.

Los ojos del Salvador estaban cerrados y su nariz era grande y protuberante, la cabeza ladeada. Una soga le rodeaba el cuello y se clavaba en la carne. Jesucristo no flotaba: lo habían ahorcado. Imma parpadeó, incrédula. El viento agitó las ramas, que soltaron un horrendo crujido, y el ahorcado empezó a balancearse de un lado al otro.

Hubiera pasado lo que hubiere pasado, a lo mejor aún podía salvar al Señor. Sin pensárselo dos veces, Imma se

puso de pie y le gritó órdenes a Adelinda; al tiempo que la novicia se ponía en posición al pie del árbol, la monja se encaramó al carro, estiró los brazos hacia los pies desnudos del ahorcado y se sorprendió al ver cuán sucios estaban. Reconoció los estigmas de la crucifixión, los verdugones en la planta de los pies. Entonces elevó una plegaria al cielo y le aferró los pies.

Del Salvador no surgieron llamas que la abrasaron, ningún resplandor envolvía sus manos, Imma no cayó al suelo muerta ni se elevó al cielo. El cuerpo de Cristo era blando y tibio y olía a sudor y mugre, al igual que el suyo. Lo empujó hacia arriba para aflojar la cuerda y le indicó a Adelinda que se encaramara al árbol. Un poco por encima del Salvador descubrió la soga atada a una rama y la soltó. El peso que de pronto cayó sobre Imma la hizo tambalear, pero recuperó el equilibrio y dejó caer el cuerpo en el fondo del carro.

—¿Qué significa esta bufonada? ¿Quién es este? ¿Y quién trató de matarlo? —preguntó Adelinda y brincó de la rama más baja al carro.

—¿Quieres hacer del incrédulo Tomás? Se nos ha aparecido nuestro Señor Jesucristo.

—¿Y quién cuelga a Cristo de un árbol? ¿El diablo en persona?

—¿Es que no ves los estigmas en las manos y los pies, la corona de espinas? ¿Qué otras pruebas necesitas de la existencia de Dios?

Cuando Adelinda se disponía a replicar, la figura tendida en el carro gimió. Las mujeres se inclinaron y vieron que parpadeaba y que sus labios se movían.

Imma se persignó.

—Al tercer día resucitó de entre los muertos —dijo, y miró a la novicia con expresión triunfal.

En efecto, el hombre se movía y se llevó la mano al cuello para aflojar la cuerda. A Imma le llamó la atención que numerosas cicatrices surcaban la piel enrojecida, cicatrices que solo presentaban los ahorcados, pero ¿por qué tantas?

Cristo abrió los ojos. Eran grandes y un poco saltones. «Ojos de sapo», pensó Imma y se regañó por albergar ideas ridículas.

El Salvador dirigió la vista más allá de ambas, al cielo estrellado, alzó un brazo delgado y señaló el firmamento con el índice. Después dijo:

—Perdónales, Padre, pues no saben lo que les sucede.

Cuando comenzó a clarear aún mantenían el fuego encendido. Imma y Adelinda estaban acurrucadas junto a la hoguera y removían las brasas con ramitas para no caer víctimas del cansancio. Frente a ellas se encontraba Cristo, sujetado a un aliso con la cuerda del ahorcado. Todavía llevaba la corona de espinas; Imma ya había comprobado que era de ramas de sauce y carecía de espinas.

La monja meneó la cabeza. Un charlatán. ¿Cómo pudo dejarse engañar por un blasfemo? Había estado tan convencida de que aquel farsante era el auténtico Salvador que aún no se atrevía a mirar a Adelinda a la cara. La novicia no tardó nada en darse cuenta del engaño, pero ella, Imma, la novia de Cristo, que conocía todas las alabanzas al Señor y había debatido las preguntas teológicas, precisamente ella había tenido que confundir a Jesucristo con un estafador. Ningún castigo del mundo podría expiar ese error, pero la ira contra el falso Mesías era aún más abrasadora que el bochorno.

—¡Por favor! —graznó el desgraciado desde el otro lado de la hoguera—. Solo un poco de agua y pan...

No había dejado de suplicar alimentos desde que lo maniataron.

—Primero nos diréis qué hacíais en medio de la noche en el bosque. Y encima practicando esa bufonada blasfema.

El hombre respiró entrecortadamente, como si sufriera dolores.

—Al final se reveló ante ellos y los reprendió por su incredulidad y el acaloramiento de su cerebro.

—¡Basta! —Imma se puso de pie, cogió un cuenco de agua y se plantó ante el hombre—. Las palabras manifiestan la dureza de vuestro corazón; que san Marcos os perdone por tergiversar sus textos. Yo desde luego no lo haré.

Derramó el agua a los pies del prisionero y, para su sorpresa, este se echó a llorar.

—Si queréis agua primero debéis decirnos quién sois. — Dejar sufrir al sediento le resultaba difícil—. ¿Cómo os llamáis?

—Bernwin.

Eso suponía un principio.

Bernwin era un alma perdida. Cuanto más insistía Imma en que revelara su identidad, tanto más comprendía que el falso Cristo era un enfermo mental que merecía su compasión, no su cólera.

Resultó imposible averiguar de dónde provenía Bernwin ni cuántos años tenía; puede que él tampoco lo supiera. Realmente, creía ser el Salvador, solo de vez en cuando su auténtica personalidad asomaba tras la máscara. De buena gana les narró sus éxitos como Jesucristo, historias que hicieron estremecerse de horror a la monja. En San Albola cualquier novicia que hubiera manifestado semejantes

pensamientos hubiera sido expulsada del convento a palos.

Bernwin recorría el país simulando ser Cristo, en general a lo largo de los grandes ríos pues allí hallaba alimento y albergue. En pequeños pueblos o aldeas, en las chozas de los boteros y pescadores se presentaba como el Mesías renacido y anunciaba el fin del mundo. Evitaba las ciudades.

—Hay demasiados fariseos —dijo.

Imma tradujo: demasiados cristianos ilustrados que enseguida descubrían su blasfema impostura.

Pero en el campo todo era diferente, allí la fe en Dios aún poseía rasgos arcaicos. Habían transcurrido trescientos años desde que Clodoveo se hiciera bautizar como el primer rey franco, pero las personas todavía se aferraban a los antiguos ritos. No encontraban a Dios en la iglesia sino bajo los árboles, en las fuentes o en las rocas, lugares en los cuales ya se habían reunido para celebrar el culto. Para muchos no existía una gran diferencia entre rezarle a Cristo o a Donar. Aceptaban las iglesias como lugares de reunión, como templos de madera donde se veneraba un ser ajeno, el Dios de los cristianos. ¿Acaso uno podía tomarles a mal la falta de fe?

Con sus propios ojos, Imma había visto cómo cientos de prisioneros de guerra eran obligados a bautizarse. Ella se vio obligada a elegir: la fe o la muerte. Solo pocos habían preferido la muerte; haciendo rechinar los dientes la mayoría se inclinaron en la pila bautismal como paganos y emergieron como cristianos. Imma dudaba que el agua bendita hubiese purificado sus corazones. En todos esos conversos por obligación los antiguos dioses seguían vivos y lo único que había cambiado a lo largo de los siglos eran sus rostros. El cuerpo salvaje de Donar ostentaba el semblante del Señor. En el reino de Carlomagno el cristianismo solo era una quimera.

En cierta ocasión, Imma había visto un cementerio donde

cristianos creyentes habían levantado lápidas de basalto con un grabado de un crucifijo o una cruz de San Andrés. Dos años después, el mismo cementerio se convirtió en una necrópolis de paganos. Arrancaron las lápidas y las rompieron, los trozos aún reposaban en la tierra. Ya no enterraban a los muertos con la cabeza apuntando al oeste y además incluían ofrendas prohibidas en las tumbas... ¡para que los difuntos no tuvieran que renunciar a sus lujos en el reino de los muertos!

Después de unos años, cuando volvió a visitar la misma comunidad, volvían a haber lápidas en el cementerio, las ofrendas gozaban de mala fama y una vez más los muertos descansaban con la cabeza apuntando al oeste. Eso ocurría casi en todas partes, Cristo se había vuelto una opción entre muchas otras.

En una iglesia de madera cerca de San Albola, Imma se había topado con un fenómeno similar. La iglesia había sido levantada al borde de un señorío; el propietario había encargado la construcción a artesanos de la comarca y se dio por satisfecho con el resultado. Una finca con su propia iglesia: ¿dónde más existía algo parecido? Pero entre los torneros y los carpinteros que se encargaron de la ornamentación del interior debía de haberse infiltrado un sajón, porque de lo contrario, ¿cómo explicar que en el capitel de una de las columnas de madera apareciera el rostro de Donar en vez del semblante del apóstol san Pedro? Y aún peor: desde lo alto, Donar le sacaba la lengua a la desprevenida comunidad de feligreses.

El mundo de la fe era una cuba de vino adulterado en la que Bernwin chapoteaba como una rata. Disfrazado de Cristo, solía aparecer de pronto en los campos, ante las granjas y en las tabernas e interpretaba el papel que se le acababa de ocurrir. En estas últimas prefería representar el ataque al templo, gesticulaba como un loco, volcaba jarros o los vaciaba de un trago, les robaba la papilla de mijo a los

huéspedes, la devoraba y se quejaba de la gula de las personas que deberían estarle agradecidas porque las protegía del pecado. Casi siempre funcionaba. No resultaba sorprendente, puesto que lo único que Bernwin quería era comida y albergue. Y los obtenía. Cuando lograba convencer a los aldeanos de que era el auténtico Cristo a menudo se producían peleas y golpes por el derecho de servir al Salvador.

Cuando se burlaban de él por charlatán o volaban piedras, Bernwin jugaba su as: el martirio. Para esos casos, siempre llevaba una cuerda de esparto, se la envolvía en el cuello, arrojaba la otra punta por encima de una rama y se hacía izar por dos o tres espectadores hasta que moría.

Pero no moría de verdad, desde luego. Debido a una anomalía de su cuerpo, una deformación de las cervicales y un estiramiento de la columna vertebral, era capaz de aguantar la presión de la cuerda durante unos momentos, hasta que ya no podía tomar aire. Siempre debía contar con que la multitud lo bajara a tiempo y lo liberara de la cuerda, pero asumía dicho riesgo. Después simulaba estar muerto durante un buen rato hasta asegurarse de que todos le prestaban atención y por fin interpretaba su milagrosa resurrección. Ello acababa por convencer a los más escépticos.

Bernwin afirmó que solo había querido asustar un poco a Imma y Adelinda. Primero estuvo hurgando en el fondo del carro, pero no encontró nada comestible, así que se propuso conseguir que las mujeres compartieran el asado de conejo con él, cuyo exquisito aroma flotaba entre los arbustos.

—De esta manera, como muchos otros, formaremos un único cuerpo porque los tres compartiremos un conejo.

Cuando Bernwin maquillaba alguna de sus enrevesadas citas bíblicas sus ojos brillaban de alegría, pero la mirada de Imma se ensombreció.

Ya era de día y Bernwin aún estaba maniatado. La lluvia caía sobre los tres pues los árboles, desprovistos de sus hojas por el otoño, dejaban penetrar el agua. Los riachuelos no tardaron en formarse y convirtieron los últimos lugares secos en un lodazal.

Adelinda se puso de pie soltando un quejido. Para librarse de la somnolencia se acercó a los restos de la hoguera, donde la lluvia empapaba las cenizas.

—Hemos de emprender la marcha, hermana Imma. ¿Qué haremos con ese tonto?

—Viajará con nosotras.

—¿Qué? ¿Habéis perdido el juicio? Apenas podemos alimentarnos nosotras mismas ¿y queréis llenar otra boca? ¿Y encima la de un orate? ¿Para qué?

Imma ya estaba ocupada desatando a Bernwin.

—En primer lugar, porque sin nuestra ayuda este hombre morirá. Si no de hambre, entonces mediante la cuerda que él mismo se enrolla alrededor del cuello. —La desanudó y comenzó a quitársela—. En segundo lugar, porque si no hacemos algo para ponerle coto proseguirá con su infame conducta. A lo mejor, gracias a nuestras oraciones y nuestra ayuda logramos devolverlo al camino recto. —Enrolló la cuerda y sostuvo a Bernwin, quien, tras las horas sujetado al árbol solo lograba mantenerse en pie a duras penas—. Y en tercer lugar, porque mientras no logremos convencerlo de que deje de fingir que es Cristo, muy bien puede ofrecer un par de actuaciones más. Estoy segura de que con este acompañante no moriremos de hambre durante el viaje.

Capítulo 18

Un humo azulado cubría las cimas; desde el sendero a orillas del Ródano veían como el humo se elevaba por encima de los árboles. «Un incendio —pensó Imma—, pero ¿por qué el humo es tan azulado?»

Bernwin brincó del pescante.

—¡Una carbonera, una carbonera! —exclamó, batiendo palmas—. Aprisa, novias de Dios, nuestro camino conduce allí. Donde arde una carbonera el carbonero no está lejos, y todos los niños saben que un carbonero vive en la soledad del bosque y lo que más anhela es compañía. No lo privaremos de ella —añadió y desapareció entre las hayas.

Imma había confiado que nunca tendría que presenciar cómo Bernwin interpretaba la Pasión, pero había hecho rodar la piedra y ya no podía detenerla. «Esperemos que ahora no se convierta en un alud», pensó, se persignó y bajó del carro. Se recogió la falda y siguió a Bernwin junto con Adelinda.

En ese lugar el bosque era espeso y, pese al otoño, aún persistían algunas hojas verdes. Pasaron por alfombras de setas, matas de rocío de sol y centinodia, sobresaltando a los ciervos que se ocultaron entre los arbustos. Imma no tardó en quedarse sin aliento y Adelinda también resollaba.

Bernwin echó a correr como un novio hacia el lecho nupcial y pronto desapareció de la vista. Las mujeres se

guiaban por el rumor de los arbustos, las ramas agitadas y las pisadas en el lodo y la hierba. ¿Es que Bernwin sabía hacia dónde se dirigía? Esos bosques eran un laberinto; en comparación, el de San Albola era un juego de niños.

Imma recordó los monstruos de los que solía hablar la cillerera para asustar a las novicias e impedir que se adentraran en los bosques. Entonces, mientras ella misma corría a través de la semioscuridad reinante bajo los árboles, ya no estaba muy segura de si las historias de gigantes devoradores de hombres, de arañas grandes como caballos o de lobos que caminaban en dos patas eran meras invenciones. ¿Qué le ocurría? Ella, una mujer temerosa de Dios, corría a través del bosque y confiaba su vida a un enfermo mental.

Se detuvo.

Adelinda siguió corriendo entre las matas, hasta que se dio cuenta de que Imma se había quedado atrás y también se detuvo. Miró por encima del hombro con impaciencia y vio que la monja jadeaba con las manos apoyadas en las rodillas.

—Daos prisa, hermana Imma, o lo perderemos de vista —dijo la novicia con los brazos en jarras.

Imma no tenía aliento para contestar.

«Cometemos un error —quiso decir—. Me equivoqué, él nos llevará a la perdición», pero antes de poder hablar oyó la voz de Bernwin entre los árboles.

—El camino, el camino, aquí comienza. No falta mucho, pronto la carne jugosa y el pescado en salazón llenarán nuestros estómagos.

Imma puso los ojos en blanco y echó a andar otra vez.

Bernwin se encontraba en un paisaje de pesadilla, en torno a él el bosque estaba talado y solo los tocones indicaban que allí habían crecido árboles alguna vez. Docenas

de tocones surgían de la tierra, casi todos con las marcas dejadas por el hacha, y algunos árboles pequeños parecían arrancados de raíz. Las señales de la masacre aparecían por todas partes, ramas, hojas y cortezas víctimas del carbonero, incluso grandes arbustos arrancados de cuajo junto con sus raíces. Lo único que quedaba eran los helechos altos hasta la cintura, que proporcionaban un poco de verdor a la fantasmagórica escena.

Bernwin reía y brincaba; el espanto había paralizado a Imma y Adelinda.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó la novicia.

Imma volvió a recordar los gigantes manchados de sangre de su pesadilla, asesinos monstruosos provistos de garras, carniceros de cabeza de lobo. Pero sabía la verdadera respuesta a la pregunta de Adelinda.

—Es tal como dice Bernwin: nos encontramos en el terreno de un carbonero. Confiemos en que trate a las personas con mayor bondad que a los árboles.

Ambas siguieron a Bernwin.

«¿Cuánto tarda un carbonero en transformar tanta leña en carbón?» Imma temía la respuesta, pero aún más la persona que vivía en la soledad del bosque y cortaba leña un día tras otro para hacerla carbón en una maloliente carbonera. Había visto carboneros que ofrecían carbón en los mercados de los alrededores de San Albola y recordaba dichos encuentros con inquietud.

Siguieron el rastro de la destrucción y pronto comprobaron que Bernwin era capaz de orientarse como un explorador: el humo lo había conducido a la meta. Al principio solo era un picor en la nariz, después especió el aire y por fin nubecillas azuladas flotaban en torno a los tocones. La carbonera debía de estar próxima. Bernwin se volvió hacia las mujeres, se llevó un dedo a los labios y se agachó bajo

los helechos, que se cerraron por encima de su cabeza. Imma y Adelinda lo imitaron y se arrastraron hacia delante.

De repente Imma se hartó; su temor era grande pero eso no significaba que debiera comportarse con una loca o jugar al escondite como una mocosa, pero cuando estaba a punto de elevar una protesta oyó una voz.

—El humo es azul. No prestaste atención y cortaste leña de mala calidad. Hay demasiado aire en las brasas.

Imma se asomó entre las hojas y vio un montículo que se elevaba en el bosque. Era más alto que un hombre y sus suaves laderas trazaban un círculo; el montículo estaba cubierto de arcilla y turba y el humo surgía a través de pequeñas aberturas. Una tosca escalera de madera estaba apoyada contra la carbonera y el carbonero estaba subido en ella, levantando trozos de turba y escarbando en el interior con una vara, sin dejar de olisquear el humo que surgía como si fuera una exquisitez.

—El humo azul estropea el carbón. Eres tonto, tonto como un árbol.

Con gesto furioso, volvió a arrojar el trozo de turba contra el agujero humeante y se giró sin bajar de la escalera, de modo que Imma pudo ver su cara.

Se asustó. El hombre tenía el cráneo cubierto de pelos erizados, el hollín y la mugre habían ennegrecido su piel y la suciedad formaba costras incluso en los párpados de sus ojos de cerdo. La cabeza era redonda como una pelota, pero lo peor era la herida en su cara: donde antes estaba su nariz solo había un agujero.

El carbonero bajó de la escalera con agilidad, cogió el hacha apoyada contra un bloque de madera y comenzó a pegarle hachazos al tronco de un haya.

—¡Árbol estúpido! —gritaba.

Los golpes resonaban a través del bosque, acompañados

de los resuellos del carbonero.

Habían escogido al espectador equivocado. Imma temió que si no se escabullían a tiempo todos acabarían con un hacha clavada en la cabeza y se convertirían en alimento para la carbonera. La monja se estremeció.

Justo cuando quiso indicarles a los otros dos que era hora de emprender la retirada, una segunda figura apareció junto a la carbonera, una figura femenina. Era alta y gorda y sus brazos carnosos se tensaban mientras cargaban una olla gigantesca. Tenía cabellos largos y grises, y llevaba un agujereado abrigo gris de piel de animal confeccionado con pequeños trozos cosidos entre sí. Imma supuso que eran de piel de rata. Mientras la mujer del carbonero se acercaba a la carbonera sus pechos gordos no dejaban de asomar bajo los harapos, pero ella no le daba importancia.

—¡Come! —dijo y depositó la olla en el suelo junto al carbonero.

El hombre siguió dando hachazos al tronco y no le hizo caso. Sin dirigirle la palabra, la mujer le pegó una patada y el carbonero cayó. Después se levantó soltando un gruñido, destapó la olla y empezó a llevarse papilla a la boca con los dedos.

Imma susurró:

—Incluso si estos espíritus malignos no nos despedazan... renuncio a su bazofia.

Adelinda asintió con la cabeza, mas ya era demasiado tarde.

Bernwin comprobó que la corona de espinas estaba bien colocada, emergió entre los helechos y se pavoneó hacia los carboneros. El primero en verlo fue el hombre, que soltó un gruñido con la boca llena y lo señaló con el dedo. Bernwin, seguro de haber llamado la atención de su público, adoptó una pose, extendió los brazos e inclinó la cabeza hacia atrás

con la vista dirigida al cielo.

—Id a la montaña, buscad madera y construid la casa. Serás de mi agrado y quiero demostrar mi magnificencia. Pero solo si me das comida.

La pareja lo miró fijamente; la mujer ladeó la cabeza, como si el mundo se hubiera inclinado a un lado.

Bernwin siguió avanzando sin temor.

—¿No me reconocéis? Soy Cristo, a quien vosotros clavasteis en la cruz y matasteis.

La situación casi le habría parecido cómica a Imma si en ese instante el carbonero no hubiese agarrado el hacha para descargarla contra Bernwin. No dio en el blanco por los pelos, pero el carbonero volvió a alzar el hacha. El siguiente golpe tampoco dio en el blanco y el carbonero contempló la herramienta con perplejidad.

Bernwin permanecía inmóvil, con los brazos cruzados.

—Deja el arma en el suelo, buen hombre, pues no puedes herirme. Soy el hijo de Dios, mesías, pregonero y profeta. ¿Necesitas más pruebas de la veracidad de mis palabras?

Cuando el carbonero se disponía a asestarle otro hachazo su mujer le pegó un empellón.

—He oído hablar de ese —le dijo a su marido. Y se dirigió a Bernwin—: ¿Puedes obrar milagros? ¿Obrar milagros y hacer ángeles?

Bernwin no parecía notar el peligro que lo amenazaba. Vivía su papel.

—Obro milagros en el cielo y la tierra. Sangre y fuego y humo, el sol se oscurecerá y la luna se transformará en sangre antes de que llegue la gran revelación del Señor. Porque ahora es el momento de comer la carne de Cristo.

Entonces el carbonero enarcó las cejas.

—Sí, el humo blanco es bueno. Haz humo blanco. El mío es azul y me estropea el carbón.

—No, no, no. —La mujer agitó las manos—. Ángeles. Haz ángeles, eso es mejor. Los ángeles son bellos y delicados — dijo y asintió con entusiasmo, rascándose los voluminosos pechos.

Entonces las palabras abandonaron a Bernwin; Imma se dio cuenta de que clavaba la vista en los pechos de la mujer como una serpiente en un conejito. ¿Qué mosca le había picado? ¿Por qué no se le ocurrían más citas bíblicas? ¿Por qué se limitaba a retorcerse las manos?

—¡Venga, ángeles! —insistió la mujer.

Su marido volvió a aferrar el hacha.

¿Volvería a fallar el golpe? Imma no quería comprobarlo, la bruja vería a su ángel. La monja ya había arrancado un trozo de la tela del vestido de Adelinda; que el sonido de la tela desgarrada llamara la atención de los carboneros no la molestó, ya lo tenía todo planeado. Escogió cuatro magníficos tallos de helecho y los arrancó de la blanda tierra del bosque, luego se apresuró a decirle a Adelinda lo que debía hacer.

Rápidamente, Imma enrolló el trozo de tela alrededor de los hombros de la novicia, lo pasó bajo las axilas y lo anudó por detrás. Luego otro lazo allí, otro nudo allá, introdujo los tallos de los helechos y los fijó. Un susurro para darle ánimos... y Adelinda emergió entre la vegetación. Se acercó a Bernwin y a los carboneros con pasos majestuosos, pero Imma notó que las manos de la novicia temblaban.

Cuando vio a Adelinda surgir entre los helechos y las setas el carbonero se detuvo una vez más. Los cuatro tallos de helecho se mecían en su espalda, como si quisiera elevarse al cielo mediante la fuerza de sus alas. Las facciones armoniosas y la grácil figura de Adelinda barrieron cualquier duda: un ser divino había descendido a la tierra y era como

si sus pies no tocaran el suelo.

Al ver a aquel ángel, la mujer soltó un grito de júbilo, se arrodilló y procuró plegar las manos para rezar. La mirada del boquiabierto carbonero oscilaba entre su mujer y la aparición que aguardaba al borde de las matas.

En su escondite, Imma se relajó y se permitió un suspiro de alivio.

Pero entonces oyó que el carbonero decía:

—¿Qué pasa, ángel?

Y vio que volvía a empuñar el hacha y se acercaba a Adelinda con paso pesado.

Al verlo, la novicia perdió los nervios. Se volvió abruptamente y echó a correr hacia el bosque, tropezó con raíces y piedras y perdió el equilibrio angelical... junto con las alas que, profanas, cayeron al suelo.

Comprender que había sido víctima de un engaño enfureció al carbonero. Echó a correr tras la muchacha soltando gruñidos y tras pocos pasos le dio alcance, blandiendo el hacha. Entonces Adelinda vio que la hermana Imma estaba arrodillada ante ella entre los helechos y brincó por encima de la espalda de la monja como un ciervo por encima de un tronco caído. Demasiado tarde el carbonero descubrió el obstáculo y chocó contra Imma a toda carrera, cayó al suelo y los helechos se lo tragaron y no lo soltaron.

Cuando Imma se puso de pie las lágrimas corrían por su rostro. Con la mano apoyada en el costado dolorido, examinó al gigante caído, que no estaba muerto en absoluto, desplomado sobre el hacha, tal como ella había esperado. Permanecía tendido en el suelo, desorientado y gruñendo. Había llegado el momento de desaparecer. Imma quiso hacerle una señal a Bernwin pero este ya se acercaba a toda prisa, alcanzó a las mujeres y las dejó atrás. Parecía haber emprendido la huida. Imma y Adelinda no lo detuvieron.

Carmesíes, ocres y azules. Cintas multicolores ondeaban al viento como las banderitas de un ejército de niños. Una fiesta de Pentecostés. Imma apreciaba la costumbre de los campesinos de Septimania que celebraban el fin de la cosecha con todos cuantos estaban sobrios tras un año de duro trabajo y que tenían el estómago vacío. Le evocaba una fiesta en su tierra natal.

Celebrar Pentecostés tenía mala fama. Las oportunidades de comer hasta hartarse, de beber, bailar y reír no se les presentaban con mucha frecuencia a los campesinos. Imma estaba convencida de que las alegres actividades complacían a Dios, pues a finales de invierno numerosas mujeres presentaban un vientre abultado y a principios de verano nacían más niños que durante el resto del año.

La costumbre exigía que todos recibieran la bienvenida. Si la cosecha era pobre, los campesinos celebraban la fiesta en familia; si la cosecha era muy mala, la celebración se suspendía. Pero si el trigo dorado se elevaba en los campos y la cosecha era abundante, las mujeres ya empezaban a adornar los establos en pleno verano y los hombres dedicaban noches enteras a tallar platos y cucharas de madera, confeccionar bancos y componer descaradas canciones de taberna. Quienes habían clavado los banderines a la vera del camino debían escanciar cerveza y vino especiado hasta que los participantes rodaran bajo la mesa. A menudo seguían bebiendo allí.

En las comarcas meridionales del reino franco los forasteros escaseaban, así que durante sus fiestas los campesinos solían reunirse con sus semejantes e incluso los vecinos más próximos emprendían marchas de varios días para visitarse mutuamente. Cuantos acudían eran recibidos como hermanos y atendidos a cuerpo de rey.

En ello también confiaban las tres demacradas figuras que recorrían el camino de los banderines en un traqueteante carro arrastrado por bueyes. El sol otoñal proyectaba largas sombras en la tierra cuando siguieron las banderitas desde el río hasta el bosque. Durante un momento Imma temió que el carbonero les hubiera tendido una trampa y que se dirigieran directamente a la muerte que tal vez acechaba detrás de un árbol con un hacha en la mano, pero lo único que se cruzó en su camino fue una bandada de cornejas reunidas sobre el cadáver de una jabata para celebrar su propio Pentecostés.

La granja en que los campesinos celebraban la fiesta se encontraba en un claro talado en medio de bosques interminables. Habían logrado arrebatarse tres fanegas de tierra cultivable a la naturaleza, en cuyo centro se elevaba la granja. Desde lejos, Imma reconoció una gran casa sostenida por postes. Ante esta habían cavado un hoyo de cocina: un hueco revestido de piedras y cueros de ocho pies de diámetro donde la carne se hervía por arrobas. Había cuatro cobertizos excavados en el terreno. Imma sabía que los alimentos y las bebidas se almacenaban en su frescor.

Lo único que no encajaba en ese paisaje idílico era un solitario roble. Se inclinaba bajo el peso de sus años y sus ramas eran como garras torcidas elevadas al cielo; el árbol estaba seco y su corteza se había vuelto pétrea. Imma estaba segura de que se trataba de uno de esos robles de los que había oído hablar tan a menudo: los condenados eran colgados de sus ramas y allí permanecían hasta que los carroñeros volvían innecesario el entierro. En ese momento el fantasmagórico árbol estaba desierto, pero Imma se sorprendió al percibir su aura sombría.

Un niño salió a su encuentro, cogió el yugo de los bueyes y los arrastró hasta un prado donde los visitantes se apearon, luego desapareció. Un hombre se tambaleó hacia ellos, la bebida le había enrojecido el rostro y, con ademán cortés, ayudó a las mujeres a bajar del carro —Imma se

percató cuánto había echado de menos esa clase gestos— y las saludó con un abrazo afectuoso. Solo les preguntó cómo se llamaban y si necesitaban un alojamiento para esa noche. Dijo llamarse Leidrad y que era granjero y amo de esas tierras solariegas, luego se carcajeó y les escanció un jarro de aguardiente para todos.

Abrumada por su hospitalidad, Imma no se atrevió a rechazarla y bebió unos sorbos. Entonces una sensación de tibieza invadió su estómago y se sintió ligeramente mareada. Divertida, observó que Adelinda acusaba los mismos efectos. Bernwin no era tan remilgado: bebió y se hizo escanciar más de inmediato, al tiempo que proclamaba:

—Os encontraréis con una persona que porta un jarro con una bebida que os proporcionará la dicha.

Esas palabras complacieron al granjero. Aunque al principio había contemplado al semidesnudo Bernwin con mirada suspicaz, pasó a rodearle los hombros con el brazo, le entregó el jarro y lo condujo hasta la granja junto con las mujeres.

La festividad de Pentecostés estaba en plena marcha. Un grupo de muchachos y muchachas bailaban en un suelo de tablas de madera al son del cuerno y el laúd. Varias ancianas que llevaban paños envueltos en la cabeza se dedicaban a revolver una decocción con largas varas; el hoyo de cocina ya había llamado la atención de Imma: el vapor que surgía de su interior prometía placeres para el paladar y estómagos llenos. Había personas tendidas o sentadas en la hierba por doquier, disfrutando del vino especiado y la cerveza de avena en medio de la tibieza proporcionada por el sol del atardecer.

—¿Dónde está la habitación en la que puedo comer el cordero consagrado con mis discípulos? —preguntó Bernwin.

Leidrad rio y los condujo al gran edificio.

Una vez en el interior, la vista de Imma tuvo que

adaptarse a la penumbra, pero pronto vio que habían despejado la sala con el fin de dejar espacio para la mesa más larga que jamás había visto. A lo largo de las paredes había bancos de al menos noventa pies de largo; en el centro de ambas hileras de asientos habían cavado una zanja igual de larga en la que ardía carbón de leña, llenaba el recinto de humo y calor y bañaba todo con un resplandor rojizo. En los bancos se apiñaban los visitantes —Imma calculó que serían más de doscientos—, asaban albóndigas de mijo en las brasas y bebían y cantaban a voz en cuello.

De algún modo, Leidrad logró hacerles sitio en uno de los bancos; Imma, Adelinda y Bernwin tomaron asiento y un instante después alguien les tendió jarros llenos de bebida hasta el borde. Entonces el granjero se marchó para ocuparse de nuevos visitantes.

Pan y manteca pasaban de mano en mano. En vano, Imma intentó que Adelinda rezara una oración, pero en el fondo se alegró de poder dedicarse a la comida sin más rodeos. Incluso Bernwin se tragó otras citas de los evangelistas junto con grandes bocados de comida.

Cuando el sol se puso, las cocineras convocaron a todo el mundo en torno al hoyo de cocina: había llegado el momento de coger la carne. Todos se apiñaron alrededor y regresaron con grandes porciones y una sonrisa de satisfacción. La carne caliente se ponía en rodajas de pan que absorbían el jugo y hacían de plato y de sabrosa guarnición a la vez. A medida que oscurecía la borrachera general iba en aumento, unos cuantos hombres ya se habían caído de espaldas, y del establo anexo surgían ruidos delatores de una pelea que causó revuelo y provocó gritos de ánimo.

Cuando Leidrad se subió a un banco junto con una pelirroja lozana y entonó una canción sobre las acciones aterradoras de cierto carbonero, Imma consideró que era el momento de elevar una silenciosa plegaria. Dios los había

conducido a ese lugar y se sentía muy agradecida; pensó en invitar a Adelinda a que se le uniera, pero los ojos chispeantes de la muchacha le indicaron que al menos durante esa noche la novicia se había sumido en lo mundano.

Salió fuera, sola. La luna lucía serenamente en el cielo, lejos de las festividades. Seguía llegando más gente y el ajetreo ya había invadido los campos de rastrojos circundantes. La monja se estremeció al pasar junto a la siniestra sombra del roble y atravesó silenciosamente el claro hasta el bosque. Allí se arrodilló entre los arbustos.

¿Cuánto hacía que no se recogía para rezar una oración?

La improvisada falda se le tensaba en torno a las piernas, pero eso no la molestó, aunque le hubiese gustado venerar al Señor enfundada en una casulla recién lavada. Plegó las manos, bajó la cabeza y respiró más lentamente.

—Padre nuestro que estás en el cielo —susurró, pero las ideas que se arremolinaban en su cabeza se negaban a volverse piadosas.

¿Es que podía dirigirse a Dios con el alma cargada de pecados? Aún no había podido informar a nadie de sus deslices y cargaba con más culpas cada día que pasaba. Como compañera de viaje de Bernwin, ¿no estaba ridiculizando a Cristo? ¿No había bebido alcohol hacía escasas horas y disfrutado al hacerlo? ¡Lo único que le faltaba era tener una aventura! «¿Qué me pasa?», se preguntó. Separó las manos, tomó asiento en el suelo y contempló la luna durante un buen rato.

Entonces tanteó el amuleto oculto bajo su vestido. Hacía treinta años que colgaba de su cuello sin que nadie lo supiera. El crucifijo no era la verdadera señal de su fe: no, era un ave de oro y piedras rojas partida por la mitad. Imma se estremeció. Pero a diferencia de Cristo, el Salvador de su juramento mundano nunca se le había aparecido. ¿Qué le había sucedido a Isaac?

Podía estar muerto, enfermo o prisionero, pero durante todos esos años Imma nunca creyó que la hubiese olvidado. «Debe de haber perdido el rumbo», pensó, al igual que ella, que parecía carecer de una meta. El laberinto bajo el Irminsul, el laberinto del convento... si hubiese interpretado las señales correctamente, su destino no se le habría revelado de un modo tan sorprendente.

¿Cómo había llegado hasta ese lugar desde su celda en San Albola? La pena por las hermanas del convento la invadió. En el firmamento aparecieron rostros perdidos: Hrortruda, Atula, Madelgarda, violadas y asesinadas por bestias con forma humana. ¿Es que ella se había librado para que la muerte de las demás cobrara sentido? ¿Quiénes eran los hombres que atacaron el convento? Recordó el sueño de los lobos y los ojos codiciosos de Hunoldo, cuyo mechón de pelo se agitaba como el tentáculo de un pulpo.

Las respuestas solo se encontraban en el lugar más elevado: su camino conducía al emperador, Dios lo había decidido y ella debía aceptar cualquier medio para cumplir con la voluntad del Señor. El emperador le prestaría oídos, el emperador le creería.

Aspiró el frío aire nocturno hasta sentir dolor en el pecho. Al igual que las miniaturas de los libros ilustrados, la atroz escena en el laberinto apareció ante sus ojos, la huida a la protección ofrecida por los setos, el jadeo del perseguidor, su lanza que atravesaba las hojas. Evocó la sensación que recorrió su mano al clavarle aquel clavo al asaltante. No quería olvidarla jamás.

Una suave brisa agitaba las hojas cuando extrajo el cofrecillo de debajo del vestido, el cofrecillo que llevaba consigo desde aquella noche fatídica. Estaba abollado pero aún brillaba, aún era magnífico y bello. Abrió la tapa. El clavo reposaba en su lecho de terciopelo azul, grande y oxidado. La abadesa creía que el óxido era la sangre del Señor, aunque

ahora la sangre realmente manchaba el hierro, pero no era la de un santo.

Asqueada, clavó la vista en la reliquia y al poco cerró el cofrecillo. Ese talismán era diabólico, que se pudriera en ese lugar.

Imma alzó el brazo, dispuesta a arrojarlo lejos, pero entonces oyó gritos procedentes del claro donde celebraban la fiesta. Asustada, guardó la reliquia y echó a correr hacia allí, temiendo nuevas desgracias.

La multitud salía en tropel por la puerta de entrada, las antorchas clavadas en la tierra iluminaban la noche; desde lejos y gracias al resplandor Imma vio que los hombres en cabeza cargaban a hombros con Bernwin, que gesticulaba y mantenía la vista clavada en el cielo con el embeleso habitual.

Imma presintió la desgracia como si fuera una tormenta próxima; cuanto más se acercaba tanto más nítido resultaba el vocerío de la muchedumbre.

—*Kirie*—cantaban como un coro de niños embriagados por una palabra recién aprendida—, *kirie, kirie*.

Pero aún peor que el blasfemo vocerío era el aspecto de Adelinda: bailaba ante la multitud con las faldas recogidas y un hombre le rodeaba la cintura con el brazo. Cuando se dispuso a besar a la muchacha, Imma echó a correr.

Arrancó a la novicia de los brazos de su acompañante tan abruptamente que Adelinda, bastante mareada por el aguardiente consumido, cayó al suelo cuán larga era. Imma la arrastró a un lado mientras la novicia no dejaba de chillar. El hombre que trastabillaba en pos de su conquista estaba ebrio y era lo bastante menudo como para que Imma lo derribara de un puñetazo.

—A los violadores les espera la excomuni3n. Informaré de vuestra conducta al arzobispo—lo amenazó la monja.

Eso bastó. Los borrachos siguieron avanzando y dejaron a la muchacha en sus manos. Imma la tendió de espaldas, Adelinda tosía.

—¿Te has vuelto loca? ¡Burlarte de nuestro Señor! ¡Coquetear como una perra en celo!

Algo estalló en el pecho de Imma y le pegó una bofetada. Los apuros de los últimos días, el hambre, su conciencia intranquila, la permanente inquietud y el miedo... todo ello cayó sobre la novicia. En vano alzó los brazos para protegerse, y solo cuando el llanto ahogó los gritos de la novicia Imma se detuvo, resollando. Lágrimas calientes también resbalaban por sus mejillas.

—Cuando lleguemos a Aquisgrán te enviaré a un burdel. ¡Allí también podrás convertirte en la puta de un duque! — chilló.

Asustada, notó que las manos le ardían debido a los golpes. Obligó a Adelinda a ponerse de pie e ignoró la sensación de vacío y el deseo de abrazarla. ¿Qué le había pasado?

Entonces tomó conciencia del alboroto y los cánticos; una mirada por encima del hombro confirmó sus temores: Bernwin conducía a la multitud hacia el roble de los ajusticiados.

—Vamos, ponte de pie. Hemos de encargarnos de que ese otro necio también recupere el juicio.

Adelinda no se movió.

—¡En pie, te digo! ¿O es que quieres verlo morir por segunda vez?

La novicia obedeció con la cabeza gacha y los hombros encogidos. El pelo le cubría la cara y ocultaba sus ojos.

Allí donde antes la ira causaba estragos Imma sintió la punzada del arrepentimiento y bajó la mano con la que hacía

un instante quería abofetear a Adelinda. Desesperada, buscó la manera de volver a acercarse a ella... y entonces oyó un ruido. Primero creyó que su origen era su alma torturada y después la chusma vociferante. Solo tras un momento se dio cuenta de que Adelinda era la causante del desagradable sonido: la novicia hacía rechinar los dientes.

Aquel sonido hizo que la seguridad en sí misma de Imma se derrumbara como los muros de Jericó cuando sonaron las trompetas. Huyó y echó a correr tras Bernwin y la multitud. «A lo mejor allí aún haya algo que salvar», pensó.

Las personas se arracimaban en torno al roble. La monja se apresuró a recorrer las ramas iluminadas por las antorchas con la mirada: todavía no colgaba ningún ahorcado del árbol. Oyó el inconfundible graznido de Bernwin resonando detrás de un muro de espaldas sudadas.

—Y el ángel del Señor acudió y se sentó bajo un roble, en Ofra.

La respuesta de la multitud fue un rugido de cien voces. Imma se abrió paso a codazos.

—Que formen un patíbulo alto como un roble y le digan al rey que cuelguen de él a Mardoqueo.

La multitud soltó otro rugido burlón. Imma siguió abriéndose paso.

¿De dónde venía el gran conocimiento de la Biblia de Bernwin? El libro sagrado solo estaba al alcance de los eclesiásticos e incluso entre ellos solo unos pocos dominaban el arte de la lectura. Cuando quiso apartar a un individuo rudo, este le pegó un codazo que la dejó sin aliento. Imma tomó aire y le tiró del pelo hasta que se apartó.

¿Acaso Bernwin era un monje? ¿Tal vez un eremita, uno

de esos individuos medio santos que vivían en el bosque, practicaban un ascetismo permanente y siempre estaban al borde de caer en la locura? ¿Había traspasado el umbral del sano juicio sirviendo a Dios?

—Tal como espero y ansío que no me eche a perder.

¿O es que mediante el robo o el saqueo de un lugar sagrado se había hecho con el Libro de los Libros? Pero ¿quién le había enseñado a leer? Entonces volvió a recordar el hacha del carbonero que no había logrado dar en el blanco. ¿Una casualidad? ¿O era que Dios amaba tanto a ese hombre que impedía que le hicieran daño? Porque en ese caso había llegado el momento de que ella cumpliera con la voluntad de Dios.

Mediante un último y enérgico empujón Imma se libró de los aglutinados y de pronto se encontró bajo el roble que se elevaba al cielo ante ella.

Bernwin estaba de pie bajo una rama con el lazo en las manos, gritándole al cielo nocturno.

—Temeroso, llamé al Señor y El me respondió. Grité desde las fauces de la muerte y Tú escuchaste mi voz.

La muchedumbre calló de repente. El silencio descendió sobre sus cabezas como una mortaja, amordazó las bocas y cegó los ojos. Bernwin se enrolló la cuerda alrededor del cuello, la ajustó y la comprobó como si fuese un peto, arrojó la punta suelta por encima de la rama y les hizo una señal a cuatro hombres que aguardaban a su espalda, entre ellos Leidrad. Ocho puños cogieron la cuerda y tiraron de ella.

Imma llegó demasiado tarde. Se lanzó hacia Bernwin pero solo logró cogerle los pies: los ayudantes de verdugo se habían apresurado a izar el cuerpo, así que se quedó de pie bajo el ahorcado aferrando sus sucios pies con desesperación.

Alguien gritó:

—¡Él también ha traído a María! —Y soltó una carcajada burlona.

Imma miró en torno buscando ayuda y se topó con Leidrad, que le lanzó una mirada compasiva pero se limitó a encogerse de hombros. Bernwin había iniciado aquello con sus propias reglas, él mismo debía ponerle fin.

Suspendido de la rama, Bernwin se mecía impulsado por el viento. Aunque hubiese podido aflojar el lazo con las manos dejó los brazos colgando. Pendía entre las ramas como un muerto mientras el público aguardaba el milagro. Imma cayó de rodillas y empezó a rezar: le resultaba indiferente que la chusma creyera que el rezo formaba parte del espectáculo.

Los instantes transcurrían como siglos, podría haber pasado un año o un lapso tan breve como una respiración, el silencio era tan absoluto que se oía el roce de la cuerda contra la corteza del árbol. ¿Cuánto tiempo podía aguantar Bernwin?

Imma volvió a buscar la mirada de Leidrad; la indiferencia del granjero había dado paso a la inquietud, ya hacía demasiado que el ahorcado colgaba de la cuerda. No podía haber un auténtico muerto en la fiesta de agradecimiento a Dios. Leidrad alzó la vista con el rostro crispado, dispuesto a ordenar a sus hombres que aflojaran la cuerda.

Entonces se oyó sonido de cascos y la multitud volvió las cabezas y estiró los cuellos. Se abrió un pasillo y aparecieron cinco jinetes iluminados por las antorchas. Bajo sus mantos de lana tintineaban cotas de malla, llevaban yelmos de cuero en la cabeza y los remaches de sus guantes brillaban: esos no eran granjeros que llegaban a la fiesta con retraso. Imma vio que de un cinturón colgaba el hacha de un guerrero.

El jinete que iba en cabeza clavó la vista en el ahorcado; cuando se volvió apareció una verruga que cubría gran parte

de su mejilla, la cicatriz de una quemadura deformaba el otro lado de la cara, que aún estaba húmeda y supuraba. El jinete hizo un breve saludo con la mano.

—Salud, granjeros. —Su voz era seca y su cuerpo, esmirriado—. Os traemos saludos del arzobispo Hildebaldo, el filántropo de Arlés. ¿De qué delito está acusada esa deplorable persona ahí colgada?

Imma se quedó boquiabierta. ¡Hildebaldo! Recordaba las pieles multicolores del arzobispo y la huida de la ciudad. Y reconoció a ese hombre que la había dejado alevosamente en evidencia ante el arzobispo sonsacándole a Adelinda aquel secreto: que Imma había matado a un atacante en San Albola.

Cuando el hombre desmontó, arrojó el manto hacia atrás y eliminó la última duda. El atuendo, la actitud, la voz y la verruga: el cancerbero de Hildebaldo la había encontrado. La cicatriz debía de deberse a la pinza caliente con que Adelinda le había asestado un golpe en la cara. «No será la última vez que recibes un castigo», pensó Imma, colérica.

—Soy Wala, duque de Aniane —dijo y dio un paso adelante. Dejó que la muchedumbre lo contemplara, como si las miradas le proporcionaran fuerza—. Y vosotros sois súbditos del emperador y debéis obedecer al arzobispo, y también debéis prestarme servicio a mí, pues viajo por encargo de Hildebaldo. ¿De acuerdo?

Imma retrocedió un paso, se retorció las manos y dirigió la vista a Bernwin. Un hilillo de saliva se escurría de las comisuras de su boca y respiraba con dificultad. Se estaba quedando sin aire.

Wala sonrió, una sonrisa de autosatisfacción.

—Mis acompañantes y yo no deseamos estropearos el divertimento que supone una ejecución y tampoco tengo ganas de ocuparme de vosotros más de lo necesario, desde

luego. Así pues, apresuraos a prestarme ayuda: busco a una monja. Es mayor, gorda, parlanchina y su conducta suele ser escasamente cristiana. Dicen que tienen un pacto con el diablo, celebra misas paganas y sacrifica inocentes. De momento merodea por estas comarcas y difunde mentiras por el impío encargo de los musulmanes.

La respuesta unánime fue la estupefacción.

—¿No sabéis nada de ella? —El esmirriado duque se quitó el yelmo, se alisó los escasos cabellos rubios y se palpó la cicatriz—.

A lo mejor vuestra memoria mejora si os pregunto por una novicia. Joven, lozana, pelo rizado, labios carnosos y pechos abundantes, una fruta madura preparada para despertar la voluptuosidad de un hombre.

Un murmullo recorrió la multitud. Puede que algunos pensarán en Adelinda, pero nadie dijo palabra.

Imma retrocedió aún más. Los esbirros todavía no la habían reconocido, Bernwin aún seguía con vida. Se deslizó detrás del roble, donde Leidrad aún sostenía la cuerda de esparto.

Pero ¿qué hacían allí los hombres de Hildebaldo? ¿Pretendían dar caza a una monja y a una novicia que se negaron a participar en las perversiones de sus superiores? Pero por ese motivo nadie enviaba un pelotón de cinco jinetes. Esos hombres habían acudido para hacerlas callar. Ella y Adelinda eran las únicas testigos de la destrucción de San Albola, las únicas que sabían que no había sido obra de los musulmanes. Pero ¿cómo se las habían arreglado los esbirros del arzobispo para seguir las hasta allí?

La respuesta se produjo de inmediato.

—¿No lo recordáis? ¿Qué otra cosa se puede esperar de unos campesinos que pasan más tiempo con animales que con personas? Por suerte esta mañana me encontré con

alguien que pudo informarme mejor.

Wala hizo chasquear los dedos y uno de los jinetes le arrojó un saco de tejido tosco. Wala introdujo la mano y extrajo una cosa repugnante del saco. Imma soltó un gemido: la cabeza del carbonero colgaba de la mano del duque. La muerte había desencajado el horrendo rostro y este presentaba un aspecto aún más atroz. Tenía los ojos tan abiertos como la boca y en medio de la cara había un agujero a través del cual Imma creyó ver el cerebro del carbonero.

Wala sostenía el cráneo con el brazo extendido y la multitud retrocedió medio paso, como si el duque hubiese desenvainado la espada.

Wala comenzó a caminar de un lado al otro ante la gente.

—Esta mañana me encontré con este buen hombre en un lugar próximo. Era carbonero y, al igual que todos los carboneros, al principio no se mostró muy solícito; además intentó destrozarme el cráneo. Ni siquiera respondió a mis preguntas cuando mis hombres atravesaron a su belicosa mujer con sus lanzas ante su vista. Solo cuando mis hombres destruyeron su carbonera cayó de rodillas y me habló de un hombre y dos mujeres que habían aparecido por allí hacía poco tiempo. Solo describió a las mujeres de manera superficial, balbuceó algo acerca de ángeles y cosas por el estilo, pero del hombre supo decir bastante más. Antes de que lo liberara de su fealdad, recordó una figura casi desnuda de largos cabellos y barbas y una suerte de corona de ramas en la cabeza. Al igual que ese de ahí —dijo, se volvió y señaló a Bernwin, que de pronto abrió los ojos y clavó la mirada en el grupo a sus pies.

Los granjeros soltaron un grito. El milagro que aguardaban llegó de manera inesperada y espantosa. Bernwin era un cadáver viviente, pálido y frío, y la descomposición ya se había adueñado de su rostro... o eso al

menos algunos creyeron ver.

—¡Un aparecido, un fantasma!

Los gritos se elevaron hasta Bernwin, que ya no lograba controlarse. El espectáculo había acabado y ahora se trataba de su vida. Alzó los brazos como un acróbata, cogió el lazo y tiró con la esperanza de tomar aire, pero toda su fuerza y su agilidad fueron en vano. La cuerda se limitó a tensarse aún más y, temeroso, el ahorcado empezó a patallar. La penosa imagen que ofrecía también repugnó a los espectadores, que le lanzaron apodosos burlones, tales como «abuela bailarina» y «marioneta», seguidos de piedras que no dieron en el blanco.

Para alivio de Imma, vio que Leidrad bajaba la cuerda lentamente y el ahorcado descendió un par de pies y luego otro más.

Entonces Wala gritó:

—¡Atención! Las fuerzas abandonan al verdugo.

Cumpliendo con sus órdenes, dos de sus acompañantes arrancaron la cuerda de las manos del granjero y lo apartaron de un empujón. Después volvieron a izar a Bernwin.

Este soltó un graznido, su rostro adoptó un tono azulado y la lengua asomó por su boca. Con gesto desesperado, intentó meter los dedos entre su cuello y la cuerda y se arañó la piel.

Wala desenvainó la espada y la blandió con movimiento elegante, como si se preparara para librar un duelo.

—El espectáculo llegará a su fin dentro de unos instantes. Si entre vosotros hay alguien a quien le importa la vida de este orate, que dé un paso adelante y optaré por la clemencia. ¡De verdad! —exclamó y la mirada de sus ojos de lince se deslizó por los rostros de los campesinos.

Al ver la espada, Imma superó la parálisis que se había

adueñado de ella. De repente se desvaneció todo el temor ante el dolor y la muerte, ante el cautiverio y la violación. ¿Acaso no era una monja en nombre de Cristo y, por Su voluntad, obligada a ayudar a los débiles, los enfermos, los hambrientos y los moribundos? Incluso frente a un gran peligro su deber ante Dios era enfrentarse a la injusticia y a los enemigos de la Iglesia. ¿Es que la abadesa Hrortruda hubiera observado cómo un inocente moría ahorcado sin hacer nada? Ese suplicio debía llegar a su fin, aunque a ella le costara la vida.

«Soy una herramienta de Dios, mi vida no tiene importancia», se repitió mentalmente antes de salir de la sombra del roble y aparecer a la luz de las antorchas.

—Yo soy la que buscáis. ¡Y ahora librad a ese hombre de su dolor! —La fe y la cólera endurecieron su voz.

Wala les hizo una señal a sus hombres y unas manos rudas aferraron a Imma.

Ella rio.

—¿Tanto temor os causo para que lancéis tres guerreros contra mí, duque Wala? Os invito a hacer profesión de fe en Jesucristo, ¡pero antes bajad a ese hombre! —exigió.

El duque hizo una mueca, como si hubiese mordido un fruto podrido.

—Soy yo quien actúa en nombre de Cristo, porque al fin y al cabo viajo por encargo del arzobispo Hildebaldo y vos solo sois una ex monja que se apartó de la vera fe y recorre el país en compañía de un charlatán —dijo y apoyó la punta de la espada contra el vientre de Imma—. Pero cumpliré con mi palabra y liberaré al ahorcado. No obstante, ¡antes me diréis dónde se oculta la otra zorra!

Imma se quedó sin aliento, furiosa. Se soltó de las manos de los soldados y le propinó una bofetada al duque, que se tambaleó hacia atrás. La gente rio e Imma trató de

zafarse del todo, pero unos brazos duros le rodearon el pecho y los hombros como tentáculos.

Colérico, Wala le arrancó la antorcha a uno de los campesinos. Entonces se volvió hacia Imma una vez más.

—¿Deseáis la muerte de vuestro amigo? ¡Pues observad!
—siseó y alzó la antorcha.

La luz proyectó sombras agitadas contra el árbol. Bernwin ya casi no se debatía, la cuerda se había hincado en su cuello y sus ojos desorbitados parecían guindas maduras. Lo único que aún se movía eran sus pies, la orina se deslizaba por sus piernas y goteaba en la tierra, un momento después las manos se desprendieron de la cuerda y cayeron a ambos lados del cuerpo y los dedos de los pies de Bernwin se encogieron: había muerto.

Imma no sintió pena, odio ni espanto. Agradeció a Dios por haber liberado al falso Cristo de los suplicios corporales y espirituales y elevó una silenciosa plegaria por su alma.

Wala ordenó a los guerreros que bajaran el cadáver y le quitaran el lazo del cuello. El duque lo cogió y se lo tendió a Imma. El esparto despedía un olor a sudor frío y, asqueada, ella apartó la cabeza.

—¿Dónde está la otra zorra? ¡Contesta!

Wala le azotó el rostro con el nudo del lazo pero Imma permaneció muda.

Si Dios quería llevársela, ella se sometería a su voluntad. Confió que Adelinda se hubiera ocultado bien y entonces recordó haberle pegado a la novicia. Al pensar que el último momento que ambas compartieron transcurrió en medio del odio, el orgullo herido y la rabia se entristeció y se echó a llorar.

Wala temía las lágrimas. Podían despertar la compasión de los campesinos y ponerlos de parte de la monja. Se apresuró a rodearle el cuello con el lazo, pero no logró

encajarlo y tuvo que tironear para agrandarlo.

—¡Tiene el cuello demasiado gordo, incluso para ahorcarla! —les gritó a los campesinos, pero su broma no surtió el efecto deseado. La gente guardó silencio.

Wala empezó a sentirse incómodo. Debía darse prisa. Cuando se disponía a arrojar la punta de la cuerda por encima de la rama oyó un murmullo a sus espaldas e inmediatamente el sonido de cascos. Se volvió rápidamente.

Junto a sus hombres de pronto aparecieron otros jinetes. También eran guerreros, pero vestidos de azul y púrpura. Resultaba difícil calcular su número, eran quince, veinte o más. En las cabezas llevaban preciosos yelmos de hierro y apoyaban los pies en estribos, tal como Wala comprobó sorprendido, ayudas para jinetes de rango superior. Ya había oído hablar de ello: esos no eran sencillos soldados sino miembros de la aristocracia guerrera franca. Dos filas de jinetes se abrieron paso a través de la multitud hasta que la cabeza del contingente se detuvo directamente ante Wala, que, por si acaso, dejó caer la cuerda.

Uno de los jinetes desmontó de la silla de madera con agilidad y se acercó al duque con grandes zancadas, como si tras una larga cabalgada quisiera estirar las piernas entumecidas. Era un hombre viejo pero de aspecto fuerte y superaba a los demás en estatura. Cuanto más se acercaba, tanto más Wala se veía obligado a alzar la vista. La cara del hombre era redondeada y expresaba determinación, un largo bigote adornaba su labio superior y arrugas rodeaban sus ojos, que, más que por la preocupación, parecían causadas por la risa.

El gigante contempló al duque y luego a la monja con la cuerda alrededor del cuello. Después dirigió la mirada al muerto y una vez más a Wala.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Quién sois? —Su voz imponía tanto como su figura.

Wala no se dejó intimidar.

—Soy quien imparte justicia aquí. Soy quien se siente incomodado por vos. Buscad descanso en otro lugar, hay suficientes granjas en la región, y dejad que cumpla con mi cometido. ¡Largaos!

Las espadas salieron de las vainas pero el gigante detuvo a sus hombres alzando la mano y arqueando las cejas.

—¡Cuánta razón tenéis, buen hombre! Soy un recién llegado y os debo más respeto que vos a mí. La peculiar escena despertó una sensación de urgencia en mí e hizo que olvidara mis modales. Por eso, permitid que me presente: me llaman Carlomagno, soberano de los francos y emperador de Occidente.

Capítulo 19

Olfateó el río un día antes de verlo. El aroma del agua fresca penetró en su trompa y arrastró la oscuridad y la confusión que se habían adueñado de su cabeza desde que echara a correr montaña abajo.

¿Cuánto hacía que estaba corriendo?

Abul Abbas había perdido toda noción del tiempo desde que comenzara la hinchazón. Se inició en la cabeza, al principio solo era una ligera presión semejante al peso de un jinete, pero no pasaron ni tres días antes de que se le hincharan las sienes como bubones que rezumaban una secreción que transmitía a todo elefante macho que se encontrara a un día de marcha el siguiente mensaje: ¡lucha o huye!

Una vez al año sufría esa transformación, una muerte y un despertar, al igual que la tierra muere en otoño y renace en primavera. La violencia de esa transformación alborotaba su cuerpo, pero solo unos días. Era el ciclo de la vida.

Lo primero era la niebla que empañaba la mirada, el olfato, el sabor y toda suerte de conciencia.

Ese estado de confusión daba paso a la inquietud, después sus sentidos se agudizaban como si se restregaran contra una piedra de afilar, su trompa absorbía numerosos olores procedentes de una gran distancia; a menudo sufría náuseas causadas por la desagradable mezcla de

innumerables olores.

Abul Abbas se sentía joven y fuerte. Cada vez que daba un paso, cada vez que rascaba la tierra y cada vez que arrancaba hojas y ramas sus músculos se volvían más potentes. Estaba seguro de que era capaz de derribar a cualquier rival con un único golpe de sus poderosos colmillos y una sacudida de su cabeza.

El must, el celo, lo impulsaba. Al igual que el resto de su cuerpo, sus genitales también crecían. Los testículos —cuyo volumen se había cuadruplicado— colgaban dolorosa y excitantemente, la verga estaba tres veces más hinchada y de ella caían gotas verdosas. Protegerla consumía gran parte de su atención porque colgaba hacia abajo y las rocas o los arbustos sobre los que trotaba podían causarle grandes dolores.

¡Se moría de ganas de olfatear una hembra, el dulce aroma de una hembra dispuesta al apareamiento! Pero la comarca estaba desierta, no halló señales en ninguna parte, ni en los árboles ni en los charcos donde las hembras dispuestas solían dejar su orina para llamar la atención. Cuanto más duraba su inútil búsqueda tanto más furibundo lo volvía la soledad. Tan furibundo que a veces la ira le despertaba el deseo de encabritarse.

Interrumpir la búsqueda era imposible, incluso si lo hubiera deseado. No era solo la excitación que lo impulsaba como una púa clavada en la carne, también la herida que le habían infligido los humanos, que palpitaba y ardía y lo obligaba a avanzar. Era como una roca que rueda ladera abajo: imparable.

Apenas notaba la presencia de la mujer y del niño en su amplio lomo. Eran tan livianos que a menudo los olvidaba. Si tras horas de permanecer quietos entraban en movimiento, lo sobresaltaban y el susto lo impulsaba a avanzar con mayor rapidez. Tenderse era imposible, solo lograba dormir de pie;

entonces los dos humanos buscaban refugio bajo su vientre y dormían, incluso durante los chaparrones que caían sobre él y lo aliviaban. La protección que encontraban en el paquidermo mitigaba su suplicio.

Los que quedaron atrás apenas eran algo más que sombras de sus recuerdos. A quien Abul Abbas recordaba con mayor claridad era al hombre de la pierna enferma y los dedos parlantes, que le enviaba mensajes cada vez que lo tocaba con la mano. En contrapartida, Abul Abbas había intentado hacerse entender mediante retumbos. Nunca había oído que un congénere hubiera intentado semejante cosa. Hasta ese momento, él también había creído que los humanos eran incapaces de oír esa clase de infrasonidos. A Abul Abbas ese hombre le había parecido un miembro de su clan.

Expulsó el sentimentalismo de su cuerpo gigantesco. En pocos días pasaría a sufrir el estado más elevado del must; lo temía y al mismo tiempo lo anhelaba. La oscuridad lo envolvería y él se apagaría como el calor del desierto bajo la escarcha de sus noches. El espíritu moría y volvía a renacer, y entremedias el cuerpo se descontrolaba, no reconocía los límites que le imponía la voluntad. Cuando regresaba del olvido, casi siempre descubría que su cuerpo presentaba las heridas de las luchas con otros machos, estaba hambriento y ahído de la melancolía causada por la satisfacción brindada por alguna hembra desconocida.

Pronto alcanzaría el río. Allí quería abandonar a sus jinetes; lo ignoraba casi todo acerca de sus costumbres, pero había notado que eran capaces de desplazarse por encima del agua con mayor rapidez que un cocodrilo. Así que lo mejor era eso: los arrojaría al río y ellos desaparecerían. Si permanecían cerca de él, tal vez los mataría sin darse cuenta cuando el cielo lo abrasara. El río debía llevárselos, mañana mismo.

El destello de las aguas verdosas y negruzcas se encontraba ante él. Los delgados penachos de los juncos y un delicado aroma a huevas de rana y peces lo saludaron desde lejos.

Entre el río y la colina en que Abul Abbas se encontraba con la mujer y el niño en el lomo se extendía un prado verde. Presa de la alegría ante la perspectiva del baño, estiró el cuello y agitó las orejas, luego saludó al río soltando un trompetazo.

Seres humanos recorrían el verdor que les llegaba hasta las rodillas; como una familia de elefantes, avanzaban en fila a través del prado. Algunos iban en carros, pero la mayoría avanzaba a pie. Su meta también parecía ser el río. Al oír su trompetazo el contingente se detuvo. Abul Abbas parpadeó, divertido. ¡Le encantaba asustar a los humanos! Entonces se puso en marcha, al principio con lentitud pero luego con creciente velocidad, se dejó seducir por la abrupta ladera y por fin, embriagado por el celo y el río, se lanzó al galope acompañado de sonoros trompeteos.

Al pasar junto a la procesión de humanos como una exhalación percibió un olor repugnante, pero enseguida desapareció bajo el aroma prometedor del agua fresca. Corrió hasta que le dolieron los músculos y el sudor tiñó de gris su pellejo. ¡Hubiese querido brincar como una gacela!

Las aguas gélidas le dieron la bienvenida y lo dejaron sin aliento. Abul Abbas disfrutó de su fluir y sus olas. Los gritos de la mujer sentada en su lomo y los berridos del niño no lo molestaron, pero le recordaron su propósito. Se hundió en el agua hasta la cabeza y dejó a los humanos a merced del río. Las aguas arrastraron a los jinetes.

Se bañó hasta que se puso el sol. Para limpiarse la trompa inhaló agua, alzó la trompa y expulsó un chorro por encima de su lomo. Bebió a grandes sorbos, se dejó caer en la corriente y percibió las tibias aguas de la superficie y las

capas más frescas inferiores. Incluso el dolor en los genitales se redujo y se volvió soportable.

De pronto el hedor regresó y lo abrumó. Abul Abbas alzó la cabeza y, antes de que los velos de agua se desprendieran de sus ojos, ya sabía de dónde procedía el hedor. Seres humanos rodeaban las orillas del río, su número era mayor que el de una manada de elefantes, el mismo apestoso contingente humano que había dejado atrás en la llanura.

Aunque los humanos no blandían armas ni soltaban gritos guerreros, tal como hacían los cazadores de su patria, no dejaban de emitir una amenaza. Eran sus enemigos, pero no osaban avanzar hacia él en medio del río. ¿Qué debía hacer: remontar la orilla opuesta y desaparecer en el bosque que se elevaba más allá?

Al final se resistió a la corriente y avanzó hacia los humanos. En su corazón palpitaba la ira.

Capítulo 20

Solo había escasas cosas que despertaran el temor de Hunoldo. No lo asustaban el dolor ni la muerte, pero lo inquietaba la salvación de su alma, que, debido a sus negocios escasamente cristianos, quizá se encontrara en peligro. Pero le daba igual.

Contarle mentiras al emperador acerca de sarracenos que merodeaban ni siquiera le había humedecido las manos. Cuando en medio del alboroto en el Mont Cenis todos echaron a correr, se había apoderado de los bienes de los fugitivos introduciéndose bajo las tiendas caídas con la serenidad de un escarabajo que hace rodar su bola de excrementos. El único que había logrado provocarle pánico fue aquel judío, allí fuera en el hielo. Eso había ocurrido hacía cinco días. ¡Maldito hebreo! El viejo le había sonsacado demasiado y su único deseo consistía en que el arzobispo no se enterara de ello.

Hildebaldo era la pesadilla de Hunoldo. La única instancia que respetaba, la única persona a quien se sometía. En presencia del viejo eclesiástico doblaba la espalda y suplicaba amor con la mirada. Solo Hildebaldo tenía el poder de aniquilarlo, pues al fin y al cabo lo había convertido en lo que era.

Como hijo de padres alemanes, Hunoldo fue vendido como esclavo. Ni los apuros ni el tributo de guerra habían

impulsado a su padre a dar ese paso: el único motivo fue la codicia. Hunoldo recordaba su casa paterna como un hogar de personas pudientes y también recordaba imágenes de sus hermanos y hermanas, niños que de repente desaparecían cuando nacían otros. Pero ahora lo sabía: su hogar había sido un taller, una fragua en cuyo regazal no se forjaba hierro sino carne para ser vendida al mejor postor.

Cuando Hunoldo alcanzó la edad idónea su padre lo vendió a un traficante de esclavos. Aún hoy se preguntaba cuánto había ganado el viejo con el chalaneo. El traficante lo había cebado, encadenado y convertido en un catamita —un muchacho para el disfrute de un viejo— antes de encontrar un comprador acaudalado en el arzobispo de Arlés.

El recuerdo tenía un sabor amargo y Hunoldo escupió. Los primeros años de su viripotencia fueron enterrados bajo el cuerpo sudoroso de Hildebaldo, cuya lascivia no tenía límites y cuyo deseo por el muchacho aumentaba en la medida que este se resistía. ¿Se debería a una inspiración divina que el arzobispo Hildebaldo por fin reconociera los talentos de Hunoldo? ¿O acaso Lucifer le había murmurado al oído que sería mejor que descubriera un núcleo duro y malvado en el muchacho en vez de abusar de él hasta la locura? Inspiración divina o sugerencia infernal: un día los lacayos de Hildebaldo lo arrastraron fuera de la alcoba, lo vistieron con ropas caras, le enseñaron modales aristocráticos, lo adiestraron y lo convirtieron en el perro cortesano del arzobispo. A partir de entonces fue la sombra del eclesiástico, siempre a los pies de su amo y viviendo para el día en que lo soltaran de la cadena.

Entonces quedó en libertad. Hunoldo, el comerciante de reliquias, su propio amo, gallardo y rico. No era una mala vida, su padre se hubiera enorgullecido de él, pero esos momentos eran breves y pronto llegaba la hora de volver a la corte, postrarse a los pies del amo y confiar en que estuviera satisfecho con él. En esos momentos el miedo lo devoraba,

temía que el poder de Hildebaldo extinguiera su existencia como agente y comerciante y volviera a arrojarlo a las fauces de la esclavitud.

Ensimismado, Hunoldo cabalgaba a lo largo del Ródano en dirección al sur. El viento otoñal azotaba el río e impulsaba al corcel y al jinete. Hacía cinco días que estaba de camino al punto de encuentro acordado. Día tras día el terror ante el encuentro con Hildebaldo se manifestaba con intensidad cada vez mayor, al principio como falta de apetito e insomnio, después como estado ligeramente febril. Había emprendido viaje como un arrogante paladín que abandona un campo de batalla repleto de cobardes, pero de momento montaba en su caballo con las mejillas hundidas y la espalda encorvada, como el cadáver de un apestado de camino a la fosa común.

La lluvia llegó con la puesta de sol, una húmeda cortina gris ocultó las últimas luces del día, las gotas golpeaban las aguas del río y le azotaban dolorosamente el rostro, la noche era nubosa y cegó la luna. Cuando oscureció por completo estuvo a punto de precipitarse al río junto con su cabalgadura, pero no osaba encender una luz. La barca de Hildebaldo debía de encontrarse cerca y en esa región dejada de la mano de Dios incluso una antorcha podía atraer salteadores de caminos. Hunoldo aflojó las riendas y confió en el instinto de su corcel.

Tras recorrer un buen trecho oyó un crujido a su derecha. Ningún árbol producía un sonido semejante, solo un tablón. Hunoldo suspiró aliviado. Creyera en lo que creyera, en Donar o en el Dios de los cristianos, la mano de un poder superior lo protegía. Volvió a coger las riendas. El brazo de río que buscaba se encontraba justo delante de él, oculto entre la negrura del bosque; la proximidad del arzobispo era tan claramente perceptible como la lluvia que le empapaba las botas. Hunoldo se adentró en el bosque, esforzándose en hacer ruido al romper ramas, a toser y gritar, pues

sorprender a los guardias de Hildebaldo como una silenciosa silueta suponía una muerte segura.

Poco después se encontró ante el anciano eclesiástico en una barca. Con los años, Hildebaldo se volvía cada vez más gordo; el manto de piel de lobo que le cubría los hombros le brindaba el aspecto de un príncipe huno. Dos moscas le rondaban por los colgajos de grasa de la mejilla izquierda y llevaba la nariz empolvada. «Seguro que no se acicaló por mí», pensó Hunoldo y dirigió la mirada a los tenebrosos rincones del cubil de la cubierta en busca de compañeras de juegos o jóvenes catamitas, pero el sitio estaba desierto. Dos velas de cebo proporcionaban una escasa iluminación, la lluvia tamborileaba en el techo.

Hildebaldo se inclinó hacia delante en su silla plegable.

—Llegas tarde, Hunoldo.

—Perdonad, arzobispo. Los días del emperador tienen más horas que los nuestros. Lo encontré en el paso del Mont Cenis, donde acampaba con sus hombres.

—¿Recibió el mensaje?

—Carlomagno oyó lo que había que informar. Su preocupación por los ataques a sus conventos era grande. Demasiado grande.

—Entonces se tragó el cebo.

—Y también el anzuelo. Ni se le ocurrió cabalgar de regreso a Aquisgrán para celebrar un consejo de guerra con la corte. Reunir todo un ejército solo porque un correo cualquiera le lleva noticias... el emperador es demasiado cauteloso para eso. Y demasiado impulsivo. En cuanto se enteró de la extinción de San Albola y San Trófimo ordenó una partida de dos docenas de jinetes y galopó personalmente hacia el sur.

Hildebaldo se puso de pie abruptamente.

—¡Debías conducirlo a Aquisgrán, so desgraciado! ¡A Aquisgrán! ¿Has olvidado por qué no me encuentro en Arlés sino viajando a través de esta comarca?

Hunoldo desvió la mirada.

—¿Y bien?

—Queréis estar presente en las deliberaciones a favor y en contra de una campaña militar contra los sarracenos y manipularlas mediante nuevas historias de horror sobre supuestos ataques.

—Exacto —dijo Hildebaldo en tono peligrosamente dulce—. ¿Y dónde está el único lugar en que es posible convocar el consejo de guerra de los duques francos?

—En Aquisgrán, excelencia.

Hildebaldo calló y lo miró. Un temblor recorrió el cuerpo de Hunoldo: el silencio con que el arzobispo llenaba el recinto era más terrible que las amenazas, los gritos y los golpes. Cuando el viejo arqueó una ceja con aire crítico, Hunoldo cayó de rodillas y lloriqueó.

—¡Miserable criatura!

El viejo se apartó, asqueado, y comenzó a pasearse arrastrando los pies. El sonido de las blandas suelas y el crujido de los tablones marcaban el ritmo del tiempo.

—Hace dos años que preparo este complot y ahora, poco antes de alcanzar la meta, no debe fracasar debido a la memez de un idiota.

Hunoldo reprimió un sollozo.

—Urdiré un nuevo plan, arzobispo.

—¡Tonterías! El camino de regreso está cerrado. Los conventos han sido pasto de las llamas, las monjas y los monjes están muertos; el emperador iniciará averiguaciones y descubrirá la verdad. ¿Acaso debo quedarme sentado en mi palacio y aguardar que me envíe al verdugo? Confiar en tu

duplicidad fue un error. Tu tarea consistía en derramar ponzoña en la oreja del emperador y en cambio le clavaste la espada en el trasero y él echó a correr como un cochino herido. Así que el juego del escondite ya no sirve, la presa ha abandonado los arbustos, los cuernos llamarán a la batida.

Se detuvo ante el arrodillado y se llevó el índice a la boca.

—El emperador es un necio por meterse entre nuestras garras sin protección. En vez de debilitar al reino atizando la guerra contra los árabes, nosotros mismos le cortaremos su cabeza coronada.

Hunoldo carraspeó.

—¿Asesinar al emperador? ¡Eso es una locura!

—Dime un motivo que me lo impida.

—Habrá otra guerra. La sucesión...

—... aún no está resuelta. Los hijos de Carlomagno desatarán una guerra civil por el trono. El *Regnum Francorum* se tambaleará. Finalmente, un soberano débil, quién sabe si también uno menor de edad, se lastimará su dulce trasero sentado en un trono demasiado grande. Bizancio estará satisfecho. No recibirás un castigo por tu fracaso sino una recompensa: serás tú quien dé muerte al gran franco. Si tienes éxito, tu nombre entrará en la *Historia francorum*, en cuya redacción mis monjes desperdician su tiempo. Si vuelves a fracasar te arrojaré a una fosa infernal en la que sorberás la locura y saborearás dolores hasta que tu cuerpo y tu alma se pudran. Reza, actúa con eficacia y agradece a Dios que me inspiró a volver a perdonarte la vida.

Hunoldo pasó dos días en la cubierta de la barca de carga, inspirando el aliento pantanoso del río. Hildebaldo meditaba sobre nuevos planes en el cubil o dando paseos por el húmedo bosque, dejando a su siervo a merced de la lluvia y el frío. Hunoldo lo soportó con la serenidad de un hombre a

punto de ahogarse que de pronto se ve salvado de manera inesperada.

Si ese era el castigo por el error cometido en el Mont Cenis, entonces, en comparación con lo que Hunoldo había esperado, parecía una caricia. Incluso el encargo de asesinar al emperador no lo asustaba. Fueran cuales fuesen los siniestros planes del arzobispo, Hunoldo se juró que superaría cualquier obstáculo, se enfrentaría a cualquier enemigo, incluso se arrojaría a la muerte con tal de asegurarse el aprecio de ese hombre incomparable.

Cuando durante la segunda noche el arzobispo lo mandó llamar, el frío y la humedad habían calado tan profundamente en los huesos de Hunoldo que no dejaba de castañetear los dientes. El castañeteo era tan sonoro que Hildebaldo tuvo que repetirle tres veces los detalles de su siniestro plan.

Hunoldo abandonó el barco de madrugada, empacó provisiones y se alejó a caballo para poner fin al reino franco. El plan de Hildebaldo era perfecto, ni siquiera debía emprender la búsqueda de la presa: Carlomagno hallaría sus huellas como el águila halla al conejo. Él se encargaría de que lo hiciera. Empezó camino al sur y se alisó el cabello. A fin de cuentas, ¿quién temía a un emperador?

Capítulo 21

Por los siete hijos del Profeta, Mazruq. Hoy mismo **P**emprenderemos el camino de regreso y volveremos a unirnos al contingente imperial. Las dunas de arena del Nafud son menos desoladoras que estas tierras húmedas y frías. Si fuera califa renunciaría a extender el Dar al Islam a este gélido infierno.

Jalid se inclinó sobre el lomo del caballo para esquivar una rama; tres mantos le envolvían los hombros, del sucio turbante blanco caían gotas de lluvia en el lomo de su corcel negro.

Mazruq al Atar, que cabalgaba en cabeza, miró por encima del hombro y se dirigió a uno de sus compañeros.

—Os gustaría regresar a casa aprisa, donde las mujeres os aguardan con las piernas abiertas, ¿eh?

Jalid tosió.

—Tardaríamos meses en llegar a Bagdad y solo unas semanas en alcanzar Aquisgrán. Si ahora damos la vuelta podemos darle alcance al contingente imperial en dos días.

—La hija del emperador perdió la cabeza por ti, Mazruq —intervino Hubaish—. Seguro que de ella podrías haber aprendido algo más. Propongo que nos dirijamos a Aquisgrán con ella, pongamos fin a la misión de paz incluso sin el elefante y disfrutemos de la vida en la corte imperial durante

unas semanas.

—Hubaish tiene razón, Mazruq. Nos merecemos unos días de descanso. Imagínatelo: tantas mujeres como seas capaz de soportar; dicen que en los palacios celebran orgías. Después nos embarcaremos y navegaremos plácidamente hasta la patria. ¿Qué opinas?

—*Dshihar*, Jalid. ¿Aún recuerdas lo que significa? Apoyo en todas las situaciones de la vida y absoluta sinceridad. ¡Recordadlo! Juramos cumplir con el *dshihar* antes de abandonar Bagdad. Y aún no he cumplido mi venganza.

Jalid hizo avanzar su caballo y se puso a la par de Mazruq.

—*Dshihar*, *dshihar*, *dshihar*. Aquí tu código de honor tiene el mismo valor que el hueso de un dátil. ¿Es que el propio Profeta, que Dios lo bendiga y le dé la paz, no permitió excepciones a sus leyes? ¿Acaso no libró a los viajeros de la *salât*, la obligación de rezar? ¿Y en cambio qué hacemos nosotros? Rezamos. Cinco veces al día y da igual que nos encontremos en un pantano y colguemos de las rocas. Olvida tu venganza y regresemos a casa, amigo mío.

Mazruq lo contempló con mirada abrasadora.

—Si alabar a Alá solo es un deber para ti, te aconsejo que te conviertas al cristianismo. Estarás en buena compañía entre los infieles, porque ellos tampoco rezan con el corazón sino con el culo.

El otro soltó una carcajada furibunda.

—¡Diablos, Mazruq! Estás loco. ¿Hacia dónde cabalgamos en realidad? ¿Cómo piensas encontrar al sajón y al hebreo? A lo mejor cayeron a un precipicio. E incluso si todavía estuvieran vivos: ¿cómo pretendes encontrar a dos hombres en un país en el que puede ocultarse todo un pueblo?

Mazruq refrenó su corcel y desmontó, recogió algo del suelo y se colocó junto al caballo negro de Jalid.

—Si quieres derrotar al enemigo has de conocer sus metas y alcanzarlas antes que él —dijo, y depositó lo que había encontrado en las manos del asombrado Jalid: era un puñado de estiércol de elefante.

Thankmar despertó sobresaltado y soltó un grito. De los viejos tilos por encima de su cabeza una bandada de cornejas se elevó al pálido cielo. Solo era un sueño; trató de recordarlo antes de que la realidad lo cubriera como la tierra cubre una tumba nueva.

Había jinetes en el sueño, francos armados. Cerró los ojos para volver a ver sus siluetas; la aldea presentaba un aspecto diferente pero era el mismo asentamiento que él había llamado hogar. Eran los días tras la última batalla ante la fortaleza de Sigisburg, y guerreros francos cabalgaban a lo largo del río Weser de una aldea a la siguiente para exigir tributos a los vencidos. Esclavos. Todavía notaba la áspera soga en torno al cuello y la cintura, oía los sollozos de las mujeres y veía los rostros obstinados de los hombres. Un franco le clavó la lanza en el vientre a su padre maniatado, tan profundamente que le arrancó las tripas. El padre de Thankmar murió sin presentar batalla, como un cobarde. El Valhalla permaneció cerrado para él, así que a partir de entonces se veía obligado a trasgugar en los sueños de los vivos.

Thankmar se estremeció, se puso de pie y trató de olvidar el sueño, pero no logró desprenderse de una mortecina inquietud. Su padre había sido un noble germano, no un siervo litón. El mismo, Thankmar, podría haber llevado la vida del vástago de un príncipe sajón, pero la lanza de un franco lo había desprovisto de su herencia y convertido en esclavo.

Isaac ya había partido de madrugada para explorar y le

ordenó que esperara. El tiempo se le hacía largo; no osaba volver a dormir, así que se acuclilló a orillas del río masticando tallos de hierba y haciendo rebotar guijarros en el agua. El sol otoñal brindó un par de días tibios a los mosquitos para su última cría. «¡Qué extraño! —pensó Thankmar—. Hace poco la nieve aún cubría el mundo.»

Entonces recordó cómo se había deslizado a lo largo de la cuesta nevada y helada. Si al principio creyó que se precipitaba a la muerte, al final el recorrido resultó un placer divertido. La nieve que salpicaba cuando hincaba los talones en el suelo, la alegría desbordante por haberse burlado de Mazruq por segunda vez, la breve sensación de libertad... La precipitada carrera acabó al pie de una ladera rocosa. Isaac había sufrido algunas lastimaduras y un arañazo le enrojecía la nariz, pero no malgastó ni una palabra al respecto y se limitó a quitarse la mugre de la piel rasguñada.

El regusto de la pesadilla y el aburrimiento despertaron la cólera de Thankmar. Pronto dejó de buscar pequeños guijarros planos que rebotaban una, dos, tres, cuatro, cinco veces en la superficie de las aguas y recogió piedras grandes. Arrojó piedras al agua hasta que le dolieron los hombros, observando ceñudo cómo chocaban contra el agua. Recorrió la orilla de un lado a otro y se preguntó qué estaba esperando. Su patria se encontraba al norte. Si actuaba con destreza e ingenio podría alcanzar Haduloa en dos o tres lunas.

¿Dónde diablos estaba Isaac? ¡Hacía mucho tiempo que se había marchado! Mediante la clepsidra podría haber medido el tiempo con exactitud, pero el aparato quedó en el paso, junto con los caballos, las provisiones, *Gisela*, y *Abul Abbas*. Si por él fuera, cabalgarían de regreso al Mont Cenis por el camino más corto para recoger lo que se hubiera librado del incendio.

Isaac regresó cuando cayó la noche. Hizo caso omiso de

la mordacidad del sajón y, mediante un largo monólogo, informó a Thankmar de lo que había averiguado.

Era de suponer que Berta y la corte se habían dirigido al norte y estaban de camino a Aquisgrán. Si el multitudinario contingente franco hubiese emprendido camino hacia el sur habría dejado rastros inconfundibles, pero Isaac no descubrió nada y las únicas personas con que se encontró fueron dos balseros gordos que descansaban en la orilla y perdían el tiempo jugueteando con unos faisanes. Ellos tampoco supieron informarle de nada extraordinario, pero estaban dispuestos a intercambiar su balsa más pequeña y un faisán por dos sólidos de oro.

Ante la sorprendida mirada de Thankmar, Isaac le enseñó el tintineante forro de su manto rojo.

—Los hombres ricos saben manejar la aguja y el hilo — dijo el judío con una sonrisa maliciosa.

El plan de Isaac consistía en dirigirse al sur en la balsa, puesto que Aquisgrán ya no les interesaba. Se trataba de encontrar al emperador, y este había emprendido viaje hacia el sur.

Thankmar protestó. ¿Por qué no buscar a *Abul Abbasi* ¿Qué pasaría con Gisela?

—Quizá vagan juntos allí arriba entre las rocas y mueren de hambre o sufren ataques de animales salvajes. —El recuerdo del oso y la muerte de la granjera acentuaron sus palabras.

Isaac negó con la cabeza y, con expresión grave, procuró brindarle una explicación. La misión de paz había fracasado, dijo, en Aquisgrán solo encontrarían duques gordos. Y a Berta. Pero el emperador se había dirigido al sur para apagar un leño en llamas antes de que desatara un incendio. Daba igual que Carlomagno lograra controlar la situación en el sur o no: su misión, la de Isaac, solo podría cumplirse allí.

Thankmar argumentó en contra, pero el judío no se dejó convencer. Ordenó a Thankmar que preparara el faisán y se retiró a orillas del río para lavar sus heridas.

La balsa era una birria. A la mañana siguiente y de una sola mirada, Thankmar se dio cuenta de que los diez troncos de abedul sujetos con correas no valían ni un sólido de oro. Los juncos estaban desgastados y los pellejos de animal que proporcionaban flotabilidad, podridos y agujereados. Esa piltrafa no tardaría ni dos días en hundirse en el río bajo el peso de los dos hombres.

Mientras el sajón insultaba la balsa y tironeaba de las maderas y correas, Isaac lo observaba en silencio, de brazos cruzados. Cuando le preguntó a Thankmar si podía arreglar la balsa este reaccionó con tanta violencia que hizo callar el coro matutino de las aves acuáticas. Dijo que el plomo flotaría mejor que esas maderas podridas, que ni siquiera servían para encender una hoguera pasable. Siguió refunfuñando, corrió de un lado a otro, se mesó los cabellos y le pegó una patada a la balsa. Pero esta se negó a desarmarse.

—Necesitamos calabazas —dijo por fin.

A menos de una hora de camino descubrieron un campo repleto de calabazas verde claro maduras al sol otoñal. No tardaron en cortar cinco y vaciarlas. Pronto colgaban de la balsa de troncos de abedul, proporcionando flotabilidad a la bamboleante estructura.

Thankmar estaba de pie hasta la cintura en las frías aguas del Ródano y batió palmas. Contempló a Isaac sonriendo de oreja a oreja; el judío permanecía en la orilla y le lanzó una mirada de aprobación. El sajón volvió a comprobar los nudos.

—Así podremos lograrlo en dos o tres días. Venid, cabalgaremos el río hasta que nuestro vehículo se deshaga.

Isaac hizo caso omiso de sus palabras y montó en los troncos de un brinco.

—¡Adelante, pertiguero! —ordenó, y Thankmar empujó la balsa al centro del río.

Al principio fueron a la deriva de una orilla a la otra, pero tras un poco de práctica aprendieron a manejar la pértiga y lograron mantenerse en el centro del río, donde avanzaban a mayor velocidad y se topaban con escasos obstáculos. El agua les mojaba los pies y, cuando avanzaban lentamente, incluso les llegaba hasta las pantorrillas, pero gracias a las calabazas flotaron alegremente Ródano abajo.

De camino guardaban silencio y escuchaban la melodía del río. Thankmar entendía la lengua de las aguas; el borboteo, el murmullo y los chapoteos eran los mismos de los arroyos y ríos del norte. Le traducía los deseos del río a Isaac mediante breves comentarios.

El otoño ornaba las aguas negras con hojas bronceas, rojas y doradas. Desde el norte ráfagas de viento recorrían el valle del río, vientos duros que arrancaban las últimas hojas de los árboles. Thankmar deseó tener una vela.

Isaac no desaprovechaba ninguna oportunidad para interrogar a las escasas personas que habitaban en las orillas. ¿Un grupo de jinetes enfundados en armaduras? ¿Luchas o incendios en las proximidades? ¿Fugitivos de la guerra que ascendían desde el sur? Nadie había notado nada extraño.

Una y otra vez Thankmar insistió en que abandonaran la infructuosa búsqueda y se dedicaran a rastrear a Gisela y *Abul Abbas*.

—De acuerdo —acabó por gruñir Isaac—. Regresemos. Por lo visto, la búsqueda de un emperador te parece una tarea demasiado difícil, así que intentémoslo con el elefante. ¿Por dónde empezamos?

Thankmar no lo sabía y la balsa siguió flotando en dirección sur.

Las noches en tierra eran frescas e incluso entre los altos juncos apenas hallaban protección. El viento barría las nubes de lluvia, pero las ráfagas tironeaban de los cabellos y los mantos. Todas las mañanas Thankmar se sorprendía al ver que la tormenta no había arrancado la balsa del amarre y tampoco la habían destrozado.

Una noche, mientras acampaban junto al río, Isaac se levantó de repente, dejó caer el abadejo que Thankmar había pescado y se adentró a toda prisa en la negrura más allá de la tenue luz de las llamas. Thankmar apenas tuvo tiempo de sorprenderse cuando el judío volvió a aparecer jadeando, se alejó una vez más y luego regresó. Por fin se detuvo y se pasó las manos temblorosas por la blanca corona de cabellos.

—¿Qué pasa, amo? —El susto asfixiaba sus palabras.

Como un fantasma, Isaac se acercó a la orilla y se sentó en una roca con la mirada clavada en la oscuridad. Thankmar no lo siguió. A la mañana siguiente, cuando despertó de un sueño ligero, el viejo seguía sentado en el mismo lugar, gris como la ceniza fría, y solo reaccionó cuando Thankmar lo zarandeó por el hombro. Isaac contempló a su esclavo como si no recordara quién era.

—El viento porta tiempos extraños —dijo el judío, y cogió la pértiga para montar en la balsa.

Esas fueron las únicas palabras que pronunció en todo el día.

Thankmar no se atrevió a hacer preguntas y ya a la mañana siguiente su paciencia se vio recompensada. Con las piernas separadas, Isaac permaneció de pie en la balsa y dio rienda suelta a todas las palabras que el día anterior había refrenado. Habló y habló y su rostro ardía como el de una muchacha que se pellizca las mejillas hasta volverlas

sonrosadas para complacer a su amado.

Señaló la espelta que se arremolinaba por encima de los campos y flotaba en el aire como copos de nieve. Al oír el croar de las ranas recordó la historia del rey que siempre llevaba un sapo sujeto a los genitales porque creía que aumentaba su virilidad. Después le contó el cuento de la princesa y el mozo de cuadra que todas las noches se amaban en secreto en los aposentos de la joven. Una noche nevó y el muchacho ya no pudo abandonar el aposento sin ser descubierto pues las huellas de sus pisadas lo hubieran delatado. Así que la hija del rey, en agradecimiento por sus favores, lo sacó del castillo cargándolo a sus espaldas. En la nieve solo quedaron las huellas de sus delicados pies.

—Si mañana te brindara la libertad, ¿qué harías?

Las aguas del río estaban agitadas e Isaac tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima del rumor.

—Os acompañaría como manumiso hasta que hubierais alcanzado vuestra meta. —Thankmar se preguntó si el río revuelto había tergiversado las palabras del viejo... o incluso su espíritu.

—¡No! —gritó Isaac—. ¡Quiero una respuesta más inteligente!

Thankmar reflexionó, medio divertido y medio irritado.

—Iría en busca de *Abul Abbas* y Gisela y viajaría con ellos hasta mi hogar.

Isaac le indicó que se acercara a la orilla. Amarraron y montaron un mísero campamento. La tarde aún no había transcurrido. Thankmar se quedó mudo; desde que iniciaran el viaje era la primera vez que la prisa abandonaba al judío y ya no insistía en seguir avanzando hasta el agotamiento, solo para acercarse doscientos pies más a la meta. Thankmar se dispuso a buscar zarzamoras y nochizos y recoger los hayucos que se les escapaban a las ardillas. Pero Isaac lo

llamó y lo obligó a sentarse a su lado.

—Tu hogar está perdido, Thankmar. —Era la primera vez que su amo pronunciaba su nombre—. ¿Lo comprendes?

El sajón asintió, pero sin comprender. El corazón le palpitaba con fuerza.

—Los sajones han perdido la guerra, tu familia está muerta o dispersada. Viduquindo se hizo bautizar, vuestro jefe ha abjurado de los viejos dioses y tú solo eres lo que queda de un pueblo aniquilado. No puedes regresar. Nunca podrás.

—Lo sé —susurró Thankmar y sus lágrimas se mezclaron con las gotas de lluvia.

La tormenta arreció y el viento dobló los juncos contra las aguas hasta que los penachos se sumergieron. Thankmar cerró los ojos anegados en lágrimas y solo entonces se dio cuenta de que no habían buscado refugio entre los árboles o al borde de una ladera. La lluvia les caía en la cabeza y resbalaba por sus rostros dejando surcos blancos en la piel sucia.

Isaac calló hasta que la tormenta amainó un momento.

—Vosotros los sajones os consideráis víctimas de los francos, pero no es así. Vuestro tiempo transcurrió, el mundo ya no os necesita. Puede que solo se deba a la casualidad que fuese Carlomagno quien acabó con vosotros. Lo que cuenta es el resultado: tu pueblo ha sido barrido por una tormenta como esta, una tormenta incesante que barre los países y los libera de lo superfluo, de lo que sigue con vida cuando debiera haber muerto hace tiempo.

—¿Por qué? Mi familia, mi tribu... nunca quisimos hacer la guerra. Comerciabamos pacíficamente con nuestros vecinos.

—Y ahora os habéis disuelto en el pueblo de los francos, un pueblo que marcará los próximos siglos. Pero incluso esa

poderosa cultura ya alberga la semilla de la extinción, al igual que todo aquello que la precedió. Me informaron que hace cien años los reyes de esta región llevaban el pelo largo hasta la cintura, que recorrían la comarca en carros que conducían de pie; en ello el pueblo reconocía al soberano: un hombre de cabellos largos de pie en un carro. Y hoy en día, ¿alguien mostraría respeto ante un hombre semejante? No; le arrojarían piedras. Eso fue lo que le ocurrió a Childerico, el último de los merovingios. Sus súbditos se rieron de él hasta que Pipino, su mayordomo, el antecesor del actual emperador, se apiadó de él y lo encerró en un convento. Según me han contado, hasta su muerte hizo que los monjes lo arrastraran por el patio del convento de pie en su carro.

Isaac hizo una pausa y luego prosiguió.

—Los romanos, los burgundos, los gépidos, los ostrogodos y los visigodos, incluso los hunos: todos ellos tenían su lugar en la historia y, sin embargo, se vieron obligados a abandonarlo para dar paso a lo nuevo. No creo que se marcharan por su propia voluntad, pero si se hubiesen resistido a su destino y hubieran desaparecido lentamente como tribus raquílicas, apenas nos acordaríamos de ellos. En cambio, así siguen siendo los orgullosos pueblos que antaño fueron, pueblos con una lengua, una cultura, una identidad. A los sajones les sucederá lo mismo; de momento están aniquilados y esa pérdida te afecta directamente, pero permanecerán grabados para siempre en la memoria de la humanidad. Al reino de los francos le aguarda el mismo destino; hoy es un gigante, mañana se convertirá en un enano y dentro de mil años nadie sabrá dónde se encontraba Septimania. El tiempo es más poderoso que todos los reyes del mundo.

La tormenta se intensificó y arrancaba las palabras de los labios de Isaac. El viejo tuvo que gritar para hacerse entender.

—No te cierres ante el viento de los tiempos. Se lleva lo que ya está enfermo y moribundo. Sin él, el mundo sería un lugar asfixiante, lleno de cadáveres vivientes. ¡Ábrete al destino! ¡Ábrete!

Isaac se puso de pie y las ráfagas casi lo derribaron; se tambaleó, recuperó el equilibrio, se afirmó en el suelo y extendió los brazos como un ave que busca un viento ascendente. Permaneció en esa posición, apoyado contra la tormenta, mientras garras invisibles le despeinaban los blancos cabellos y su manto rojo era un ondeante estandarte mojado. A Thankmar le pareció que quería ordenar al río que se dividiera y buscara un nuevo lecho.

Entonces el sajón vio que el viejo abría lentamente la boca, los labios delgados se separaron como si entonaran un cántico consistente en una única y prolongada vocal. Pero ningún sonido brotó: quien cantaba era la tormenta. Thankmar la notó penetrar en el cuerpo del anciano como una vela flácida y quedar atrapado buscando una nueva salida. Isaac bebió la corriente de aire hasta que Thankmar creyó que el judío reventaría.

Se quedó acuclillado en el charco que se había formado en torno a él, con los brazos sobre las rodillas. Puede que Isaac tuviera razón, pero él, Thankmar, quería quedarse allí, pegado a la tierra. Antes de verse arrastrado por los nubarrones de la locura prefería morir en medio de la mugre.

Por la mañana volvieron a emprender viaje. La inquietante conducta de Isaac no había dejado huellas y aún hablaba como si debiera llenar todo el tiempo con palabras. Al principio Thankmar lo escuchaba con atención, pero el murmullo del río no tardó en apagar los monólogos sobre historias carolingias, el *Renovatio Imperii*, Alcuino de York y los hacheros del norte.

El cadáver del caballo chocó contra la balsa de un modo tan repentino que Isaac perdió la pértiga. El negro cadáver había surgido por detrás de un meandro del río. Un inquietante temblor recorrió la balsa, pero los troncos y las correas aguantaron. Asustados, los hombres clavaron la vista en la jaca que flotaba en el agua, los jirones de su pelaje, el vientre hinchado y los ojos amarillentos.

—Aquí en el sur hay caballitos de mar de un tamaño sorprendente —dijo Isaac, pero ni siquiera él mismo se rio de su gracia.

Al mediodía de ese día gris un cadáver humano flotó hacia ellos, una mujer boca abajo en la corriente. Tenía cabellos negros pero Thankmar temió que fuera Gisela. La empujó con la pértiga hasta que se hundió, giró lentamente sobre su eje y volvió a emerger como una carpa gigantesca.

Cuando logró apartar la mirada de aquel cuerpo hinchado, Thankmar estaba tan aliviado como asustado. La muerta no era Gisela, nunca había visto a esa mujer, pero sus pies lo desconcertaron: estaban pintados de blanco desde los dedos hasta las pantorrillas, y ni el agua ni la podredumbre habían disuelto la pintura. Él conocía esa ornamentación corporal: los pies blancos señalaban a los esclavos que iban de camino al mercado donde serían vendidos, la señal de que se trataba de mercancía fresca que aún creía que podía escapar del yugo. De vez en cuando uno de ellos lograba huir, pero allá donde fuera los pies blancos lo delataban. Thankmar sabía por propia experiencia el tiempo que las manchas permanecían en la piel hasta que por fin se desvanecían. No cabía duda de que la muerta era una esclava, pero ¿cómo había llegado hasta allí? Vio que Isaac fruncía el ceño en silencio.

El tercer cadáver no era un esclavo: llevaba un jubón verde, era barrigón, anillos cubrían sus dedos y calzaba botas de piel amarilla. Tenía la cabeza aplastada como si hubiera

ido a parar entre dos ruedas de molino: una papilla de piel, cerebro y astillas de huesos.

Isaac le ordenó que atracara. Prefería caminar hasta lastimarse la planta de los pies antes que recorrer el negro río Estigio en una balsa inestable, hasta que lo tragara el inframundo del Hades. Thankmar no comprendía las palabras, pero él también quería abandonar las aguas lo antes posible. Si antes no había reflexionado sobre lo que tal vez se ocultaba en las profundidades del río, ahora lo acosaron fantasías acerca de ejércitos de cadáveres hundidos que se retorcían en aquellas aguas negras, ponían los ojos en blanco y trataban de agarrarlo. Cuando la balsa rozó los guijarros del fondo, Thankmar saltó a tierra. No quería volver a sumergir ni un dedo del pie en ese río de los muertos.

Arrastraron la balsa hasta la orilla y la cubrieron de hojas y tierra. El viento que soplaba del sudoeste estaba cargado de humo.

Isaac se quitó la suciedad de las manos.

—Fuego. En las proximidades. En otras circunstancias hubiese dicho: le haremos una rápida visita a quienquiera que ase carne en esas llamas y se caliente los pies, pero en el río flotan cadáveres. Sea lo que sea que arde allí, huele a desgracia.

—Mirad, allí detrás de las zarzamoras hay tres manzanos. Las copas todavía son tan frondosas que podemos pasar a su amparo. Mañana, cuando el peligro se haya desvanecido, podemos rodear el incendio trazando un amplio rodeo.

—No. Nos marcharemos de inmediato. ¿Y si la invasión de los árabes ya ha llegado aquí? Es mejor que sigamos el viaje sin hacer averiguaciones, de lo contrario podríamos ir a parar detrás de las líneas enemigas.

—Pero el origen del incendio también puede ser otro.

—Ya. Por eso nos arrastraremos subrepticamente hasta

allí y lo comprobaremos. A lo mejor solo se trata de una sopa grasienta hirviendo en la hoguera y todos cuantos la prueban caen al río muertos.

Thankmar hizo una mueca.

—Pues entonces al menos recojamos unas manzanas del suelo. Mi hambre es más abrasadora que cualquier hoguera, ¿sabéis?

—No, no lo sé, pero las provisiones nos vendrán bien.

Isaac ordenó al sajón que lo hiciera y poco después este regresó con los brazos llenos de manzanas un poco pasadas. Repartieron el botín y se llenaron los bolsillos. Apaciguado, Thankmar hizo malabarismos con un par de manzanas de un pálido rojo y les hincó el diente.

Capítulo 22

La tierra inundada se había convertido en un lodo negro en los que sus pies se hundían a cada paso. Remando con los brazos, Thankmar e Isaac se tambaleaban a través del pantano que se abrió ante ellos en cuanto se alejaron del río. Resquebrajados senderos de tablas, apenas visibles bajo el barro, conducían al origen del olor a quemado. Una fina columna de humo se elevaba por encima de un terraplén, indicándoles el camino.

Por detrás del terraplén debía de haber una aldea, un lugar fácil de defender. Thankmar recordó los asentamientos sajones que, erigidos en islas en medio de la tierra pantanosa, eran casi inalcanzables, y allí sucedía casi lo mismo: a la derecha el río, a la izquierda el pantano y entremedio el terraplén que rodeaba las casas en semicírculo. Un baluarte que se cobraría un elevado tributo en sangre.

Casi habían alcanzado el terraplén; el camino de tablas conducía a un paso entre las laderas. No se veía ningún guardia. Cuando, presa de la inquietud, Thankmar quiso llamar la atención de Isaac sobre la no vigilada entrada resonó un berrido al otro lado del terraplén.

—*Abul Abbas* —susurró Thankmar y echó a correr hacia el terraplén.

Isaac lo siguió, protestando. Se agazaparon y

remontaron la ladera, se arrojaron sobre la tierra resbaladiza, arriesgaron una mirada por encima del terraplén y Thankmar comprobó que su suposición era correcta: la fortificación era semicircular y llegaba hasta el río. Rodeaba una pequeña aldea formada por una docena de casas alargadas y de dependencias construidas en otros terraplenes para protegerlas de las inundaciones. Una casa había sido pasto de las llamas y las ruinas todavía humeaban.

En el centro de la aldea, en un lugar despejado de unos cien metros de diámetro, se elevaba un roble inmenso cuyo tronco no podrían haber abarcado cinco hombres. *Abul Abbas* estaba encadenado a ese monumento de madera dura como la piedra. Desde la pata delantera izquierda del elefante hasta el roble se extendían eslabones de hierro de brillo plateado, como el collar de perlas de un gigante.

Durante un momento, Thankmar dudó de que realmente se tratara de *Abul Abbas*. El animal parecía furibundo, tironeaba de la cadena, trompeteaba y se movía en torno al árbol presa de la ira, hasta que la cadena acababa por enrollarse alrededor del tronco y lo obligaba a detenerse. Entonces aguardaba un instante, se giraba y andaba en dirección opuesta, de manera que la cadena volvía a aflojarse. Agitaba las orejas y miraba en derredor con ojos inquietos. ¿Es que ese era el animal de carácter bondadoso en cuyo lomo Thankmar había cabalgado y dormido como en el regazo de una madre?

—¡Por Lilit, asesina de niños! —siseó Isaac y señaló a Thankmar un grupo de hombres y mujeres que se apiñaban a orillas del río.

Estaban maniatados y la pintura blanca de los pies los identificaba como esclavos. Aquella muerta flotante debía de haber sido una de ellos.

Nadie más se asomaba a las puertas y ventanas de las casas, solo cuatro caballos pastaban entre las retamas

espinosas y de vez en cuando le lanzaban miradas nerviosas al elefante furibundo; se trataba de un bayo, un alazán y dos ejemplares negros.

—Es él, amo, lo hemos encontrado —dijo Thankmar con los ojos muy abiertos.

—¡Un verdadero golpe de suerte! —susurró Isaac, pero su rostro expresaba algo muy distinto.

—¿Queréis abandonar a *Abul Abbas*? —Horrorizado, Thankmar aferró el brazo del judío—. ¿Por qué? Solo nos separan unos pasos, y, además, no hay nadie cerca. ¿Acaso creéis que no me obedecerá? No os preocupéis, sé lo que debo hacer —dijo, metió la mano bajo la túnica y extrajo el amuleto. El ave brilló en su mano, roja y dorada—. Con esto puedo dominar a *Abul Abbas*, lo vuelve loco. En Pavía logré comunicarme con él mediante este amuleto. Tal vez no sea la palabra correcta, pero él me comprendía. El destello de esta cosa... cuando la ve se vuelve manso como un cordero. Estabais inconsciente cuando ocurrió, pero debéis creerme. Estas piedras albergan alguna suerte de hechizo.

Isaac aferró la muñeca de Thankmar con inusitada fuerza.

—¿De dónde lo has sacado? —El sajón bajó la cabeza—. Lo robaste. Merodeaste por las noches, te acercaste a mí y me lo quitaste, ipiojoso ladrón!

Thankmar quiso retroceder, pero la mano del viejo parecía de hierro.

—No lo sabía... lo encontré en el suelo, camino de Pavía. Debéis de haberlo perdido allí.

—¡Dedos largos y gruesas mentiras! Pero te agradezco la sinceridad; casi te había tomado aprecio, ¿sabes?, pero ¿qué esperaba? Quien hoy se casa con un ladrón, mañana correrá desnudo por la ciudad. ¿Acaso no dicen eso?

Isaac soltó la mano del sajón. Thankmar dejó colgar el brazo sujetando el amuleto e Isaac cogió el ave con mucho cuidado, como si tuviese alas de mariposa, y se colgó la correa de cuero del cuello.

Thankmar entreabrió los labios apretados.

—¿Y *Abul Abbas*?—El elefante ya no forma parte de mi misión.

—Os salvó la vida, deberíais estarle agradecido.

—¿Por qué no intentas robarlo? No debería resultarte difícil. —Isaac se puso de pie, bajó del terraplén y regresó al pantano. Sin volverse, gritó—: ¡Eres libre! ¡Ve adonde quieras! Ya no necesito a alguien como tú.

Thankmar permaneció acucillado en la ladera, aturdido e incapaz de ponerse en pie.

—¿Libre? —murmuró y entonces gritó a espaldas de Isaac—.

¡Vuestras palabras no significan nada! ¡Siempre fui libre y siempre lo seré! Vos sois el esclavo, el perro que lame las botas de su amo. ¡Ahora marchaos y venteadlo para que os palmee la barriga y os arroje un hueso!

Isaac hizo caso omiso de sus palabras y no se volvió.

Largarse o quedarse. ¿Orgullo o lealtad?

A Thankmar ya no le quedaba tiempo para reflexionar. En la aldea resonaron voces, sobresaltadas por los gritos. Cuando se volvió, vio cuatro figuras que salían de la casa junto a la cual descansaban los caballos.

Los caballos... Solo entonces se dio cuenta: el bayo y los dos caballos negros eran los animales que habían dejado atrás en la montaña. De pronto Thankmar supo quién acechaba allí: Mazruq, Jalid y Hubaish, el triunvirato infernal oriundo de las arenas del desierto, los flagelos de su destino. Junto a ellos vislumbró otra figura, el jinete del cuarto

caballo.

—¡Por Hugin y Munin! —exclamó al reconocer al hombre.

La misma panza, los mismos brazos carnosos y los mismos ojos de mirada codiciosa. Incluso a esa distancia, Thankmar creyó percibir el olor a cebolla del gordo cuerpo. No cabía duda: bajo el dintel estaba Grifo, el mercader de esclavos, y se pasaba la mano por el cráneo calvo.

Thankmar quiso huir, correr tras Isaac, pero no logró despegar la vista de los cuatro hombres, que de pronto parecían discutir. Grifo agitaba los brazos con gesto airado, Jalid y Hubaish trataban de convencer a Mazruq al Atar y este les gritaba. Ponzososas palabras árabes llegaron a oídos de Thankmar. Se asomó por encima del terraplén, ansiando comprender lo que estaban diciendo y el motivo de la pelea. La discusión se tornaba cada vez más violenta y los gestos, más amenazantes. Finalmente, Hubaish puso fin a la discusión, alzó la lanza, gritó palabras incomprensibles y arremetió con el arma.

Thankmar creyó que sus deseos se cumplían y sus enemigos se destrozaban mutuamente, pero no tardó en comprender que se había equivocado: Hubaish no se lanzó contra Grifo, Jalid y Mazruq: su objetivo era el elefante.

Darse cuenta hizo que Thankmar se pusiera de pie y, con grandes zancadas, cojeara ladera abajo, arrastrando la pierna mala con frenesí. Una punzada le atravesaba el pie, pero no dejó de avanzar, aunque no lo bastante rápido: el lancero alcanzaría al animal antes que él.

—¡Isaac! —llamó Thankmar—. ¡Isaac! —El pánico dio fuerza a su voz.

Hubaish se detuvo en seco, descubrió al sajón y echó a correr hacia su nueva víctima.

El cascarrabias de Hubaish acabaría por ser la perdición de todos ellos. Atónito, Jalid clavó la vista en su camarada que corría hacia el elefante alzando la lanza. Jalid también opinaba que debían dar muerte a *Abul Abbas*, y había tratado de convencer a Mazruq y Grifo, pero en medio de la acalorada discusión Hubaish se había puesto en pie de un brinco.

—No siento el menor interés por el estado de vuestro negocio, Grifo —le había dicho Jalid hacía un momento al gordo mercader.

Estaba sentado en un bloque de madera ante la casa ruinosa donde acampaban, comiendo papilla de mijo de un cuenco.

Los habitantes de la casa aguardaban en el interior, cerca de la puerta y con la cabeza gacha. Asqueado, Jalid frunció el labio superior. El viejo flaco estaba cubierto de moratones debido a la paliza propinada por Grifo, su gorda mujer estaba acurrucada a su lado, temblando, quizá temiendo que abusaran de ella.

Jalid arrojó el cuenco a los pies de la mujer y se dirigió a Grifo una vez más.

—Volver a encontraros supuso una suerte para nosotros. Agradezco a Alá por ello, sus caminos son insondables. Fue él quien nos envió al elefante, para que el animal nos condujera hasta vos. Pero ahora estamos aquí y la bestia se ha convertido en un problema. Lo dicho: el elefante debe morir.

Miró en derredor en busca de aprobación, pero solo Hubaish asintió con aire pensativo y por enésima vez se llevó la copa a los labios.

—Un brebaje paradisíaco. Cerveza. Es imprescindible que averigüemos la receta y se la demos a probar al califa una vez hayamos regresado a casa. La intercambiaría por todas las vírgenes del Paraíso, esas de ojos negros y encantos

imperecederos. Y si me lo preguntas, sí: deberíamos matar al elefante.

Un puño golpeó la copa y esta cayó al suelo; desconcertado y con la barba llena de espuma, Hubaish contempló la mueca que crispaba el semblante de Mazruq.

—¡So pedazo de sapo impío! ¿Acaso no basta con que te des al vino noche y día? Y ahora incluso bebes esa ponzoña de los francos. A juzgar por el color, su elaboración es tan sencilla como repugnante. ¡Ja! Preferiría suicidarme antes que beber esa asquerosidad.

Hubaish se puso de pie y se plantó ante el menudo Mazruq con actitud amenazadora.

—El elefante seguirá con vida —decidió Mazruq—. Hasta que hayamos encontrado al judío y al sajón el animal se encuentra bajo mi protección. Ellos lo buscarán y lo encontrarán, y con ello solo hallarán la muerte a manos mías. Después podréis asar *a. Abul Abbas* en miel si eso es lo queréis.

Jalid se adelantó a Hubaish, a quien la cólera enrojecía el rostro.

—Desde que hace unos días encontramos a *Abul Abbas* solo ha habido muerte y destrucción. No sé qué lo ha cambiado tanto. Se ha convertido en un monstruo furibundo. ¡Miradlo! No deja de dar vueltas alrededor de ese árbol durante todo el día, ya no necesita forraje, ya no busca agua, solo esa inquietud y moverse sin parar. Dejamos una estela de devastación a nuestras espaldas. Aplastó dos chozas de pescadores, derribó una granja, atropelló una caravana de peregrinos y aquí en esta aldea, en la que queríamos aparecer como pacíficos viajeros, demolió una casa hasta que se incendió. Los francos que murieron no me importan, pero hasta un emperador ciego descubrirá la huella que dejamos. Y entonces que Alá sea con nosotros.

—Lo será, no lo dudes. Y el judío y su sajón también darán con la huella. —La voz de Mazruq se suavizó—. Tus argumentos son palabras verdaderas, hermano Jalid, pero olvidas que fue nuestro amigo Grifo quien volvió a encontrar al elefante. Seguro que has comprendido que el bueno de Grifo está convencido de obtener una suma importante con su venta, ¿verdad? ¿Quieres desproveerlo de su recompensa?

Jalid evitó mirar al traficante de esclavos.

—Grifo se arruina a sí mismo. Dos de sus esclavos murieron aplastados y ensartados en los colmillos durante el intento de encadenar a *Abul Abbas*. Un mal negocio, según mi opinión.

—Pero no te la he pedido. El elefante... —Mazruq enmudeció, porque de pronto Hubaish cogió su lanza apoyada contra una pared y echó a correr.

—¿Qué se propone, qué se propone? —chilló Grifo y se puso de pie. Aunque no entendió una palabra de la discusión en árabe, parecía sospechar lo que estaba en juego.

Encabezados por Mazruq, los hombres se precipitaron tras Hubaish.

Sabiendo que no podría escapar de los atacantes, Thankmar agachó la cabeza, se abalanzó sobre Hubaish, esquivó la lanza y chocó contra el pecho del árabe, que trastabilló hacia atrás. Thankmar siguió de camino a su nueva meta: *Abul Abbas*.

El elefante todavía trotaba en torno al roble, enrollando la cadena al tronco. Tras dar tres vueltas, volvía a desenrollarla. Thankmar dirigió un grito al animal, pero este no reaccionó. Jadeando, cojeó tras el gigante e intentó cogerle la cola para que le prestara atención.

Algo golpeó la parte posterior de su cabeza y el sajón cayó. La sangre le nubló la vista, el lado izquierdo de su cráneo estaba entumecido, luego un dolor punzante la atravesó y, con mano trémula, se restregó la sangre de los ojos. Ante él una oreja flotaba en un charco de sangre, su propia sangre que goteaba de su cabeza. Tardó unos momentos en comprender que la oreja en el charco era la suya.

Se volvió al oír una carcajada salvaje. Hubaish se inclinaba sobre él mostrando sus largos dientes, aferrando con ambas manos una lanza que le apuntaba. No fue necesario que Thankmar entendiera el torrente de palabras en árabe para comprender el propósito del musulmán. Hubaish alzó los brazos despacio y se detuvo, como si disfrutara del momento. La punta de acero pendía encima de la cabeza del sajón como el hacha de un verdugo.

Thankmar se arrastró hacia atrás y volvió a maldecir su destino. Hacía unos instantes había perdido el amuleto con cuyo poder habría podido recurrir a la ayuda de *Abul Abbas*; aún notaba la lisura de la almandina en la punta de los dedos. Demasiado tarde: Isaac había desaparecido junto con el ave.

Reculó hasta que chocó contra el tronco del árbol y allí se quedó, como un escarabajo aguardando a que lo aplastaran con el pie. Allí donde antes había estado su oreja lo martirizaba un dolor abrasador, la herida sangraba y le resbalaba por el cuello, el hombro y el pecho. Hubaish volvió a tomar aire y Thankmar hincó los dedos en la tierra buscando apoyo... pero la muerte no cabalgaba en el asta de la *qanah* de Hubaish.

El elefante se *acercó* con pasos atronadores, aún recorría el circuito, ciego y sordo al mundo. Thankmar se apretó contra el roble para escapar de las tremendas patas. Hubaish también bailoteó con agilidad y se puso fuera del alcance del

gigante, pero en cuanto este pasó por su lado la cadena se tensó, golpeó la espalda del árabe y lo empujó hacia el árbol. Hubaish dejó caer la lanza y trató de zafarse por debajo de la cadena, pero estaba demasiado tensa y lo presionó contra el roble, siguió enrollándose alrededor del tronco y lo aplastó. El árabe trató de inspirar hondo, pero la cadena lo partió en dos.

La sangre tibia empapó la cabeza de Thankmar y le anegó la nariz y la boca, tanto que durante un instante creyó que lo asfixiaría. Gargajeó y tosió hasta que el aire otoñal volvió a llenarle los pulmones. Se alejó del árbol arrastrándose a cuatro patas y procurando esquivar la mortal cadena. Finalmente, presa del dolor y la repugnancia, se dejó caer exhausto sobre la hojarasca húmeda. Hubaish estaba muerto. *Abul Abbas* le había salvado la vida al sajón. Tal vez había perdido la fe en los dioses demasiado temprano.

Alguien lo tironeaba del brazo.

—¡Rápido! ¡Hemos de largarnos de aquí!

Isaac había regresado y su voz le proporcionó renovadas fuerzas. Se puso de pie y se dejó arrastrar.

«¿Qué ha sido de vuestra misión?», quiso preguntar, pero de su garganta solo surgió un graznido. Y una carcajada. Había escapado de la muerte por los pelos, la sangre de su enemigo aún lo empapaba y un dolor agudo le abrasaba todo el cuerpo. Así pues, ¿por qué reía? ¿Acaso se había vuelto loco?

Alcanzó el terraplén y notó que Isaac se había rezagado. Se volvió hacia el judío y no dio crédito a lo que vio.

Isaac se había detenido y esperaba. Todo en él parecía colgar sin vida: los largos cabellos apelmazados, el manto rojo hecho jirones y manchado de fango, y también las manos huesudas, que parecían afectadas por un misterioso temblor.

Desde el otro lado del claro una figura se acercaba a toda prisa; llevaba un atuendo negro y un turbante blanco. Una mueca demoníaca crispaba el rostro de Mazruq al Atar, que corría hacia Isaac como el viento del desierto. ¿Por qué el viejo no huía?

—¡Daos prisa, amo! —gritó Thankmar, pero el otro permaneció inmóvil.

Entonces echó a correr hacia el judío e incluso desde lejos oyó el malvado jadeo del árabe, vio las amarillas chispas del odio reflejadas en sus ojos y como su sable volaba de su cinto a su mano.

Cuando Mazruq se detuvo ante Isaac tuvo que alzar la vista.

—¡De rodillas, infiel! —rugió colérico.

Isaac no se movió.

Mazruq blandió el sable.

—¡Ponte de rodillas! Abjura de tu Dios y profesa las enseñanzas del Profeta y de Alá. Entonces te regalaré una muerte rápida.

—¡Que se os lleve el Peludo! Aún no lo habéis comprendido, Mazruq. —La voz de Isaac era monótona—. Ambos le rezamos al mismo Dios, si bien nos referimos a Él con un nombre diferente. Y también somos de la misma sangre, aunque nuestros padres son oriundos de lugares muy distantes entre sí. Harun al Rashid os envió a este viaje para que lo comprendáis. Es la verdad. Habló de ello conmigo. Aprecia vuestra fuerza y vuestra voluntad, más de lo que imagináis, pero también conoce vuestra debilidad: el temor, Mazruq. El temor es lo único que albergáis en vuestro corazón y eso os convierte en un peligro. Para el califa, para la corte, para el reino y en última instancia para vos mismo. Sabéis ocultarlo, es verdad, pero siempre os acompaña. El temor desnudo. Miraos: un anciano trémulo y un esclavo

tullido os infunden tanto temor que debéis atacarlos con una espada.

Mazruq seguía aferrando el sable, pero no se movió.

—Teníamos un deber común, pero vos nunca creísteis en él. ¿Por qué? Supongo que porque no comprendisteis nada. Harun al Rashid no solo nos envió para llevarle obsequios a Carlomagno. El elefante, la clepsidra, todas las preciosas telas y perfumes solo eran accesorios para cumplir con los deberes de la cortesía. Pero el auténtico mensaje de paz éramos nosotros mismos: Mazruq al Atar, el musulmán; Isaac, un hijo de Israel; Thankmar, el germano que le reza a los antiguos dioses. Como cristiano, Carlomagno hubiera completado el cuarteto. Cuatro religiones, cuatro culturas, y, sin embargo, todas pertenecientes a una única tribu. Se trataba de reconocerlo y demostrárselo a los dubitativos. La paz, amigo mío, no arraiga en un montón de armas arrojadas al suelo, La paz solo florece y prospera en nosotros mismos.

—¡Si quieres la paz búscala en el infierno! —gritó el árabe y le cortó la cabeza de un único mandoble.

—¡No!

Thankmar cayó de rodillas junto a su amo. Sangre espesa manaba del cuello y formaba un charco. Un último temblor recorrió el cuerpo del anciano.

¿Dónde estaba la cabeza? Debía recoger la cabeza. Mientras Thankmar, ciego de espanto, buscaba el cráneo con la vista presionó las manos sobre la horripilante herida del viejo. Lenguas rojas asomaban entre sus dedos, el colgante de almandina se deslizó del pecho inmóvil del judío y, sin que Thankmar se percatara, quedó pegado a su muñeca. Bajo los dedos notaba la contracción cada vez más débil de las arterias.

—¡Volved, amo! —gritó, sin hacer caso de la burlona carcajada del árabe.

De pronto lo agarraron del pelo y lo arrastraron hacia atrás alejándolo del cadáver. Sintió como si agujas se le clavaran en el cuero cabelludo, pero se debatió y se resistió a la fuerza que quería alejarlo de su amo. Que le arrancara el cráneo: él debía encontrar la cabeza de Isaac, Isaac necesitaba recuperarla.

Alguien lo obligó a ponerse de pie. Aun sin verlo reconoció a Grifo por el olor. Recibió un puñetazo en la mandíbula y la punta de una bota se clavó en su abdomen, pero antes de que volviera a caer al suelo unos brazos fuertes lo rodearon. Debían de ser los de Jalid, que estaba detrás de él.

Entonces se le apareció la imagen borrosa de Mazruq al Atar.

—Los peces se meten en la red por sí mismos. ¿Es que no lo pronostiqué, Jalid?

Por detrás de la oreja ilesa del sajón resonó la voz áspera de Jalid.

—Sí, tenías razón. Pero tu satisfacción le costó la vida a nuestros compañeros. Primero Sanad, y ahora Hubaish. ¿Quién será el próximo?

—No temas, hermano —se apresuró a decir Mazruq y desenvainó un puñal—. Ya hace demasiado tiempo que el asesino de Hubaish juega con nosotros. —Se acercó a Thankmar hasta que las cerdas de su barba negra arañaron la cara del sajón—. Ignoro cómo se llaman tus dioses, pero si criaturas como tú les rezan deben de ser unos idiotas carentes de testículos. Díselo de mi parte.

Entonces Mazruq clavó el puñal en el vientre de Thankmar; una vez, dos, tres veces, hasta la empuñadura. El sajón abrió la boca y los ojos y luego se desplomó. Jalid lo dejó caer y quedó tendido en el suelo, inmóvil.

Mazruq se volvió.

—Ven, Jalid. La voluntad de Alá se ha cumplido. Ya nada nos retiene en estas apestosas tierras. Bagdad, la flor del Tigris, aguarda a sus hijos, amigo mío.

Jalid se desprendió del brazo con que Mazruq le rodeaba los hombros.

—¿Y qué será de Hubaish? No podemos dejarlo tirado para que lo devoren los perros.

—¿Cómo pretendes recuperar el cadáver? Mira: la bestia aún traza sus círculos. ¿Le rogarás que se detenga un momento para recoger los restos de tu amigo muerto?

—Pero si eres tú quien conoce una respuesta del Corán a todo. A lo mejor puedes susurrarle al elefante la séptima sura al oído.

Entonces seguro que se elevará al cielo como el arcángel Gabriel y desaparecerá.

Mazruq no se dejó provocar por las palabras de Jalid.

—Cabalgaremos antes de que se ponga el sol. Si queréis acompañarnos a Bagdad, Grifo, debéis deshaceros del elefante. Viajar con él resultó demasiado arriesgado; no quiero acabar en estas tierras lanceado por francos enloquecidos y hervido en una olla. Dejadlo aquí y punto. Tarde o temprano los habitantes de esta aldea se encargarán de él.

El mercader asintió con expresión sombría.

—Comprendo. La venta del animal podría haberme supuesto una ganancia de unas diez libras de plata en una corte aristocrática. Pero es mejor que viaje con vosotros. Que la corte del califa se convierta en mi mercado. Cumpliréis con lo acordado, ¿verdad?

—Cumpló con la palabra dada —dijo Mazruq, riendo, e indicó el cadáver del sajón—. Preguntádselo a ese si no me creéis.

Ya se proyectaban sombras azules sobre la aldea cuando los jinetes partieron junto con los esclavos. Incluso cuando el resonar de los cascos se había apagado hacía un buen rato, los aldeanos aún no se atrevían a salir de sus casas. *Abul Abbas* se había detenido por fin, permanecía inmóvil y con la trompa colgando entre los tres cadáveres cuya sangre ya estaba cubierta de una costra negra. Si las ranas no hubiesen elevados sus cánticos a la luna, el lugar habría carecido de vida, tanto que incluso hubiera atemorizado a la propia Muerte.

Una sombra que se acercó a toda prisa hizo enmudecer abruptamente a las ranas. Pies desnudos pisaban las hojas y chapoteaban en el fango. Una silueta atravesó la plaza del pueblo. En caso de que algún habitante hubiese notado la presencia del misterioso visitante, estaba demasiado asustado como para dar la alarma. Puede que un observador hubiera tomado la figura por el diablo en persona, que esa noche entraba sigilosamente en la aldea para ver la rica cosecha en almas que le había sido brindada. O por el espíritu de uno de los muertos que regresaba para devastar la aldea.

Con los primeros rayos de sol, los habitantes abandonaron cautelosamente sus casas y se reunieron en la plaza, sorprendidos. Junto al roble solo se encontraba la cadena a un lado del cadáver del árabe. Pero el elefante había desaparecido... y también los otros dos muertos. El viento azotaba los rostros de los hombres y mujeres y algunos creyeron oír su risa.



Capítulo 23

El conde Saudrat de Mondsee era un gran guerrero. Las huellas de innumerables batallas marcaban su cuerpo y él las llevaba con orgullo, si bien no favorecían su aspecto. Una cicatriz vertical deformaba el lado izquierdo de su rostro, de la barbilla a la frente y solo interrumpida por un ojo apagado. Le habían cercenado el labio superior y el tupido bigote no lograba disimularlo. Visto desde lejos era como si Saudrat nunca dejara de sonreír. Según la costumbre de los nobles francos llevaba cinco lazos multicolores trenzados en los cabellos; en la mano izquierda le faltaba un dedo y solo le quedaba la mitad de la derecha, así que resultaba casi inimaginable que ese hombre pudiera blandir una espada y prácticamente increíble que formara parte de la guardia de corps del emperador, la legendaria *Scara francisca*. ¿Qué cualidades poseía Saudrat, pues?

Apestaba. Imma retrocedió ante el aliento hediondo y rogó no ofender al conde con ese gesto. El conde se había acercado a ella a menos de un paso de distancia y, sin la cota de malla, el hedor de su cuerpo hendía el aire. Imma respiró por la boca.

—¿Así que el emperador por fin está dispuesto a hablar conmigo? ¿Tras dejarme esperando dos días tiene el descaro de mandarme llamar en vez de presentarse en persona?

—Por supuesto —dijo Saudrat, esquivando la pregunta—.

Pero es el emperador y lo que manda debe acontecer.

—¿No tenéis voluntad propia? ¿Qué pasaría en este reino si todos los habitantes aguardaran una orden del emperador?

—Por supuesto —repitió el conde y apoyó el peso en la otra pierna—. Pero resulta que lo ha ordenado...

Imma reprimió otros argumentos y elevó una oración loando el candor. Si ese ejemplar era un representante de la élite imperial, entonces el gran reino franco no llegaría a celebrar las próximas Navidades. Estaba harta, quería hablar con el emperador y dejar atrás el rancio tufo del conde.

—Bien, me habéis convencido. Ahora mismo me dirigiré a la tienda imperial.

Aunque tras la llegada de Carlomagno el granjero Leidrad puso toda su granja a disposición del emperador, este había insistido en alojarse en su tienda de pieles de oso. Dijo que un blando lecho de paja era bueno para los traseros de las mujeres y los ancianos, pero que un emperador dormía junto a sus soldados.

—No, hermana, el emperador no se encuentra en su tienda, se está bañando en el río. ¡Seguidme, por favor!

Saudrat intentó invitarla con un gesto que resultó tan galante *como un cintarazo* mortal con una espada.

¿Se estaba bañando? Imma se preguntó si debía volver a protestar, pero desistió: no quería seguir torturando el carácter candoroso de Saudrat. Acompañó al guerrero a lo largo del sinuoso camino que se extendía desde la granja hasta las orillas del Ródano.

El camino que solían recorrer los carros estaba sembrado de charcos entre los cuales islas de hierba ofrecían un apoyo seguro. Las banderitas —que hacía escasos días habían ondeado al viento, alegres y multicolores— colgaban de los palos, mojadas y tristonas. Imma procuraba esquivar los charcos, pero a Saudrat no parecía importarle mojarse las

botas: los atravesaba como si no existieran. «Los hombres son seres muy extraños», pensó la monja y deseó volver a encontrarse en el mundo femenino de San Albola.

—Sois una monja, ¿verdad? —preguntó Saudrat, contemplándola con su ojo sano. Pese a la fresca brisa otoñal tenía la frente cubierta de sudor.

—Sí, lo soy. Mis ropas ya no se corresponden a mi rango; seguro que jamás habéis visto una monja que lleve una falda tan tosca. Aunque no lo creáis, antaño esta tela cubría las piernas de un carretero en forma de pantalón.

El guerrero echó una mirada abochornada a la falda.

—Sois una mujer hermosa, monja —dijo, con el mentón apoyado en el pecho.

¿Y eso qué significaba? ¿Acaso ese hombre pretendía cortejarla?

Le lanzó una mirada de desaprobación a aquel soldado mucho más alto que ella, pero este mantenía la vista baja. La idea de agradarle a un hombre, de agradarle de verdad, no como le había gustado al carretero Ludwig, alimentó su vanidad. Durante un instante pensó en su nariz rota, que también reducía su belleza bastante moderada, al igual que el corte en la oreja. Después se desprendió de su engreimiento y rogó a Dios que la perdonara. Un guerrero de la guardia imperial, bruto como un caballo, le hacía cumplidos embarazosos y ella se conducía como una novicia antes de convertirse en monja. Como Adelinda.

Pensar en su compañera de viaje le brindó una excelente oportunidad para recuperar la compostura.

—¿Vuestros hombres ya han iniciado la búsqueda de mi novicia? —preguntó, intentando sonar autoritaria.

—¿Las monjas pueden casarse?

El susto hizo que Imma pisara un charco y se hundiera

hasta el tobillo. Si Saudrat cabalgaba al ataque del mismo modo en que cortejaba a las mujeres, sus enemigos estaban apañados. Negó con la cabeza.

El conde se arriesgó a lanzarle otra mirada a Imma, que procuraba sacar el pie del barro.

—¿Y tampoco consentiríais en fugaros conmigo?

Imma resopló, presa de la indignación.

—Respetable señor conde, soy una monja y no una mercancía de venta en el mercado de carne. ¿Consentir a fugarme con vos? ¿Y sin la bendición de Dios? Ni hablar. Vos sois un guerrero que respeta la palabra del Señor, pero cuya vida (debido a vuestro oficio) se salta numerosos preceptos bíblicos. Incluso si fuerais un monje, casarme con vos sería imposible.

—¿Por qué?

La voz apagada aumentó la ira de la monja. Quería chillarle, hacerle comprender que era un individuo tosco y feo cuya proximidad le resultaba insoportable y que debiera batirse en retirada, pero las orejas rojas que asomaban bajo los cabellos grises del conde le revelaron cuán dura le resultaba su sinceridad a Saudrat, y ello le hizo apiadarse.

—Porque estoy prometida a otro.

Imma se asustó: acababa de confiarle el mayor secreto de su vida a un desconocido; de pronto se sumió en un mar de tristeza y las lágrimas anegaron sus ojos.

Saudrat la observó llorar, mudo, tan curioso como consternado. Sus lágrimas le servían para mantener a raya al conde, pero al mismo tiempo su propia tristeza la irritó. La última vez que había experimentado semejantes arrebatos fue en los días en que su sangrado mensual empezó a desaparecer. En aquel entonces el menor motivo bastaba para sacarla de quicio: el vino de misa derramado, una disonancia en el coro o la añoranza de las novicias. Pero eso

había ocurrido hacía varios años. Ahora, esos días de sensibilidad extrema le eran ajenos, en la actualidad era otra: una que intercambiaba golpes con carreteros y mataba asesinos alevosos. Así que, ¿por qué lloraba?

Apareció el río y oyeron voces masculinas. Imma se apresuró a secarse las lágrimas con la manga y procuró no enrojecerse la piel, porque su propósito no consistía en despertar la compasión del emperador, sino en que diera crédito a sus palabras.

Desde que dos días atrás había aparecido de manera sorpresiva y evitado que la ahorcaran, solo había visto a Carlomagno desde lejos. El emperador siempre estaba ocupado, nunca permanecía en el mismo lugar mucho tiempo y siempre estaba rodeado de al menos cinco corpulentos miembros de su guardia de corps, entre ellos Saudrat. Dos de ellos fueron enviados a explorar el terreno la primera noche que llegaron, con el fin de observar posibles movimientos del enemigo.

Aquella noche Imma se había sentido tan agradecida al franco por salvarla que se arrojó a sus pies y abrazó sus rodillas hasta que una mano fuerte la alzó, poniendo fin a su actitud de profunda humildad. Sin embargo, cuando con voz entrecortada ella empezó a hablarle de los delitos de Wala, del diabólico arzobispo, de la fantochada árabe, del laberinto, del carretero Ludwig, de Bernwin y el carbonero, sus palabras se convirtieron en un torrente incomprensible. Carlomagno le rozó la mejilla con el guante remachado de hierro y le dijo que se tomara un poco de tiempo, hasta que recuperara el sosiego.

Desde entonces habían pasado dos días. Dos días en los que Imma tuvo tiempo de enterrar el cadáver de Bernwin en el cementerio de la granja. Aunque los campesinos todavía incineraban a sus muertos permitieron que Imma cavara una gran tumba, tal vez porque sentían respeto ante la autoridad

religiosa de la monja. Le dieron una pala de madera, pero nadie le prestó ayuda en la pesada tarea: en vida, Bernwin ya les había resultado demasiado espeluznante a los granjeros. Ninguno osaba entrar en contacto con su cadáver.

El muchacho que la había saludado cuando llegaron a la fiesta se acuclilló al borde de la tumba, observó en silencio a Imma mientras trabajaba y escupió semillas de manzana en el agujero. Cuando le aconsejó que atara al muerto de pies y manos y le apoyara una pesada piedra en el pecho para que no volviera a levantarse, ella le arrojó puñados de arcilla al granujilla hasta hacerlo huir.

Imma había estado presente en entierros de campesinos en los que una procesión de siervos y criadas desfilaba alrededor de la tumba; incluso solían conducir a las reses junto al cadáver para que este las bendijera. En cambio, el entierro de Bernwin fue breve. Tras trabajar duramente Imma carecía de la fuerza necesaria para rezar y llorar al muerto y, agotada, arrastró el cadáver hasta la tumba tirando de sus pies. Consideró que Bernwin había encontrado la paz a tiempo, la serenidad que la vida no le brindó. Estaba segura de que, allá donde se encontrara, ahora se enfrentaría a un juez indulgente.

Cerrar la tumba le costó el último resto de fuerza, pero Imma no se concedió un descanso. Dado que el emperador todavía no quería debatir sus asuntos, aprovechó el tiempo en buscar a Adelinda en los establos y a orillas del río y preguntó a los habitantes de la granja si habían visto a su acompañante, pero la novicia seguía sin aparecer.

De vez en cuando se topaba con la esmirriada figura del duque Wala, y cada vez se escondía tras unos sacos de harina, un arado, los caballos o cualquier cosa lo bastante grande para ocultarla de su mirada cruel. Imma no sabía si la estaba buscando, pero confiaba en que la inevitable confrontación con el duque se dirimiera bajo la mirada del

emperador. Este por fin estaba dispuesto a escucharla, pero la ocasión escogida por Carlomagno para darle audiencia era bastante extraña, ¿no? Un baño en el río. Seguro que eso no se correspondía con el ceremonial cortesano de palacio. Ya oía los gritos, el chapoteo y el alegre jolgorio de los nadadores cuando volvió a dirigirle la palabra a Saudrat, que avanzaba a su lado en silencio.

—¿A qué viene este extraño encuentro? ¿Por qué no me reciben en la tienda del emperador? ¿Por qué aquí, lejos de la corte, mientras Carlomagno toma un baño? —Pero mientras hacía las preguntas ya se le había ocurrido la respuesta y el conde confirmó sus sospechas.

—Aquí no hay oídos corruptos —gruñó.

Así que el emperador le había prestado oídos y dado el suficiente crédito a sus balbuceos como para hacerla callar de inmediato, a fin de que no circularan rumores entre los granjeros. ¿Acaso resultaría que al final el emperador estaba más al corriente de las intrigas de Wala y el arzobispo de lo que parecía? ¿Que solo simulara ser un ingenuo que prefería tomar un baño en vez de ocuparse de los peligros que lo amenazaban?

—Sufre un desgarrón muscular, por eso nada en el río, se lo recomendó su barbero cirujano.

Saudrat señaló las cinco cabezas que a menos de cien pies de distancia flotaban en el agua como corchos.

—¿Quién más lo acompaña?

Imma entornó los ojos pero no distinguió los rostros. Había albergado la esperanza de encontrarse a solas con Carlomagno, envuelto en un manto. En cambio, la aguardaban cinco hombres desnudos.

—Si no me equivoco, lo acompañan Waifar de Metz, Ulfberto de Tours, Hadrado de Saint-Denis y Harmido de Reims.

La buena visión del conde la asombró, su ojo sano gozaba de la vista de un halcón capaz de descubrir un ratón en un campo de trigo.

—¿Y el duque Wala? —preguntó.

—Ha desaparecido. Hoy el emperador lo mandó buscar en cuatro oportunidades, pero no apareció. No debéis preocuparos.

El humor de los bañistas era muy desenfadado, algunos luchaban en las aguas como oseznos, al tiempo que revelaban más piel desnuda de lo que agradaba a Imma. Se persignó y clavó la vista en el suelo. Cuando alcanzó a los bañistas les dio la espalda, las impertinencias de los guerreros le provocaron rubor.

—Os agradezco, hermana Imma, que hayáis aceptado estas circunstancias extraordinarias y hayáis acudido.

La que llegó a sus oídos era la fuerte voz de bajo del emperador y ella se estremeció al imaginar esa voz en medio de la batalla, rugiendo órdenes y gritándole al enemigo. Recordó que antaño ese hombre había establecido el sitio de la fortaleza de Aeresburg y comandado un inmenso ejército, solo separado de Imma por una empalizada de madera. Fue él quien hizo talar el Irminsul, el responsable de su traslado... y quien envió a Isaac a la fortaleza.

—Os agradezco que me escuchéis, majestad.

Imma se preguntó si «majestad» era la forma correcta de dirigirse a un emperador. Después se regañó por ser una necia: una mala preparación suponía media derrota.

—Llamadme Carlos. Los modales complicados se practican en los palacios, no en el campo. Y ahora informadme de lo que sabéis.

Los gritos y chapoteos de los hombres se apagaron; solo de vez en cuando alguno de ellos resoplaba para sacarse el agua de la nariz. Fue como si Imma volviera a ser la chantre

del convento, pero en vez de las monjas en esta ocasión quienes la escuchaban eran unos guerreros bañistas.

—Me llamo Imma. Hasta hace poco tiempo era la chantre del convento de San Albola, situado en Septimania. Pasé media vida tras los muros del convento y en los últimos días mis hermanas y yo sufrimos más horrores que en todos los largos años anteriores.

Aunque temía que no podría narrar su historia ante ese público extraño y revivir el horror y la desesperación, para su sorpresa de pronto comprobó que las palabras brotaban fluidamente de sus labios. Habló de la aterradora noche en el laberinto, describió con palabras muy precisas las imágenes de los asesinatos y el incendio que se habían grabado en su memoria. Evocó el hedor de la madera quemada y la carne carbonizada y describió la desesperación que le dio la fuerza necesaria para acabar con la vida de un hombre. Tanto Adelinda como Hunoldo formaron parte del informe, pues inculpaba a este último de la desgracia que se abatió sobre San Albola. El arzobispo Hildebaldo, el carretero Ludwig, Bernwin, el inquietante carbonero y el duque Wala... evocó a todos ellos como un grupo de malditos de camino al submundo.

Los oyentes la escuchaban como hechizados y solo rara vez la interrumpían con exclamaciones de asombro o indignación. Finalmente, describió la muerte de Bernwin y la llegada del emperador, solo instantes antes de que ella misma casi se hubiera convertido en víctima de las intrigas del duque.

—Esa es mi historia —dijo por fin y tragó saliva para humedecer su garganta reseca.

En el campo de rastrojos del que no despegaba la vista se reunieron las cornejas y entonces la invadió un recuerdo. Tanteó el amuleto colgado de su cuello.

—Una historia larga e impresionante —oyó decir al

emperador—. Pero el duque Wala os contradice en ciertos puntos. ¿A quién he de creerle? ¿A una monja respetable que dedicó su vida a Dios y sus mandamientos? ¿O al más íntimo de los amigos de un arzobispo cuya consagración aprobé en persona porque es un eclesiástico absolutamente confiable? Es una decisión muy difícil. ¿No podéis convencerme un poco más de vuestra honestidad?

Imma temblaba de ira y se volvió apretando los puños. Era hora de mirar al emperador a los ojos. Le daba igual si había algo más que ver.

—Hace treinta años presté un juramento y dediqué mi vida a Dios. Nunca experimenté la bendición del matrimonio y tampoco la dicha de ser madre. En cambio, las que se convirtieron en mi familia fueron mis hermanas durante treinta años. ¿Creéis que miento? Pues seguid creyéndolo. No afirmaré ni juraré nada. No ante vos, ni siquiera aunque fueseis el Papa en persona.

Los bañistas le dedicaron sonrisas burlonas desde el río, solo el rostro del emperador se ensombreció ante su arrebató. Imma se sintió insegura, mas no permitiría que nadie dudara de su veracidad, ni el emperador ni...

—¿El Papa? —La voz del soberano pareció surgir de un pozo profundo—. Nadie osa comparar mi poder con el de la Santa Sede. ¡El Papa! Sin mí ya no existiría el Papa, el *Patrimonium Petri*, los obispos y los conventos. O sois la hija de la necedad o bien del descaró.

—¿Es que todos los seres humanos no poseen dos progenitores? —siseó Imma como una serpiente de cascabel—. Los vuestros deben de haberse llamado arrogancia y despotismo.

La sonrisa burlona de los guardias de corps se borró. Antes de que Carlomagno pudiera replicar, Imma se recogió la falda y se alejó, impulsada por la cólera. La invadía el gorjeo histérico del triunfo y al mismo tiempo la amargura de

la derrota.

Regresó a la granja a toda prisa. Cuando alcanzó las puertas del granero respirando entrecortadamente ya había recuperado el oremus. ¿Había enfadado al emperador? ¡Qué más daba! Las sensibilidades no debían interponerse cuando el bien del reino estaba en juego. Que Carlos —a partir de entonces lo llamaría como si ambos fueran del mismo rango— se cociera en su vanidad hasta volverse negro. Antes o después tendría que reconocer la verdad y dar crédito a sus palabras.

En la granja reinaba el mismo ajeteo que en un cuartel. Tras la fiesta todos los huéspedes habían emprendido viaje a sus aldeas y granjas. Demasiado apresuradamente, tal como se quejó el granjero Leidrad, pero ¿quién podía tomárselo a mal? De momento, la aristocracia guerrera del emperador acampaba en el campo de rastros al oeste de la granja. Los acompañantes del duque Wala habían montado sus tiendas del otro lado. Aunque ambos grupos se comportaban de manera pacífica y pasaban el día almohazando sus caballos, afilando sus armas y susurrando diabluras en los oídos de las criadas, la tensión chisporroteaba en el aire. Hacía calor y, sin embargo, ningún guerrero se había quitado la pesada cota de malla; y el chirrido de las armas restregadas contra las piedras de afilar parecía una muda amenaza.

Mientras Imma entraba en el oscuro granero, decidió que esa noche reuniría a todos los soldados y celebraría una misa al aire libre. Eso enfriaría los ánimos.

En vano intentó encontrar la paz en la oración: los pensamientos se arremolinaban en su cabeza y cayó en un sueño inquieto.

Cuando volvió a despertar empapada en sudor, el lecho

estaba tan revuelto como sus ropas, que se acomodó con rapidez. Fuera el sol ya se acercaba al horizonte y proyectaba largas sombras sobre el paisaje. ¿Cuántos días calurosos aún brindaría el año antes de que llegara el frío? La última rebelión de la vida antes de que el invierno lo cubriera todo de nieve y hielo. Confió en que todos hubieran acumulado suficientes provisiones. Ella misma carecía de un hogar, un techo y un fogón, comida y monedas de plata. A esas pobres almas el invierno les depararía una muerte segura. Imma se sacudió como un perro mojado.

Abandonó el granero con paso firme y atravesó el prado en el que acampaban los guerreros imperiales. Se protegió los ojos para evitar que la deslumbraran los últimos rayos del sol y se acercó al linde del bosque tras rodear el roble de los ahorcados. Quería buscar a Adelinda una vez más, no lograba quitarse de la cabeza esa estúpida pelea de aquella noche espantosa. ¿Es que la novicia había puesto pies en polvorosa? A Imma le pareció inimaginable, porque al fin y al cabo ella tenía razón, al menos en parte. Mientras Adelinda no abjurara de la vida conventual tenía prohibida la lascivia. ¡Alcohol y hombres! Cuando encontrara a la novicia le quitaría las ganas de diversión con una correa mojada. O la estrecharía entre sus brazos.

El bosque la recibió con una penumbra azulada, la noche no tardaría en arrastrarse bajo la copa de los árboles. Debía aprovechar la menguante luz. En ese lugar el bosque no era espeso y avanzar resultaba fácil. Al parecer, Leidrad y su gente cortaban leña y madera en esa zona. En efecto, entre los árboles descubrió numerosos robles cuya madera indestructible era muy apreciada para la construcción de casas. Entre ellos crecían misteriosos tejos, árboles deformes cuya elasticidad servía a quienes confeccionaban arcos.

No había ni rastro de Adelinda. ¿Qué había esperado? ¿Que la novicia hubiera atado un jirón de su vestido a una rama para facilitarle la búsqueda a Imma?

Con esperanza cada vez menor se adentró en el bosque, remontó una cuesta empinada hasta una profunda zanja recorrida por un lento arroyuelo que tal vez desembocara en el Ródano. Imma decidió seguir su curso y llegar hasta el río. Avanzó lentamente junto a la zanja pero pronto se topó con un matorral formado por arbustos, zarzas y leños que le impidió seguir adelante. Consideró que rodear el obstáculo suponía demasiado esfuerzo y decidió probar suerte en la otra orilla de la zanja. Pero para hacerlo debía brincar por encima de esta.

Se alejó cinco pasos, tomó impulso, inspiró profundamente, echó a correr y saltó. Pero no lo logró: durante un instante permaneció de pie en la inclinada cuesta, remó con los brazos... y por fin tuvo que rendirse a la fuerza de la gravedad. Aterrizó dolorosamente sobre el hombro izquierdo y rodó cuesta abajo en medio de un remolino de hojas hasta caer en el estrecho pero gélido arroyo.

El cielo estaba cubierto de agua y fango y la copa de los árboles estaban pegadas a la tierra. Imma parpadeó tres veces, hasta que el orden entre el cielo y la tierra se restableció. Algo blando le llenaba la boca y lo escupió sin comprobar qué clase de asquerosidad había estado a punto de tragar. Cuando comprobó que a excepción de una raspadura en la mejilla y el renovado dolor en su nariz fracturada no había sufrido ninguna herida, se puso de pie y examinó la cuesta en busca de un lugar idóneo para remontarla.

Se quedó allí, enfangada e indecisa, cuando de repente oyó voces masculinas que se aproximaban con rapidez.

La precaución le indicó que se apoyara contra la cuesta y se ocultara hasta que los hombres desaparecieran. A lo mejor solo eran dos guerreros que querían aliviarse de sus necesidades. Los duques y condes del emperador siempre desaparecían en el bosque para «contar los árboles», tal

como afirmaban. Eran hombres decentes. La mayoría de los habitantes de esas tierras bárbaras se levantaban las ropas y se aliviaban en cualquier lugar.

Pero ¿y si en vez de los hombres de Carlos fueran los de Wala? Allí, en ese lugar apartado, no dudarían en culminar la cruel obra del duque. Imma se apretó aún más contra la hojarasca y se dejó caer lentamente de rodillas hasta que las aguas frías del arroyo le mojaron las pantorrillas.

Los hombres alzaron la voz e Imma se dio cuenta de que eran dos. Mantenían una conversación en voz baja, como si los árboles tuvieran oídos. Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿De qué estarían hablando tan en secreto? Deseó encontrarse lejos de allí. Escuchara lo que escuchase en ese lugar, podría suponer su muerte. «Pero para eso primero tendrían que descubrirme», pensó Imma, que trató de no hacer ruido al respirar y casi se quedó sin aire. Se concentró en las voces, que ya resultaban perfectamente audibles. Cuando se percató de con quién compartía la penumbrosa soledad del bosque se cubrió la boca con el puño para que sus resuellos no la delataran.

—Es bueno que me hayáis encontrado, amigo mío. Llegáis en el momento indicado.

La que siseaba por encima de la cabeza de Imma era la voz del duque Wala. Su acompañante se limitó a soltar un gruñido.

Los hombres se alejaron unos pasos y luego volvieron a detenerse.

—Aguardad un momento —dijo Wala.

Imma oyó el susurro de las ropas y entonces un gran chorro de orina se derramó en el arroyo, justo a su lado. Luego se añadió un segundo chorro.

—Que todo el maldito reino se ahogue en estiércol líquido. ¡Hildebaldo debe gobernar! —dijo Wala, acercándose

al borde de la hondonada.

—Si el plan de Hildebaldo resulta, pronto mearemos sobre el cadáver del emperador.

Imma se quedó boquiabierta: conocía esa segunda voz, nunca la olvidaría. Allí arriba, a menos de un tiro de piedra de distancia, estaba Hunoldo, el mercader de reliquias. Aún lo veía de pie en la sala capitolina, sus labios brillantes, los ojos de reptil, el rebelde mechón de pelo, intentando venderle sus cachivaches a la anciana abadesa... solo para precipitar a San Albola en la desgracia esa misma noche. Se obligó a olvidar el miedo y seguir aguzando el oído para averiguar qué tramaban esos canallas. ¡Hunoldo tan próximo al emperador! El diablo solo se atrevía a entrar en la iglesia si en el interior llovía azufre.

—¿Hildebaldo ha cambiado el plan? —oyó preguntar a Wala.

—Los acontecimientos en el Mont Cenis lo volvieron necesario. Si queremos alcanzar el éxito, la diplomacia y la intriga ya no son los instrumentos adecuados. El emperador debe morir. Y ahora ha llegado la oportunidad de alcanzar dicho objetivo.

—¿Qué hemos de hacer?

—Mis hombres ya han puesto manos a la obra. A una distancia de dos días a caballo de aquí prenden fuego a aldeas y asentamientos, saquean, asesinan y violan todo lo que encuentran. Pero siempre dejan escapar a una víctima para que cuente quiénes son los asesinos.

—¿Y quiénes son?

—Árabes. Están disfrazados de árabes, eso ya funcionó en San Trófimo y San Albola, pero de esos dos conventos nadie logró escapar.

—¿Entonces vos no sabéis nada de las monjas? ¿Es que Hildebaldo no os puso al corriente ?

—¿De qué habláis?

—En San Albola debéis de haber pasado por alto a dos monjas. Descubrieron la patraña y lograron huir. Y aún peor: están aquí para advertir al emperador acerca de los falsos árabes. Temo que vuestra tapadera no resultó tan perfecta como creísteis.

—¡Eso es increíble! ¿Por qué Hildebaldo no me dijo nada al respecto?

—Me ha enviado para poner fin al problema y estuve a punto de lograrlo: la vieja gorda ya tenía la sogá al cuello, pero entonces apareció Carlomagno.

—¿Le ha dicho lo que sabe?

—Desde luego. Pero se trata de su palabra contra la mía y ella solo es una monja.

—En ese caso quizá dispongamos del tiempo suficiente. Mis hombres han trazado un círculo de devastación en cuyo centro se encuentra el convento de monjes de San Aunario, que antes o después será objeto de un ataque, y eso es exactamente lo que averiguarán los exploradores imperiales. ¿Y qué creéis que hará el impetuoso emperador franco cuando descubra que unos infieles quieren masacrar a sus monjes indefensos?

Wala no respondió porque de pronto oyó pasos al otro lado de la zanja. Imma alzó la vista: quien se aproximaba desde allí podía ver el interior de la zanja —y también a ella — con la misma claridad que un espantapájaros en medio de un campo de trigo segado. Rogó que no fueran los hombres de Wala quienes se acercaban a través del bosque.

Presa de la angustia, clavó la vista en el punto en que la cuesta se elevaba al cielo. Si allí aparecían cabezas estaría perdida. Los pasos se acercaron aún más y por fin un único hombre surgió entre los arbustos y se detuvo al borde de la zanja con los brazos en jarras y la mirada clavada en Wala y

Hunoldo. Era el conde Saudrat, que los saludó con una breve inclinación de la cabeza.

—Con Dios, duque Wala, y vos también, forastero.

—¡Qué sorpresa, conde Saudrat! Os saludo. Cuán oportuno resulta que una profunda zanja nos separe, ¿verdad? —dijo Wala, sin presentar a Hunoldo—. ¿Vos también estáis aquí con el fin de fomentar el crecimiento de los verdes bosques del Señor?

—No del todo. Vi desaparecer a alguien entre los árboles y lo seguí. En estos días hay que ser muy cauteloso si uno es un guardia de corps del emperador. Pero le he perdido la pista.

—¿Acaso ese sospechoso llevaba faldas?

Observando desde la zanja, Imma vio la sonrisa abochornada de Saudrat: estaba claro a quién buscaba el conde. Ese tosco macho cabrío acabaría por revelar su escondite. «¡Desaparece!», pensó y confió en que no la delatará.

El tuerto no hizo caso de la malicia de Wala.

—Es bueno que os haya encontrado, el emperador desea hablar con vos con urgencia. Os hemos buscado todo el día.

—¡Qué vergüenza! El amo del mundo me manda a buscar y su mejor hombre me encuentra en el bosque. Uno podría sospechar que quiero esconderme de Carlomagno. No estoy arrestado, ¿verdad? —dijo Wala, soltando una risita afectada.

—No, si me decís quién es vuestro acompañante.

—Es uno de mis hombres. Hoy hemos derramado tanta agua y tanto vino en nuestras gargantas que podríamos aumentar el caudal de ese miserable arroyuelo.

Al oír las palabras de Wala, Saudrat bajó la vista. Al principio el conde no pareció reconocer a quién estaba acuciado en el fondo de la zanja; quizá creía que su único

ojo lo estaba engañando, tal vez creía que estaba viendo un montón de tierra al que su fantasía confería aspecto de mujer. La mujer deseada por él. Entonces se dio cuenta de que se trataba de la hermana Imma.

Antes de que ella pudiera llevarse un dedo a la boca para advertirlo Saudrat soltó un grito.

—¿Hermana Imma? ¿Os habéis caído? ¿Estáis herida? Aguardad, os ayudaré a salir de ahí.

Una fanfarria guerrera no podría haber causado un efecto más intenso en Wala y Hunoldo. Un vistazo a la zanja confirmó el descubrimiento de Saudrat y solo tardaron un instante en comprender. Entonces desenvainaron las espadas y brincaron al fondo de la zanja.

Imma echó a correr a lo largo de la zanja. El agua salpicaba bajo sus pies. Prefirió eso antes que encaramarse a la cuesta para ocultarse detrás de Saudrat, pues sus perseguidores le hubieran dado alcance en escasos instantes. A sus espaldas resonaron gritos y el tintineo de las armas que entrechocaban. Ella echó una mirada por encima del hombro.

Saudrat también había desenvainado y se arrojó a la zanja tras aquellos dos. Imma se detuvo. El conde era un excelente espadachín, pero esa estrecha zanja no era un campo de batalla en el que uno pudiera atacar al adversario de frente y con fuerza. Wala y Hunoldo bailoteaban alrededor del tuerto y este tuvo que reconocer que había ido a parar a un nido de víboras. Su espada era ancha y demasiado larga para ese combate. Saudrat la blandía en círculo y mantenía a raya a los otros, cuyas armas y ropas eran ligeras y les permitían mayor libertad de movimientos. Una y otra vez, lograban aparecer peligrosamente a espaldas del conde antes de que Saudrat se volviera haciendo un esfuerzo y lograra mantenerlos a raya. Luchaba como un viejo oso contra una manada de lobos feroces.

Imma osó dar tres temerosos pasos hacia los contendientes. ¿Qué debía hacer? ¿Arrancarle los ojos a Wala con las uñas? Si hubiera tenido un arma era más probable que acabara por herir a Saudrat y a sí misma antes que obligar a los enemigos a batirse en retirada; ambos no dejaban de trazar círculos cada vez más estrechos en torno a su rival. Ni siquiera había una rama sólida o una piedra a la vista, pero no podía dejar al conde Saudrat en la estacada. ¡Desde luego que no!

Regresó a toda prisa y se obligó a no pensar en lo que hacía. Sus pies salpicaban agua del arroyuelo.

Los tres contrincantes estaban demasiado ocupados blandiendo las espadas como para notar la presencia de Imma. Por primera vez en la vida le agradeció a Dios no haberla convertido en una mujer demasiado delicada y entonces embistió a Wala como un toro. El duque soltó un grito y cayó al suelo e Imma volvió a encontrarse a cuatro patas en la empinada cuesta. Aterrada, se abrió paso hacia arriba entre las hojas y ramas; el impulso de largarse de ese agujero infernal la dominaba y le proporcionaba una fuerza desconocida.

Trepó por la ladera de la zanja aferrándose a zarzas y raíces como un náufrago que logra emerger a la superficie.

De la zanja surgían gruñidos y el tintineo de los aceros. Después oyó gritos y jadeos a sus espaldas.

—¡Detente, condenada!

Las palabras la asustaron aún más y, pegando un gran brinco, logró salir de la zanja. Afianzó los talones en tierra firme y, con mayor rapidez de la que se creyó capaz, Imma escapó a través del bosque esquivando matas y saltando por encima de raíces y charcos fangosos. Pero solo era una monja y su cuerpo no estaba acostumbrado al esfuerzo físico. A sus espaldas oyó rápidos pasos y, sin volverse, supo que era Hunoldo quien la perseguía. Ya no tenía importancia

qué se había hecho de Wala y Saudrat, lo único importante era el próximo paso, la siguiente respiración, la búsqueda de un escondite.

Unos dedos aferraron su corto cabello y arrancaron unas hebras, pero no lograron detenerla. El dolor la incitó a apretar el paso; el terreno se volvió más abrupto, pero Imma avanzaba con tanta rapidez que logró sacar cierta ventaja. El único sonido en el bosque eran las pisadas frenéticas y los resuellos del perseguidor y la presa.

El precipicio se abrió ante Imma, que se detuvo en seco y trató de aferrarse a unas ramas, pero se rompieron y se precipitó por el borde que la vegetación ocultaba. No pudo gritar porque le faltaba el aire y tampoco tenía fuerzas para pensar en Dios. Se precipitó a la muerte. Durante un momento creyó ser un ave liberada del pesado cuerpo, un ave que volaba a través del aire a gran velocidad. Extendió los brazos y el viento hizo ondear su vestido como una vela en plena tormenta.

Cayó al río que fluía perezosamente al pie de las rocas, como si nada pudiera perturbarlo. El choque la dejó inconsciente y quizás habría muerto ahogada tras esa milagrosa salvación, hundiéndose hasta el fondo como una piedra, pero alguien había observado su caída. El agua que levantó aún salpicaba cuando unas manos fuertes la agarraron por las ropas empapadas y la arrastraron hasta la orilla para depositarla en tierra firme. Pronto se montó un alboroto en torno a la monja medio muerta tendida en los guijarros, y que todavía ignoraba que le debía la vida al emperador de los francos.

—Deberíais haber escogido un lugar menos peligroso para tomar un baño.

El tono cínico de Carlomagno laceró a Imma como cien agujas. Ya era bastante desastroso que estuviera tendida desnuda en el lecho del soberano, cubierta por sus mantillones y cuidada por sus manos. Le dolía el hombro izquierdo y un ardor le recorría el vientre como si estuviera en llamas. Y además las náuseas se habían apoderado de ella, náuseas que, frente a la expresión burlona del emperador, quería reprimir. A Carlomagno parecía divertirlo que ella se hubiera precipitado al vacío cerca de donde él se bañaba.

—Saudrat ya me ha informado. Dice que le debe la vida a vuestro valor.

Así que el conde había sobrevivido al combate. Imma sintió alivio.

—¿Y el duque Wala?

—El acero de Saudrat puso fin al último suspiro de su infame vida. Debo pedir os perdón por dudar de vuestra integridad y rogaros comprensión. Uno siempre espera que los soberanos sopesen y reflexionen antes de emitir un juicio.

Imma asintió en silencio. El emperador se disculpaba ante una monja. Ese Carlos se correspondía tan poco a su idea de un monarca omnisciente, arrogante y divino, como un cerdo a un caballo.

Imma le habló del complot que había descubierto en el bosque. Carlomagno la escuchó con atención y asintió con la cabeza, ensimismado.

—Mis exploradores ya han regresado, sus informes concuerdan con vuestras noticias: al parecer, el convento de San Aunario se encuentra amenazado por árabes. Los habitantes de la región creen que los merodeadores son hombres del emirato omeya de Córdoba, venidos desde Barcelona para destruir los conventos, ya que los consideran puntos de apoyo para mis tropas. En las aldeas corre el

rumor de que un ataque árabe a gran escala es inminente. He de reconocer que si no fuera por vuestros informes habría caído en esa trampa.

—¿Qué haréis? ¿Le pediréis explicaciones al arzobispo Hildebaldo?

—En este caso estoy atado de manos. Ejercicio una gran influencia en el clero del reino, pero deponer a un arzobispo solo porque rumores de intrigas han llegado a mis oídos... lo único que lograría es que el papa León se enfureciera conmigo. Quienes sí podrían haber inculpado a Hildebaldo con sus confesiones eran Wala y su compinche. Pero Wala está muerto y el otro desapareció en el bosque. Mis soldados han peinado toda la zona en su busca.

¡Hunoldo había escapado! El terror la atravesó como un rayo. Ya se había cruzado dos veces con esa víbora, y dos veces había sobrevivido gracias a la suerte y la ayuda de Dios, pero si volvía a encontrarse con él por tercera vez no quería confiar en su suerte una vez más.

—Todavía no habéis contestado a mi pregunta, Carlos. ¿Cuáles son vuestros planes?

La sonrisa del emperador agitó su larga barba.

—Sois tan persistente y tenaz como el cuero viejo. Ya sabéis la respuesta, hermana Imma. Esta misma noche mis hombres y yo cabalgaremos a San Aunario. Debemos alcanzar el convento antes que esos bribones, ocuparlo y fortificarlo para defenderlo adecuadamente.

—¿Es que no lo habéis comprendido? El convento es una trampa.

—Lo he comprendido muy bien, pero estoy preparado. En cambio, los que pretenden tenderme una trampa creen que su presa es vieja, ciega y desdentada, y por tanto actuarán de manera poco precavida. Solo supone una escasa ventaja para mí, desde luego. Pero debe ser suficiente.

Imma comprendió. Carlos no solo era el soberano de sus súbditos, sino también su protector. Si cabalgaba de regreso a Aquisgrán para reunir un ejército a fin de enfrentarse a los matarifes de Hildebaldo, San Aunario estaría perdido. Sin embargo, el combate abierto ofrecía la oportunidad de eliminar a ese bubón de Hildebaldo para siempre, antes de que su aliento ponzoñoso se extendiera por toda la comarca. ¡Pero los hombres de Carlos no eran muy numerosos! En San Albola ella había contado al menos el triple de atacantes.

—Os acompañaré —dijo en tono decidido.

El emperador sonrió y unas arruguitas rodearon sus ojos. Imma creyó que la rechazaría y se dispuso a reunir argumentos para replicar. Pero Carlomagno volvió a sorprenderla.

—¡Excelente idea! Ya había pensado en que me acompañarais a San Aunario. Le pediré un caballo al granjero Leidrad para vos, a menos que optéis por calentarle los muslos al buen Saudrat cabalgando en su corcel.

Imma le lanzó una mirada severa y el emperador se despidió de ella con una carcajada.

Capítulo 24

Thankmar abrió los ojos y soltó una risita. Percibía su cuerpo, sabía que estaba muerto, pero por lo visto aún no se había convertido en espíritu ni en uno de esos seres neblinosos que flotaban a través del reino de los muertos, ansiosos por acceder a la sala de los héroes. En vez de eso estaba tendido en una madera dura; los dedos, las piernas, los brazos, los ojos, la nariz: todo seguía funcionando como cuando estaba vivo. Hasta las heridas causadas por el puñal de Mazruq solo le habían dejado tenues marcas en la zona abdominal.

Recorrió la penumbrosa habitación con la mirada y soltó una carcajada de desesperación. ¿Así que eso era el Valhalla? Incluso si se encontraba en la barraca más miserable del reino de los dioses, la realidad desmentía todas las visiones de los chamanes. Casas de piedra, habían prometido los sacerdotes, tan altas que en ellas tenían cabida el cielo y la tierra; en sus visitas al Valhalla los sacerdotes afirmaban haber visto montañas de nubes que se deslizaban por debajo de los gabletes, vertiendo espumoso vino falerno en las gargantas siempre sedientas de los héroes muertos, y que lo mismo ocurría en las casas más modestas. Que en las grandes salas donde los guerreros caídos se retaban a duelo, donde las espadas chirriantes entrechocaban a la luz de la eternidad, destellaban las paredes de oro y las columnas de plata y que los bancos serían de acero pulido y se doblarían

bajo el peso de los toneles siempre llenos de cerveza. Y que exquisitas viandas estarían dispuestas en fuentes: sopa de huevo con miel y granos de pimienta, carne de oveja con cebollas, pollo asado con ciruelas, esturión en aceite con uvas pasas, arenque ahumado con mostaza y aves asadas en manteca.

Pero la realidad tenía un aspecto más tristón. Los sacerdotes eran unos necios: Thankmar no se hallaba en las magníficas casas de los muertos sino en un profano cobertizo, una choza construida con troncos de tilo ni siquiera desprovistos de resina y deformados por la humedad. En el centro del recinto había un fogón construido con piedras grandes como cabezas, tan repleto de cenizas frías que la menor brisa arremolinaba el blanco polvillo. Un agujero en el techo hacía las veces de tiro y proporcionaba la única fuente de luz. Entre el agujero y el fogón había un cuero de vaca tendido que debía proteger el fuego de la lluvia; debido al uso prolongado, una gruesa capa de hollín cubría el cuero y colgaba de este formando un bosque de diminutas piñas.

Pero lo más ridículo de esa divina morada eran los propios *dioses*. Colgaban de *las paredes* de a dos, de a cuatro y de a seis, y no eran de piedras preciosas, metal, o incluso carne y sangre divinas: eran postes, troncos de árbol en los que unas manos poco diestras habían tallado una cabeza y perforado tres agujeros que debían bastar para representar una cara. Uno de los dioses llevaba un aplastado gorro de cuero en la cabeza al que antaño habían adornado dos cuernos de toro. Ahora, uno de los cuernos estaba tirado en el suelo de la choza, roto, y el otro se inclinaba tristemente hacia abajo. De otro poste colgaban cadenas y collares de cuentas multicolores, algunos de ellos rotos de modo que el sacro adorno se había desparramado por toda la habitación como los juguetes destrozados de un niño. La carcoma había roído una de las figuras próximas a la entrada, que amenazaba con convertirse en polvo húmedo

en cuanto la tocaran.

No, esos no eran los dioses de los que hablaban las viejas canciones, ni siquiera eran sus retratos, y ese lugar tampoco era el Valhalla. Y a lo mejor Thankmar no estaba nada muerto.

Se incorporó en su lecho de hojas y de pronto el torso pesó sobre las heridas abdominales, provocándole un dolor abrasador. Sorprendido, constató que sus ropas estaban lavadas y tan limpias como el día en que Isaac le había ordenado llevarlas. El recuerdo del viejo judío lo entristeció. Su amo estaba muerto. Aunque su propio destino le resultaba confuso, sabía con absoluta certeza que Isaac había desaparecido para siempre.

¿Adónde habría ido a parar? Thankmar no recordaba haber averiguado nada acerca de los dioses de Isaac y su reino de los muertos. Solo una vez, en aquel templo en ruinas en el paso, el viejo le había hablado de su fe. ¿No había afirmado que todos los dioses eran iguales? No, no se había referido a eso. Thankmar albergaba un vago recuerdo de las complicadas palabras utilizadas por su amo y el sentido de estas se había grabado en su memoria: que todos los seres humanos le rezaban al mismo Dios, pero que lo nombraban de diversas maneras. El Valhalla de uno era el Reino de los Cielos de otro.

Mientras reflexionaba sobre el nombre del dios judío, cojeó hasta las haces de luz solar que penetraban por las rendijas de la puerta. Contempló su pierna tullida y suspiró, decepcionado. Había confiado que Donar curaría todas sus heridas cuando llamara a los suyos a su lado. En particular las orejas cercenadas y las piernas tullidas. ¿Acaso debía cojear con ese pie hasta el advenimiento del Ragnarök? ¿Es que Isaac debía vagar a través de la eternidad sin cabeza, en busca de la que había perdido? La idea le dio vértigo y, presa de la confusión, abrió la puerta.

Ante la puerta, Gisela estaba acucillada en la hierba húmeda, con un niño en brazos. Era el pequeño de Mont Cenis a quien alimentaba, sumergiendo una punta de su tosca falda en un cuenco de leche y metiéndola en la boca del niño.

En cuanto Thankmar apareció en el umbral, protegiéndose los ojos para evitar que el sol lo deslumbrara, Gisela se puso de pie y casi dejó caer al niño. Lo depositó en la hierba y apoyó la mano en la barriguita del pequeño, como para asegurarse de que no corría peligro allí entre el verdor y luego echó a correr hacia Thankmar. Lo abrazó con vehemencia. La lombarda soltaba gritos de júbilo junto a su única oreja y él, como no quería quedarse sordo, tuvo que zafarse de su abrazo con suave brusquedad.

—Gisela. ¿Cómo es que estás aquí? —Le lanzó una mirada insistente, le examinó el cuerpo en busca de heridas, de marcas de una muerte violenta, al igual que las suyas que le atravesaban el abdomen.

Su pregunta pareció confundirla. Él le acarició las cejas arqueadas, las sienes, jugueteó con una mecha de sus cabellos rubios como el trigo y entonces notó el cambio en su mirada: sus ojos ya no contemplaban fijamente el mundo como una idiota, sino que en su rostro resplandecía un alma renacida, ingenua y despreocupada como la del niño tendido en la hierba, pero al mismo tiempo fuerte y peligrosa como la de una osa que contempla a su cría. Su fuerza, su fragilidad, el aura heroica que la envolvía sorprendieron a Thankmar. Cuando la besó para saborear el néctar de su inmortalidad supo que había escapado de las garras de la muerte. Gisela lo había salvado.

¿Que las manzanas le habían regalado la vida?

Al principio no comprendió las palabras confusas de la muchacha, pero cuando ella le mostró los restos de las manzanas hechas papilla el recuerdo empezó a aflorar.

Cuando con Isaac habían arrastrado la balsa a tierra firme, el dulce olor de la fruta penetró en su nariz, un aroma al que no pudo resistirse, y llenó sus bolsillos y los del judío con las frutas maduras. El viejo se había negado a comerlas, pero habían salvado la vida del sajón. Cuando Mazruq al Atar le clavó el puñal en el vientre las manzanas detuvieron el arma. Había sufrido heridas, desde luego, pero la hoja del puñal no pudo penetrar profundamente. Dentro de escasas semanas solo sentiría un picor en las heridas, un tirón a ambos lados del ombligo, y más adelante solo sería un débil recuerdo causado por el cambio de estación.

Pero había perdido la oreja. Alrededor de la cabeza llevaba un vendaje, un trozo de tela arrancado del dobladillo de la falda de Gisela que cubría la herida. Eso lo inquietó, porque para escuchar las palabras de la muchacha tuvo que ponerse de perfil, para que cayeran en la oreja sana.

Tardó lo suyo para asimilar la narración de Gisela. Una y otra vez interrumpía su relato cuando este amenazaba con convertirse en un río torrentoso; mediante preguntas canalizó los afluyentes y enderezó los meandros hasta que logró seguir el brazo principal del río. La historia de Gisela era tan asombrosa que él estaba convencido de estar sentado frente a una mensajera de Saxnoth y no a la balbuceante hija de un campesino lombardo.

Con ella y con el niño, *Abul Abbas* había descendido del Mont Cenis y conducido a ambos a través de las montañas. Mantener al niño con vida a pesar del frío y el hambre había exigido todo el ingenio, la atención constante y toda la fuerza de la muchacha. La vida frugal en la granja de sus padres debía de haberle enseñado a aprovechar los regalos de la naturaleza. Thankmar se estremeció al imaginar de qué se habrían alimentado. Después llegaron al río y la locura se apoderó de *Abul Abbas*. Arrojó a sus jinetes al agua y si río arriba no hubiera existido un dique construido por las nutrias en el que Gisela y el niño quedaron enganchados, se habrían

ahogado sin remedio. Que el pequeño hubiese sobrevivido al abrazo gélido de las aguas suponía otra piedrecita milagrosa en el mosaico de felices casualidades.

Gisela volvió a caminar río arriba en busca del elefante. *Abul Abbas* era la última columna sobre la cual el techo de su mundo aún se apoyaba, pero lo halló prisionero, vigilado por hombres malvados.

«Grifo y los árabes», pensó Thankmar. Por fin averiguaba de dónde habían venido sus archienemigos.

Estos, junto con todo un contingente de esclavos de Grifo, obligaron al elefante a avanzar a lo largo del río hasta aquella aldea donde Isaac había hallado la muerte. Gisela los había seguido sin que notaran su presencia; había dormido en huecos en la tierra para evitar que el frío la afectara a ella y al niño, y a menudo se arrastró hasta el campamento por las noches para robar restos de comida.

Thankmar apenas lograba apartar la vista de ella. ¡Esa muchacha sería el orgullo de cualquier tribu sajona!

Durante sus visitas nocturnas al campamento intentó liberar al elefante de sus cadenas, pero el propio *Abul Abbas* frustró sus esfuerzos. En cuanto venteó a Gisela había comenzado a pegar pisotones y rascar la tierra hasta que sus guardias despertaban, sobresaltados como una jauría de perros. Pero ella no se dejó amilanar y siguió a Grifo y a los árabes hasta que alcanzaron aquella aldea. Mientras que la caravana de esclavos hallaba cobijo entre las casas, Gisela permaneció acucillada en la orilla opuesta del Ródano bajo un saliente de roca, observando los acontecimientos y aguardando.

Grande fue su alegría al ver que los hombres abandonaban la aldea sin el elefante y entonces, a la luz de la luna, nadó a través del río y se deslizó hasta la plaza desierta. ¡Su sorpresa fue mayúscula al encontrar no solo a *Abul Abbas* sino también a Thankmar! Pero el sajón se

encontraba en un estado lamentable, y también reconoció el cuerpo sin cabeza de Isaac.

Abul Abbas parecía haberse serenado. En todo caso, le permitió que cargara ambos cuerpos flácidos en su lomo y también montara en él para cruzar el río sana y salva, hasta el lugar donde había dejado al niño. Esa misma noche se toparon con la choza abandonada en medio del bosque.

Desde entonces habían transcurrido dos días, en los que excavó una tumba poco profunda para Isaac y curó las heridas de Thankmar. El elefante se recuperaba de su odisea detrás de la choza; Gisela ni siquiera intentó sujetarlo a una estaca y la conducta del gigante seguía siendo muy sosegada.

A pesar de las protestas de Gisela, Thankmar pasó la noche siguiente junto a la tumba del judío. La lombarda no podría haber escogido un lugar mejor para la última morada de Isaac: el túmulo era un antiguo cementerio donde, al igual que en los de su tierra natal, las enormes tumbas se elevaban al cielo. Bajo ellas sepultaban a magos y reyes. Quien en el más allá quería alimentarse de su gloria y su fuerza también se hacía enterrar en esos túmulos, no en su centro consagrado sino en las estribaciones. Los poderes mágicos de los muertos gloriosos irradiaban más allá de los límites de los terraplenes e incluso proporcionaban fuerza, valor y vigor a los vivos que ofrecían sacrificios ante los túmulos.

Puede que Isaac sufriera una muerte horrenda y seguro que su entierro no se celebró según los ritos de su fe, pero ahora el brillo de un viejo rey lo iluminaba y a lo mejor comía junto a aquel olvidado soberano ante una mesa abundante en el interior del túmulo y, agradecido, recordaba a los vivos que le habían brindado un lugar adecuado en el más allá.

Cuando a Thankmar se le cansaron las piernas, la luna ya había superado su cénit. Continuaba de pie junto a la tumba

desde el anochecer, mucho más tiempo del que jamás pudo permanecer junto a los cadáveres de sus padres o sus hermanos. Gisela remontó el montículo —¿cuántas veces ya lo había hecho esa noche?— y lo tironeó del brazo con ademán temeroso, pero él hizo caso omiso de su inquietud y trató de distraerla con un beso. Finalmente, no le quedó más remedio que apartarla con firmeza.

Cuando volvió a estar a solas se tendió en la hierba húmeda junto a la tumba, exhausto. Contempló el cielo y buscó las estrellas entre las nubes que pasaban. No hacía mucho que había descubierto la constelación de su amo y ahora quiso comprobar si seguía allí arriba o se había apagado tras la muerte de Isaac. Pero era como si las estrellas dieran volteretas y los puntos luminosos se volvieron borrosos cuando un velo de lágrimas le empañó la visión.

—¿Y ahora qué debo hacer, amo?

Con mano insegura tanteó en busca del amuleto en forma de ave, del cual ni siquiera sabía si él mismo se lo había colgado del cuello. Le bastaba con saber que estaba allí y el frío metal no tardó en entibiarse entre sus dedos.

—Vos me advertisteis, amo. Dijisteis que debía reflexionar al respecto, pero nunca aprendí a hacerlo. Siempre fueron otros los que me ordenaron adonde debía ir y qué debía hacer. Solo fui libre cuando salía a robar y ahora vuelvo a estarlo. Pero cuanto más libre soy, tanto mayor es mi temor. Si me escucháis, amo, enviadme una señal, un indicio que me indique a mí, a Gisela y a ese pobre niño el camino correcto. Podríamos asentarnos aquí. Las tierras son buenas, podríamos ser una familia con un animal doméstico que ahuyente a los enemigos y realice las tareas pesadas. Pero seguro que eso no se corresponde con vuestros deseos. Vos teníais una meta más importante que vuestra propia vida. Cuánto me gustaría alcanzarla en recuerdo vuestro y

cincelar vuestro nombre en la eterna puerta del Valhalla. ¿Adónde he de dirigirme? Vos me enseñasteis los nombres que Carlomagno adjudicó a los vientos, pero no puedo buscar en todos los rincones del mundo donde sopla una brisa. ¿Debo seguir avanzando hacia el sur, hacia una guerra de la que ni siquiera sé si ya ha estallado? Si vuestro espíritu flota por encima de este lugar, amo, ayudadme.

Hasta el amanecer permaneció tendido junto a la tumba de Isaac en silencio, recordando los días transcurridos desde que partieran de Génova, confiando en recibir un indicio inconfundible del judío o una señal divina: quizá relampagueos en el horizonte, estrellas fugaces, una repentina ráfaga de viento o incluso un fantasmagórico jinete en el cielo. Pero cuando un resplandor rojizo al este anunció la llegada del día se puso de pie, tan frío y húmedo y tan desconcertado como antes y se sacudió la tierra de la tumba de las ropas. Gisela lo esperaba en la puerta de la choza de madera.

Los días siguientes transcurrieron plomizos. Thankmar cazaba ardillas, nutrias y erizos que luego Gisela preparaba en el fogón; durante el resto del día se quedaba sentado ante la choza, observando. Con frecuencia, la muchacha lo abrazaba y trataba de besarlo pero él la apartaba, al principio con suavidad, después con enfado; la lombarda se lo pagaba dejando de prestarle atención. Eso aliviaba a Thankmar: por una parte, observar los alrededores y aguardar una señal exigía toda su atención; por la otra, sentía un deseo salvaje por Gisela ante el cual no tenía intención de ceder. Se sentía demasiado afectado por la pena por Isaac, demasiado confuso por el deseo de preservar el legado de Isaac y, en última instancia, sentía demasiado respeto por la muchacha. Se merecía algo más que un sajón cojo que apagara su lascivia con ella como un animal. Pero Gisela no comprendía sus reparos o se negaba a darles valor, así que los días transcurrían entre los intentos burdos de ella de ganarse su

afecto y vencer su autocontrol y su atormentado silencio. No obstante, las señales del más allá brillaban por su ausencia.

En una de aquellas noches Thankmar despertó como tan a menudo, debido a las dolorosas heridas del abdomen. Gisela estaba tendida a su lado con una mano tibia y liviana como una pluma apoyada en su pecho desnudo; dormía y su respiración era profunda. El niño descansaba a sus pies, esa noche estaba asombrosamente tranquilo. Thankmar olió el aroma especiado de la madera que se mezclaba con los del alcanfor y la almáciga que penetraban del exterior. Contempló los rostros toscamente tallados de los dioses que, en la semioscuridad, ya no parecían ridículos sino vivos. Allí podría vivir con su mujer y su hijo y fundar su propia granja. Lo único que debían superar era el invierno, entonces podrían cultivar la tierra en primavera. Recordó la costumbre sajona según la cual en la época de la siembra el granjero lleva a su mujer al campo y yace con ella para que la cosecha sea buena.

De repente oyó pasos alrededor de la choza, lentos y cautelosos. Era imposible que fuesen de un animal. Thankmar aguzó la vista, deseando poder ver a través de las paredes. Quien merodeaba allí fuera en la oscuridad solo podía albergar malas intenciones. Unos caminantes perdidos o unos evangelistas —cientos de ellos recorrían la comarca— hubieran llamado a la puerta suplicando asilo o un trozo de pan y compensado a los habitantes de la casa narrando historias sobre santos o reyes que obraban milagros hasta el hartazgo. Pero quien se movía a hurtadillas iba en busca de botín.

Los pasos ya se habían acercado a la puerta. Thankmar apartó la mano laxa de Gisela y se posicionó por encima de la mujer y el niño, desnudo y dispuesto a pegar un brinco. Una sombra oscureció el haz de luz de luna que penetraba por debajo de la puerta; durante un momento el desconocido se detuvo ante la entrada. Solo cinco tablas endebles lo

separaban de Thankmar: un fuerte puntapié bastaría para romper la cuerda que mantenía cerrada la puerta y dos pasos serían suficientes para que el intruso se encontrara en medio de la habitación. ¿Qué podía hacer Thankmar frente a una lanza o una espada?

Su único recurso era la sorpresa del primer golpe. ¿Es que Isaac no había dicho que el tiempo era un arma poderosa? Pues en ese momento debía aprovecharla. Cojeó hasta la puerta conteniendo el aliento, desató el lazo con toda la destreza de sus dedos de ladrón y abrió la puerta bruscamente.

En el profundo azul de la noche se recortó una negra silueta. El desconocido pegó un brinco hacia atrás y escapó a la carrera, pero tropezó al remontar el montículo.

Thankmar lo persiguió.

—¡Alto, alto! —gritó.

Unos instantes después logró coger del pelo al intruso y entonces se dio cuenta de que no se trataba de un malvado asesino, un monstruo o un bandolero, sino de una mujer.

Poco después, la forastera se calentaba las manos junto a las llamas del fuego que Gisela se apresuró a encender. El susto todavía tensaba los miembros de Thankmar, pero cuanto más contemplaba a la desconocida tanto más disminuía su inquietud. No era una mujer sino casi una niña, y bajo la suciedad y el hedor que lo envolvía su cuerpo era muy bello, como si hubiese surgido del sueño de un hombre solitario. Gisela le tendió un cuenco de leche de cabra y un puñado de nueces que la muchacha aceptó, agradecida. Antes de devorar los alimentos se arrodilló ante ambos, plegó las manos y se sumió en una silenciosa plegaria. Thankmar y Gisela intercambiaron miradas interrogativas, pero presenciaron la plegaria con expresión respetuosa. Finalmente, la chica bebió dos grandes sorbos de leche y empezó a partir las nueces.

—Sois muy buenos conmigo, a pesar de que debo haberos dado un gran susto. ¡Perdonadme! Ignoraba quién podría vivir en una choza como esta, tan alejada de cualquier asentamiento. Primero pensé que sería un cazador o un ermitaño, y esos pueden ser individuos muy toscos, una compañía poco indicada para una mujer solitaria. Pero ahora todo está bien. Sois una familia sencilla y tenéis la bondad de alojarme. He rezado por vosotros.

Thankmar hizo caso omiso de la luminosa sonrisa que recorrió el rostro de Gisela al oír la palabra «familia».

—Solo estamos aquí de paso y descubrimos esta choza por casualidad. ¿Adónde te diriges? ¿Cómo te llamas?

La muchacha se apartó un rizo de la frente y paseó la mirada por la habitación hasta detenerse en los dioses de madera.

—Me llamo Adelinda y nací cerca de Autun. Soy... era una novicia del convento de las benedictinas e intento regresar a mi hogar. No os preocupéis: no seré una carga para vosotros durante mucho tiempo. Dadme un lecho para esta noche y mañana seguiré mi camino.

De pronto Thankmar sintió una punzada en el corazón. Esa joven buscaba su hogar, al igual que él. Y estaba dispuesta a hacer grandes esfuerzos para alcanzarlo. ¿Acaso era una señal enviada por Isaac? ¿Acaso él también debía dirigirse a su hogar?

—¿Dices que vienes de un convento?

Ella asintió.

—¿Has huido?

Adelinda dejó de masticar.

—No —contestó, y se apresuró a tragar una nuez para no hablar con la boca llena, algo nunca visto por Thankmar—. Nuestro convento fue atacado por sarracenos... o por otros

igualmente malvados. Las únicas que sobrevivimos fuimos una monja y yo. Desde entonces intento regresar a mi hogar.

De pronto Thankmar comprendió.

—¿Árabes? ¿Y procedes del sur?

—Bueno, no directamente, pero así es. He llegado aquí desde el sur.

—¿Has visto otros indicios de una guerra? ¿Había campos de batalla, incendios, ejércitos? —exclamó, se puso de pie y recorrió la habitación.

Adelinda no alzó la vista, sino que se concentró en las nueces que sostenía en la mano.

—Es lo único que he visto, pero no temáis: ninguna guerra os afectará, amenazará a vuestra familia o arrasará estas tierras. Seguro que estáis a salvo.

—No se trata de eso. Por favor, si has visto otros indicios de luchas o de tropas en marcha debes decírmelo.

—Prefiero que se dirijan a mí en un tono más amable.

—¡Perdón, señora! —dijo Thankmar en tono burlón.

—Catafractos imperiales. Están acampados a tres días de marcha de aquí, en una granja. Unas dos docenas de guerreros.

Thankmar le lanzó una mirada inquisidora.

—¿ Quién los comanda ?

—Carlomagno en persona. No sé nada más. Cuando los jinetes alcanzaron la granja casi me había marchado.

Thankmar se lanzó hacia ella y le rodeó la cara con las manos; bajo el roce de sus dedos el rostro de ella se enrojeció. Gisela alzó la voz pero él hizo caso omiso.

—¡Condúcenos hasta allí! Allí se encuentra mi destino. Tú eres la señal que he estado esperando. ¡Tres días de marcha! El destino puede estar muy próximo y, sin embargo,

permanecer oculto al que no presta atención.

Adelinda apartó las manos de él de sus mejillas.

—Me alegro de haberos sido de ayuda, pero nunca regresaré allí. Mi camino se dirige a Autun, pero os apuntaré la ruta; con un trozo de carbón de madera y una corteza de abedul puedo dibujar un mapa con el cual la granja no tendrá pérdida para vos. Pero no sé si el emperador todavía se encuentra allí.

—Por eso hemos de darnos prisa. El tiempo es el arma de los inteligentes, ¿lo sabías? Debes acompañarnos o de lo contrario... de lo contrario...

Un sonido lejano hizo callar a Thankmar, un zumbido seguido de un canturreo que penetró en la choza. Gisela ya estaba apoyada junto a la entrada, atisbando a través de una rendija de la puerta.

—Luz —susurró—. Luz, luz, luz, luz, luz.

Thankmar, consciente de que Gisela era incapaz de contar, barruntó el significado de su balbuceo. Se acercó a la lombarda y también dirigió la mirada a la oscuridad.

A cierta distancia, una serpiente de luces danzantes se abría paso en dirección a ellos entre los árboles y arbustos; parecían luciérnagas, pero Thankmar se dio cuenta de que eran personas portando antorchas a través del bosque. Una procesión recorría la noche y su meta parecía ser la choza. Los monótonos cánticos de la procesión de antorchas se oían cada vez más.

Adelinda también se asomó al exterior y comprendió lo que les esperaba.

—¡Necios! Os habéis ocultado en un templo pagano y ahí vienen los sacerdotes que quieren ofrecer sacrificios a sus oscuros dioses.

La reprimenda enfadó a Thankmar, pero tuvo que darle

la razón. Al parecer, las esculturas muertas de las que se había reído formaban parte de un antiguo culto muy vivo. A fin de que los enviados imperiales no vieran los ídolos prohibidos, sus devotos les habían erigido un templo en el bosque, alejado de todos los caminos. Thankmar casi sentía simpatía por esas personas que ofrecían una secreta resistencia al cristianismo impuesto y sus hipócritas evangelistas, papas y leyes eclesiásticas, pero sabía que los antiguos dioses no se mostraban melindrosos con quienes profanaban sus templos y lugares sagrados. Que aún no hubiese sido poseído por un demonio suponía un milagro. Debían poner pies en polvorosa si no querían acabar amarrados a un poste y torturados.

Los pensamientos de Thankmar se arremolinaron; cuando se disponía a murmurarle órdenes a la lombarda vio que Gisela ya apagaba el fuego con tierra y cogía al niño en brazos. Entonces se dirigió a Adelinda.

—¡Ven con nosotros! Nuestra cabalgadura puede cargar cuatro personas y más. Indícanos el camino al emperador de los francos. Sin ti estamos perdidos —dijo y apoyó el brazo contra la puerta que Adelinda quería abrir.

—No. ¡Dejadme salir! Todavía podemos escapar sanos y salvos. ¡Rápido! Nuestros caminos se separan aquí. Dirigíos al sur, a lo largo del río.

Él se preguntó si debía obligar a la muchacha a que les ayudara, pero apartó la mano de la puerta. Antes de que Adelinda pudiera deslizarse fuera algo traqueteó junto al fogón: Gisela había tropezado con el cuenco de leche, que se derramó en el fogón donde aún ardían las brasas y una nube blanquecina se elevó, invadió la estancia y se abrió paso hacia el exterior a través del tiro.

Fuera ya se oían voces, la procesión había descubierto el humo que se elevaba desde el techo. O los que cargaban con las antorchas creían que se trataba de una divinidad que se

manifestaba en forma de humo... o bien sospechaban la verdad. Thankmar confió en la superstición de los aldeanos: era lo único que podría salvarlos.

Apartó a Adelinda de la puerta y la cerró con firmeza. Un vistazo por una rendija confirmó su temor: la procesión de antorchas se había convertido en un ovillo de puntos inquietos que ya se encontraban a tiro de piedra de la choza. Era demasiado tarde para escapar sin ser vistos, no les quedaba más remedio que mostrarles a los adoradores del diablo el auténtico aspecto de sus dioses.

Thankmar arrastró a Adelinda a través del humo hasta el fogón y le embadurnó la cara con el hollín pegado al cuero de vaca.

Les explicó su plan a las mujeres y los rostros de ambas pronto estaban negros de hollín, también el del niño. Thankmar se arrancó las ropas antes de teñirse la piel de negro. En cuanto se embadurnó el último trocito notó que Adelinda lo contemplaba fijamente. Creyó que su desnudo miembro viril asustaba a la ex novicia, pero la mirada de ella estaba clavada en su pecho.

—¿De dónde habéis sacado eso? —preguntó, señalando el amuleto de Isaac partido por la mitad.

No había tiempo para una respuesta pues pesados pasos se acercaban a la puerta. Todos contuvieron el aliento; sí los sacerdotes sospechaban que había intrusos en el templo derribarían la puerta, pero la procesión aguardó respetuosamente ante la choza y solo murmullos reverentes atestiguaban su presencia.

Gisela se deslizó por la habitación y recogió las joyas de los ídolos. Le encasquetó el gorro de un único cuerno a Thankmar y colgó una guirnalda de flores marchitas del cuello de Adelinda. Ella misma se cubrió con una piel de oveja roída por las polillas que cogió de unos de los dioses de madera. Thankmar la saludó inclinando la cabeza. «En Gisela

se ha perdido un magnífico comandante», pensó.

Había llegado el momento. Thankmar vaciló un instante y echó un vistazo a su tropa. Dos mujeres y un niño, negros como la noche, cuyos rostros parecían haber absorbido toda la luz y solo sus ojos fulguraban en la oscuridad. Si los adoradores del diablo no retrocedían ante esos archidemonios debían de estar ciegos.

Thankmar se encaramó encima del fogón y orinó sobre las brasas, que sisearon y en escasos instantes una densa humareda invadió la choza. Les hizo una señal a las dos mujeres y, al unísono, los tres empezaron a gritar y gemir, a aullar y graznar. De sus gargantas surgieron sonidos que hubiesen ahuyentado a una manada de lobos hambrientos. Sonidos solo oídos por los verdugos en sus mejores días. Hasta el niño se unió al vocerío y Thankmar tuvo que cubrirse su única oreja con la mano. El humo se había vuelto tan denso que apenas podían respirar. El volvió a hacer otra señal a las mujeres, que ya incrementaban el infernal ruido pegando pisotones, después abrió la puerta abruptamente y los tres salieron en estampida, seguidos de una espesa nube de humo.

Chocaron contra un grupo de personas, una docena de hombres que se cubrían el rostro con máscaras de paja de confección tan tosca como los deformes dioses de madera del templo; Thankmar se habría reído si no hubiese estado muerto de miedo. Tras las máscaras resultaba imposible adivinar si los fantasmas que corrían hacia ellos asustaban a los hombres, si reconocían en ellos a los redivivos dioses de la choza, pero en todo caso retrocedieron cuando los negros monstruos se lanzaron fuera de su templo.

Impulsado por una inspiración repentina, Thankmar le arrancó la antorcha de las manos a uno y le sacó la lengua, que asomó roja y brillante en su rostro negro como el carbón. Después volvió su trasero desnudo hacia los

adoradores de ídolos, sostuvo la antorcha ante sus nalgas y soltó una fuerte ventosidad que avivó la llama. Era el truco más antiguo del mundo pero no dejó de causar el efecto deseado. La llamarada resultó lo bastante grande como para que su resplandor verdoso hiciera que los hombres soltaran un alarido y se protegieran la cara con las manos. Muchos se arrancaron las máscaras de la cabeza, quizá por temor a que se prendieran fuego. Otros chillaron y echaron a correr.

Era una gran victoria. Thankmar cogió a ambas mujeres de la mano y desaparecieron corriendo en la noche, cuya negrura los acogió.

Nadie los siguió. Era de suponer que los idólatras realmente creyeron que un íncubo demoníaco había surgido de su templo y se alegraban de librarse de él de un modo tan sencillo.

Cuando salió el sol, los cuatro montaban a lomos de *Abul Abbas* en dirección al sur. Thankmar estaba seguro de que Isaac habría estado orgulloso de él; había salvado a las mujeres y al niño de un hato de adoradores del diablo, había domado al elefante con el amuleto y logrado que la novicia los acompañara al sur. Que Adelinda cambiara de parecer de manera tan repentina le resultó un tanto extraño, pero adjudicó dicho éxito a su talento para proteger mujeres y niños. Cerca de él no sufrirían daño alguno, lo juró por Saxnoth y por todos los vientos de este mundo.

Capítulo 25

Un libro. En medio del páramo el bien más precioso del mundo civilizado. Con dedos trémulos, Imma acarició las grasientas tapas de cuero negro y abrió el libro. *Confesiones*, ponía en letras maravillosamente iluminadas en el pergamino amarillento. Contuvo el aliento; esa obra de san Agustín dictada por Dios estaba envuelta en la manta del lecho del emperador: el mundo era un cúmulo de singularidades.

Carlomagno la contempló y una sonrisa surcó su rostro redondo.

—Todas las noches leo un fragmento; sin embargo, considero que es más edificante si alguien me lo lee. ¿Me daríais ese placer, hermana Imma?

Ella asintió con la cabeza y se retiró a su lecho con el libro, tan excitada como antes de una noche de bodas. Hojeó el pesado pergamino página tras página, siguió las líneas con el dedo y la mirada, y saludó las ilustraciones de las minúsculas y las mayúsculas con expresión aprobatoria. Era un ejemplar magnífico, no uno de esos baratos palimpsestos cuyas páginas de cuero ya habían sido cubiertas de escritura numerosas veces y luego vueltas a borrar con piedra pómez, como si las palabras escritas no estuvieran destinadas a la eternidad.

Desde que tres días atrás abandonaran la granja de

Leidrad, el emperador de los francos no dejaba de sorprenderla cada vez más. Al principio temió que había ido a parar a una horda de patanes, como antaño cuando cabalgó con los guerreros desde las ruinas de San Albola hasta Arlés... a lomos de un caballo, atrapada entre el bajo vientre de un hombre y la correa de la silla de montar, entre los brazos de un matarife, pasto de miradas lascivas y solo protegida de la violación por su hábito de monja.

Pero los guerreros imperiales eran distintos. La trataban con respeto y a Imma le resultaba indiferente que esa reserva y discreción se debiera a los orígenes nobles de los duques o a una orden de Carlomagno. Se sentía protegida, rodeada por los veintitrés gallardos guerreros que se designaban a sí mismos como «las niñas de los ojos del emperador». Incluso Saudrat la trataba con tacto y no volvió a probar suerte con ella. En agradecimiento, todas las noches le vendaba la herida sufrida en el brazo izquierdo durante la lucha con Wala.

Imma ni siquiera tuvo que montar a caballo; aunque Carlos había comprado una yegua de la dehesa de Leidrad solo la destinó a tirar del carro en el que Imma, Adelinda y Bernwin habían llegado a la granja. Arrastrada por un caballo avanzaba mucho más rápido que con la yunta de bueyes pues la yegua, acostumbrada a la pesada tarea ante el arado, avanzaba como una nave vikinga en la tormenta. No obstante, Imma sabía que retrasaba a los jinetes y agradeció al emperador en silencio por ser tan paciente con ella.

De camino había logrado imponer cierta piedad al grupo. Todas las mañanas, una vez despiertos, cuando el sol aún no había salido y los adormilados guerreros se quitaban las gotas de lluvia del pelo y de los mantos de lana, Carlos los reunía para la misa. Para celebrarla, Imma montaba en el carro y recitaba el padrenuestro ante los guerreros más nobles del reino, y todos los días, cuando todos cantaban a coro, las bellas voces de esos hombres de la espada volvían a

sorprenderla. Daba igual el ictus que ella entonara: siempre era respondido con gran fervor por veintitrés voces de bajos. Al ser guerreros marcados por la muerte, los duques estaban empeñados en manifestar su fe en el reino de los cielos con la mayor frecuencia posible.

Las misas al aire libre le resultaban extrañas, pues al fin y al cabo las fuentes y la maraña de raíces eran el hogar de diablos y demonios, al menos eso le habían enseñado cuando era una novicia. Pero recordaba que entre los matorrales y charcos también habitaban espíritus de la naturaleza, a los que en otra vida había reverenciado e incluso cantado.

Tironeada entre los recuerdos de los antiguos dioses y su pasión por Cristo, se dedicaba a leerle trozos de las *Confesiones* al emperador con gran entusiasmo.

—Reprimí las lágrimas, me puse de pie y lo único que logré interpretar es que Dios me ordenaba que abriera la Biblia y leyera el primer fragmento que hallara: «Vivamos honorablemente, no dedicados a comer y beber, no con lujuria y voluptuosidad, no en discordia y envidia, sino recurriendo a Jesucristo y cuidando nuestro cuerpo, pero sin caer en sus tentaciones...»

Imma se interrumpió tras haberle leído un trozo tan largo al emperador que la sopa —cuyo nivel subió debido a la lluvia— se desbordó del cuenco. Al igual que antes, Imma rozó las páginas como si quisiera acariciar las palabras con los dedos.

Tras escuchar las edificantes palabras Carlos guardó silencio durante un buen rato. Después tomó la palabra.

—Por desgracia, mi dinastía no está destinada a gobernar por la voluntad de Dios, como aún hicieron los hijos de los merovingios, sino solo por la del Papa, que a fin de cuentas es el representante de Dios, pero mis adversarios no se dan por satisfechos con ello. Quieren derrocarme, así que he de adelantarme a ellos, superarlos, mostrarles quién es el mejor soberano, ¿comprendéis? Gobernar no se limita a ser una

cuestión de violencia corporal: solo el poder espiritual hace que reconozcamos al auténtico regente. *Rex illiteratus asinus coronatus*: un rey inculto es un asno coronado. Quiero dejarles un buen recuerdo a mis sucesores, no el de un guerrero temido. Ya es bastante espantoso que me llamen asesino de sajones.

—Pero según he oído otros os llaman David, como al sabio y valiente rey de las tribus de Israel. No os limitáis a ser un soberano, también sois un legislador.

—Eso son halagos de cortesanos y nada más. El deber de un emperador no consiste en idear leyes, solo se encarga de que la vigente jurisprudencia del pueblo sea anotada y reunida. En el mejor de los casos promulga algunos capitulares él mismo. Yo no soy la justicia, solo soy su siervo. —Carlos se incorporó y contempló a Imma—. Pero no me agrada hablar de mí mismo toda la noche. ¿Qué hay de vos, hermana Imma? Tengo la impresión de que sois una cantante prácticamente bendecida por el *Señor*; creedme: sé reconocer una diferencia en esos asuntos. Siempre he adorado la dulzura de la música.

—Durante las misas vuestra voz aún no me ha llamado la atención. Cada vez que aguzo el oído para escucharla lo único que oigo es un gruñido monótono.

—No me juzguéis con excesiva dureza, hermana Imma. Mis cuerdas vocales están desgastadas de tanto rugir órdenes. Si cantara a voz en cuello en la misa todos los mártires se retorcerían en sus tumbas, harían rechinar los dientes y se preguntarían para qué dieron sus vidas si el Papa corona a uno como yo.

Imma trató de adoptar una expresión de reproche, pero como notó que ese propósito fracasaría, optó por pasar por alto los comentarios del emperador.

—Permitid que manifieste una solicitud —dijo y bajó la vista.

—Hablad, hermana Imma. ¿Cómo podría rechazar un deseo vuestro? A vos, que queréis salvar el reino —dijo y se acabó su copa de vino.

Imma ignoró el tono burlón del emperador.

—Lo que más adoro en el mundo es la música. Con ella hacemos lo mismo que con las leyendas de los viejos: las transmitimos de boca a oreja, de los sabios a los ansiosos de sabiduría, pero de camino se pierde gran parte de la sustancia. Podemos apuntar las palabras y muchos buenos frailes y monjas pasan años de sus vidas en escritorios mal iluminados para conservar aquello amenazado por las fauces del tiempo... pero no pueden sujetar la música.

Carlos asintió.

—Estoy muy al tanto de esas dificultades. Las palabras permanecen, pero la melodía y el ritmo son tan fugaces como la embriaguez de una noche de juerga. —Indicó a un guardia que le escanciara más vino. Imma rehusó el ofrecimiento—. Abordáis un tema interesante, hermana Imma. ¿Habéis oído hablar de los intentos de Ingelsheim?

Ella negó con la cabeza.

—La última vez que monté el campamento de invierno con la corte en ese lugar (ya han pasado varios años de aquello), un monje llamado Worad me condujo a su taller y me mostró curiosísimos artilugios y también numerosos instrumentos musicales. Worad me dijo que hacía años que buscaba una manera para atrapar la música, para sujetarla antes de que se evaporara. Lo expresó de otra manera: antes de que se agotara. Según su teoría, los tonos existen hasta que los oídos los oyen, él dijo «devoran». Para demostrar su tesis se refirió al fenómeno del eco. Dijo que quien grita en un desfiladero emite sonidos que van por el aire hasta chocar contra una roca que los devuelve, y solo cuando regresan al oído del que ha gritado son devorados y después enmudecen. ¿Comprendéis lo que os digo?

—Puede que Worad sea un individuo inteligente, pero hay algo que no comprendo: si suelto un grito contra las rocas el tono regresa porque no se ha gastado. Pero si en lugar de rocas nos encontramos en un paisaje boscoso, cuantos entren allí solo oirán el susurro de los árboles.

Carlos chasqueó la lengua.

—Un reparo excelente. Yo también intenté utilizar dicho argumento con Worad. ¿Sabéis lo que dijo?

Esa vez Imma dejó que le escanciaran vino y bebió un buen trago, sin apartar la vista del emperador, que prosiguió.

—Worad consideraba que si el eco no regresa, el tono ha sido captado por oídos ocultos, pero que dado que los únicos que comprenden y pueden «devorar» las palabras humanas son los oídos humanos, ello demuestra que donde no se produce el eco se ocultan desconocidos. Por eso estaba tan excitado e insistió en informarme de su descubrimiento. El buen Worad estaba convencido de que mis guerreros podrían descubrir cualquier enemigo oculto.

—Y al hacerlo pasó por alto que los gritos se limitan a delatarse a sí mismos. —Imma notó un cosquilleo en la garganta, se permitió una sonrisa y entonces ya no pudo reprimir la risa.

Carlos tampoco logró conservar una expresión seria y soltó una carcajada tan sonora que, asustados, sus duques dejaron caer sus copas. Imma se cubrió la cara con las manos para ocultar sus mejillas enrojecidas por el vino y la alegría.

Carlomagno apagó las carcajadas bebiendo un trago de su copa de arcilla y soltó un suspiro de satisfacción.

—Ese Worad es un bicho muy peculiar. Se aferra a su teoría como Cristo a la cruz. Muy pronto se dio cuenta de que yo no daba crédito a sus palabras, desde luego, y por eso me envió pruebas a Aquisgrán. Pruebas muy sólidas.

Imma pasó por alto el blasfemo comentario porque se moría de ganas de averiguar más acerca de las ocurrencias de Worad.

—¿Qué pruebas? ¡Habládme de ello, Carlos!

—Un tubo de madera de tejo, largo y hueco, similar a un carcaj. El extremo por donde se sacan las flechas estaba cerrado con una tapa. En su carta adjunta Worad afirmaba que por fin había hallado un método seguro para conservar tonos. Según el principio de los sonidos agotados, había realizado experimentos con tubos en los que había proyectado gritos o canciones. Antes de que los tonos rebotaran y pudieran escapar por la abertura los atrapaba mediante la tapa.

—¡Qué ocurrencia!

—Eso pensé yo. Me retiré a una habitación silenciosa y destapé el tubo con cuidado, pegándolo a mi oreja para escuchar cualquier sonido. Pero el recipiente permaneció mudo. Decepcionado, le escribí a Worad que su experimento había fracasado, pero resulta que el monje estaba tan convencido del éxito de sus investigaciones que se negó a admitir un fracaso. Afirmó que entre los correos imperiales había espías que escuchaban los tonos y los liberaban de sus prisiones. Desde entonces recibo envíos desde Ingelsheim con bochornosa regularidad, envíos de diez o más tubos, todos mudos y vacíos. Afortunadamente, mis constructores los aprovechan para montar sus maquetas arquitectónicas.

Imma meneó la cabeza; todo eso le resultaba incomprensible.

—Un siervo de Dios que dedica su vida a conservar gritos mudos. Casi se podría formular un cuento instructivo para niños con eso.

—Ya os he aburrido suficiente con mis chácharas, cuando erais vos quien quería solicitarme algo —dijo, y se esforzó

por reprimir un bostezo.

Imma notó que Carlos estaba exhausto. Pensó en la abadesa y los caracteres que representaban tonos que ella había desarrollado y denominado «mis neumas» en tono amoroso. Mediante estos, Hrortruda logró fijar tonos en un pergamino. La abadesa se merecía ser honrada personalmente por el emperador, pero el cénit de la velada había sido superado e Imma no le hablaría del recuerdo de la abadesa si no gozaba de toda su atención, así que optó por postergar el asunto y arriesgarse a avanzar en otra dirección.

—Quiero confesarme.

Carlos se quedó boquiabierto.

—No soy sacerdote, os dirigís a la persona equivocada.

—Desde luego. Pero albergo un deseo especial. Mis pecados contra Jesucristo, nuestro Señor, me pesan tanto que la absolución en común durante la misa no basta para anularlos. En San Albola traté de convencer a la abadesa de que me permitiera una confesión individual, pero ella se negó porque mi deseo iba contra las reglas de la orden, incluso contra el derecho eclesiástico general.

—Es verdad que la confesión individual me parece bastante extraordinaria. ¡Imaginaos que los pecados de cien creyentes ya no fueran perdonados mediante un único gesto! Si cada uno tuviera que confesarse individualmente para enumerar cada acto pecaminoso y cada idea reprobable, la santa misa tardaría días enteros. En cuanto hubiesen absuelto al último, ya volvería el turno de los primeros.

Una pizca de enfado aguló la simpatía que el emperador despertaba en Imma.

—He estudiado las leyes de la Iglesia a fondo. Y también conozco los límites impuestos a la fe por parte de Roma. Mantienen a raya a los sectarios que, de lo contrario, harían que el caos irrumpiera entre nosotros. Lo que quiero

solicitaros es difícil, puesto que significa ponerme por encima de mi comunidad. Pero allá donde me dirija tras este período de inestabilidad, que ingrese en otra orden o en el reino de los cielos, solo puedo servir al Señor con el alma purificada. ¡Permitid que me confiese en privado! Sois el emperador, ningún eclesiástico se opondrá a vuestro deseo.

—Os respeto, hermana Imma, y también vuestras opiniones. Pero no puedo infringir el derecho eclesiástico vigente, pues al fin y al cabo yo mismo lo establecí en la *Admonitio generalis*. ¿Quién reverenciaría a un soberano que tuerce el derecho solo porque alguien le susurra una solicitud al oído? Además, cabalgamos hacia una batalla y el código de los guerreros prohíbe pensar en los días posteriores. Hoy nuestro lema es victoria o muerte. Nos ocuparemos de los problemas espirituales más adelante.

Tras pronunciar estas palabras el emperador se enrolló en su cuero de oveja y guardó un silencio imperial muy elocuente. Imma procuró superar su desilusión bebiendo un último trago, pero tras la conversación el vino ya no surtía efecto. La mayoría de los hombres ya estaban dormidos, así que no le quedó más remedio que dirigirse a su lecho, que siempre montaba lejos de los guerreros. Pero esa noche no logró conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, un demonio interrumpió la misa. Justo cuando Imma entonaba el último verso del *Kyrie fons bonitatis*, sin haber descansado pero contenta de oír la voz fervorosa de Carlos, un horripilante griterío destrozó el momento sagrado y el grupo de devotos arrodillados se transformó en un montón de guerreros que se ponían de pie apresuradamente. Era como si el sonido procediera de abolladas fanfarrias, como el balido de un rebaño de corderos masacrados.

Uno de los exploradores imperiales se acercó al galope, desmontó y cayó de rodillas ante Carlomagno. El jinete estaba excitado y confuso y balbuceaba palabras sin sentido, pero no había tiempo para explicaciones porque de inmediato se produjo un estallido y un estrépito, pisotones y trompeteos como si un enorme ejército sarraceno atravesara el bosque directamente hacia las tropas imperiales. Lo que surgió entre los árboles era tan inmenso que la guardia de élite franca arrojó los escudos al suelo para empuñar las espadas con ambas manos.

Imma se persignó y cayó de rodillas. Una cosa era enfrentarse a una horda de falsos árabes, otra muy distinta a un demonio cornudo: un deber solo destinado a los mártires.

El monstruo surgido del bosque debía de haberse arrastrado desde aquellas remotas comarcas orientales, donde decían que se abrían las puertas al inframundo. Se alzaba hacia el cielo, cada uno de sus pasos era como el retumbo de un trueno y colmillos de un blanco brillante emergían de su boca como rayos. Una larga excrecencia en medio de la cabeza y unos ojos oscuros parecían el retrato de una diabólica depravación. La cabeza se elevaba por encima de los soldados y en el lomo del demonio cabalgaban tenebrosas figuras cuyo pestazo a azufre arrebatava el aliento... al menos eso sintió la monja.

Entonces la mirada de Imma se clavó en una de los jinetes de aquella monstruosidad.

—¡Adelinda! —exclamó atónita y saludó a la novicia sonriente sentada en el lomo del monstruo—. ¡Adelinda!

Los gritos de los hombres apagaron sus gritos. Entonces la monja se enderezó, se llenó los pulmones de aire —un aire que no olía a azufre sino a humo y cenizas— y lanzó un grito por encima de las cabezas de los guerreros.

—¡No derrames sangre inocente en la tierra que el Señor, tu Dios, te ha dado en heredad!

Durante un momento absurdo pensó que Bernwin se hubiera enorgullecido de ella.

Los guerreros se volvieron hacia ella, que se abrió paso entre ellos impulsada por el temor a que los hombres pudieran matar a Adelinda. Incluso apartó al emperador de un empujón y por fin se detuvo a su lado ante el gigante, de cuyo lomo Adelinda se estaba deslizando. Imma estrechó a la novicia entre sus brazos. El monstruo surgido de las profundidades del bosque se había convertido en un mensajero celestial que le había devuelto a Adelinda. La novicia se dejó abrazar por Imma, que reía y lloraba al mismo tiempo, mientras Adelinda dejaba un rastro de mugre en el cuello y la mejilla de la monja. Cuando el emperador examinó a los recién llegados Imma se separó de la joven a regañadientes.

Aunque los gritos de Imma habían impedido que la situación se descontrolara, el terror de los guerreros ante el gigantesco animal perduraba y no dejaban de lanzarle miradas suspicaces sin soltar la empuñadura de las espadas.

El único que contempló al animal sin temor fue Carlomagno. Ordenó a los jinetes del gigante que desmontaran y se arrodillaran ante él. Antes de obedecer, las mujeres le confiaron el niño a Imma. En cambio, el muchacho de cabellos ensortijados solo adoptó una posición humilde tras recibir un puntapié. Imma creyó oler su furibunda determinación, al igual que el sudor que pese al frío empapaba su cuerpo desnudo y pintado de negro. ¿Quiénes eran esos extraños desconocidos que acompañaban a Adelinda? Imma mecía al niño entre sus brazos y aguardó las explicaciones de la novicia y sus extraños acompañantes con gran expectación.

—¿Quiénes sois? ¿Adónde os dirigís?

Carlos se había plantado ante los tres arrodillados e incluso allí, en medio del páramo, era todo un emperador

concediendo audiencia.

Adelinda tomó la palabra.

—Me llamo Adelinda de Autun, antaño novicia del convento de San Albola y conocida de esa monja. Mis acompañantes responden a los nombres de Thankmar y Gisela. Saludo y venero al emperador de los francos, ilustre pueblo, escogido por Dios el Creador para gobernar, valiente con las armas, firme en la paz, profundo en el consejo, osado, valiente y amante de la verdad...

Thankmar se puso de pie.

—¿Qué significa esta tontería? Si de verdad sois el emperador, sería mejor que escucharais el mensaje que os traigo en vez de malgastar un tiempo precioso con innecesarias palabras huecas.

Un golpe en la cara hizo callar a Thankmar y lo derribó. El emperador se situó por encima de él y apretó los puños.

—¿No le tributas respeto al emperador? ¿Consideras que mostrarse sumiso ante vuestro soberano es una pérdida de tiempo? ¡Estúpido salvaje! Da igual de qué cenagal procedas: volveré a enviarte allí junto con esa cría.

Imma nunca había visto al emperador tan implacable. Si bien pensó que un soberano también debía tener rasgos autoritarios, la brutalidad de Carlos la asustó. Su tono de voz ya no era pudoroso como hacía un momento, durante la misa. Era áspero como una piedra de afilar y amenazador como la de un sátiro en el dormitorio del convento. Imma apretó al niño contra su pecho.

El desconocido desnudo apenas parecía impresionado por la cólera del emperador. Volvió a ponerse de pie. «Como un corcho que intentan sumergir en vano», pensó Imma.

—No os habéis ganado mi respeto —dijo Thankmar, imitando el tono del emperador—. Porque no sois mi soberano. Soy sajón, un hijo de las marismas, un guerrero

de Donar, un preferido de Irmin, y no he seguido vuestra huella para tributaros respeto. Antes me corto la lengua.

De repente la punta de la espada de Carlos estaba apoyada contra el pecho de Thankmar y los ojos del emperador se salían de las órbitas.

—¡Un maldito sajón! Lo olí de inmediato. Aquel día junto al río Aller debí haberos matado a todos, tal como vosotros lo divulgáis en vuestros mentirosos cuentos de hadas. Entonces el mundo por fin se vería libre de vuestro hedor. Corregiré ese error ahora mismo.

¡Un miembro de su tribu! Imma quiso acudir en ayuda del muchacho del cabello rizado. Adelinda y la desconocida también se habían puesto de pie. Entonces una mano pesada se apoyó en la hoja de la espada y la apartó. Saudrat se había situado a un lado del sajón y clavó una mirada paciente en el rostro del emperador. Imma notó el diálogo mudo entre ambos y que los hombros de Carlomagno se relajaban. El emperador bajó la espada y se apartó.

—De acuerdo, que siga con vida, pero debe ser maniatado. Si no quiere ser súbdito, que sea prisionero.

Mientras los guerreros ataban al irrespetuoso joven Adelinda se acercó a Imma.

—Puede que ese hombre sea un tozudo, hermana, y que parezca un salvaje adorador de ídolos, pero os juro que sus intenciones son elevadas. Cuando yo vagaba hambrienta a través del páramo me acogió y me ayudó. Y todavía más importante: es un enviado de Dios. Puede que no sea un Cristo, pero lleva las marcas. Cuando las vi lo conduje hasta vos.

Imma, que le había devuelto el niño a Gisela, frunció el ceño.

—¿Qué marcas? ¿De qué hablas?

—¡Contemplad su pecho desnudo! ¡Mirad el amuleto que

lleva colgado del cuello! Es igual al que vos lleváis oculto bajo las ropas.

Imma se acercó al sajón y contempló el colgante con mirada estupefacta. Un ave de oro y almandinas partida por la mitad brillaba en el pecho del extranjero.

—¿De dónde has sacado este amuleto?

—Mi amo me lo dio cuando me dejó en libertad. Era un gran regalo, pues significaba mucho para él.

Imma aferró al sajón de los hombros.

—¿Quién es tu amo?

—Su nombre era Isaac de Colonia.

Imma notó que las piernas le flaqueaban.

—¿Dónde se encuentra Isaac de Colonia ahora?

—Está muerto. Murió hace escasos días, horrorosamente decapitado por un árabe, a solo un par de días de viaje río arriba.

Las lágrimas inundaron a Imma como un torrente imparable. Abrazó al sajón como si fuese aquel joven que había estrechado entre sus brazos hacía mucho tiempo. Era como si el muro que a lo largo de los años había construido en torno al pasado se hubiera desmoronado en un instante. De repente rodeaba el cuello de Isaac con los brazos, tocaba los suyos y notaba su piel. Por fin lo soltó y vio cómo él también se había echado a llorar.

El emperador observó el íntimo abrazo con expresión sorprendida.

—¿Qué ha dicho el sajón de Isaac de Colonia?

Tragándose las lágrimas, Thankmar informó qué lo había conducido hasta el emperador. Comenzó hablando de Génova, del campamento de esclavos de Grifo, y describió cada etapa de aquel viaje funesto: habló de Pavía, de la

tierra de los lombardos, del Mont Cenis y de la navegación río abajo hasta aquella aldea cuya visita le había costado la vida a Isaac. Al principio no encontraba las palabras correctas, quería darle más dramatismo a su historia de la que era capaz. Agitaba los brazos para enfatizar las palabras. Después habló de *Abul Abbas* y del mensaje del califa, de que él mismo debería haber formado parte de aquel grupo que debía simbolizar la paz entre Bagdad y Aquisgrán. Cuanto más se prolongaba su relato, tanto mayor era el número de asombrados guerreros que se aproximaban, y cuando finalmente Thankmar puso fin a su relato describiendo la danza diabólica ante aquel templo pagano del bosque, algunos duques rieron y aplaudieron. Pero el emperador los mandó callar.

—¿Qué son esas tonterías? Isaac de Colonia... ¿muerto? Eso es imposible. Isaac es inteligente, jamás tomaría a un sajón como esclavo. ¡Y encima esas mentiras sobre Berta! — Carlos lanzó una mirada furibunda en torno—. Pretende convencerme de que este mocoso es mi nieto, cuando lo único que quiere la urraca sajona es albergar su vergonzosa puesta en el calor de mi nido. ¡Saudrat, ahoga al niño!

Imma volvió a reconocer la misma inseguridad anterior en la voz del emperador, como la que oía cuando él cantaba en misa. Metió la mano bajo su vestido y extrajo su mitad del amuleto. Después cogió la otra mitad colgada del cuello de Thankmar y unió ambos bordes. Encajaban perfectamente, incluso después de treinta años.

—Mirad, Carlos. Isaac de Colonia partió este amuleto hace muchos años. Desde entonces llevo una mitad colgada del cuello, él se quedó con la otra. Me parece que nos ha reunido en este lugar para que actuemos como él hubiera querido.

—Eso no me basta como prueba de que está muerto. El sajón puede haberle robado el amuleto.

Imma se sofocó. Ella siempre se había considerado a sí misma un ejemplo de tozudez recalcitrante, pero ese emperador la superaba con mucho.

—¿Qué más queréis? —le gritó—. ¿Es que vuestro odio por los pueblos es tan grande que habéis perdido la práctica de reconocer la verdad? ¿Es que la guerra ya os ha cegado a tal punto que no reconocéis la paz cuando yace a vuestros pies? ¡Porque entonces no merecéis gobernarme a mí, ni a estos hombres ni a nadie! Y las palabras de san Agustín jamás volverán a alegrar vuestros oídos.

Imma sabía que había ido demasiado lejos, pero era demasiado tarde. Carlos le lanzó una mirada furibunda y de pronto ella supo que el emperador no dudaría en hacerla encadenar, daba igual con cuánta intimidación la hubiera tratado antes.

Entonces la muchacha rubia se interpuso entre ambos, esa hasta entonces belleza muda que había desmontado del lomo del elefante junto con Adelinda y el sajón. Se acercó a Carlos y depositó al niño en sus brazos, asintió con la cabeza y volvió a retroceder.

El soberano sostuvo el bulto como un hombre que ya había acunado a muchos niños. Imma reconoció el dilema en que de pronto se encontraba Carlos. Si antes hubiera hablado en serio habría devuelto al pequeño o lo hubiese dejado en el suelo. Pero lo sostuvo y contempló a sus guerreros con expresión tímida. E Imma notó algo más: la arruga que recorría la frente imperial como un profundo *surco* aparecía en el rostro del niño en el mismo sitio.

Carlomagno también pareció notar que el vínculo entre él y aquel niño era mayor de lo que quería admitir, pues su rostro adoptó una expresión dichosa cuando recorrió la misma arruga que aparecía en la pequeña cabeza con el pulgar de su mano enguantada.

Capítulo 26

El emperador franco y el sajón pertenecían a mundos separados. El niño en brazos de Carlos había construido un puente, pero era demasiado inestable como para atravesarlo. No obstante, un breve vistazo al otro lado bastó para que Carlomagno diera crédito al relato de Thankmar. El emperador se percató del explosivo poder político que suponía el elefante y le agradeció al sajón por el regalo del califa. Como representante de Harun al Rashid, Thankmar se sentía incomprendido; sin embargo, respetó la necesidad de interpretar dicho papel. Sin un agradecimiento formal del emperador al soberano abasí *Abul Abbas* no sería un obsequio sino un monstruo y, por consiguiente, el mensaje de paz no surtiría el efecto deseado.

Carlomagno lamentó la muerte de Isaac de Colonia, su embajador. Le ordenó a la hermana Imma que celebrara una misa por el anciano judío a la que incluso Thankmar asistió, si bien no entendió el sentido de las plegarias. La monja habló del pecado, un concepto que no existía entre los suyos, y tampoco consideró que Isaac hubiera aprobado un rito cristiano celebrado en su memoria.

El emperador declaró que deseaba visitar la tumba de Isaac, pero que no disponía del tiempo necesario, que para llegar a tiempo a San Aunario debían proseguir viaje: para un soberano el bienestar de los vivos era una preocupación más urgente que el de los muertos.

Alrededor de mediodía todos se pusieron en marcha.

Solo cuando ya se encontraba en medio del contingente de los francos Thankmar se percató de que nadie le había preguntado por su futuro inmediato... ni siquiera él mismo. El elefante había sido entregado, lo cual suponía que la misión de Isaac había sido cumplida en la medida que las circunstancias lo habían permitido. Hubiese sido el momento de abandonar la tierra de los francos de una vez por todas, pero Thankmar seguía oyendo el eco de las palabras de Isaac, su advertencia respecto a su regreso a Haduloa. Allí aquella tormenta imparable lo había arrasado todo, había dicho el viejo judío, y barrido al pueblo de Thankmar. Así que, ¿adonde debía dirigirse?

Entonces pensó en la gran isla situada al oeste a la que Isaac había llamado Britania. Hacía siglos que los sajones abandonaban su viejo hogar una y otra vez, cruzando el mar para buscar refugio en las orillas de Britania. Ninguno de ellos regresó. Los emigrantes hallaban el paraíso en su nuevo hogar... o bien la muerte. «A lo mejor —pensó Thankmar— allí al oeste me aguarda un nuevo hogar.»

Pero en vez de dirigirse al oeste acompañaba a Carlomagno —el enemigo de su tribu y el asesino de su familia— al sur. ¡Cuánto despreciaba al emperador! Pero incluso si el franco le hubiese permitido escoger su camino Thankmar habría permanecido a lomos del elefante. La idea de abandonar a *Abul Abbas* le resultaba insoportable, y tampoco quería separarse de Gisela, porque solo junto a ella la idea de un futuro en la gran isla resultaba imaginable. Y así, Thankmar el sajón confió su destino a Carlos, el emperador franco, y su camino conducía a un lugar no llamado Britania sino San Aunario.

Abul Abbas no parecía haber notado que le pertenecía a un nuevo amo, y encima a un emperador. Estoicamente, soportaba la carga humana en su lomo y solo de vez en

cuando manifestaba que amenazaba con volver a caer en aquella furia funesta agitando las orejas y acelerando el paso, pero cada vez el amuleto de Thankmar volvía a tranquilizarlo a tiempo.

Las tropas imperiales aprovechaban cada interrupción de la monótona cabalgada para contemplar al elefante, con mirada asombrada. *Abul Abbas* arrancaba los arbustos y árboles jóvenes que crecían en el linde del bosque con la trompa y los hombres observaban cómo los hacía papilla de un único mordisco y los devoraba. Entonces resonaban gritos de admiración y el espanto aparecía en los rostros de los guerreros. Cuando el conde Saudrat se dirigió al sajón y le preguntó si *Abul Abbas* devoraba seres humanos, Thankmar tuvo que reprimir la risa.

El emperador le había prohibido a Gisela que siguiera montando en el elefante con el niño. Dijo que tras todo lo que había soportado el pequeño hasta entonces suponía un milagro que aún continuara con vida. Y que no quería seguir desafiando la suerte. Carlos decidió que Gisela y el niño viajaran en el carro con Imma.

Thankmar y Adelinda, montados en el elefante, formaban la retaguardia. La novicia y la monja habían confeccionado una suerte de manto para el sajón con mantillones y correas de cuero; era muy áspero pero cubría decentemente su desnudez.

De esa guisa abandonaron la región boscosa. Uno de los exploradores de Carlos había descubierto un antiguo camino romano que aún se encontraba en buen estado y conducía directamente hasta San Aunario.

En el horizonte, una tormenta exprimía las nubes como si fueran esponjas y una cortina de lluvia se interpuso justo ante el lugar donde se encontraba la meta de aquel día: la aldea de Beriane, donde el emperador no solo quería pasar una noche a cubierto sino que también esperaba recibir

noticias acerca del paradero del enemigo.

El viento que anticipaba la tormenta ya agitaba los mantos de los jinetes. Estremeciéndose, Adelinda se acurrucó contra la espalda de Thankmar y le rodeó la cintura con los brazos. ¡Cuán sorprendido estaba el sajón ante la actitud familiar de la hasta entonces tan reservada novicia! Disfrutó de la suave tibieza de su cuerpo y del calor de su aliento en la nuca.

—¿Cómo es eso de ser monja? —preguntó, aliviado por haber hallado un tema de conversación.

—Insoportable. —Los labios de Adelinda estaban pegados a su oreja sana—. Ayunar, rezar, trabajar: a eso dedican el día. En cuanto te has tumbado en el lecho para dormir ya vuelve a sonar la campana llamando a la oración nocturna. Te obligan a abandonar el tibio dormitorio para ir a la gélida iglesia.

Adelinda se apretó aún más contra él, como si buscara protección ante el recuerdo. Thankmar sintió sus pechos contra la espalda.

—¿Por qué te dirigiste a semejante lugar si no deseabas venerar a tu Dios?

—No sé cuáles son vuestras costumbres, las de los sajones, pero de donde soy oriunda las mujeres jóvenes solo pueden casarse o ingresar en un convento.

—¿Es que casarte no hubiese sido placentero?

Una ráfaga de viento agitó los cabellos de Adelinda, que rozaron el rostro de Thankmar. Se los apartó de la frente pero el olor persistió, un aroma a tierra recién arada.

—¿Casarme? Deberías haber conocido al tonto de mi aldea. ¡Qué hatos de inútiles eligieron mis padres para mí! Individuos gordos, llorosos y apenas destetados que ya pretenden demostrarle su virilidad a todo el mundo. Les dije dónde podían apagar su lujuria: con sus madres.

Thankmar no dudó de la veracidad de esa *afirmación*.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó.

—Mis padres solían celebrar banquetes. Has de saber que mi familia es rica, así que invitaban al futuro novio y a su clan a una velada. Un encuentro horroroso: mientras los adultos se dedicaban a beber hasta vaciar el último jarro, mi futuro marido y yo estábamos sentados en un banco en el centro de la mesa, uno junto al otro, y nos moríamos de vergüenza. Cuando todos ya estaban bastante ebrios, el muchacho y yo abandonábamos la sala sin ser vistos y yo lo atraía a mis aposentos. Entonces me tendía en el suelo y lo desafiaba a montarme, pues suponía que no querría comprar a ciegas sin antes probar el fruto que debía saciar su hambre durante toda una vida. Eso era demasiado para casi todos.

—¿Para casi todos?

—Sí. El único que lo intentó fue Gilberto, el hijo del herrero. Se estaba quitando la ropa cuando le pegué una patada tan violenta en los genitales que semanas después solo lo veían trabajando de pie ante el yunque.

Thankmar meneó la cabeza.

—Hubieras sido una maravillosa esposa para un sajón —dijo, y recordó que hacía poco había pensado algo similar acerca de Gisela.

—A continuación, mi padre consideró que sería mejor que ingresara en un convento. Me envió a San Albola, tan lejos de Autun que resultaba imposible que alguien hubiera oído hablar de mi mala conducta. Les regaló los ingresos anuales de tres fanegas de tierra a las monjas y mi destino quedó sellado: enterrada viva tras los muros de un convento. Pero no se lo puse fácil a las hermanas, y ahora soy libre.

Thankmar notó que las manos de Adelinda se habían calentado. De pronto los labios de ella le rozaron el cuello.

—Sabes —murmuró—, antes de encontrarme contigo en

aquella choza nunca había visto un hombre desnudo.

Curioso, se volvió hacia ella y, sorprendido, fue consciente de que una belleza de cabellos oscuros le prestaba compañía a lomos del elefante. Hasta ese momento apenas había contemplado a Adelinda como mujer. Solo era una niña que le había sacrificado su naciente sexualidad al dios de los cristianos, pero de pronto reconoció en ella a una joven cuyos rasgos maduros estaban a punto de derrotar a la juventud. La mirada de sus ojos grandes era voraz y sus labios pronunciaban palabras silenciosas, hasta que encontraron los suyos.

No era como con Gisela: Adelinda le metió la lengua en el paladar como si allí buscara el sabor de la vida y lo cogió de los rizos impidiendo que pudiera retroceder. Cuando ya creía que se pegaría a él como una lapa durante toda la eternidad, ella lo soltó. Un hilillo de saliva colgaba de su labio inferior, pero no resultaba repugnante, como en el caso de Gisela.

Thankmar la alzó por delante de él y la sentó en sus piernas: era ligera como una pluma. Ella se aferró a su hombro con una mano y con la otra se levantó las faldas. Un instante después él la penetró. Ambos permanecieron inmóviles al tiempo que percibían cómo la vibración de los pasos del elefante los recorrían de pies a cabeza.

Thankmar no carecía de experiencia con las mujeres, pero la desesperación con que lo amaba Adelinda lo incomodó. Ella absorbía el momento, absorbía los olores, los sonidos y las sensaciones como si se tratara de tesoros irre recuperables. Él casi esperó que se echara a llorar, pero en vez de eso chispas de ira brillaban en sus grandes ojos y eso lo confundió aún más. Eso no era amor: era venganza por una vida insatisfactoria. Thankmar cerró los ojos, ahuyentó esas ideas y dejó que el acto lo trasladara a un mundo más sencillo en el que solo existían cuerpos sudorosos y el foco cósmico de la cópula.

Alcanzaron las ruinas de la aldea al anochecer. Desde mucho antes percibieron el olor del humo y las llamas, tal como ya había penetrado en la nariz de Thankmar en tantas ocasiones mientras vagaba por las tierras de los francos. Cada vez había resultado funesto.

Lo mismo ocurrió en Beriane. De las cinco pequeñas casas agrupadas alrededor de la casa comunal solo quedaban ruinas humeantes, negros volcanes desmoronados tras la erupción. En la casa comunal aún ardían los últimos maderos. Había cadáveres tendidos entre los fogones: no eran unos pocos muertos sino todos los habitantes de la aldea, amontonados los unos sobre los otros y formando una extraña escultura de la que asomaban extremidades carbonizadas. Lo que al principio Thankmar tomó por cuernos de diablos, tras acercarse vio que eran cráneos de animales: el ganado de los aldeanos había encontrado la muerte junto con sus dueños.

El asentamiento había sido devastado. La muerte de los animales subrayaba el sinsentido y la brutalidad de los atacantes. Unos saqueadores hubiesen asaltado la aldea. Impulsados por la codicia y se hubieran llevado los animales; terneros, cerdos y ovejas eran los bienes más preciados de un campesino, sobre todo entonces, cuando el invierno amenazaba con días frugales. Pero allí yacían las víctimas de orates, inútilmente quemadas, el ganado convertido en un asado infame.

Los jinetes permanecían en sus monturas, petrificados. Nadie desmontó para buscar sobrevivientes entre las ruinas. Hasta los nerviosos caballos parecían sentir que el suelo estaba empapado de perversidad.

El emperador rompió el silencio y manifestó lo que todos pensaban.

—Es una advertencia. El enemigo quiere atemorizarnos. Pero nosotros también podemos conducirnos como ellos. Si ellos se cobran veinte vidas por una, nosotros nos cobraremos doscientas por veinte.

Las palabras de Carlos no eran un grito de guerra destinado a enardecer a sus hombres sino el áspero susurro de un anciano consternado. Thankmar se preguntó si quien susurró esas palabras realmente era esa bestia apodada «carnicero de sajones».

Empezó a caer la lluvia y las llamas soltaron un siseo. Blancas nubes de humo se elevaban de la madera y los cuerpos carbonizados; el humo ahuyentó al emperador y sus acompañantes y cubrió el espeluznante lugar como una fortaleza de niebla.

Un poco más allá, camino arriba, descubrieron un prado en una ladera y montaron el campamento. La ira se sumó al espanto de los guerreros. En vez de una cálida hoguera en un recinto seco los aguardaba otra noche en el fango. Algunos soldados que comían papilla de mijo y la tragaban acompañada de agua de lluvia también podían imaginar un uso mejor para los inútilmente masacrados animales. Thankmar cojeaba entre los caballos y los guerreros tras dejar a Adelinda e Imma al cuidado del conde Saudrat. ¿Dónde estaba Gisela? No había vuelto a ver a la lombarda desde esa mañana cuando emprendieron la marcha. ¿Acaso se ocultaba de él? ¿Había visto lo ocurrido a lomos del elefante? Se apartó los cabellos mojados de la frente; las gotas de lluvia caían de su nariz como de una gárgola del techo de una iglesia. Recordó cómo Gisela, presa de los celos, se había interpuesto entre él y Adelinda cuando los tres cabalgaban a lomos de *Abul Abbas*. Debía de haber percibido la orden del emperador de seguir viaje en el carro como un castigo. Quizás había visto más de lo que él creía posible. Recorrió el campamento durante un buen rato, la llamó por su nombre e interrogó a los guerreros. Pero Gisela

no apareció y tampoco el niño.

Debía hablar con Carlomagno.

En medio del bosque, Mazruq al Atar oyó el grito de un niño. Estaba sentado junto a una hoguera con Jalid y Grifo cuando el nítido sonido interrumpió el silencio nocturno.

—¿Un niño, aquí? —Jalid alzó la cabeza—. Hace días que no encontramos un alma. Si aquí hay niños, a lo mejor también hay un techo bajo el que cobijarse. Mazruq...

—¡Calla!

Jalid obedeció. La niebla flotaba entre ellos y reforzaba el silencio, al tiempo que los hombres aguzaban los oídos.

Pero el grito no se repitió; tras unos momentos que parecían eternos Mazruq se puso de pie y desapareció en la oscuridad sin decir palabra.

Sabía que en esas tierras malditas la niebla podía ser tan densa que no solo devoraba los sonidos sino que también podía simular que procedían de la dirección opuesta... y sabía que se expondría a las burlas de Jalid si regresaba a la hoguera sin haber averiguado nada. Y también sabía que Alá lo conducía y lo había escogido como su herramienta, para que cumpliera su voluntad en el reino de los francos.

Entonces el niño volvió a gritar.

—¡Los caminos de Alá son insondables! —exclamó Mazruq cuando poco después volvió a acercarse al fuego arrastrando a Gisela y empujándola hacia la luz de las llamas—. La muy necia podría haber pasado junto a nosotros a escasos pasos de distancia sin que notáramos su presencia —añadió—, pero Alá me la reveló.

La muchacha se tambaleó hacia la hoguera, rodeada de esos hombres que hacía unos días había seguido a lo largo

del río. Los esclavos de pies pintados de blanco a los que habían arrastrado a través del negro lodazal del reino franco contemplaban fijamente a los recién llegados. Grifo y Jalid estaban acuclillados junto a ellos, ambos envueltos en gruesos mantos que les daban un aspecto más grande y amenazador. Gisela apretó al niño contra su pecho y tembló.

Jalid se quedó boquiabierto al ver a Mazruq con Gisela y el niño surgiendo de la niebla.

—¡Por todos los diablos, Mazruq! Eres capaz de encontrar una mujer incluso en medio de este páramo.

Una sonrisa de autosatisfacción cruzó el rostro de Mazruq.

—Las esclavas del buen Grifo comenzaban a saberme sosas. Mirad quién ha venido a visitarnos en este país de la niebla, amigo Jalid —dijo, y agarró a Gisela del mentón y la obligó a acercarse a la hoguera.

—¿Es la tonta hija de los granjeros?

—Así es, amigo. Y ahora mira al niño que sostiene contra su pecho.

Jalid se quitó el manto y se puso de pie para ver mejor.

—¿Qué pasa con el niño, Mazruq?

—¡Es el vástago de la hija del emperador, so gusano ciego! Allí arriba, en el paso, yo mismo lo extraje del vientre de su madre. Reconocería a este mocoso entre mil.

—¿Cómo puede ser? —Jalid entornó los ojos—. Debía morir, ¿no? ¿Por qué está vivo? ¿Y cómo ha llegado aquí, a las fauces más negras de este feo reino?

Mazruq reflexionó en silencio, su aliento formaba nubecillas por encima de su cabeza.

—Yo tampoco lo sé, maldita sea. ¡Malditos sean nuestros enemigos! Pero seguro que aquí tenemos a alguien que podrá informarnos.

Soltó el mentón de Gisela y le aferró la nuca. La lombarda hizo una mueca de dolor y cayó de rodillas. No lograría zafarse de la mano del árabe sin dejar caer al niño, pero no lo soltó y tampoco se resistió al agarre de Mazruq.

—No conseguiremos sonsacarle mucho —dijo Jalid, meneando la cabeza—. La muchacha es más tonta que un saco de higos secos. Suéltala, Mazruq. En cuatro días podemos alcanzar la costa y entonces ya estaremos cerca de nuestro hogar, Bagdad.

—¿Y qué pretendes decirle a Harun al Rashid? ¿Que su regalo de paz no fue entregado? ¿Que decapité al embajador imperial y que Hubaish murió despedazado? ¿Que Sanad se suicidó después de que le arrancaran la lengua? ¿Que ni siquiera nos encontramos con el emperador de los francos?

—Puede que hayamos fracasado —admitió Jalid—. Pero no podemos deshacer lo hecho. ¿De qué habría de servirnos una campesina deficiente mental? Se la damos a Grifo, él puede venderla.

Mazruq se golpeó la frente con la palma de la mano.

—¡Reflexiona, Jalid, reflexiona! Esta mujer carga con el nieto del emperador franco. A lo mejor estos cinco palmos de vida tienen mayor importancia política que el gigantesco elefante.

Jalid jugueteó con un rizo que asomaba por debajo del turbante.

—Eso es verdad. Pues llevemos al niño a Bagdad; el califa nos lo agradecerá. Que Grifo se ocupe de la muchacha.

—¡No, no! ¿Es que no lo recuerdas? Carlomagno partió de aquel maldito paso y se dirigió al sur. ¡Al sur! Eso es aquí. Apuesto mi harén *contra un* viejo jamelgo que nuestra bonita idiota procede directamente del campamento del emperador franco.

—¿Y qué? ¿Acaso quieres devolverle el niño? Lo juro por

la sagrada peregrinación de mi padre, Mazruq: viajaremos a casa y no volveremos a entretenernos con los juegos de los diplomáticos, ¿me has entendido?

Mazruq hizo un gesto negativo.

—Eres tú quien debe comprender. ¿Qué crees que ocurrirá si nosotros, los enviados del califa, logramos unir al clan gobernante franco? La hija del emperador ya me debe un gran favor por haberla librado de su mocoso. Si ahora además le entregamos el niño a su abuelo compondrán canciones sobre nosotros en los palacios del Palatinado. ¡Nos convertiríamos en una leyenda, y Harun al Rashid nos cubrirá de riquezas porque pese a todos los inconvenientes logramos concluir la misión con éxito, Jalid! Con este niño tenemos un arma con la que incluso podremos doblegar al emperador de este miserable reino.

—¡Tu madre debe de haber olvidado de parir tu cerebro! Incluso si existiera la posibilidad de reunir al emperador de los francos con su mocoso, ¿dónde hemos de buscarlo en medio de este desierto de niebla?

El rostro de Mazruq recuperó la anterior sonrisa de autosatisfacción y empujó a Gisela hacia Jalid.

—Toma, hazla hablar. Sabe lo bastante como para indicarnos el camino correcto. Utiliza tu cuchillo, ácala en las llamas, lo que sea. Pero no se te ocurra yacer con ella. Dicen que la idiotez de los francos es más contagiosa que la fiebre amarilla y puede quemar los sesos. —«Aunque en tu caso ello no supondría una gran diferencia», añadió mentalmente.

Mazruq oyó que Jalid desenvainaba el puñal, le dio la espalda al campamento y se alejó en la niebla. No se trataba de que contemplar crueldades lo repugnara, en el momento oportuno disfrutaba con el suplicio de los torturados, pero ¿mujeres torturadas? No podía soportarlo, incluso si eran demasiado idiotas como para comprender lo que les hacían. Y encima esta era el precioso ejemplar de una campesina de

Occidente, tal como aparecían en las canciones eróticas de los cantores y narradores árabes: erguida y rubia, fresca y con la figura de un reloj de arena. ¡Cuánto le hubiese agradado disfrutarla! Pero cuando advirtió a Jalid hablaba en serio: las mujeres idiotas quemaban el seso de los hombres.

Mazruq se adentró en la niebla y se ensimismó. Al tiempo que se afanaba en no perder de vista el pálido reflejo de la hoguera como único punto para orientarse, pensó en su hogar. Bagdad estaba al alcance de la mano, Jalid tenía razón, pero ¿cómo debían presentarse ante el califa? ¿Con las manos vacías? ¿Sin una prueba que demostrara el éxito del viaje? ¿En compañía de un gordo mercader y un puñado de esclavos medio muertos? Las burlas de la corte resonarían en sus oídos durante años y cualquier esperanza de ocupar el puesto de Gran Visir sería inútil. ¡Solo porque aquel maldito sajón tuvo que iniciar la pelea! Al recordar a su adversario Mazruq hizo rechinar los dientes y cogió la niebla con las manos como si quisiera desgarrarla. Le había demostrado al muy traidor lo que un abasí entiende por venganza. ¡Cuánto placer le supuso clavarle el puñal en el cuerpo! El recuerdo hizo que se relamiera los labios y de pronto el deseo de poseer una mujer se volvió intenso.

Entonces un alarido le perforó los oídos. ¿Qué estaba pasando allí, junto a la hoguera? Mazruq recogió su manto y echó a correr hacia el tenue resplandor. ¿Es que la idiota había herido a Jalid?

Alcanzó el campamento y le bastó un vistazo para comprobar que la lombarda había desaparecido. Grifo estaba tendido en el suelo, gimoteando y presionándose el ojo derecho, del que manaba un chorro de sangre. Jalid se lanzó hacia Mazruq con expresión horrorizada.

—¿Qué pasó? ¿Dónde está la muchacha?

—Ha escapado. Tenías razón, Mazruq: se volvió loca. Cuando vi lo que había hecho no me atreví a detenerla.

Nunca he visto arder semejante demencia en una criatura.

Mazruq trató de perforar la niebla con la mirada, pero la masa gris se guardó sus secretos. Gisela no apareció.

Examinaron la herida de Grifo, que se retorció en el suelo, gimiendo. Había perdido el ojo derecho, estaba perforado por debajo de la pupila y del corte brotaban sangre y secreciones.

—Tenemos que cauterizarlo, o morirás —informó Mazruq al tratante de esclavos, que no dejaba de gemir.

Cinco de sus esclavos tuvieron que sujetarlo cuando Mazruq le clavó la punta incandescente del puñal en el ojo. Acompañado de un largo siseo y un alarido estremecedor el lado derecho de la cara de Grifo se sumió en la eterna oscuridad. El hedor a carne abrasada y pelo chamuscado satisfizo a la niebla. Dos esclavos vomitaron.

Ningún desmayo libró a Grifo del dolor. Temblando, se cubrió el rostro quemado con los brazos y se revolcó en el suelo hasta que por fin quedó tendido, sollozando.

—¿Hemos de acabar con su sufrimiento? —Jalid contemplaba a Grifo como a una vieja yegua en el bazar.

—No. O muere esta misma noche o se convierte en un hombre nuevo cuando salga el sol. Su odio siempre fue inmenso y ahora no tendrá límites. Pero puesto que lo más necesario ha sido llevado a cabo, dime qué sucedió y cómo se las arregló una orate para acabar con dos guerreros.

Se acuclillaron junto a las llamas, lo bastante alejados de Grifo como para que sus quejidos se mezclaran con el aullido del viento, pero lo bastante cerca como para vigilar a los esclavos.

Jalid le contó lo sucedido. En cuanto Mazruq había desaparecido en la niebla, él y Grifo se acercaron a la muchacha; aún dudaba si torturarla con el puñal, con un leño encendido o con las manos, cuando ella comenzó a hablar

por propia voluntad. Sus palabras resultaban incomprensibles, pero por fin Jalid logró entender una parte.

Gisela dijo que el emperador de los francos efectivamente se *encontraba en* las proximidades, que se dirigía a un convento de montaña llamado San Aunario, que allí había guerra. Que no solo el elefante *Abul Abbas* formaba parte del contingente del franco sino también el sajón Thankmar y dos docenas de guerreros. «Todos matan», había dicho la lombarda y había puesto los ojos en blanco como una posesa. Le arrancó el puñal a Jalid —algo que solo podía haber hecho con la ayuda de un *djinn*— y se abalanzó sobre Grifo. El espanto paralizó a Jalid a tal punto que la muchacha logró escapar en medio de la niebla. Había abandonado al niño y también el puñal... clavado en el ojo de Grifo.

—¡Una verdadera hija de la demencia!

Mazruq se estremeció ante la idea de que la muchacha podría haberle contagiado su enfermedad mental.

En ese preciso momento Gisela surgió de la oscuridad y, sin dirigirles una palabra a los árabes ni dignarse a mirar a Grifo, se plantó junto a la hoguera y cruzó los brazos.

Mazruq y Jalid se pusieron de pie.

—Alá es grande... y esta mujer es víctima de la locura — soltó Jalid, desenvainando la espada.

Pero Mazruq lo detuvo.

—Ha vuelto por el niño. No quiere dejarlo con nosotros. Está bien, Jalid: que se ocupe del mocoso. ¿O acaso tú mismo quieres darle el pecho al vástago franco? —preguntó, soltando una carcajada burlona.

Jalid se zafó de la presa de Mazruq.

—Quizá quiere llevarnos a la perdición.

—No, Jalid. Su espíritu es incapaz de malicia. La

llevaremos con nosotros. De madrugada emprenderemos la búsqueda de ese convento. *Lailat al-qadr*: esta es la noche del destino.

—¿Y el sajón?

—Debe de ser un fantasma. Temo que el calor que le abrasa el seso ha encendido su fantasía. La sangre del adorador del diablo aún está pegada a mi puñal. —Mazruq escupió—. No, Jalid, no hemos de temer a un muerto.

Capítulo 27

Los golpes en la puerta eran un martilleo impaciente, como si se tratara de hacer el ruido más espantoso en el tiempo más breve. El abad Gisberto no perdió la calma porque sabía que quien había empezado por remontar el camino a San Aunario no se retiraba con excesiva rapidez, y aún menos porque los ancianos monjes del convento lo dejaran esperar un rato ante la puerta. «Practicar el arte de la espera es el último remedio contra la impaciencia de nuestros días», pensó el abad con una sonrisa, al tiempo que cruzaba el patio con pasos lentos hacia la gran puerta de dos hojas que cerraba la entrada.

¡Pum, pum, pum!

Cuanto más sonoros se volvían los golpes, tanto más lentos eran los pasos de Gisberto. Se tomó el tiempo de detenerse ante las vides y examinar la cara inferior de las hojas en busca de mildiú. Las plantas estaban sanas. Si Dios se mostraba bondadoso con ellos ese año, los monjes podrían saborear uvas cultivadas por ellos mismos. La cantidad no sería suficiente para prensarlas, pero suponía un principio. Al año siguiente, tal vez dentro de dos, a lo mejor las primeras botellas de su propio vino ya reposarían en la bodega; en algún momento ya no se verían obligados a beber el zumo de uvas adquirido en la ciudad. Con gesto orgulloso, Gisberto palpó los grandes racimos como si fueran los testículos de un toro en el mercado de ganado.

¡Pum, pum, pum!

Suspirando, retiró las manos de las uvas con gesto muy suave, como si cualquier agitación pudiera estropear los zumos que albergaban y frustrar el trabajo de años. Volvió a encaminarse hacia la puerta del convento y se adentró en la sombra del alero que la protegía del viento y la lluvia. «Espero que no vuelvan a ser esos músicos», pensó. Estos se instalaban en el convento durante días y creían que con sus groseras canciones, sus flautines y sus gaitas merecían que los alojaran y alimentaran gratuitamente, pero las canciones, los flautines y las voces agudas solo acababan por enfermar a los monjes. Gisberto ya había descubierto a algunos de sus hermanos canturreando las groseras melodías. ¡Eclesiásticos que entonaban canciones sobre los placeres brindados por los pechos de una puta! ¡No en ese convento! ¡No mientras él siguiera siendo el abad!

¡Pum, pum, pum!

Los brazos de Gisberto eran flacos y de piel reseca, y se alegró de no tener que abrir la gran puerta. En el ala derecha habían practicado una pequeña mirilla a la altura de los ojos. El abad descorrió el pestillo de hierro, la abrió y se puso de puntillas para mirar.

Una ráfaga atravesó la mirilla de la puerta, lanzando polvo contra el rostro de Gisberto y obligándolo a cerrar los ojos. Cuando volvió a abrirlos, parpadeando contra el lagrimeo, distinguió una figura borrosa en el camino que daba al convento. Un hombre, sin duda. Arrastraba un caballo de las riendas y el viento hacía ondear su largo manto. «Es como si ese desconocido tuviera alas», pensó.

—¡Con Dios, hermano! ¿Qué deseáis?

—Quiero mercadear con vuestro convento. Dejadme pasar y os mostraré lo que tengo para ofreceros.

La voz del visitante parecía juvenil y al mismo tiempo

vieja. Gisberto lo adjudicó al viento que desarbolaba las voces.

—Gracias, pero nuestro cillerero dice que tenemos provisiones para todo el invierno. Intentad suerte en el mercado, se encuentra a menos de dos días de viaje.

—No lo comprendéis, viejo. No ofrezco alimento. Mercadeo con los restos de los santos, los mártires, los mejores entre los cristianos. ¡Llebadme ante vuestro abad!

—Se encuentra ante vos. Y dice lo siguiente: no necesitamos reliquias ni tenemos los medios para adquirirlos. Y ahora largaos.

Cuando se disponía a cerrar la mirilla oyó que el desconocido decía:

—¿Tampoco si llevo conmigo los restos de san Aunario? Porque él es el santo patrón de vuestro convento, ¿verdad?

Gisberto volvió a contemplar al desconocido y se mordió el labio inferior con los tres dientes que aún conservaba.

—Eso es imposible. Aunario está enterrado en Auxerre y todos los años celebran una gran misa ante su sarcófago. Yo mismo lo he visto.

—Entonces supongo que habréis notado que ese sarcófago es demasiado pequeño para albergar el cuerpo de un santo. Casi parece destinado a un niño.

—¿Habéis estado en Auxerre?

—Es la ciudad natal de mi madre. ¡Reflexionad, abad! ¿Por qué entierran a un mártir en un ataúd tan pequeño? Porque no alberga todos sus restos mortales. Y ¿dónde están las reliquias faltantes? Estuvieron perdidas mucho tiempo, hasta que hace pocos días cayeron en mis manos por casualidad. Pero Auxerre está lejos y pensé que vos también tendríais un gran interés en los restos de Aunario. ¿Es que me he equivocado?

Antes de que el desconocido acabara con su discurso Gisberto había descornado el pestillo. Abrió la puerta e invitó a pasar al visitante.

—¡Entrad, entrad! Es mejor que hablemos dentro. Os prepararemos un lugar para pernoctar y un poco de comida. Mañana por la mañana nos reuniremos y examinaremos lo que tenéis para ofrecernos.

El hombre arrastró el caballo a través de la estrecha puerta y le lanzó una sonrisa gélida al abad.

Gisberto se retorció las manos.

—Tal vez podría echarle un vistazo a las reliquias. ¡San Aunario en nuestro convento! ¡Agradezco al Señor por este favor!

El desconocido negó con la cabeza.

—Primero dejadme descansar. El camino hasta aquí arriba fue largo y fatigoso. ¡Mirad: olvidasteis cerrar la puerta! —dijo, dejó el caballo, se acercó a la puerta y la cerró con gran estrépito. Después la atascó con la viga, como si fuera la llave de una cripta—. En estos tiempos terribles nunca hay suficientes cerraduras y muros entre uno y el resto del mundo, ¿no os parece?

Mudo de asombro, Gisberto asintió con la cabeza.

El arrepentimiento roía las entrañas de Thankmar. ¿Era culpable de la desaparición de Gisela? Cuanto más deseaba que no fuera así, tanto más se convencía de lo contrario. Gisela debía de haber notado que la pasión por Adelinda lo abrasaba. Quizá lo había observado todo el tiempo en secreto, tal vez había visto todo lo ocurrido en el lomo del elefante, a lo mejor realmente lo amaba tanto que no pudo soportar los celos, tal vez escapó con el rostro anegado en

lágrimas, como un perro que expulsan del patio. Quizás él era un animal solo sometido a sus impulsos.

Sí, así era.

¡Cuánto la echaba de menos!

El emperador había enviado a dos de sus hombres en busca de los desaparecidos. Thankmar comprendía que Carlomagno no se preocupara por Gisela, sino solo por su nieto. No obstante, confiaba en que la lombarda regresaría, enfadada y montando a lomos de un caballo franco, pero al menos con vida. Pero tanto Gisela como el niño permanecían desaparecidos, perdidos en la niebla, devorados por los bosques y colinas. El tiempo apremiaba. Había que alcanzar San Aunario y fortificar el convento antes de que el enemigo atacara los muros.

Thankmar esperó hallar consejo en Imma y Adelinda. Eran mujeres, debían saber cómo se sentía una mujer que veía a su amado en brazos de otra. Tal vez podrían explicarle la conducta de Gisela y eso le serviría para descubrir su paradero. Secretamente, esperaba que la lombarda siguiera en las proximidades, lo observara y disfrutara al ver su preocupación... y que bastaría con que él le tendiera la mano para reconquistarla.

Pero la conversación con la monja y la novicia no le proporcionó el éxito deseado, más bien al contrario. Cuando en tono angustiado *confesó cuánto* echaba de menos a Gisela, que no podía conciliar el sueño y que incluso *Abul Abbas* le resultaba indiferente, las hermanas enmudecieron. Después Adelinda parecía otra persona. En cuanto él se acercaba e iniciaba una conversación con la monja, Adelinda le espetaba que hiciera el favor de esperar hasta que dispusiera de tiempo para atenderlo. Se dejó ahuyentar en tres ocasiones, después abandonó el intento. ¿Qué mosca le había picado a esa extraña franca? Primero disfrutaba de los placeres del éxtasis carnal junto con él, después lo evitaba

como a un leproso. Thankmar estaba perplejo: en el transcurso de un día dos mujeres lo habían abandonado.

A la mañana siguiente, cuando la tropa volvió a partir en dirección a San Aunario, Thankmar debatía con su conciencia. ¿Debía largarse con *Abul Abbas* y buscar a Gisela? El emperador no parecía darle mucha importancia al elefante y aún menos al sajón, pero era posible que Gisela necesitara ayuda con urgencia. Lo que le impedía tomar esa decisión era el recuerdo de Isaac: el judío había sacrificado su vida para poner fin a la guerra entre dos pueblos. Mientras *Abul Abbas* no fuera recibido con todos los honores en uno de los palacios imperiales, la misión de Isaac no se habría cumplido. Y Thankmar sabía que hasta entonces no sería libre.

Así que siguió a lomos del elefante detrás de las tropas imperiales y procuró tranquilizarse con la promesa de ir en busca de Gisela cuando la paz volviera a establecerse en el reino franco. Soltó una amarga carcajada: ¡tenía que ser precisamente un sajón a quien el destino nombrara guardián de la paz del reino!

Cuanto más se alejaban del río hacia el este, tanto más abrupta se volvía la región. Las colinas no tardaron en dar paso a las estribaciones de las montañas y a senderos tan escarpados y sinuosos que el ritmo al que avanzaban se redujo. *Abul Abbas* arrastraba su inmenso cuerpo cuesta arriba de muy mala gana. Por encima de sus cabezas las últimas aves migratorias realizaban maniobras acrobáticas, como burlándose de las personas que se arrastraban por debajo de ellas como gusanos.

Recorrieron el camino dos días más, hasta que San Aunario se elevó por encima de sus cabezas. El convento ornaba la cima de una colina boscosa como una corona de arenisca la cabeza de un rey de cabellos verdes. Gruesos muros rodeaban el convento, tan altos que lo único que

descollaba era el campanario de la iglesia conventual. La torre, los muros y quizá también los edificios situados detrás eran de piedra. Thankmar no daba crédito a sus ojos: eso no era un convento, era una fortaleza y no podría haberse imaginado una más compacta: un baluarte de piedra plantado en las rocas.

San Aunario estaba intacto, no había columnas de humo indicando un incendio ni cadáveres colgando de los muros. Habían llegado a tiempo, habían alcanzado el convento antes de que el enemigo atacara.

Como obedeciendo a una orden muda, los duques desenvainaron las espadas y las alzaron con gesto triunfal.

—¡Dios con el emperador! —exclamaron.

Incluso Thankmar, que no tenía la menor intención de entonar cantos de alabanza a Carlomagno, asintió con expresión satisfecha. Habían superado la etapa difícil; la defensa de los muros del convento debería de resultar un juego de niños para aquellos temibles guerreros. No sabía mucho acerca de las comunidades conventuales, pero creía que disponían de la cantidad suficiente de carne y cerveza como para depararle unos días agradables a un sajón. «Quién sabe —pensó—, a lo mejor Gisela incluso encuentra el camino a San Aunario cuando su ira se haya disipado.» De pronto el futuro ya no le pareció tan sombrío.

Los monjes recibieron al emperador con cortesía, pero también con cierta torpeza. Eran como perros a los que hubieran ordenado andar a dos patas. Un explorador se había adelantado para anunciarles la llegada del soberano al convento, así que los monjes enviaron a dos hermanos montados en mulas para darle la bienvenida a Carlomagno en el sexto mojón anterior al convento, tal como mandaba la

costumbre. Pero las mulas resollaban y se quedaron sin aliento a mitad de camino y hubo que conducir las de las riendas andando, así que el encuentro entre el emperador y los eclesiásticos aconteció más tarde de lo exigido por el protocolo, si bien Carlomagno no le dio importancia a ese lapsus, aliviado por haberlos encontrado sanos y salvos. Tampoco los regañó por los andrajosos hábitos y las desprolijas tonsuras.

Intercambiaron comentarios corteses y los hermanos le entregaron algo que parecía una gran llave. Thankmar puso los ojos en blanco: esos francos no daban un paso sin hacer plomizos gestos simbólicos. Aprovechó el tiempo de espera para conducir a *Abul Abbas* junto al carro de Imma y Adelinda, quienes, expectantes, observaban el recibimiento celebrado en la cabeza del contingente y se limitaron a lanzarle una mirada reservada.

Thankmar intentó entablar conversación con la monja; a lo mejor Adelinda también participaría, pero cada vez que Imma trataba de responder a sus preguntas en tono cordial Adelinda la interrumpía. Sus peroratas eran tan agresivas que finalmente tanto Thankmar como Imma callaron, ruborizados.

«Incluso los siervos más tontos de la granja de mis padres saben algo así», dijo Adelinda cuando Thankmar hizo preguntas sobre el extraño corte de pelo de los monjes. «Los hombres son estúpidos», le espetó cuando él quiso saber si había mujeres viviendo en San Aunario, y a sus preguntas sobre los preceptos de la orden benedictina solo respondió con un «No te incumbe. Lo tomas o lo dejas», e Imma volvió a regañarla.

Cuando el contingente por fin volvió a ponerse en marcha, Thankmar y las mujeres siguieron el sinuoso camino hasta el patio del convento sin intercambiar palabra. Sin embargo, el sajón cabalgó por detrás de Adelinda con la

esperanza de absorber su aroma.

San Aunario era una pequeña ciudad de casas de piedra apiñadas entre los muros, y a Thankmar le evocó recuerdos de Génova y Pavía, las únicas ciudades que hasta entonces había conocido. Pero San Aunario era diferente, más sereno, un lugar donde el tiempo parecía haberse detenido para observar la rutina cotidiana de los monjes. «Eternidad»: no dejaba de pensar en esa palabra mientras se bamboleaba entre los edificios a lomos de *Abul Abbas*. San Aunario parecía construido para la eternidad y ni siquiera el viento que arrastraba una tormenta al otro lado de los muros lograba penetrar allí. Solo en la torre de la iglesia, que se elevaba por encima de todo el conjunto, las ráfagas movían los badajos de las campanas produciendo un tañido fantasmagórico.

Incluso los monjes parecían indiferentes al tiempo. Cuando todos desmontaron en el amplio patio central, más de cincuenta monjes enfundados en sus hábitos se reunieron para saludar al contingente imperial. Ninguno tenía más de cuarenta años; el único anciano era el abad, que se inclinó ante Carlomagno.

Las palabras almibaradas que intercambiaron el abad y el soberano repugnaron a Thankmar, que comenzó a mirar en torno con atención. En San Aunario todo era immaculado; en los establos había heno fresco, los postigos de las ventanas brillaban como si acabaran de pasarles la garlopa, la paja que cubría los techos se veía muy cuidada e incluso el estercolero se amontonaba discretamente contra el muro y apenas despedía olor.

Solo las vides próximas a la letrina no encajaban en la imagen de cuidado y previsión; Thankmar se acercó subrepticamente para examinar las plantas. Los racimos habían sido arrancados y había uvas desparramadas por el suelo. Los soportes que debían sostener los zarcillos estaban

rotos. Thankmar habría culpado a *Abul Abbas* de los destrozos, pero él mismo había conducido al elefante hasta los establos, donde aún permanecía con la trompa sumergida en una gran tina llena de agua de lluvia, sorbiendo con fruición.

La ceremonia de bienvenida había llegado a su fin y Thankmar apartó la vista de la mancha que afeaba el orden sacro y adecuadamente proporcionado del lugar. El abad invitó a los huéspedes a prepararse un lecho en el dormitorio; dijo que sus hermanos lo habían evacuado y dormirían en otro lugar para que los distinguidos duques del emperador pudieran descansar de los esfuerzos del viaje en un lugar acorde a su rango. Se reunirían en el refectorio a la hora nona y todos comerían juntos. Para vísperas habían previsto una misa en la iglesia y solo después el abad pensaba convocar a todos en la sala capitular para deliberar sobre la situación.

Carlomagno mencionó que las medidas para defender el convento debían preceder todo lo demás y que la misa y la comida aún debían aguardar, pero el abad no se dejó convencer. Por fin, el emperador sugirió visitar la iglesia antes de la deliberación, pero sin celebrar toda la liturgia en vista de la peligrosa situación. El abad Gisberto aceptó y la multitud se dispersó.

Si Thankmar albergaba la esperanza de que Adelinda e Imma también pernoctarían en el dormitorio, sufrió una decepción. El abad en persona condujo a las mujeres a un edificio alargado donde el sajón supuso que se encontraban las celdas de los dignatarios conventuales. Sin embargo, no debería resultar difícil irrumpir allí sin ser visto. Quizás esa noche Adelinda por fin volvería a demostrarle afecto cuando se encontrara a solas con él. Ansiaba su cuerpo y su avidez, esa avidez que ella había tratado de saciar con tanta desesperación. Thankmar decidió esperar hasta después de la comida, cuando los estómagos llenos adormilarían los

cerebros y el peligro de ser descubierto sería menor.

Apesadumbrado, siguió a los guerreros hasta el dormitorio. Hubiese preferido quedarse junto a *Abul Abbas* para que el elefante lo protegiera. Pero hasta el emperador permaneció junto a sus hombres y, a diferencia de las mujeres, no durmió en una apartada celda. Así que Thankmar descendió los diez peldaños de madera cojeando hasta la sala sumida en una suave penumbra, una estancia subterránea destinada a proporcionar frescor a los durmientes en las calurosas noches estivales. Para los días fríos, que pronto se abatirían sobre San Aunario, había una chimenea en cuyo fogón hubiesen cabido cuatro hombres.

Se dirigió a uno de los lechos de paja, todavía pensando en Adelinda, y chocó contra un guerrero. Alzó la vista y reconoció el rostro deforme del hombre que siempre rondaba a Imma.

—Perdonad —murmuró Thankmar—. No sabía que este lecho ya estaba ocupado.

—No lo está —gruñó el otro—. Será el vuestro. Encontraré otro.

—No, no, ocupadlo. De todos modos, yo quería pernoctar al aire libre.

Siguieron hablando unos momentos. Thankmar se alegró del respeto que un soldado imperial le tributaba a él, un sajón.

Pero finalmente se hartó. Se acercó al guerrero, se puso de puntillas y le susurró al oído.

—O cogéis este lecho y dejáis de importunarme, o le diré a la hermana Imma que dijisteis que era una vieja fea.

El ojo sano del franco lo contempló con expresión aterrada, y acto seguido Saudrat soltó una áspera carcajada.

—Sois un observador atento, pese a ser sajón. Y,

además, sois un lenguaraz. Eso me gusta —dijo, y le tendió lo que quedaba de su mano; Thankmar se la estrechó, sorprendido—. Soy Saudrat, conde de Mondsee. ¡Os agradezco la cortesía! —añadió, dejando caer sus cosas en el lecho y empezando a disponer las mantas.

El joven se encogió de hombros.

—Que descanséis —murmuró.

Pero el conde no pareció oírlo; estaba inclinado sobre sus cosas y rebuscaba en un saco. Cuando el sajón se disponía a alejarse, el cíclope franco se enderezó y lo detuvo.

—¡Esperad! Coged esto como agradecimiento. Lo llevaba un traidor hasta que hace pocos días lo abrí en canal. Está afilada y muy bien equilibrada; yo mismo la emplearía, pero ya cargo con bastante peso con mis propias armas. —Y le tendió una pequeña hacha.

Sostener aquella arma en la mano le provocó una extraña sensación a Thankmar.

—Es una francisca, ¿verdad?

Ya había visto semejantes hachas de guerra con anterioridad— clavadas en la espalda y el cráneo de *sus* amigos, vecinos y parientes. Hizo girar el arma en la mano y, secretamente, esperó descubrir alguna costra de sangre sajona.

Saudrat le dio un golpecito en el hombro.

—Ni siquiera lleváis una lanza. Cuando los sarracenos ataquen el convento estaréis indefenso. Coged la francisca y apresuraos a aprender a manejarla. El truco consiste en arrojarla en el instante correcto. Porque dará en el blanco por cuenta propia. —Saudrat subrayó sus palabras asintiendo con la cabeza, antes de volverse hacia su lecho una vez más.

Thankmar abandonó el dormitorio con expresión ensimismada. La francisca reposaba en su mano como un

pequeño animal del cual ignoraba si mordía. Hacía poco tiempo había rogado a Isaac que le diera un arma ya que lo que más le gustaría sería morir con una espada en la mano y ser acogido entre sus ancestros. Si hubiera poseído una buena espada en aquella aldea junto al Ródano, Isaac no hubiese tenido que morir.

Los francos esperaban de él que luchara a su lado y se lanzara contra el enemigo. La francisca de Saudrat no era un símbolo de respeto, sino una manifestación de simpatía y al mismo tiempo una orden de combatir. El conde no quería que se enfrentara a la muerte desarmado. Thankmar tragó saliva y sujetó el hacha a la correa que ceñía su improvisado manto a la cintura. Con cada paso que daba el mango del arma le golpeaba el muslo.

Llegó el amplio patio, se dirigió a los establos y se dejó caer en la paja a un lado de *Abul Abbas*. Con la espalda apoyada contra una pata del elefante, masticó una brizna de hierba y procuró sosegar el torbellino de su mente. El paquidermo le rozó la cara y el pelo con la trompa y lo cubrió de paja hasta que Thankmar ya no pudo seguir concentrado en sus lúgubres pensamientos. Agradecido por la distracción, extrajo el amuleto y volvió a practicar las viejas órdenes con el elefante, que seguía sin obedecerlas. El sajón más bien sospechaba que *Abul Abbas* estaba jugando y que sabía perfectamente lo que se esperaba de él. Thankmar percibió que el animal le tomaba el pelo de un modo salvaje y, sin embargo, cordial. ¡Cuán peligroso había resultado el amuleto en manos del senescal de Pavía! Una provocación desnuda que por los pelos no le había costado la vida al muy traidor. En las manos correctas, el ave de Isaac divertía a *Abul Abbas*; sin embargo, en las incorrectas provocaba violencia y cólera.

Convencido de que nadie lo echaría de menos, Thankmar no participó en la comida común en el refectorio. Más tarde pensaba hacerse con una ración en la cocina, entre los

restos. Aguardó pacientemente junto a *Abul Abbas*. Seguro que tras la comida y la misa subsiguiente las mujeres regresarían a sus celdas; entonces llegaría el momento de pedirle cuentas a Adelinda. Lo único extraño era que durante la prolongada espera nadie cruzó el gran patio interior. Allí vivían más de cuatro docenas de monjes, pero el convento parecía desierto. ¿Es que todos se habían reunido en el refectorio? ¿Nadie vigilaba los muros? Thankmar se negaba a dar crédito a tanta estupidez e ingenuidad.

La ausencia general de vigilancia le ofrecía la oportunidad de deslizarse en la celda de Adelinda y esperarla allí, porque cuando los monjes y los guerreros volvieran a pulular por el convento seguramente le impedirían acceder a las celdas de las mujeres.

La perspectiva de encontrarse a solas con la novicia excitaba a Thankmar. Cojeando con pasos impacientes, atravesó el patio de San Aunario fantasmagóricamente desierto, pasó junto a una sala y a la clausura, dejó el claustro y la fuente octogonal a la derecha y recorrió el chirriante sendero de guijarros que se extendía junto a la casa comunal de la iglesia. Bajo un techo descubrió un molino de cereales y un batán, y en un cobertizo incluso había instalado un horno de ladrillos. No cabía duda de que los monjes de esa montaña sabían abastecerse a sí mismos.

La casa que habían dispuesto para las mujeres era un edificio alargado con un interminable pasillo al que daban las celdas de los dignatarios conventuales. Ante la entrada de cada celda colgaba una pesada cortina o había una puerta cerrada con llave. Thankmar echó un último vistazo por encima del hombro y luego se deslizó en la penumbra reinante en la casa.

¿Qué celda sería la correcta? No lograría reconocer la de Adelinda mediante sus pertenencias: la novicia solo poseía lo que llevaba puesto, así que debería descubrir otros indicios.

Cojeando de una celda a la siguiente, atisbo a través de las rendijas de las puertas y se asomó entre cortinas de lana. Desde las austeras habitaciones surgía un olor a pobreza y decadencia. La vida en las celdas debía de ser más frugal que la de los eremitas. En muchas de ellas ni siquiera había un taburete o una vela, solo el montón de paja sobre el que dormían los monjes y un cubo para hacer sus necesidades. Las piedras de las paredes eran grises, y a algunas la humedad las había teñido de negro y despedían un olor mohoso. Rasguños en la pared demostraban que los monjes se esforzaban por eliminar el moho de sus celdas.

Una celda era idéntica a la siguiente, solo se diferenciaban gracias a las escasas pertenencias de sus ocupantes, allí un crucifijo de madera, allá un ave canora en una jaula. Thankmar no podía imaginar rastros de una vida más triste. Allí dormían los miembros más importantes del convento. ¡Cuán triste debía de ser la vida de aquellos monjes que ocupaban un puesto más bajo en la jerarquía conventual!

No logró hallar la celda de Adelinda.

Cuando ya iba a abandonar la búsqueda oyó pasos: los monjes regresaban. Si se dirigía a la entrada se toparía con ellos y le harían preguntas, preguntas a las que le resultaría incómodo contestar. Una de las celdas debía servirle de escondite; a lo mejor los eclesiásticos pasaban de largo sin percatarse de su presencia y él podría escapar a sus espaldas.

Se ocultó tras una cortina, inmovilizó la tela y esperó. Los pasos se acercaban; contó los de dos, tres y cuatro hombres. Guardaban silencio, tal vez sumidos en oraciones tras la comida. Las pisadas arrastradas de sus sandalias indicaban que eran monjes, pero el sajón oyó algo más, un sonido que no encajaba en ese lugar: el del acero rozando las piedras. Solo lo oyó un instante, pero resultó tan

revelador como un trueno. ¡Esos hombres llevaban armas! ¿Por qué iban armados, por la cola de *Fenrir*?

Conteniendo el aliento, Thankmar aguardó a que los pasos se alejaran, después apartó la cortina y se asomó al pasillo. Había contado correctamente: cuatro figuras se dirigían a la parte posterior de la casa. Le daban la espalda. Cuatro hábitos, cuatro cabezas tonsuradas... efectivamente, se trataba de los monjes de San Aunario. Cuando ya se había convencido de haber percibido mal, volvió a oír el ruido del acero, un desagradable chirrido metálico contra la piedra.

Entonces vio la espada; colgaba de la cintura del monje más rezagado, oculta por su hábito, pero sus torpes movimientos en el estrecho pasillo hacían que el arma oscilara. Cuando el del hábito se acercaba a una pared la punta de la espada rozaba la pared.

Quienesquiera que fueran que se ocultaban bajo esos hábitos no eran monjes. Thankmar sopesó la idea de correr al dormitorio y alertar a los guerreros imperiales, pero la posibilidad de averiguar algo más sobre los intrusos aguijoneó su ambición: Carlomagno se quedaría boquiabierto si él, Thankmar, un sajón, denunciaba a cuatro traidores.

Con el corazón palpitando se deslizó tras los falsos monjes.

Las puertas de la iglesia se cerraron estrepitosamente. Imma pegó un respingo y les lanzó miradas indignadas a los dos hombres que se habían quedado junto a la puerta. Desde luego, los hermanos de San Aunario no se mostraban melindrosos al realizar sus tareas cotidianas en nombre del Señor. Durante la comida común los benedictinos habían superado en grosería los modales de mesa de los guerreros imperiales: devoraban la comida ruidosamente, comían con

la boca abierta y la grasa salpicaba por todas partes; algunos ni siquiera habían rezado.

La juventud de los monjes también sorprendió a Imma. A excepción del abad, todos los monjes podrían haber sido gallardos guerreros. «Todos todavía son demasiado brutos y recios para que la disciplina y la prudencia hayan penetrado en ellos», pensó Imma. Pero el viejo Gisberto parecía transmitirles alegría a sus subordinados, la alegría y la disciplina de la vida conventual. Todas las instalaciones de San Aunario estaban en un estado excelente.

El brillo de un cuidado amoroso también aparecía en la enorme iglesia, obra maestra y punto central del convento. Imma miró en derredor y apenas dio crédito a sus ojos: las pequeñas ventanas cuadradas junto al techo de madera eran de cristales de colores. Hacía años había oído decir que una nueva artesanía permitía cerrar ventanas con cristales para dejar entrar la luz y dejar fuera el viento, el frío y las aves. Pero creyó que semejante lujo solo existía en Roma o tal vez en Saint-Denis. Ver ventanas acristaladas en un lugar tan apartado como ese la sorprendió y alegró en la misma medida. Dios también estaba presente en los lugares más remotos del mundo. Con vigor otoñal el sol penetraba a través de las ventanas de la pared y hacía resplandecer los cristales multicolores. Ornamentos rojos y verdes fulguraban como si Jesucristo refulgiera en ellos. Imma se llevó ambas manos al pecho porque le pareció que su corazón estallaría de dicha.

Los monjes y los guerreros ocupaban la iglesia de dos naves dividida por una hilera central de columnas de basalto. El abad Gisberto aguardaba a Imma ante el altar; ella recorrió el pasillo para situarse a su lado y Gisberto empezó a decir misa.

La monja se esforzó por ayudar al abad, pero no se veía obligada a improvisar porque él acertaba la liturgia en bien

del emperador. Por fin llegó el momento que ella ansiaba: los cánticos. Gisberto dio un paso a un lado y dejó que ella se encargara de concluir la misa. La multitud se arrodilló en el suelo de piedra y setenta pares de ojos expectantes la contemplaron. En la primera fila, tan próximo que casi podía tocarlo con la mano, estaba arrodillado el emperador, que le lanzó una sonrisa de ánimo. Imma se concentró y volvió a alzar la vista hacia los cristales multicolores cuyo resplandor parecía aún más intenso. Quería dedicarle su intervención a Isaac, su amigo, compañero y amante a quien el destino se había llevado para siempre, y encima poco antes del anhelado reencuentro. Había escogido un himno sencillo cuyas palabras y melodía conocían todos los eclesiásticos e incluso algunos guerreros imperiales.

—*Misereris omnium Domine* —entonó, encantada con el volumen que la bóveda proporcionó a su voz.

Esperó escuchar el *Miserere mei Deus* entonado por un coro de setenta voces masculinas, más discreto por parte de los soldados pero diestro y fervoroso por parte de los monjes. Sin embargo, solo oyó un murmullo desafinado, cada uno entonaba una melodía, la mayoría ni siquiera conocía las palabras y se limitaba a canturrear como los borrachos. Cualquier grupo de novicias era capaz de cantar mejor después de las primeras semanas de instrucción.

—*Ego autem in Domine sperabo. Beata gens.* —Volvió a intentarlo, con el mismo resultado desconcertante.

Cuando vio que Carlos y sus hombres —irritados por el escaso talento para cantar de los benedictinos— intercambiaban miradas perplejas, se interrumpió y se volvió hacia el abad Gisberto con expresión de reproche y para pedirle que concluyera la misa sin ella.

Pero las sorpresas todavía no habían acabado. El anciano no reaccionó ante la mirada de Imma, se limitó a permanecer ante el altar con las manos plegadas, como petrificado y con

los labios trémulos, como si rezara en silencio. Gisberto alzó la cabeza solo cuando Imma le rozó el hombro: tenía los ojos muy abiertos y sollozaba. Imma se apresuró a retirar la mano como si el roce le hubiera quemado los dedos.

—¿Qué os pasa, Gisberto? —susurró, pero incluso Carlomagno había notado la extraña conducta del anciano.

Gisberto negó con la cabeza.

—Nada, no es nada. Un mareo pasajero. Ahora celebraré la eucaristía.

Cogió el cáliz de bronce, cuya antaño preciosa ornamentación estaba desgastada por el uso de decenios, y lo alzó por encima de su cabeza con los brazos extendidos. Un temblor le recorrió el cuerpo y el cáliz se escurrió entre sus dedos, golpeó contra el suelo tintineando y se detuvo a los pies de uno de los monjes.

Imma se aseguró de que Gisberto estuviera apoyado contra el altar y no se desplomara, luego se acercó al monje ante cuyos pies yacía el recipiente litúrgico. Le hizo una señal con la cabeza y el benedictino recogió el cáliz y se lo tendió, al tiempo que la manga de un hábito demasiado estrecho se deslizaba hacia atrás, hasta el codo: el brazo del monje era musculoso, de músculos gruesos como cabos, pero lo más extraño eran los adornos de ese monje, pues no solo un indecente tatuaje largo como un rosario le cubría el antebrazo; también llevaba tres gruesos brazaletes de oro en el brazo que ante el menor movimiento muscular se hincaban en la carne como serpientes que asfixian a un león.

Imma se quedó pasmada. O la situación en San Aunario equivalía a la del Templo de Jerusalén antes de que Cristo irrumpiera en él, o bien esos hombres eran tan monjes como ella una campesina. Presa del espanto, mantuvo la vista clavada en el brazo desnudo y el cáliz que el falso monje alzaba como la manzana de la tentación. Imma reprimió un grito.

Entonces Gisberto volvió a recuperar el habla.

—Perdonad la debilidad de un viejo. Por favor, hermanos míos, id y preparadlo todo para esta noche. Vosotros, hombres del emperador, aguardad y todos juntos pondremos punto final a la misa. Puede que pronto la muerte os dé alcance en la batalla y quiero brindaros la oportunidad de reconciliaros con Dios mediante la confesión. Oremos.

¿Por qué Gisberto ordenaba a los hermanos que abandonaran la iglesia? ¿Por qué no se quedaban y rezaban por las almas de aquellos que habían acudido a protegerlos? Imma no despegaba la mirada del monje que no era un monje y que entonces le devolvió la mirada con una sonrisa siniestra. Le arrojó el cáliz y abandonó la iglesia junto con los demás hombres envueltos en hábitos; Carlos y sus hombres los siguieron con la mirada y el ceño fruncido al tiempo que uno tras otro atravesaban una baja puerta lateral y la cerraban a sus espaldas.

El único que comprendió todo fue Saudrat.

—¡Es una trampa! —gritó, y echó a correr con pasos pesados hacia la puerta lateral y tiró del pomo. Pero la salida ya estaba cerrada.

Todos los francos desenvainaron sus espadas, pero allí no había nadie que presentara batalla. El único que aún permanecía de pie ante el altar, temblando, era el abad Gisberto. Tenía el rostro pálido y las lágrimas volvían a resbalar por sus mejillas.

Carlos ordenó a sus hombres que comprobaran si las puertas de la iglesia se dejaban abrir. Después remontó los tres peldaños hasta el altar y sujetó el hombro flaco de Gisberto con mano férrea.

—¿Qué está pasando aquí, abad? ¿Adonde han ido vuestros hermanos? ¿Por qué nos han encerrado?

Puede que el emperador ya sospechara la respuesta,

pero lo que entonces Gisberto pasó a informarle hizo que durante un momento perdiera el control. Obligó al abad a ponerse de rodillas sin la menor misericordia y con la otra mano el soberano de la cristiandad occidental barrió los cálices, la Biblia y las velas del altar; todo cayó al suelo con estrépito. Era la primera vez que Imma veía a Carlomagno tan fuera de sí.

El abad Gisberto suspiró y dijo que en realidad esos monjes eran ladrones. Imma vio que para el anciano eclesiástico suponía un alivio poder decir la verdad. Explicó que hacía dos noches los hombres habían aparecido en el dormitorio espadas en mano y habían encerrado a sus hermanos en la bodega. El abad ignoraba cómo habían logrado entrar en el convento, pero sospechaba que alguien les había franqueado el paso.

Imma se quedó inmóvil.

—¿Le franqueasteis el paso al mercader de reliquias?

Gisberto asintió. Dijo que un hombre llamado Hunoldo había llegado al convento afirmando que portaba los restos de san Aunario. Y con la cabeza gacha confesó que se había dejado seducir por la codicia y había invitado al desconocido a pernoctar en el convento.

Carlos le dijo al abad que no perdiera tiempo contándole detalles y que fuera al grano. Gisberto así lo hizo.

Aquellos hombres le habían revelado que el emperador franco en persona estaba de camino a San Aunario, y lo habían amenazado con asesinar a los hermanos uno por uno si Gisberto no cumplía con sus órdenes.

—¡Querían que nos engañárais, que nos hicierais creer que estábamos a salvo y que nos atrajeráis a la iglesia! — rugió Carlomagno y su voz retumbó en la nave, tan sonora como cuando Imma cantaba.

—Dejad en paz al abad, Carlos. ¿Qué pretendáis que

hiciera, que pusiera en peligro la vida de sus hermanos benedictinos?

Imma apoyó una mano en el brazo de Carlos, que seguía zarandeando al viejo Gisberto.

Carlos se zafó.

—Cargáis con una culpa muy pesada, Gisberto; ayudadnos a escapar de esta trampa. ¿Hay otra manera de salir fuera, tal vez un pasadizo secreto?

Gisberto negó con la cabeza.

—No; somos un convento sencillo; puede que semejantes pasadizos existan en los palacios, pero no aquí.

De pronto oyeron el chisporroteo de llamas, el humo penetró por debajo de la gran puerta y en unos momentos alcanzó los capiteles de las columnas y se extendió por debajo del techo.

La iglesia ardía.

Thankmar estaba pegado a la pared. Se encontraba en el pasillo al que daban las celdas y apretaba la espalda contra la pared con todas sus fuerzas. En la celda adjunta los monjes armados revelaban los aterradores detalles de su complot. No logró comprender todo lo que decían en voz baja, pero era evidente que el emperador y sus hombres, como también las monjas, *Abul Abbas* y en última instancia también él mismo se encontraban en un gran peligro. Carlomagno debía morir. Allí, en San Aunario y ese mismo día.

El emperador creyó que alcanzaría el convento antes de que lo hicieran los atacantes y así obtendría una ventaja, pero de hecho todo había sucedido a la inversa. El primero en llegar a San Aunario fue el enemigo y ahora tenía la sartén por el mango. Y a diferencia de los guerreros francos,

los hombres del arzobispo habían sido lo bastante listos como para disfrazarse. El emperador franco no moriría en la batalla sino en una emboscada. Si él, Thankmar, no los advertía a tiempo Carlomagno y sus hombres estaban condenados a morir.

Quería echar a correr, pero se obligó a permanecer allí y seguir escuchando aquellos murmullos sobre asesinato y traición. Una huida no le serviría a nadie, porque de todos modos sin pruebas los francos no le creerían, así que debía averiguar más acerca de los planes de los falsos monjes. La pérdida de su oreja izquierda nunca le había pesado tanto como en ese momento.

—¿Por qué los monjes tienen que cortarse el pelo en la coronilla? Mi vieja apenas me reconocerá. ¿Tú qué opinas, Trasco?

—Opino que no deberíamos quedarnos de brazos cruzados y evitar que alguien logre escapar. —La voz áspera de Trasco temblaba de excitación.

—¡Tranquilízate y bebe otro trago! Las puertas de la iglesia están atrancadas y ni siquiera un ariete lograría derribarlas. Además, nuestros hombres están apostados ante ellas, vigilando y alimentando las llamas. El emperador está atrapado y cuando anochezca el humo habrá acabado con él.

—¿Y si logran derribar la puerta?

—Entonces nuestros hombres irrumpirán en la iglesia y matarán a todos cuantos el humo aún no haya asfixiado. Pero eso no ocurrirá. Las puertas son de resistente madera de roble y los guerreros imperiales solo disponen de sus espadas. Ya pueden pasar semanas golpeando la madera. No, no tienen escapatoria. Dentro de poco el emperador y todos sus duques habrán muerto asfixiados, o el techo se derrumbará sobre ellos y los aplastará.

Una tercera voz se añadió, pringosa como el escupitajo

de un enfermo del pulmón:

—Siento pena por las dos mujeres. Nosotros cuatro podríamos habernos repartido la pequeña y delicada, y con la vieja gorda los demás podrían haberse divertido unos días.

—Exacto. Y después ella hubiera reventado —dijo Trasco con una risita.

—¿Qué destino has previsto para los monjes, Hunoldo? ¿La crucifixión o la esclavitud?

—Nadie debe sobrevivir. La muerte del emperador debe permanecer sin aclarar. Mataremos a los benedictinos en cuanto hayan muerto los francos. Hasta entonces permanecerán prisioneros.

—Pero mientras los monjes se encuentran en la bodega no podemos saquear las provisiones de vino. Matémoslos ahora mismo y llevemos los toneles fuera.

Thankmar ya había oído suficiente. Se retiró tan silenciosamente como la luna recorriendo el cielo y mientras se escabullía sus pensamientos hervían. El emperador había caído en una trampa; esas cosas les ocurrían a los señores de la guerra cuando se volvían demasiados viejos para su sangriento oficio. Sus ojos se empañaban, las chácharas de las mujeres habían desgastado sus oídos y su espíritu estaba demasiado absorto soñando con lechos blandos como para percibir los peligros.

Thankmar alcanzó la salida de la casa sin ser descubierto y se deslizó en la sombra entre las fachadas. El olor a humo penetró en su nariz y cuando se volvió hacia la iglesia se confirmó aquello que los falsos monjes habían anunciado: la iglesia era pasto de las llamas. La arenisca de las paredes no ardía, pero en varios lugares en torno al templo cristiano habían amontonado leña y la habían encendido. Las lenguas de las llamas lamían el edificio y se elevaban nubes de humo negro. Uno de los falsos monjes hacía equilibrio en el techo

con una antorcha en la mano. Cuando Thankmar imaginó el terror mortal que debían de estar sufriendo Adelinda e Imma, aferró la francisca colgada de su cinto.

Era demasiado tarde para advertir a los encerrados, lo único que podía hacer era liberarlos, pero ¿cómo? No podía contar con la ayuda de nadie y los enemigos sumaban cincuenta. Pero todavía no lo habían descubierto. ¿Cómo hubiese aprovechado esa ventaja Isaac? Al judío se le hubiese ocurrido algo. Thankmar soltó el hacha y cogió el amuleto colgado de su cuello. Se mordió el labio inferior: si él solo no podía dominar al enemigo debía buscar ayuda, y sabía dónde podría encontrarla.

Echó a correr agachando la cabeza.

El humo flotaba en la iglesia como la niebla matutina por encima del campo de batalla; en vez de cánticos sacros resonaban las toses de los confinados. Imma trataba de mantenerse en pie y respirar superficialmente. Desde arriba penetraba una luz tenue, apagada como si atravesara una cortina y las preciosas ventanas multicolores parecían burlarse de todos.

Una comunidad de sencillos artesanos, campesinos o comerciantes no hubiera soportado la idea de morir asfixiada con tanta ecuanimidad, pero los hombres de Carlos eran ciegos frente a su propio destino. Su enemigo era la puerta de doble hoja, dos palmos de madera de roble, y se empecinaban en atacarla una y otra vez con sus espadas.

En cuanto se cerró la trampa el emperador —con la prudencia de un comandante— empezó a dirigir a sus guerreros. Dos de ellos vigilaban la salida lateral para prevenir un posible ataque por sorpresa de los falsos monjes. Los demás se ocuparon del único objeto que era al mismo

tiempo lo bastante movable y robusto como para servir de ariete: la sencilla santa cruz sin adornos que ornaba el ábside por detrás del altar.

Una vez que los guerreros lograron arrancarla de la pared, Imma quiso intervenir; era como si cada astilla caída de los maderos se le clavara en el corazón, pero ni ella ni aquellos hombres eran mártires. De momento, la santa cruz solo era madera muerta que podría salvarles la vida.

Los francos embestían la puerta con el sacro ariete una y otra vez, pero lo que estalló con estrépito no fue la puerta reforzada con remaches de hierro sino la madera de la cruz.

—Cristo no sirve para la violencia, ¿es que no lo veis? — murmuró Imma entre toses y sollozos, pero nadie le prestó atención.

Adelinda estaba acurrucada junto al anciano abad, que yacía jadeando al lado del altar. La vida parecía escurrirse de su cuerpo e Imma sabía que moriría, y también que lo que le faltaba no era el aire sino su sinceridad, a la que se había visto obligado a renunciar en bien de sus hermanos. Gisberto exhalaba su alma para poder dejarla a los pies de Dios, purificada.

La novicia le susurraba palabras tranquilizadoras y rezaba por él; había humedecido una punta del vestido en un charco de vino de misa y la aplicaba a la frente del viejo. Imma la contempló con mirada melancólica. «Esta joven hubiera sido una monja estupenda», pensó. Pero incluso si no hubiese caído en esa trampa, incluso si San Albola todavía existiera... un día Adelinda hubiera abierto la puerta del convento y echado a correr fuera, al mundo, a los brazos de un hombre, a la danza y la alegría, a los propios hijos.

De repente la monja creyó ver estrellas cayendo sobre la muchacha y el abad, copos dorados a través del vaho gris. Adelinda también notó las chispas que la rodeaban y ambas mujeres alzaron la vista.

Llovían astillas en llamas, el techo ardía. En varios lugares el fuego ya había abierto agujeros en las vigas y diseminaba pavesas en la iglesia. Mientras que los muros de piedra aún resistían al incendio, el techo de madera no tardaría en ser pasto de las llamas y se desplomaría sobre ellos. Si hasta entonces no se habían asfixiado, todos morirían bajo las vigas en llamas.

El abad también alzó la vista, sorprendido. «Puede que Gisberto considere que las chispas lo invitan a atravesar las puertas del cielo», pensó Imma. Mudos espasmos sacudían el cuerpo del anciano, hasta que su mirada se apagó. Imma asintió con la cabeza. La fe tenía el poder de brindar esperanza a la gente, aunque solo consistiera en una ilusión.

Se arrodilló en el suelo junto a Adelinda y le rodeó los hombros; la proximidad de la novicia le proporcionaba fuerzas. Lo único que podían hacer era aguardar oyendo los recurrentes golpes del ariete.

San Aunario era un laberinto. Thankmar cojeó a través del patio, pasando junto a forjas frías y hornos de alfareros ante los cuales se amontonaban las piezas defectuosas. Pasó junto a un gallinero donde gallinas y ocas corrían en todas direcciones, cacareando y desparramando plumas. El sajón se detuvo un momento. ¿Alguien había notado el alboroto? De pronto sobrevino un silencio y las aves volvieron a serenarse. Thankmar prosiguió su camino, ahora con mayor lentitud para no volver a desafiar a Skuld, la diosa del destino. Nunca se había mostrado bienintencionada con él.

¿Dónde estaba la bodega? ¿Cómo haría para encontrarla? Solo con la ayuda de los monjes encerrados allí lograría salvar a las mujeres y los guerreros atrapados en la iglesia. Los benedictinos no eran guerreros, pero en un convento como ese podían vivir cien monjes o más... y eso supondría

que su número superaría al de los intrusos. ¡Ojalá lograra encontrarlos!

Buscar a ciegas era inútil. Thankmar se detuvo entre colmenas de abejas y un molino. Si él fuese un constructor y debiera edificar semejante convento...

Sacudió la cabeza. Casi lo único que había sido en la vida era un ladrón y un esclavo, mucho menos constructor. ¿Cómo podría pensar como alguien que poseía los conocimientos necesarios para edificar un convento monumental en una montaña?

Inspiró profundamente.

¿Qué función cumplía una bodega?

Almacenar vino.

Thankmar se tiró de los rizos. Era como si dialogara con Isaac, que le hacía las preguntas correctas.

Y ¿por qué es mejor almacenar vino en una bodega y no en un granero?

Porque allí está oscuro y fresco.

Miró en derredor. El sol estaba bajo. A finales de otoño ya no calentaba, pero en esa región del mundo los veranos eran cálidos. ¿En qué punto cardinal se encontraba el lugar más fresco?

En el norte.

Thankmar dejó de mesarse los rizos. La bodega debía ubicarse al norte, en un edificio permanentemente a la sombra. Se volvió y los últimos rayos de sol iluminaron su costado izquierdo. Tres edificios se agazapaban bajo el tramo septentrional de la muralla. Si sus ideas se correspondían con las de un constructor, entonces uno de esos edificios albergaría la bodega.

Se encontraba a escasa distancia de las tres casas. Se escurrió entre toneles llenos de agua de lluvia y montones de

leña; no se topó con nadie. Era de suponer que todos los enemigos se habían reunido ante la iglesia para presenciar cómo el emperador de los francos moría víctima de las llamas.

Entonces volvió a recordar el asunto discutido por los cuatro falsos monjes. Uno de ellos había sugerido matar a los monjes encerrados en la bodega para poder emborracharse con el vino. No habían alcanzado una decisión, pero era posible que en ese momento emprendieran el mismo camino que él.

Thankmar apretó el paso.

Una cortina protegía la entrada del primer edificio, carente de puerta. Thankmar se deslizó al interior, donde reinaba la oscuridad; luego se dio cuenta de que se encontraba en un almacén. Grandes recipientes de cerámica colgaban de las vigas del techo sujetos por cuerdas. Thankmar conocía esa manera de conservar provisiones: era la misma empleada en su aldea. Los recipientes colgados estaban llenos de cereales, suspendidos entre el cielo y la tierra, inalcanzables para los ratones.

Enormes toneles estaban apoyados en el suelo del almacén, pero no estaban llenos de vino sino de lino. Thankmar se desconcertó al descubrirlos, pero enseguida comprendió. «Estos monjes son inteligentes —pensó—. Los toneles son demasiado grandes como para transportarlos llenos de vino, pero la tela es ligera y dos hombres pueden trasladar un tonel lleno de tela a otro lugar con facilidad.» En un rincón había dos barriles más pequeños que contenían un líquido espeso. Aceite. Isaac le había explicado que los campesinos de las comarcas meridionales sabían elaborar aceite con pequeñas bayas. Siguió buscando, pero no encontró vino.

Había herramientas y útiles de jardinería apoyados contra las paredes encaladas del segundo edificio,

herramientas que le resultaban desconocidas, pero entonces descubrió lo que buscaba: abombados recipientes de vidrio, tapones de madera y grandes tinas le revelaron que en ese lugar los monjes trabajaban con líquidos. La bodega debía de estar cerca.

En la parte posterior del recinto halló una puerta, atrancada con una viga ridículamente pequeña pero lo bastante resistente.

Thankmar la retiró; detrás de la puerta, una estrecha escalera de apisonados peldaños de arcilla conducía hacia abajo. Percibió el aire húmedo y el olor a carne cocida. Tanteó con el pie buscando un apoyo y empezó a bajar los peldaños.

Trasco bostezó.

—Empiezo a hartarme. Estoy hasta las narices del juego del escondite y de los disfraces. Primero fingimos ser árabes y ahora monjes. ¿Qué será lo próximo, Gualfredo? ¿Disfrazarnos de vírgenes adornadas para la consagración?

—Tal vez de cerdos de camino al matadero. Entonces no tendrías que tomarte muchas molestias con el disfraz, Trasco.

Trasco le dio una colleja a su compinche; allí donde la improvisada tonsura revelaba el cuero cabelludo apareció una mancha roja.

—¡Eh, tú! ¡No hay motivo para ofenderse! Resulta que te pareces a un cerdo... y también hueles como uno.

Trasco intentó abalanzarse sobre Gualfredo, pero antes de que la pelea escalara este señaló el otro extremo del recinto en que se encontraban.

—¡La viga ha desaparecido, Trasco!

Trasco parpadeó en la semioscuridad del edificio. La puerta situada en el otro extremo estaba cerrada, pero Gualfredo tenía razón: la viga con la cual el día anterior habían atrancado la puerta para encerrar a los monjes ya no estaba.

—¡Por la placenta de mi madre! ¿Quién quitó la viga? ¡Date prisa, comprueba que no se haya caído! —gritó, y empujó a Gualfredo al interior de la oscura habitación.

Pero no encontraron la viga.

—Hunoldo nos descuartizará —susurró Gualfredo con voz trémula.

—Tranquilo, cobardica. Primero veremos si los monjes aún están allí y después comprobaremos cómo sabe el vino del convento.

Trasco abrió la puerta y Gualfredo lo siguió escaleras abajo.

Thankmar cerró la puerta que daba a la bodega con tanta violencia que las paredes temblaron, luego la atrancó con la misma viga que ambos hombres acababan de echar en falta.

—Dos menos por los cuales debemos preocuparnos —les dijo a los dos hombres que habían aparecido a su lado entre las botellas y cubas. Ya se oían golpes y gritos apagados al otro lado de la pesada puerta—. Trasco no es un cerdo —añadió—, pero bien podría ser un excelente burro.

Su sonrisa burlona se reflejó en los rostros tensos de ambos eclesiásticos, a quienes había liberado de la bodega hacía un momento. Apoyó una mano en el hombro flaco de Edgardo y notó que el benedictino aún temblaba. El hermano Anselmo también estaba muy pálido.

—Reunámonos con los otros —dijo Thankmar—. Todavía

nos espera una tarea difícil.

Volvió a comprobar que la viga no se desplazaba, luego abandonó el edificio junto con los monjes.

Solo unos pasos los separaban del almacén. Thankmar y sus acompañantes apartaron la cortina, entraron... y se encontraron ante un grupo silencioso. Todos los benedictinos se habían reunido en el almacén en el que hacía un momento el sajón había examinado las provisiones del convento. Pero en vez de cien hombres bien alimentados solo vio once figuras demacradas: hombres carentes de coraje, tal como constató.

Cuando bajó a la bodega los monjes habían retrocedido: once hombres sentían temor ante un cojo con una francisca. Al principio su temor supuso una ventaja, desde luego, porque los hermanos estaban demasiado atemorizados como para atacarlo, matarlo y escapar de la prisión por su cuenta. Gracias a cierto poder de persuasión incluso logró convencer a los monjes de que sus intenciones eran buenas. Pero después se preguntó qué diablos haría con ellos, pues si esos once no osaban atacar a un único hombre, ¿cómo reaccionarían al enfrentarse a cincuenta enemigos de mirada asesina y armados hasta los dientes? Thankmar observó los rostros y se preguntó si no hubiera sido mejor dejar a los benedictinos encerrados en la bodega.

Algunos monjes estaban acucillados entre jarros y barricas, exhaustos, otros devoraban un jamón que habían encontrado en un tonel de sal. Pero en su mayoría estaban demasiado nerviosos como para quedarse sentados. El olor a sudor y miedo flotaba en el aire. Todos lo contemplaban con gran expectación.

—Logramos atrapar a dos —informó Thankmar en tono orgulloso. Edgardo y Anselmo asintieron con la cabeza y los otros monjes los miraron con expresión sorprendida. Thankmar interpretó su mirada de manera correcta—. No, no

tuvimos que matar a nadie, ni siquiera los atacamos, nosotros...

Edgardo lo interrumpió.

—Los encerramos en la bodega. ¡Así, sin más! —exclamó y batió palmas.

Las caras de los demás manifestaron alivio e incredulidad.

—Así es —dijo Thankmar—. Pero lo que le sigue no será tan sencillo.

Anselmo, cuya barba era desmesuradamente larga, añadió:

—Quizás incluso suponga la muerte de todos nosotros, ¿verdad, Thankmar?

El sajón deseó taparle la boca al benedictino con su propia barba.

—Sí —contestó a regañadientes—. Puede que la muerte aguarde a unos cuantos si hacemos lo que hemos comentado. Pero a lo mejor no a todos. Y eso es más de lo que podíais esperar encerrados en la bodega.

Once pares de ojos lo contemplaron.

—Ahora me iré y abriré las puertas del convento —prosiguió Thankmar—. Aún no han llegado todos los francos a San Aunario. Los rezagados podrían salvarnos la vida, pero solo si logran entrar. El hermano Edgardo os explicará todo lo demás.

Edgardo abrió un pequeño tonel, introdujo el índice en el líquido y se lo metió en la boca.

—Este aceite de oliva es una de las mejores cosechas de los últimos diez años. Es una pena y una vergüenza que tengamos que malgastarlo en el enemigo.

Capítulo 28

El humo le irritaba la trompa y la proximidad de un incendio lo ponía furioso. Abul Abbas pegaba pisotones y embestía contra el alero del refugio de caballos con el trasero. Había aprendido algo: que donde había seres humanos también había llamas. Eso había sucedido en la montaña, en las casas junto al río y también allí, en ese lugar.

Aborrecía el fuego, su aliento caliente, sus lenguas inquietas. Cuando comía era insaciable, cuando se ponía furibundo soltaba berridos aterradores. Las leyes de la vida le resultaban indiferentes y aplastaba lo que se interponía en su camino.

Abul Abbas sumergió la trompa en la tina de agua para eliminar el picor de las membranas, pero la inquietud no se disipó. Volvía a sentir que la cólera y la fuerza circulaban por su cuerpo. El fuego tan próximo y el peligro lo estimulaban, al igual que el olor a eucalipto de una yegua en celo que se encontraba entre los caballos.

Entonces el crepitar de las llamas se volvió aún más intenso y los animales del establo empezaron a dar coces, hincharon los ollares y alzaron las orejas. La proximidad de los caballos lo irritaba cada vez más. ¡Detestaba sus crines, sus colas arrogantes y sus estúpidos cascos!

Abul Abbas arremetió contra las vigas. Una de ellas crujió

y se partió. Los caballos tironearon espantados de las riendas que los sujetaban a las argollas de la pared. Las vértebras cervicales de los animales crujían como cáscaras de nuez, pero no abandonaron sus infructuosos intentos de liberarse: cuanto más infructuosos eran tanto más tironeaban.

Mediante dos pasos enérgicos, Abul Abbas se abrió paso a través del hueco entre el alero y el muro donde lo había sujetado el hombre de las manos parlantes. La cuerda sujeta a una pata delantera se partió con un chasquido. El paquidermo salió al exterior, agitó la cabeza y derribó la endeble estructura del alero. Vigas y piedras cayeron estrepitosamente. En medio de un estallido de polvo los caballos se encabritaron, coceando y resoplando. Una nube de suciedad envolvió la ruina.

Abul Abbas había recuperado la libertad. Era fuerte y quería marcharse. Alejarse de las llamas, alejarse de los seres humanos. Pero entre ellos había uno que apreciaba y eso lo confundió.

Se movió como una bola de nieve a punto de convertirse en un alud.

Capítulo 29

El viento agitó la barba de Mazruq al Atar y despeinó sus cabellos negros. Cuando nubes de polvo envolvieron al pequeño grupo, el árabe entornó los ojos. Jalid cabalgaba a su espalda, compartiendo su caballo con la hija del granjero y el nieto del emperador. «Una trinidad impía —pensó Mazruq—, la caricatura de una familia que solo un *djinn* podría haber imaginado.» O él mismo, Mazruq al Atar. Por detrás de la joven rubia el semental de Grifo remontaba la cuesta. Grifo había tenido que abandonar a sus esclavos: Mazruq no quería correr el riesgo de que los prisioneros lo desacreditaran ante el emperador franco. Protestando, Grifo encadenó su mercancía a varios árboles donde se verían obligados a aguardar su regreso... en caso de que una manada de lobos no se le adelantara.

Por fin alcanzaron el extremo del sinuoso camino y divisaron la puerta del convento. Mazruq no tuvo tiempo de asombrarse ante la monumentalidad de los muros porque al otro lado del baluarte vio columnas de humo elevándose al cielo.

—¿Qué está pasando aquí? —murmuró.

A sus espaldas, Jalid pareció oír la pregunta.

—La hija del granjero nos ha ocultado algo.

—¡O tú no prestaste la misma atención a sus palabras que la que les prestaste a sus pechos, so necio! —Mazruq se

volvió hacia sus acompañantes y vio que una sonrisa recorría el rostro de Gisela. Entonces comprendió—. Ella nos condujo hasta aquí porque el convento es su propia meta. A solas y con el niño nunca hubiese logrado llegar hasta este lugar. Nos hemos convertido en la guardia de corps de una idiota, Jalid.

Mazruq tuvo que hacer un gran esfuerzo para reprimir el deseo de derribar a la muchacha del caballo y golpearla hasta la muerte. Pero si ella realmente formaba parte del séquito del emperador franco, su asesinato supondría el fracaso de su plan, consistente en poner a Carlomagno de su parte.

Entonces se abrió la puerta del convento.

Thankmar trastabilló hacia atrás. El rostro de Mazruq expresaba incredulidad y espanto. El tiempo se detuvo. Ambos se contemplaron fijamente. Solo los separaban tres pasos, pero al mismo tiempo entre ellos se abría un precipicio que hizo que la distancia entre Bagdad y Haduloa, entre el desierto y las marismas, pareciera nimia. Thankmar aún sostenía la hoja de la puerta que acababa de abrir, solo para ver el rostro crispado de su demonio personal al otro lado.

Siguiendo un impulso, Thankmar quiso cerrar la puerta, pero entonces el rostro sorprendido de Gisela apareció por detrás de Mazruq. El árabe recuperó el dominio sobre sí mismo, hincó los talones en los hijares de su caballo y pasó a través de la puerta entreabierta, junto a Thankmar. El flanco del caballo lo empujó a un lado y el sajón se tambaleó; su pie deforme no soportó el peso y aterrizó en el polvoriento patio del convento. El árabe desmontó de su caballo negro, desenvainó el sable y arremetió contra Thankmar.

Este logró esquivar el golpe por los pelos, pero el árabe siguió asestándole sablazos. Mientras trataba de ponerse a salvo oyó que Mazruq gritaba palabras en árabe como un orate. Si el ataque del árabe hubiese sido menos irreflexivo la sangre de Thankmar habría empapado el polvo de San Aunario, pero el atacante parecía cegado por la ira contra el sajón y arremetía como un poseso.

Cuando Mazruq volvió a blandir el sable para asestar otro golpe, Thankmar le rodeó los tobillos con las piernas y rodó a un lado. Mazruq se tambaleó, pero Thankmar carecía de la fuerza necesaria para hacerlo caer. No obstante, logró ponerse de pie y cogió la francisca colgada de su cinto. Ambos hombres se enfrentaron y se miraron fijamente.

El hacha que Thankmar empuñaba era ridículamente pequeña, aunque su peso parecía el de mil espadas. Ante el sable de Mazruq la francisca parecía ineficaz, pero el sajón recordó las palabras del conde Saudrat, que le había asegurado que bastaba con arrojar la francisca en el instante preciso, que ella sola hallaría el blanco. La alzó y la arrojó con fuerza. El hacha trazó círculos en el aire... pero no la había arrojado con el impulso suficiente: perdió altura con demasiada rapidez y Thankmar temió que caería a los pies de Mazruq. Entonces oyó que el árabe gritaba, y esta vez no era de rabia sino de dolor. La hoja de la francisca estaba clavada en la bota de Mazruq: Saudrat había tenido razón.

El árabe se agachó para arrancarse el arma del pie y Thankmar vio que Jalid, el otro oriental, cabalgaba a través de la puerta. Gisela venía sentada detrás de él y al ver a Thankmar brincó del lomo del caballo. Jalid no pareció notarlo. Ya empuñaba el sable, seguramente alarmado por el fragor del combate. Si bien Thankmar logró defenderse de Mazruq, frente a un guerrero a caballo estaba tan indefenso como una barca en medio de la tormenta.

Un golpe en la espalda volvió a derribarlo y, antes de que

lograra incorporarse, vio que *Abul Abbas* cargaba contra Jalid.

Enfrentado al elefante, el caballo de Jalid se encabritó. El paquidermo chocó contra el flanco del semental, que perdió el equilibrio y cayó al suelo... pero su jinete no cayó con él.

Jalid quedó colgado de *Abul Abbas* pataleando como un nadador que, inesperadamente, ha ido a parar a un bajío. Un colmillo le perforaba el cuerpo y, con la boca llena de sangre, Jalid ni siquiera podía gritar. Su mirada suplicaba ayuda al tiempo que procuraba zafarse del colmillo; del manchado extremo del marfil que surgía de la espalda del árabe colgaba un órgano de brillo azulado.

El pesado cuerpo de Jalid arrastró la cabeza del elefante hacia abajo y *Abul Abbas* se deshizo del peso agitándola. Jalid chocó contra el muro y se deslizó hacia abajo, dejando un brillante rastro de sangre en las piedras.

Mazruq al Atar mantenía la vista clavada en lo que quedaba de su compañero. Thankmar reaccionó con rapidez y, siguiendo una inspiración, cogió el amuleto, pasó la correa por encima del turbante de Mazruq y se lo colgó del cuello. El árabe despertó de la parálisis, se volvió bruscamente y blandió el sable como un demente.

Thankmar se puso a salvo brincando a un lado.

—¡Eh, *Abul Abbas!* ¡*Abul Abbas!* ¡Maldición, maldición, maldición! —gritó a voz en cuello, agitando los brazos por encima de la cabeza.

Y esta vez el gigante obedeció. Se volvió, un colmillo aún rojo de sangre de su víctima, las orejas muy separadas de la cabeza y una mirada feroz, una mirada que Thankmar jamás le había visto con anterioridad. Solo durante un instante los ojos del elefante se clavaron en los del sajón, después su mirada se posó en lo que brillaba en torno al cuello del árabe y, con grandes zancadas, trotó hacia Mazruq al Atar.

El árabe echó a correr hacia su caballo negro, montó y quiso salir por la puerta del convento, pero allí Grifo le impedía el paso: él también montaba a caballo y *permanecía en* medio del pasadizo con la mirada incrédula clavada en el patio. Mazruq soltó una maldición. Logró volver grupas, huyó en la dirección opuesta y se adentró en las entrañas del convento.

Abul Abbas giró sobre sí mismo, en busca de lo que brillaba en el cuello del árabe.

—*Abul Abbas!* —gritó Thankmar.

El elefante se detuvo y agitó la cabeza y las orejas, indeciso. Thankmar corrió hacia él y aprovechó el colmillo ensangrentado del que colgaban jirones de ropa para encaramarse al lomo del animal.

Ante la puerta del convento resonaron gritos. Cuando se volvió reconoció a Gisela con el nieto del emperador en brazos. Aliviado, Thankmar comprobó que la lombarda se encontraba bien, y también el niño. Sin demostrar temor ante el elefante, echó a correr hacia Thankmar. *Abul Abbas* pareció reconocer a la muchacha que antes había montado en su lomo; aunque pegaba inquietos pisotones no volvió a ponerse en movimiento hasta que la joven lo alcanzó.

Gisela alzó la vista y lo contempló; durante un momento el sajón se preguntó si debiera ayudarla a montar en el elefante y escapar a través de la puerta con ella y el niño. Podían dirigirse a Britania o a Bagdad: la meta le resultaba indiferente. Entonces recordó los pacíficos días en la choza y le tendió los brazos a la lombarda para ayudarla a encaramarse al paquidermo.

Gisela presionó al niño contra su pecho y se apartó de él y de *Abul Abbas*. Thankmar bajó los brazos. «Tiene razón — pensó—, la huida es el camino de los esclavos, no el de una lombarda libre... ni el de un sajón libre.»

Para darle ánimos, le pegó una palmada detrás de la oreja, allí donde el pellejo era más sensible. El elefante alzó la trompa y soltó un trompetazo ensordecedor, y acto seguido se puso en movimiento y persiguió a Mazruq al Atar.

Entonces la lluvia mojó la cara del sajón.

Cuando las primeras gotas cayeron al interior de la iglesia a través del techo devorado por las llamas la respiración de Imma y Adelinda ya solo era un jadeo. Los guerreros habían dejado de embestir la puerta con la cruz y estaban acuclillados o tendidos en el suelo, donde los aguardaba la muerte por asfixia. Solo Carlomagno se mantenía en pie, tosiendo y con los ojos llorosos. Con creciente frecuencia las vigas en llamas se desprendían y caían como espadas de verdugo en el suelo de basalto. Los escombros ya habían partido el cráneo de dos hombres y solo era cuestión de tiempo que todo el techo se derrumbara.

Al principio nadie se percató de que llovía, hasta que algunos alzaron la cabeza y notaron las húmedas perlas que caían en su frente y sus mejillas: un bienvenido chaparrón se cernía sobre aquellos desesperados. Unos cuantos lograron ponerse de pie y volver el rostro hacia la lluvia refrescante. El agua eliminaba la ceniza de la piel y se mezclaba con las lágrimas. Imma y Adelinda también se sobresaltaron al oír el prometedor tamborileo, dejaron de abrazarse y alzaron la vista al techo. La tormenta que descargó con fuerza sobre el convento apagó las llamas que consumían el techo. La humedad se mezcló con el humo y lo arrastró hacia abajo, dando paso a una ráfaga de aire fresco.

La monja se arrastró hasta el altar, junto a Carlomagno, apoyó los antebrazos en la piedra oscurecida por la lluvia y abrió su alma a Dios, pero no halló las palabras de una plegaria y tampoco agradecimiento por la misericordia del

Señor. Movía los labios en vano. El cadáver de Gisberto aún yacía junto al altar. Imma cerró los ojos y apoyó la frente contra la fresca piedra. Dios no estaba allí: viniera de donde viniese aquella lluvia, no era producto de la misericordia del Señor.

—¡Reuníos! —La voz de Carlos era casi irreconocible, pero incluso el áspero graznido se impuso sobre las toses de todos—. ¡Quien aún sea capaz de luchar debe prepararse! El enemigo sabe que todavía estamos vivos y *atacará*. Formad dos filas a ambos lados de la gran puerta, cuando entren los aniquilaremos. ¡Daos prisa! Lo único que cosecharán será el hierro de nuestras espadas.

Los duques obedecieron y desenvainaron las armas. Meneando la cabeza, Imma observó como de un racimo de tambaleantes guerreros se formaban dos filas perfectas. «¿Qué clase de hombres son estos?», se preguntó. Acababan de escapar de la muerte y ya volvían a estar dispuestos a desafiarla. Reconoció el cansancio en sus rostros, pero estos también irradiaban la misma desesperada determinación de una presa acorralada que no puede retroceder un paso más.

Imma comprendió: esos hombres eran guerreros porque solo se sentían vivos cuando la muerte apoyaba su gélida mano en sus hombros. Eran la aristocracia guerrera del reino, los más nobles del imperio, y, sin embargo, eran más semejantes a animales que el vagabundo más famélico y la puta más leprosa. La bestialidad de esos hombres le resultaba espeluznante. Estaba atrapada junto con ellos, pero también sentía alivio por no formar parte de aquellos que debían enfrentarse a los francos.

El agua de lluvia formaba charcos en el irregular suelo de la iglesia. Solo algunas toses evocaban la muerte por asfixia de la que los guerreros acababan de escapar. Dos de ellos — bajo la capa de hollín Imma reconoció a Ulfberto de Tours y Waifar de Metz— atascaron la puerta lateral con trozos de

vigas para que el enemigo no pudiese atacarlos por la espalda y solo lograra irrumpir en la iglesia a través de la puerta principal. Los restos de la profanada cruz también cumplieron su última función en la barricada apresuradamente montada.

En lo alto, los restos del techo incendiado comenzaron a crujir. Imma lanzó una mirada escéptica hacia los trozos carbonizados de las vigas que asomaban de las paredes como dientes podridos. El calor y el frío hacían crujir el maderamen azotado por ráfagas implacables. ¿Cuánto tiempo aguantaría antes de precipitarse al interior de la iglesia y enterrarlos a todos ? Clavó la mirada en las hojas atascadas de la gran puerta y empezó a cantar en voz baja.

Abul Abbas atravesaba la cortina de lluvia como un barco de guerra que divide las coronas de espuma de las olas. Mazruq le llevaba ventaja, pero había huido hacia uno de los caminos principales del convento, de modo que Thankmar divisaba al jinete y al caballo negro con claridad. Le pegó una palmada al elefante, instándolo a acelerar el paso.

El viento había cambiado de dirección y ahora soplaba desde el sur, tironeaba del manto de Thankmar e impulsaba la lluvia casi horizontalmente. El agua se derramaba del lomo del elefante formando cascadas y oscureciendo la piel correosa. Thankmar vio que Mazruq había alcanzado el final del camino; ante él se elevaba la iglesia amarilla, aún en llamas; la lluvia todavía no había logrado apagar las hogueras que rodeaban el edificio pero perdían fuerza. «¿Es que los monjes no han cumplido con su tarea?», se preguntó.

Thankmar recordó el temor que había visto en los rostros de los eclesiásticos cuando les explicó su plan. Alzó la vista para comprobar si —tal como acordaran— se habían instalado en los techos de los edificios circundantes, pero no

los vio, y tampoco los barriles de aceite y de agua que debían arrojar sobre el incendio desde los techos. La idea fue de Edgardo: el agua fría derramada en el aceite caliente causaría una explosión y dejaría fuera de combate a los atacantes.

Los enemigos se habían reunido ante la puerta; algunos se habían quitado los hábitos y permanecían de pie ante la iglesia con el torso desnudo. Thankmar todavía no distinguía monjes en los techos circundantes. ¿Habían huido? ¿O se ocultaban tras los antepechos, aguardando el momento oportuno?

De pronto algo estalló ante él y las llamas se elevaron como si un dios hubiese pisado un volcán; los barriles llovían del cielo y caían en las hogueras. Haces ígneos se formaban a lo largo de los muros de la iglesia y se derramaban sobre los atacantes, abrasándolos. Quienes lograron eludirlos huyeron profiriendo alaridos. Unos diez hombres rodaban en el polvo para apagar las llamas que devoraban sus cuerpos. Un puñado de tambaleantes figuras en llamas cayó de rodillas ante la iglesia, formando un círculo.

Mazruq se encontró en medio de aquel infierno. Si el caballo negro no se hubiera detenido de golpe y encabritado, las llamas que ardían ante la puerta de la iglesia lo hubieran abrasado, pero la reacción del caballo solo le brindó un breve plazo de gracia al árabe.

Abul Abbas trotaba hacia Mazruq. Thankmar le ordenó que se detuviera a voz en cuello, le tiró fuertemente de las orejas y le aporreó la cabeza. Entonces el gigante atravesó la pared de llamas que se elevaba ante la iglesia y el polvo de argamasa y piedra estalló cuando chocó contra el colgadizo y lo arrancó. *Abul Abbas*, Mazruq al Atar y la puerta formaron una única masa confusa y se precipitaron en el interior de la iglesia.

Imma vio cómo la puerta se abría de golpe. Carlos y sus hombres alzaron las armas. Adelinda se había hecho con un trozo de madera caído y se encontraba entre los guerreros, dispuesta a defenderse de los atacantes.

Las hojas de la puerta cayeron estrepitosamente al suelo, seguidas de un jinete que parecía un árabe y de *Abul Abbas*, en cuyo lomo montaba el joven sajón. El polvo había agrisado su rizada cabellera.

El enorme animal resbaló por el suelo de la iglesia, avanzó unos pasos más, tropezó con una de las hojas de la puerta y la arrastró con las patas antes de trastabillar y caerse de lado. Thankmar trató de aferrarse al cuerpo del elefante, pero fue inútil. Salió despedido del lomo del elefante y chocó contra una columna. En cuanto la puerta reventó, los guerreros se apresuraron a salir. Imma notó que los rugidos de los francos no encontraban un eco al otro lado. ¿Es que el enemigo se había marchado? No esperó una respuesta, Thankmar necesitaba ayuda.

En cuanto la monja alcanzó el cuerpo inmóvil del sajón, Adelinda apareció a su lado. La novicia se arrodilló junto a Thankmar con Imma. Ambas mujeres examinaron al muchacho: había perdido el conocimiento y le sangraba una herida en la cabeza. Mientras Imma palpaba su cuerpo en busca de huesos rotos notó que Adelinda le quitaba la sangre que le pegoteaba el pelo y los ojos.

En el torso Imma palpó un punto blando, allí donde debía haber resistencia. Contó las costillas afectadas y, con dedos expertos, comprobó que los huesos rotos no se clavaban en la carne. Puede que el sajón no hubiese sufrido lesiones internas.

Thankmar abrió los ojos. Su mirada era clara e Imma soltó un suspiro de alivio. Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Adelinda.

—*Abul Abbas* —graznó Thankmar. Se incorporó y el dolor causado por las heridas del torso le crispó el rostro.

Imma, Adelinda y el sajón contemplaron el montón de escombros acumulado en la nave derecha de la iglesia. Había maderos y piedras desparramadas, algunas vigas aún ardían y *Abul Abbas* estaba tendido sobre las hojas de la reventada puerta de la iglesia, agitando la trompa. El elefante alzaba y bajaba la cabeza y las patas traseras se agitaban en el suelo.

Thankmar encogió las piernas e intentó ponerse de pie con la espalda apoyada contra la columna.

—No te muevas. —Adelinda lo agarró de los hombros, pero Imma le indicó que lo dejara ponerse de pie y, con gesto decidido, le ayudó a hacerlo.

La novicia también dejó a un lado su preocupación y le rodeó los hombros con el brazo. Los tres recorrieron el breve trecho y el sajón cayó de rodillas junto a *Abul Abbas*.

La lluvia todavía caía en el interior de la iglesia a través del techo destruido, formando regueros en la piel del gigante, mezclados con su propia sangre. Thankmar le apoyó una mano en la trompa, cuyos movimientos eran cada vez más débiles. El sajón nunca había oído el zumbido que emitía el elefante con tanta claridad como en ese momento. Una vibración avanzó a lo largo de sus piernas hasta invadir todo su cuerpo. Antaño, ante las puertas de Pavía, había tenido la sensación de que *Abul Abbas* intentaba comunicarse con él mediante esos misteriosos sonidos, pero en aquella ocasión fue como si un analfabeto tratara de leer un texto. En cambio, ahora comprendió todo lo que *Abul Abbas* le decía.

Se deslizó de rodillas alrededor del monstruoso cuerpo y examinó el suelo, y entre los restos de una de las hojas de la puerta encontró lo que buscaba. Mazruq al Atar estaba

enterrado bajo las piedras y los maderos. El peso del elefante lo había aplastado, el turbante había caído de su cabeza y los largos cabellos le cubrían los ojos. El árabe miró a Thankmar y en sus ojos ardía la locura.

—Tu Valhalla te acogerá, hijo del desierto —le dijo Thankmar.

—¡Justicia! —graznó el árabe—. Exijo justicia...

Al principio el sajón no comprendió. ¿Acaso el árabe quería que lo liberara del suplicio? Entonces comprendió. Mazruq no se dirigía a él, y tampoco a nadie presente en esa iglesia: le hablaba a su Dios. Thankmar miró en torno, esperando que Alá se elevara por detrás de él, pero en la iglesia solo reinaba una destrucción humeante.

Mazruq continuó balbuceando, mezclando palabras francas con otras en árabe. La mirada del musulmán se aclaró y se clavó en Thankmar, como el día en que ambos hombres se habían encontrado por primera vez en una taberna de Génova.

—¡Dime cuándo me aparté del camino, esclavo! Actué según la voluntad de Alá. Y ahora muero, yo que soy uno de los siervos más fieles del único Dios, en el templo de los infieles.

Thankmar recordó la disputa entre Mazruq e Isaac y como el viejo judío había tratado de convencer al árabe de que todos servían al mismo Dios. Si Isaac tenía razón, esa iglesia era el hogar tanto del Dios judío como del musulmán. Se dispuso a revelar a Mazruq la última verdad, pero cambió de parecer y calló.

—Justicia... —susurró el árabe una vez más.

Después murió.

Thankmar le quitó el amuleto. Como gracias a un milagro, la joya aún estaba intacta y la lluvia que le caía despertó su brillo. Con el ave partida por la mitad en la

mano, Thankmar regresó cojeando hasta las mujeres, que permanecían junto al elefante. El brillo de los ojos de obsidiana del gigante casi se había apagado y Thankmar ya no percibió la misteriosa vibración. Le mostró el amuleto a *Abul Abbas*, confiando que el elefante todavía fuese capaz de sentir que su anhelo había sido satisfecho. Después puso el amuleto en la punta de la trompa, ya tan inmóvil como el resto del cuerpo. Cuando volvió a dirigirle la mirada percibió que el inmenso animal había muerto.

Abul Abbas había llegado al final de su viaje.

Cuando los guerreros imperiales huyeron de la destruida iglesia, Hunoldo puso pies en polvorosa. Allí no había nada que ganar, sus compinches se revolcaban ante el templo en su propia sangre, el emperador estaba sano y salvo. Y la docena de guerreros supervivientes pagaban su ira con los falsos monjes heridos. Hunoldo echó a correr... pero ya era demasiado tarde. Tres francos le pisaban los talones y la tensión de las últimas horas parecía darles alas.

Hunoldo ni siquiera intentó esquivarlos y ocultarse en un lugar oscuro del convento. Corrió a lo largo del sendero principal que llevaba a la puerta principal de San Aunario; una vez fuera lograría deshacerse de sus perseguidores con facilidad. Enfundados en sus pesadas armaduras, la libertad de movimientos de los francos era tan escasa como la de una ballena varada en la arena. Hunoldo, con un ligero hábito de monje, ya había logrado sacarles una ventaja considerable.

Cuán aliviado se sintió al ver que la puerta estaba abierta... y cuánto se asustó cuando comprobó que allí ya lo aguardaban. Un hombre vigilaba la entrada del convento. Estaba arrodillado junto a un cadáver en un estado lamentable. «Qué extraño —pensó Hunoldo al ver al muerto—, no le dije a nadie que se vistiera de árabe.» Pero no tuvo

tiempo de seguir pensando. El hombre ante la puerta no se movió; era grande y gordo y una venda mugrienta le cubría el ojo izquierdo. No estaba armado y, más que con hostilidad, aguardaba a Hunoldo con curiosidad.

Como el guardia no parecía dispuesto a detenerlo, Hunoldo quiso pasar por su lado y echar a correr hacia la libertad. Entonces su mirada se cruzó con la del desconocido y se quedó paralizado.

Las mejillas cubiertas de cicatrices de viruela, la única ceja, los labios carnosos... no cabía duda: era Grifo, el traficante de esclavos arrojado a las orillas de ese instante decisivo por el destino, el mismo Grifo a quien el padre de Hunoldo lo había vendido y que lo martirizó noche tras noche hasta que su alma de niño se volvió negra y perversa, el mismo Grifo que lo había desprovisto de su propia vida, intercambiándola por una miserable existencia en las garras del arzobispo Hildebaldo.

Hunoldo agarró al mercader del brazo, temiendo que el gordo intentara huir, si bien él mismo estaba huyendo. Les lanzó una mirada arrogante a sus perseguidores, a punto de darle alcance. Aún podría escapar de ellos, atravesar la puerta, perderse en la vastedad de Septimania y cruzar la frontera. A lo mejor lograba llegar hasta Arlés.

—¡Suéltame, so rata, o te abriré en canal! —La voz de Grifo apenas había cambiado en todos esos años. Y tampoco sus modales.

Hunoldo lo agarró con más fuerza pese al intento de Grifo de zafarse de su férrea presa.

Contempló a su víctima con el malévolo interés de una serpiente que observa el pánico de un conejito. Intentó comprobar si Grifo lo reconocía, pero la mirada de su único ojo solo expresaba temor y odio, los únicos sentimientos que el mercader le había enseñado a sentir.

Cuando los guerreros francos lo alcanzaron, Hunoldo ya extraía la espada del vientre del gordo por segunda vez. El gordo cuerpo se desplomó y un chorro de sangre brotó del moribundo.

Hunoldo dejó caer el arma y suspiró, aliviado, al tiempo que observaba cómo Grifo, tendido en el suelo, procuraba taponar las heridas con los dedos. Cuando los francos le destrozaron la cara a golpes, Hunoldo aún notó cómo la vida del gordo a su lado se extinguía. Soltó una carcajada y escupió sangre y dientes: por fin podría iniciar una nueva vida.

Capítulo 30

Imma salió de la oscuridad del auditorio a la deslumbrante luz del sol invernal. La nieve cubría la residencia obispal de Arlés y blanquecía los techos, caminos y plazas. Se arrebujó en su hábito guateado, su aliento formó cristales de hielo en el aire gélido, alzó la vista y contempló a Saudrat, que caminaba a su lado.

—Así que todos acabarán colgados de una soga.

Sin decir palabra, el conde adelantó el mentón y señaló la puerta del palacio con el índice. Ante el pasadizo, los carpinteros estaban montando una estructura: un patíbulo lo bastante largo como para veinte condenados.

Imma cogió a Saudrat del brazo. Ver a Hildebaldo, Hunoldo y sus esbirros ante el tribunal imperial, envueltos en manchadas camisas de penitente, deformados por la tortura y suplicando por su vida no le había supuesto una satisfacción, pero tampoco sentía compasión por esos miserables asesinos. Que después de haber escapado de la iglesia maldita de San Aunario los guerreros imperiales los hubiesen dejado con vida era un milagro. Sí, la muerte era merecida para esos traidores y la acusación que ella, Imma, pudo presentar en el auditorio contra Hildebaldo y Hunoldo había desmentido todas las afirmaciones de los acusados.

Carlomagno los había condenado a muerte a todos y anunciado una ejecución ejemplarizante. Imma comprendía

que el emperador necesitaba un acontecimiento dramático y atemorizante del cual las personas hablaran en todos los rincones del reino. Un escalofrío le recorrió la espalda: no quería presenciar ese espectáculo por nada del mundo.

En el patio había un hombre sosteniendo las riendas de dos caballos, uno bayo y otro blanco. Estaba envuelto en un manto de marta cibelina, con los cabellos agitados por el viento. Se había quitado la capucha y los copos de nieve se pegaban a sus rizos negros.

—Vais armado como un guerrero, Thankmar —dijo Imma cuando lo alcanzó.

El joven sajón sonrió y desenvainó la espada que colgaba de su cinto. La hoja damascena era preciosa y en ella aparecía una runa.

—Carlomagno quería regalarme un carro cargado de armas, pero yo ni siquiera sé blandir una espada.

—Demostrasteis ser lo bastante inteligente como para no sentirnos obligado a lanzaros contra un enemigo con un arma en la mano.

Fue Saudrat quien pronunció dichas palabras. Imma creyó ver que Thankmar se sonrojaba, pero tal vez el rojo de sus mejillas se debía al frío.

—Mostradme la espada —pidió ella. El la depositó en sus manos y ella rozó la hoja con el dedo; al tocar la runa se detuvo un momento—. «Wendegast me ha forjado» —leyó en voz alta. Sea quien fuere ese Wendegast dominaba el *futhark*, la escritura rúnica germana, y seguro que no era un franco.

Thankmar le lanzó una mirada sorprendida.

—¿Sabéis leer la escritura del norte? ¿Dónde habéis aprendido?

Antes de que Imma pudiera responder se acercó otra

figura, también envuelta en preciosas pieles. Avanzaba por el suelo helado con pasos cautelosos, pero cuando Thankmar le indicó que se acercara pareció olvidar la nieve y el hielo y echó a correr hacia él. Recorrió los últimos metros que la separaban del reducido grupo resbalando y agitando los brazos, y si Thankmar no la hubiese sostenido habría caído al suelo. La capucha se deslizó hacia atrás y aparecieron los cabellos rubios de Gisela.

Haciendo caso omiso de Imma y Saudrat, Gisela se apretó contra Thankmar y lo abrazó. El rostro del sajón se crispó de dolor, pero pese a sus costillas rotas no apartó a la joven.

Gisela les lanzó un breve vistazo a Imma y a Saudrat y rio en voz alta. Era la primera vez que la monja veía a una mujer riendo con tantas ganas. La fuente de alegría de Gisela parecía inagotable e Imma y Saudrat intercambiaron una mirada sorprendida. Finalmente, la lombarda enmudeció y ocultó la cara en el manto de marta cibelina de Thankmar; un temblor agitaba sus hombros.

Imma hubiera querido hablarle de sus orígenes a Thankmar, de su juventud a la sombra del Irminsul, contarle que había visto arder el árbol y hablarle de su encuentro con Isaac. Había decidido dar testimonio pero al ver a Gisela en brazos de Thankmar se dio cuenta de que el tiempo se limitaba a avanzar... y ella con él.

—Estoy familiarizada con las runas —dijo y le devolvió la espada—. Habréis de conformaros con eso.

Thankmar ya no prestaba atención a sus palabras y señaló algo situado detrás de Imma.

—¡Mirad! —dijo.

La monja se volvió. Adelinda estaba bajo las arcadas del palacio obispal y los contemplaba. Ella también iba envuelta en un grueso manto de pieles, pero por debajo Imma

reconoció el hábito de las benedictinas. Adelinda quería regresar al noviciado; tras su liberación de la iglesia en llamas se había confiado a la monja.

El mundo que Adelinda quiso conocer no existía. Demasiadas cosas aterradoras y terribles le habían sobrevenido: personas que querían matarla, sentimientos incontrolables, hambre, dolor y pánico. Adelinda estaba perdida en un laberinto y solo podía recorrer un único camino para volver a salir: el camino de regreso a la vida comprensible de la orden benedictina. La dubitativa halló el camino a la fe y la creyente obedeció a sus dudas. Imma sintió un dolor familiar en el pecho, convencida de que los dioses se reían de ella.

Saludó a la joven con una inclinación de la cabeza, pero Adelinda solo tenía ojos para Thankmar, que aún abrazaba a Gisela, que entonces alzó la mano para saludarla. Sin devolverle el saludo, la novicia le dio la espalda a la escena y desapareció por una puerta lateral del palacio obispal.

—Vuestro gigantesco amigo, el elefante, ayudó a salvar al emperador de los francos y con él a este reino —dijo el conde Saudrat.

Secretamente, Imma agradeció al rudo guerrero por su torpe intento de evitar que la conversación girara en torno al tema del amor. Porque constató que, al fin y al cabo, Saudrat se había percatado de lo que acababa de ocurrir.

Thankmar asintió.

—*Abul Abbas* cumplió con su misión. A su manera.

—Aún pasarán muchos años antes de que las armas callen entre francos y sarracenos —prosiguió Saudrat—, pero al menos el emperador reflexiona acerca de los obsequios de paz que próximamente enviará a Bagdad. Solo espero que no sea yo quien deba encabezar esa misión.

Imma recordó el momento en que el brillo de los ojos del

elefante se apagó.

—El emperador me prometió que haría enterrar los restos de vuestro compañero en el palacio de Aquisgrán y que haría colocar sus colmillos por encima del trono de la capilla del palacio.

Thankmar la miró sin comprender.

—Al parecer, es hora de emprender la partida antes de que al franco se le ocurra concederme el mismo honor —dijo, y ayudó a Gisela a montar en el caballo blanco.

—¿Cabalgaréis hacia el norte? —Imma se estremeció al recordar las arrasadas aldeas sajonas.

—Al oeste. Dicen que allí hay una gran isla; muchos miembros de la tribu se dirigieron allí. Queremos ir en su búsqueda —dijo el sajón y se cubrió los rizos con la capucha de piel.

Imma volvió a tocar la pierna de Thankmar, cuya deformidad ocultaba la bota franca de piel de potro.

—¡Que Skuld sea con vos!

Thankmar la contempló desde la silla de montar.

—¡Y que Saxnoth os proteja, hermana Imma!

Después rio y azuzó al caballo.

Gisela y Thankmar se marcharon del palacio. Imma los siguió con la mirada hasta que desaparecieron entre las casas de Arlés, azotadas por el viento.

—¿Sois sajona? —preguntó Saudrat—. ¿Una sajona y al mismo tiempo una monja franca?

Ella lo miró.

—Así es, apreciado conde. Una sajona del remoto norte, allí donde las mujeres son demasiado tozudas como para morir, y menos de frío.

—Esposas encantadoras.

Ella le lanzó una mirada de reproche.

—Controlaos, Saudrat. No volveré a discutir ese tema con vos. A lo mejor, en cambio me podríais explicar por qué hicisteis caso omiso de la orden del emperador. Si no me equivoco, debierais haber convencido a Thankmar de que se uniera a la guardia de corps de Carlos y, como protector del nieto imperial, regresara con él y con el contingente a Aquisgrán.

—Un hombre libre sabe lo que debe hacer.

La sonrisa de Saudrat bajo el labio que le faltaba era tan horrorosa y cálida que Imma no pudo evitar cogerle la mano y apretársela con expresión conspirativa.

¡Esa monja! La debilidad de su posición enfadaba a Crodegango, pero era incapaz de negarse a cumplir con un pedido del emperador. Hacía un momento Carlomagno se había encargado personalmente de que Crodegango pudiera ocupar la sede vacante del arzobispo de Arlés. Y tal como era de esperar, no tardó en exigir contraprestaciones: el emperador le pidió que escuchara la confesión privada de una monja. ¡Una confesión privada! Ello infringía el derecho eclesiástico.

—*Sic transit gloria mundi* —murmuró Crodegango al tiempo que atravesaba la puerta del palacio obispal junto con Imma.

—¿Qué decíais, padre arzobispo?

—Pensaba en voz alta y me preguntaba por qué estáis tan empeñada en esta manera extraña y casi blasfema de purificar vuestra alma como para importunar a un emperador y a un arzobispo.

—Mis pecados suponen una pesada carga para mi fe. Me

resulta imposible volver a servir en un convento si no me conceden la absolución por cada uno de mis errores. Os agradezco, padre arzobispo, por estar dispuesto a escucharme.

Ambos entraron en una iglesia sencilla, un edificio de madera de ventanas pequeñas, solo una barraca en comparación con la enorme iglesia de piedra de San Aunario y sus preciosas ventanas de cristal, que habían sido víctimas de las llamas. En Arlés también había iglesias bonitas, pero Crodegango quería demostrarle a la arrogante monja lo que opinaba de su deseo.

Indicó el altar con gesto brusco.

—Arrodillaos, plegad las manos en oración y aguardadme. Primero quiero pedir perdón a Dios por este pecado.

Abandonó la pequeña sala a través de una cortina de la pared lateral y entró en la sacristía.

¡Una confesión privada! ¡Una blasfemia!

Mientras Crodegango intentaba rezar tomó una decisión: ingresara en el convento que ingresara la hermana, la trataría como a una apestada. Obligaría al convento a pagar tributos elevados, la cillerera siempre se encontraría ante su despensa vacía retorciéndose las manos. Mientras la hermana Imma fuese miembro del convento recordaría ese día y se arrepentiría de haber obligado a su arzobispo a infringir las leyes eclesiásticas. ¿Y esa mujer pretendía ser una monja? Sería mejor que se metiera en la cama con un hombre y le llenara la casa de niños. Pero tal vez ya era demasiado vieja para eso y, además, ¿quién querría una mujer como esa en su cama, tan gorda y pecadora? Supuso que solo la orden de las benedictinas.

Crodegango puso fin al diálogo con Dios y se dispuso a escuchar la irregular confesión de la hermana Imma. Quizá le

revelaría detalles eróticos. Imaginó su cuerpo regordete durante el acto, sus muslos temblorosos, su vientre sudado, y un ardor se apoderó de él que hubiera alegrado a cualquier concubina. Entonces introdujo la mano bajo el hábito y se arrancó unos vellos púbicos para castigar sus carnes rebeldes y el dolor le crispó el rostro. La única culpable era la monja. Alzó la cabeza con el rostro enrojecido, apartó la cortina y entró en la sala.

La iglesia estaba vacía.

Epílogo

El elefante *Abul Abbas* realmente viajó de Bagdad a Aquisgrán en el siglo IX. Era, tal como se cuenta en la novela, un obsequio diplomático del califa Harun al Rashid, que intentaba aliarse con Carlomagno. Solo unos años antes Carlos había sido coronado emperador en Roma, convirtiéndose en el hombre más poderoso de Europa; solo el reino bizantino aún le disputaba su pretensión de convertirse en autócrata. A su vez, Harun al Rashid era el hombre más poderoso de Oriente. Así que, ¿qué resultaba más obvio que sellar una alianza entre ambas potencias? Que realmente se tratara de una misión de paz es dudoso; ello solo debió de haber jugado un papel superficial. En realidad, Carlomagno y Harun debieron de haberse dado cuenta de que juntos podían tener a Bizancio en un puño.

Hasta el siglo IV a. C. los elefantes solo eran conocidos en África y en la India. Alejandro Magno se enfrentó a los colosos azuzados por sus adversarios durante su campaña militar en la India. A partir de entonces, los descendientes de Alejandro aprovecharon los animales durante las grandes batallas de la antigüedad. Legendaria resulta la campaña de Aníbal, el comandante cartaginés que logró atravesar los Alpes con un grupo de elefantes a fin de atacar Roma por la

espalda desde el norte de Italia.

Pero dichos acontecimientos se desarrollaron alrededor de mil años antes de los recreados en la novela. En el mejor de los casos, en el reino franco medieval los elefantes solo eran conocidos a través de los informes de los viajeros que recorrían África u Oriente y al pueblo llano deben de haberles parecido seres fabulosos. Puede que algunos nobles y eruditos conocieran estos animales gracias a textos antiguos, a la historia natural de Plinio, por ejemplo, pero la auténtica naturaleza de los elefantes también permaneció oculta para ellos.

Así que apenas resulta sorprendente que muchos textos e imágenes del medievo ofrezcan una representación bastante extraña del elefante. Se creía que vivían más de mil años y que para atraparlos era necesario que dos vírgenes se trasladaran al desierto para atraerlos con sus cánticos. Algunos creían que la sangre del elefante servía para elaborar la púrpura, el color de los soberanos (que de hecho se elabora a partir de caracoles). Otros afirmaban que los elefantes descendían de los árboles y que, al igual que estos, su cuerpo no poseía ninguna articulación.

Los escasos informes sobre el viaje de *Abul Abbas* también están sembrados de anécdotas curiosas. A ello se añade que ese elefante supuestamente tenía la piel blanca. Existen los elefantes albinos, pero en la Edad Media eran tan raros como en la actualidad. Los historiadores afirman que la leyenda del elefante blanco se debe a una moda literaria, sobre todo del medievo, que buscaba destacar aún más el exotismo de los animales y las plantas importadas. No obstante, puede que *Abul Abbas* fuese uno de esos escasos albinos, pero dicha característica no hubiera tenido ninguna repercusión en los acontecimientos de la novela: aunque solo fuera por su aspecto, su tamaño, su fuerza y el volumen de sus trompeteos, su carácter bondadoso y también salvaje, *Abul Abbas* se ha ganado un lugar en la historia de los

carolingios... y en la historia relatada en esta novela.

A diferencia de lo descrito aquí, parece que el elefante de Bagdad realmente llegó al palacio imperial de Aquisgrán. No se sabe mucho más de su destino. Es de suponer que en Aquisgrán el animal sobrevivió en el zoológico privado de Carlomagno. Pero parece que cuando el soberano franco emprendió una campaña militar contra los daneses se llevó a *Abul Abbas* consigo para amedrentar al enemigo. En cambio, es bastante dudoso que el emperador montara a lomos del animal, tal como algunos textos quieren hacernos creer, pues en la batalla Carlos hubiera preferido montar en un caballo ágil. Para *Abul Abbas*, que supuestamente fue el único elefante que en aquel entonces atravesó todo el mundo conocido, la campaña militar al norte supuso su último viaje. Al parecer, murió a causa de un resfriado que contrajo tras atravesar un río en invierno, tal vez el Ems. Según otra teoría, murió a causa de la fiebre aftosa que se propagaba por las comarcas de Wesel cuando apoyó al ejército franco en la batalla contra los normandos en aquel lugar. En todo caso, al obsequio de Harun al Rashid no le esperaba una larga vida en la corte del emperador franco. En la novela, *Abul Abbas* encuentra la muerte con anterioridad; ello se debe a la dramaturgia de la acción. Por otra parte, al menos en la ficción el orgulloso animal se ahorra una vida vegetando en un zoológico medieval.

Mientras que Imma, Adelinda y otros personajes de la novela son ficticios, Isaac de Colonia es una figura histórica. Como diplomático judío y traductor acompañó el viaje del elefante desde Bagdad hasta la corte de Carlomagno; con eso se agotan los datos acerca de su biografía o de los eventos del viaje. Y las fuentes también callan acerca de la ruta emprendida a través de Europa por el que quizá fue el

contingente más extraño del siglo IX.

La figura de Carlomagno fue tomada de Einhard, su biógrafo y contemporáneo, que en su obra *Vita Caroli Magni* brinda una imagen realista pero a veces exagerada de su regente. En el prólogo de la novela Carlomagno aún aparece como rey; el joven soberano franco ocupaba dicho puesto desde el año 768. Carlos fue coronado emperador en Roma por el papa León III en el año 800 y ostenta dicho título en la parte principal de la novela, que se desarrolla en el año 802.

Las guerras contra los sajones que preceden a la parte principal de la novela, fueron los conflictos más prolongados y enconados a los cuales Carlomagno se enfrentó en toda su vida. Los irreductibles sajones se resistieron a los francos durante treinta años, antes de que el jefe Viduquindo se hiciera bautizar en el año 785.

Y el conflicto con los árabes obligó a Carlomagno —como ya lo había hecho con sus antecesores— a contener el aliento. En el 711 los sarracenos desembarcaron en Gibraltar y pasaron a ejercer un amplio control sobre la península Ibérica. Desde allí cruzaron los Pirineos y se toparon con los francos. En 778 Carlos Martel, abuelo de Carlomagno, alcanzó una importante victoria contra los ejércitos árabes en las batallas de Tours y de Poitiers. El propio Carlomagno emprendió una campaña militar en España, que, sin embargo, fracasó. No obstante, poco a poco los francos lograron obligar a los árabes a retirarse al sur de los Pirineos. En la época de los romanos, a lo largo de esa cadena montañosa la Marca Hispánica protegía lo que hoy es el sur de Francia de una invasión árabe. Esa zona de protección consistía en una cadena de ducados que aseguraban las tierras fronterizas. Fue el punto de partida de la reconquista de la península Ibérica, pero el temor ante la invasión de un

ejército árabe perduró. Dominaba a los habitantes de esa región al igual que la política de los francos. Pero la invasión no se produjo. En 1492 la reconquista había concluido, pero en aquella época hacía mucho tiempo que el reino de Carlomagno era historia.

Agradecimientos

Según la opinión general, escribir es un asunto solitario, pero eso no es verdad. El autor siempre está rodeado de las figuras del relato: cada una quiere cosas distintas, cada una insiste, empuja e interrumpe las conversaciones. El diálogo con ellas y entre ellas nunca acaba, tampoco cuando la elaboración del texto ha finalizado y el cuaderno de notas está cerrado. Todas esas figuras pasaron a ocupar un lugar en mi corazón y les estoy agradecido por haberse involucrado conmigo.

Fuera del mundo ficticio, las personas reales transformaron la historia en un libro. El impulso inicial lo proporcionaron Andrea Dietrich, de la editorial Campus, y Sabine Niemeier, de la editorial Bastei Lübbe, que le indicaron el camino a *Abul Abbas* hasta los lectores de la editorial Lübbe. Allí, la lectora Lena Schäfer confió en la historia, tuvo paciencia con el autor y le dio brillo al texto. Gracias a ella y a Stefan Bauer, director de novelas de ficción de la editorial Bastei Lübbe, ahora el elefante apátrida de Oriente ha encontrado un hogar entre las dos tapas de un libro.

Jutta Wieloch, mi compañera en la vida y también en la escritura, le indicó a *Abul Abbas* cómo salir de diversos callejones sin salida y, como fuente de inspiración, condujo la historia hasta la meta. Mi amigo Fierwig Kenzler leyó el primer borrador de la novela y, sin embargo, me animó a continuar. Susanne Schulte y Ralf Seiche leyeron el

manuscrito y criticaron ciertos puntos que de lo contrario nadie hubiera notado. Eso también vale especialmente para Michael Alfs, a quien el texto debe mucho. Pero para mencionar a todos cuantos desempeñaron un papel durante los más de tres años que supuso la creación de este libro sería necesaria la memoria de un elefante.

¡Gracias!

Fin